

Stuart Christie

Franco me hizo terrorista



Stuart Christie

FRANCO ME HIZO TERRORISTA

Memorias del anarquista que intentó matar al dictador

Stuart Christie

Franco me hizo terrorista

Memorias del anarquista
que intentó matar al dictador



1154-64

Traducción: Jorge Barriuso

Colección Historia viva

Ediciones Temas de hoy

Edición digital: C. Carretero

Difunde: confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Índice

PRÓLOGO DE CARLOS FONSECA

INTRODUCCIÓN

I. PUESTA EN ESCENA

II. MÁS ALLÁ DE LOS PIRINEOS

III. CITA EN MADRID

IV. MALA UVA EN LA PUERTA DEL SOL

V. CARABANCHEL ALTO

VI. CONSEJO DE GUERRA

VII. LA SÉPTIMA GALERÍA

VIII. GARROTE VIL

IX: LA QUINTA GALERÍA

X. COMO SOPORTAR UNA SENTENCIA

XI. HISTORIAS DE PRESOS

XII. LA UNIVERSIDAD DE LADRILLO

XIII. AMIGOS Y VECINOS

XIV. NACE EL GRUPO PRIMERO DE MAYO

XV. LA BPS CONTRAATACA

XVI. LA GALERÍA DE LOS POLÍTICOS

Notas

PRÓLOGO DE CARLOS FONSECA

Estimado lector, este libro que tienes en las manos es un viaje entre dramático y jocoso a la España de los sesenta. Un sainete. El tiempo transcurrido desde que ocurrieron los hechos que en él se narran, entre 1964 y 1967, es suficiente para que nuestro protagonista, Stuart Christie, un impetuoso anarquista escocés de dieciocho años, que en las fotos de reseña policial de la época lucía una hermosa y abundante cabellera, se haya convertido en un hombre maduro de 58 años, que suple la escasez de pelo con un poblado bigote y conserva intacta su militancia libertaria y la memoria de lo vivido. Como él mismo dice, un anarquista lo es para siempre.

Ésta es una historia con minúsculas, de esas que no figuran en la HISTORIA con mayúscula —la reservada a los grandes próceres y guerreros, a los hombres que dan nombres a nuestras calles y plazas—, poblada de personajes anónimos sin los que sería imposible explicar los grandes acontecimientos. Es una de tantas historias condenadas a pasar inadvertidas, reseñas de apenas unas líneas en las sesudas investigaciones de los historiadores, cuando no postergadas al olvido. Recuerdos sólo presentes en la memoria de quienes vivieron o conocieron los acontecimientos cuando se produjeron.

Este libro no habla de lo que otros hicieron, de acontecimientos reconstruidos con testimonios y una fatigosa búsqueda de datos por archivos de aquí y allá. Es el protagonista quien nos cuenta lo que vivió y sintió, porque en estas páginas no hay sólo hechos, hay también sensaciones y sentimientos, descripciones tan precisas y vividas que nos hacen percibir el aroma a café caliente y el olor a tabaco; sentir el calor pegajoso del mes de agosto que adhiere la ropa al cuerpo; escuchar el bullicio de las calles y el ruido atronador de un bar atiborrado, o experimentar el miedo que convierte nuestro estómago en una madeja de nervios. Un despliegue de emociones que consiguen transformar las palabras en imágenes.

Stuart Christie era apenas un mozalbete cuando se puso en contacto con los círculos libertarios que vivían en el exilio en Francia y se ofreció para participar en un atentado contra el Generalísimo de todos los ejércitos. España cumplía sus veinticinco años de paz y la dictadura intentaba mostrar su rostro más aperturista y amable. Ya no tenía los problemas de reconocimiento internacional que había sufrido en la primera mitad de los cuarenta, y oteaba en el horizonte la posibilidad de incorporarse al Mercado Común. Un ejercicio de desarrollismo que era pura fachada.

Un año antes, en agosto de 1963, el dictador había ejecutado a garrote vil a dos militantes anarquistas, Francisco Granado y Joaquín Delgado, a quienes la justicia acusó de colocar sendas bombas, con las que nada tenían que ver, en las oficinas de la Dirección General de Seguridad y en el edificio de Sindicatos. Eran inocentes, pero eso poco importaba a un régimen empeñado en reprimir con saña a sus opositores. Francisco había venido a Madrid con una maleta cargada de explosivos que iban a emplearse en un atentado contra el Caudillo, y Joaquín viajó semanas después hasta la capital para avisar a su compañero de que el atentado se había aplazado y tenían que regresar a Francia tras dejar los explosivos en un lugar seguro. Otros dos compañeros que desconocían estas circunstancias colocaron por esas mismas fechas las bombas por las que ellos fueron detenidos, juzgados y ajusticiados en el plazo de una semana.

La guerra civil española era para Stuart una referencia moral, un ejemplo de la lucha contra el fascismo de una República abandonada a su suerte por las grandes potencias europeas, víctimas ellas mismas después del monstruo al que no quisieron combatir. Veinticinco años después, la muerte de Delgado y Granado simbolizaba esa misma lucha, y su ejecución sacudió a Stuart hasta el punto de llevarle a ofrecerse para participar en una futura intentona que tuviera como objetivo asesinar al dictador. Y como si de otro Francisco Granado se tratara, también él fue encargado de traer hasta Madrid el explosivo que habría de emplearse para intentar un nuevo atentado contra el Caudillo en el estadio Santiago Bernabéu.

Sin más equipaje que su fe juvenil en un mundo mejor y una ingenuidad desbordante, nuestro protagonista se encaminó hacia la capital de España. De Londres a París en barco y tren, y de allí hasta la frontera de Perpiñán, donde,

como un quijote, emprendió viaje hasta Madrid en autoestop, con parte del explosivo y los detonadores adosados a su cuerpo con esparadrapo y cinta aislante, el resto escondido en una mochila, y sin saber una palabra de español. Todo tan atrabiliario que habría que colocarlo entre signos de admiración para dar cuenta de lo descabellado de la empresa.

Stuart nos cuenta esta *road movie* con la sabiduría que dan los años, riéndose de su candidez sin ridiculizarla; desdramatizando unos hechos que, de no ser ciertos, nos harían creer que estamos ante un relato estrafalario. No hay ni un solo reproche hacia el muchacho que fue: idealista, desprendido, rebelde, comprometido e ingenuo. Hay humor en las páginas que siguen. Un humor inteligente, utilizado como un instrumento para acercarse a acontecimientos dramáticos, a la España negra que vivía la paz de los cementerios, que busca la complicidad del lector, no su admiración ni su aflicción por lo sufrido. Nada más saludable que reírse de uno mismo para no perder la cabeza en los vericuetos de la injusticia diluida en la desidia y el miedo de una mayoría silenciosa.

Y como el lector comprenderá, y habrá intuido, con semejantes miembros era una quimera pretender que aquello saliera bien. Nuestro quijote se estrelló contra sus particulares molinos de viento, y tan sólo unas horas después de pisar Madrid, con tiempo tan sólo para comerse un bocadillo en un bar de la Puerta del Sol, a escasos metros de la Dirección General de Seguridad, el sancta sanctórum de la represión franquista fue detenido por agentes de la temida Brigada Político Social, cuyos nombres y apellidos recuerda con precisión.

Lo que le esperaba a partir de ahí era un guión escrito de antemano que se aplicaba a los enemigos de la patria. Encarcelado y juzgado, le cayó una condena de veinte años, que en circunstancias menos favorables habría sido de muerte dado el tamaño del envite: ¡matar a Franco! Su condición de extranjero, las gestiones diplomáticas, la presión internacional, las negociaciones hispano- británicas sobre el peñón de Gibraltar y la necesidad de apaciguar a la opinión pública sobre la naturaleza del régimen obraron el milagro del perdón. Si se puede llamar así a veinte años de reclusión. ¿Cómo sería yo tras veinte años entre rejas?, ¿cómo sería el resto del mundo?, se

preguntaba nuestro joven al cruzar la línea que separaba la libertad del encierro.

El relato de su estancia en la prisión de Carabanchel, el Alcatraz madrileño, es como una fotografía que ha adquirido el tono sepia que dan los años, sin perder por ello su nitidez. Esas fotos que uno mira con la nostalgia del tiempo transcurrido y la lucidez, o la locura, que otorga el mismo. Vas a escuchar, querido lector, ¡sí, escuchar!, el sonido del rastrillo de una prisión al abrirse y el ruido metálico de los cerrojos y el de la llave que da dos vueltas; a sentir el tacto áspero de una manta desgastada y el cosquilleo apenas perceptible de las chinches al deslizarse por la piel en busca de un punto al que asirse para chupar la sangre, y a descubrir el apesado hedor de un jergón que ha albergado mil cuerpos. «No me cabían los presagios ni la cagalera en el cuerpo al atravesar los portones hacia el patio central.»

Dice Stuart que la cárcel fue para él una universidad de la vida. Allí conoció a otros reclusos, con los que compartió la vida contenida entre cuatro paredes de hormigón pespunteadas de alambradas que marcaban el límite de la libertad. Presos políticos que purgaban sus ideas, asesinos, quinquis, gitanos, ladrones de poca monta y estafadores de guante blanco. De todos ellos aprendió algo: a falsificar pasaportes y documentos oficiales, a manejar una imprenta y a ejercer de ordenanza, médico y ayudante de dentista.

Christie no se mira el ombligo ni pretende ser el protagonista único de su relato. Estas páginas contienen una galería de personajes a los que conoceremos con profusión gracias a los detalles que de ellos nos ofrece el autor, que despliega también ante nuestros ojos un sinfín de referencias que sitúan los hechos narrados en su contexto para que podamos entenderlos. Desfilan por estas páginas ácratas, picaros, comunistas, agentes de la OAS y de la Gestapo, gángsters sudamericanos, carteristas y chulos. Se topará el lector con Santiago Yagüe, Octavio Alberola, Juan, el Largo, Salvador Gurucharri, Inocencio Martínez, Pedro, el Cruel, Niall MacDermott, Andrés Ruiz Márquez, coronel Montenegro, Francisco Calle Mansilla, Florián, y un sinfín más de ellos. Personajes conocidos o no, de los que el autor nos aportará suficientes datos para comprender el microcosmos vital que era la cárcel de la época.

El indulto personal del general Franco llegó a mediados de agosto de 1967, justo tres años después de su detención y un mes después de que cumpliera veintiún años, aunque la medida de gracia no se haría efectiva hasta septiembre, el mismo día en que el almirante Carrero Blanco fue nombrado vicepresidente del Gobierno. Stuart Christie volaba el día 22 de vuelta a casa en un avión de la British Airways. Su odisea en España había terminado. Para ti, querido lector, comienza ahora, a la vuelta de esta página. Sin más preámbulos, pasen y lean.

CARLOS FONSECA Madrid, diciembre de 2004

Introducción

LA RESISTENCIA ANARQUISTA

El credo anarquista es sencillo, aunque a veces exigente: sólo la lucha determina el resultado, y el progreso hacia una sociedad más comprensiva debe empezar con la resistencia a toda forma de injusticia. Además, el único artículo de fe inamovible de cualquier anarquista es que el poder corrompe y el poder institucional corrompe absolutamente. Los anarquistas han deseado y han buscado no dominar y explotar a los demás, sino reforzar la resistencia frente a esos dos males gemelos hasta que sean eliminados de la sociedad. Los pensamientos y las acciones que tal objetivo requiere son universales... y no tienen fin. Exigen la participación y la cohesión de la gran mayoría de la humanidad y pueden realizarse, coordinarse y extenderse sólo gracias a individuos que sienten con pasión y están convencidos tanto de su propia necesidad de liberación social como de su capacidad para unirse a otros y conseguirlo. Y, digámoslo también, alguna vez han conseguido esos objetivos para poder continuar la lucha.

La Guerra Civil española fue, en mi opinión, probablemente la referencia moral más importante de todo el siglo XX. Los sacrificios y la sangre derramada por el pueblo español y su ejemplo inigualado para enfrentarse a la tiranía y defender la libertad me sirvieron de inspiración no sólo a mí, sino a buena parte de mi generación, y también a muchas personas de generaciones posteriores. Bajo la dictadura fascista de Franco los grupos anarquistas descritos en este libro se encontraron con la tarea no sólo de resistir la aspereza asesina del régimen, sino también de convertir la desesperación y la frustración popular en esperanza, tanto en ellos mismos como en cuantos corazones fuera posible. Al hacerlo, al avivar los rescoldos de la resistencia, los grupos anarquistas de dentro de España y de más allá de sus fronteras procuraban que la opinión pública no perdiera de vista el sufrimiento de los

presos de Franco. Si bien la naturaleza de la represión indicaba que la mejor forma de acabar con ella era poner fin a la vida del dictador —cuanto antes mejor y, por tanto, por intervención humana—, era preciso llevar a cabo, continuamente, actos públicos de resistencia que resultaran audaces, intencionados y desafiantes.

La mayor parte de los ciudadanos de Occidente vivían vidas muelles, aislados, a mucha distancia del rostro y el quejido del sufrimiento humano. Con las vías políticas y diplomáticas cortadas, la única manera de hacer crecer la resistencia anarquista española consistía en llamar la atención mediante acciones dramáticas que aparecieran en los titulares. Quienes las llevaron a cabo lograron sus objetivos sin infligir la muerte ni heridas de importancia a ningún inocente, pero al mismo tiempo con un gran coste para ellos mismos en cuanto a sus propias vidas y su propia libertad.

Persiguiendo el término de la explotación y la opresión, los anarquistas no buscan hacerse con las palancas del poder, ni siquiera poner sobre ellas las manos de todo el mundo: lo que quieren es desconectarlas. Tampoco buscan los anarquistas crear nuevas palancas, pues están convencidos de que serían utilizadas, en nombre de quienes son incapaces de pensar y actuar en su propio interés, por quienes se sienten más fuertes, individualmente o en alianza con otros.

El anarquismo es a la vez una teoría y una práctica vital. Filosóficamente tiende al máximo acuerdo entre el individuo, la sociedad y la naturaleza. En la práctica nos anima a organizar y vivir nuestras vidas de tal manera que los políticos, los gobiernos, los Estados y sus dirigentes resulten superfluos. En una sociedad anarquista ideal, individuos soberanos respetuosos unos con otros se organizarían en relaciones no coercitivas dentro de comunidades definidas naturalmente, en las que los medios de producción y distribución serían comunes.

Sin embargo, los anarquistas no son soñadores obsesionados con principios abstractos y construcciones teóricas. Los acontecimientos están gobernados por el azar, y las acciones de la gente dependen de hábitos adquiridos con el tiempo y de factores psicológicos y emocionales que a menudo son

antisociales y normalmente impredecibles. Los anarquistas tienen claro que la sociedad perfecta no se ganará mañana. De hecho, la lucha es eterna. En cualquier caso, es ésta la visión que procura los incentivos para luchar contra las cosas tal como son, y a favor de las cosas tal como pueden ser.

LA ESPAÑA DE FRANCO

La historia de España a lo largo de los treinta y nueve años de franquismo fríe una cadena continuada de asesinatos en masa, terror, represión y sufrimiento inimaginable, infligido a la mayoría por un grupo de delincuentes y oportunistas avariciosos con la excusa de una cruzada religiosa y moral acaudillada por un general megalómano que se veía y se pintaba a sí mismo como capitán de una fortaleza numantina asediada. Cuesta creer que veintinueve años después de la muerte de Franco, en el año 2004, ni uno solo de los responsables de estos grandes crímenes contra la humanidad (los mezquinos caciques del tirano, los dirigentes medianos y pequeños, las instituciones y empresas que se beneficiaron ya de la jerarquía y de su protección, ya de la muerte, la propiedad y la miseria de los demás) haya sido llamado a rendir cuentas por su apoyo activo al régimen.

La transición de la dictadura a la monarquía parlamentaria (con el susto menor del intento de golpe de Tejero en 1981) parece no haber tenido costuras. De hecho, fue orquestada entre los principales poderes fácticos del antiguo y el nuevo régimen, con pactos desconocidos entre bambalinas. Una de esas figuras poderosas fue, sin duda, el general Eduardo Blanco, jefe de la Dirección General de Seguridad (DGS) y de la Brigada Político Social, la policía secreta de Franco entrenada por la Gestapo. Un hombre que participó, y no poco, en los hechos narrados en este libro. Tenemos que asumir que, al no haber existido tribunales para crímenes de guerra ni comisiones para la verdad y la reconciliación (como en Sudáfrica, por ejemplo) que investigasen las ejecuciones sumarias, las «desapariciones», los años de cárcel y demás tragedias del periodo franquista, sí que existieron pactos que permitieron escapar de la justicia a los secuaces, sirvientes, pretorianos, prelados y burócratas que compartieron el botín y se beneficiaron del despotismo.

Todos los gobiernos españoles posteriores a 1975, incluidos los del Partido Socialista Obrero Español, han hecho oídos sordos, para su eterna vergüenza, al expolio legal y asesino de España y de su pueblo desde 1939. Han seguido

honrando los oscuros acuerdos secretos que les permitieron llegar al poder. De hecho, hasta el 20 de noviembre de 2002, en que el Parlamento español condenó por primera vez el franquismo —en los términos más vagos posibles—, se había rechazado el reconocimiento de los crímenes del régimen cuyo poder heredaron sin una sola mirada atrás.

Algunos pueden creer que Franco fue simplemente otro «hombre sobre caballo blanco», un estadista tipo De Gaulle, cuyo santísimo papel ha sido voluntariamente deformado por quienes no compartían sus objetivos o su visión del mundo ultraconservadora; un papel ejercido con fe católica medieval, mando fascista, modelo autoritario de familia, obsesión paranoica con la masonería y rígido anticomunismo. No es el caso, como ha probado más allá de toda duda la investigación reciente.

Un libro editado por el respetado historiador Julián Casanova, *Morir, matar, sobrevivir*. La violencia en la dictadura de Franco, muestra que en la zona sublevada el terror durante la guerra se llevó la vida de al menos 100.000 personas, mientras que 60.000 fueron asesinadas en el bando republicano en el mismo periodo. Después de la Guerra, la carnicería arbitraria y la represión se institucionalizaron. En los seis años siguientes, entre la victoria de Franco y el hundimiento de sus mentores del eje Berlín-Roma, los ejecutores del dictador maquinaron a sangre fría, abiertamente o en secreto, el asesinato sumario de un mínimo de 50.000 personas, y quizá de 200.000. El propio Ministerio de Justicia franquista estimó en 192.684 las ejecuciones entre 1939 y 1945. De ellas, 103.129 tuvieron lugar entre abril de 1939 y el 30 de junio de 1944. Si la cifra es correcta, equivale a veinte veces el número de ejecutados en Francia después de la liberación.

El profesor Casanova y sus colegas señalan que además de estas cifras escalofriantes hay al menos 13.000 víctimas no consignadas de la máquina de terror franquista, cuyos restos siguen siendo desenterrados, sesenta años después, de fosas comunes sin ninguna indicación. Por no hablar de unos 10.000 niños secuestrados y entregados en adopción a «católicos responsables», mientras sus madres eran encerradas en conventos para purgar sus «delitos».

Cuando yo entré en España, en 1964, los excesos más sangrientos habían terminado: el régimen había agotado casi toda su sed de sangre y trataba de reinventarse como firme candidato a la OTAN, como el mejor aliado de Estados Unidos en el Mediterráneo. En dos palabras, como «un buen europeo». Ser un joven británico preso y condenado a veinte años de reclusión por un consejo de guerra sumarísimo (a causa de lo que para la mayoría del mundo era un delito «político» y no común) me hizo beneficiarme de la atención de los medios de comunicación internacionales, atraídos de continuo por mi caso debido a manifestaciones y acciones directas habituales, y fui tema de frecuentes editoriales de prensa y cartas al director. Me convertí en un peón del juego diplomático internacional y, por tanto, en un preso privilegiado, apenas testigo, por no hablar de víctima, de los horrores en curso. La construcción de mi personaje y el contexto personal de mi situación hacen que mi propia historia resulte parcial, precisa y relativa. No puedo mostrar el malvado, cruel y sanguinario carácter del régimen de Franco entre 1939 y los primeros años sesenta, pero espero que mis vivencias subjetivas en las cárceles españolas acerquen de alguna manera al lector a las experiencias de otros y, de inmediato, algunos piensen en la lucha de los cientos de miles de personas valientes que combatieron, sufrieron, murieron y perdieron a los suyos en el esfuerzo desinteresado por resistir a esa ideología reaccionaria sostenida por la Iglesia, las armas y las cárceles que fue el franquismo.

I. PUESTA EN ESCENA

—¡¿Dónde está Christie?!

En sueños oía claramente los gritos. Procedían de un imponente guardia civil bigotudo que ahuyentaba de mi sueño a un grupo de chicas guapas llamando a la puerta de mi celda. Me froté los ojos. La puerta de mi cuarto en el *Crouch End* se abrió de golpe y la estancia se llenó de un murmullo de agresivas voces masculinas. Las muchachas de ojos oscuros se habían desvanecido y yo volvía a la realidad.

Estaba fuera de la cama y dentro de mis pantalones antes de darme cuenta de que ninguno de los intrusos llevaba en realidad ni uniforme verde ni tricornio. Me encontraba totalmente despierto: eran personajes de aspecto duro, vestidos de paisano y con gabardina. Todos eran maderos británicos. Era la madrugada del 27 de febrero de 1968, justo cinco meses después de mi regreso a Gran Bretaña tras cumplir tres años de una sentencia de veinte por participar en un intento de la resistencia española para matar al general Franco, uno de los últimos dictadores fascistas.

El oficial del CID (Departamento de Investigación Criminal) a cargo de la incursión se presentó como sargento inspector Ian Ferguson, compatriota escocés, con todo lo que eso comportaba. Venía de la estación central de policía del *West End* con una autorización del juzgado de primera instancia de *Bow Street* para buscar en mi piso, situado al norte de Londres, explosivos, sustancias químicas y armas. Me apetecía decirle que se equivocaba completamente: aquello no era el hotel Cadogan ni yo era Oscar Wilde, pero él tal vez no apreciaría la alusión, así que me reprimí. Había aprendido a no hacerme el listillo con un escocés de gorro puntiagudo, aunque no lo llevase puesto en ese momento.

Una vez en mi piso, procedieron a levantar los suelos, a desmontar la cama y mi preciado grabador de cinta a cinta, a revolver armarios y cajones y a arrojar

todo al suelo. Uno llegó a meter la mano en el retrete. Después sacaron la cama de la pared y miraron en el armario que había detrás.

—¡Christie! —gritaron dos de ellos al unísono—. ¿Qué es esto?

—Panfletos —dije. Ya habían visto pequeños fajos de ellos en los cajones sin hacer comentarios. En limpios paquetes de cincuenta cada uno, atados con elásticos, parecían exactamente lo que eran: inocua propaganda política. Vistos en bloque, varios miles de billetes de dólar producen un efecto impactante en quien los ve. Hasta en mí lo producían, y eso que era yo quien los había imprimido. Tenían aspecto de billetes, pero eran panfletos que había que introducir en la España franquista para las manifestaciones en Madrid y Barcelona el siguiente Primero de Mayo. No eran falsificaciones en ninguno de los sentidos del término. Aunque su forma era la de billetes de dólar, en lugar del «one dollar» la inscripción rezaba «Una vida» —así, en español— sobreimpresionada en rojo junto a las palabras «Primero de mayo». Era dinero de Monopoly de la peor especie.

El sargento estaba obviamente perplejo. Había venido a buscar pistolas y bombas y en vez de eso había caído encima de una red de falsificación de dinero bastante aficionada que ni siquiera sabía escribir «dollar». Me preguntó qué significaba «Una vida» y se lo dije. Entre tanto, los otros maderos volvieron a los cajones para coger los paquetitos que antes habían ignorado con desdén. Los blandían ansiosamente, como si cada uno de ellos fuera un clavo en mi ataúd. «Mire, sargento, aquí hay otro fajo.» «Todos son iguales», dije. Entendí que mi falta de dramatismo les molestaba un poco.

Ferguson llamó a los policías que registraban, abajo, la habitación de mi compañero de piso, Ross Flett, con la misma delicadeza con que sus colegas examinaban la mía. Enseguida apareció una figura mucho más dramática que la del sanguíneo sargento del CID: el reservado, culto y sombrío —alguno diría incluso lúgubre y siniestro— sargento Roy Cremer de la Special Branch [\(1\)](#), «experto» de Scotland Yard en anarquismo. (Era tan experto el sargento Roy Cremer que se puede temer que sus superiores hayan dudado de su lealtad. ¿Pensaron tal vez que nadie llega a comprender lo que no ama? Desde luego,

pasaron años antes de que llegara a inspector, justo antes de que lo trasladaran al MI5, algo que probablemente tendría que agradecerme.)

Cremer era ahora claramente el jefe, aunque, como en ocasiones posteriores, no se le mencionó en el juicio subsiguiente. Pregunté a mis visitantes por qué había sido elegido para un registro de explosivos. Al principio me respondieron que estaba fichado. Les repliqué que «una mierda»: no había sido condenado en mi vida. Yo no contaba con el consejo de guerra español. ¡Estaría bueno! ¿Acaso habrían detenido a los agentes británicos encarcelados por la Gestapo en la Francia ocupada, o a personas que hubieran comparecido ante tribunales rusos o chinos?

El sargento Ferguson dijo entonces que habían colocado un cohete explosivo frente a la embajada griega. El año anterior, antes de mi salida de una cárcel española, una junta militar había tomado el poder en Atenas, imponiéndose por la fuerza de las armas y el apoyo diplomático y militar de Estados Unidos. Ahora alguien les había dejado una maceta con un arbusto a las puertas de una casa cerca de Grosvenor Square. Dentro del tiesto había un cohete con carga explosiva apuntando directo a la ventana del embajador de los coroneles griegos en Londres, situada al otro lado de la calle.

Admití que sonaba razonable, pero mi único intento de tratar con explosivos había sido una chapuza y los expertos me demostraron que yo era un auténtico aficionado en la materia. Cremer no insistió en el tema de la junta griega. En realidad trabajaban con información de un infiltrado franquista en la resistencia anarquista española. Mi amigo y camarada Octavio Alberola, identificado por la Brigada Político Social como el enemigo público número uno de Franco, había sido arrestado y detenido dos semanas antes en Bruselas, durante las negociaciones entre España y la Unión Europea para la entrada del país en el Mercado Común. Octavio había preparado una rueda de prensa para llamar la atención sobre la situación de los presos políticos del franquismo. Cuatro días después, el 3 de marzo, seis explosiones causaron daños en misiones diplomáticas españolas de Londres, La Haya y Turín, así como en la embajada española y en el club de oficiales estadounidense de Londres. Todas esas acciones fueron reivindicadas por el Grupo Primero de Mayo, la organización que en ocasiones anteriores había ametrallado la

embajada estadounidense y los coches privados de dos diplomáticos españoles en la capital británica.

Ahora entendía claramente que para la *Special Branch* de la Policía Metropolitana y el Servicio Secreto del Reino Unido (MI5) yo era el hombre de la resistencia española en Gran Bretaña. Era mejor quitarme de en medio y ¿qué mejor modo de conseguirlo que acusarme de tratar de atentar contra la embajada griega?

Sin embargo, ese día no encontraron en *Crouch End* ni bombas ni armas ni artefactos explosivos, y Cremer, tras su ávida lectura de la prensa ácrata, simpatizaba demasiado con el anarquismo como para fingir que había encontrado alguna prueba —que habría tenido que poner él mismo—. Me pidieron que les acompañara a otra dirección, para la que tenían también orden de registro. No me dijeron dónde era, pero me metieron en el coche (y apilaron mis «Una vida» en el maletero) hasta que acabaron de registrar otras dependencias. Si encontraban algo, seguramente podía considerarme acabado. Había oído de gente inducida al crimen por la policía, pero nunca me habían dicho antes que para ello utilizaran un cochazo Hillman Hunter.

Durante el viaje expliqué que los billetes eran para utilizarlos en una manifestación, pero no en el Reino Unido. No trataban de pasar por moneda legal, y en realidad ni siquiera lo parecían. No pude decirles quién me los había dado ni quién iba a llevarlos a España por miedo a implicar a miembros de la resistencia española. En cualquier caso, hasta el más imbécil se habría dado cuenta de que las frases «una vida» y «primero de mayo» anularían la más remota posibilidad de que esos billetes pasaran por auténticos, incluso si el que los manejaba era un borracho o un lunático.

Pocos días más tarde, después de que el Grupo Primero de Mayo atentase por toda Europa contra objetivos franquistas, estadounidenses (diplomáticos y militares) y de los coroneles griegos, el 3 de marzo de 1968 levantaron la vigilancia establecida a todas horas sobre mi apartamento. Los coches y sus vigilantes desaparecieron de un día para otro. Sin embargo, el asunto no había acabado, de ninguna de las maneras. Enseguida recibí una citación para presentarme en el juzgado de primera instancia de Highgate, acusado de

poseer cuatro mil trozos de papel «impresos con palabras, marcas y emblemas similares a los utilizados en los billetes de un dólar de los Estados Unidos de América, tipificados en la sección 9(z) de la Ley de Falsificación de 1913». Se me conminó a comparecer ante la Corte Central Criminal, el Oíd Bailey, el 1 de mayo de 1968. No es broma. «Pobre de mí», pensé cuando llegaron las citaciones al buzón. Había pasado de terrorista a falsificador y desfigurador de moneda. «Otro lío estupendo.» Calculé cuál sería la máxima pena si me empapelaban. Pensé en agosto de 1964 y me pregunté si los siguientes cuatro años serían igual de dramáticos.

SIN BLANCA DE LONDRES A PARÍS

Era la madrugada del sábado 1 de agosto de 1964. Con unas veinte libras y algunas monedas en mi bolsillo, una mochila a mis espaldas, un kilt doblado cuidadosamente en su solapa superior y las venas bombeando adrenalina, tomé el metro de Notting Hill Gate a Victoria Station y compré un billete de ida para el tren (y el barco) a Calais y París, donde tenía cita con miembros de la clandestinidad anarquista española, el Comité de Defensa Interior. Mi misión, si tenía éxito, llevaría a su término a una de las últimas dictaduras fascistas de Europa, la del general Francisco Franco Bahamonde. Tal y como salieron las cosas, acerté al planear estar fuera cierto tiempo y no comprar el billete de vuelta.

Había visitado brevemente Bruselas y París en mis primeras vacaciones a dedo el año anterior, durante la feria de Glasgow —las tradicionales fiestas veraniegas, en julio, de la clase obrera local—, cuando tenía dieciséis años. Sin embargo, cuando llegué a cubierta y vi la estela horizontal del barco perdiéndose hacia los blancos acantilados de la bahía de Dover sentí una excitación creciente. Viajaba al extranjero en una misión peligrosa.

Cuando mis escasos fondos se convirtieron en poco más de cien francos nuevos en la oficina de cambio del barco, sentí que no había vuelta atrás. Perdí dinero en esta operación. En Calais tomé el tren a París, llegando a la caída de la tarde a la Gare du Nord, cerca del final del bulevar Magenta. Era uno de los días más cálidos del año, y a las seis de la tarde la temperatura seguía siendo de veinticuatro grados.

Apenas se había detenido el tren cuando las puertas se abrieron y descendí con los demás pasajeros al andén. Enseguida llegamos hasta las barreras, donde nos enfrentamos a una masa enfervorecida que esperaba a sus amigos o hacía cola para que un tren les llevara lejos del sofocante calor de la ciudad, hacia el frescor relativo de los valles, bosques y playas franceses. Me dirigí

hacia la arcada neorrománica que comunica con la parada de taxis y la entrada del metro. Me abrumaba el ruidoso barullo, el penetrante aroma a pan recién hecho y el inconfundible olor francés a tabaco negro y café tostado mientras caminaba entre islas de maletas, grupitos familiares charlando a voz en grito y obreros de boina y mono azul que murmuraban para dentro con un grueso cigarrillo de papel de maíz colgando del labio.

Tras recorrer arriba y abajo varios tramos de escalera, largos pasillos con azulejos y consultar mapas con bombillas que se encendían al presionar un botón para indicar la mejor ruta, encontré la línea y la dirección que necesitaba. Eran sólo tres paradas, sin confusas correspondances, hasta Jacques Bonsergent, al otro lado del bulevar Magenta, cerca de la plaza de la República.

En ese mismo bulevar, junto al restaurante de M. Véry, en el número 22, el anarquista francés François Koenigstein, más conocido como Ravachol, fue detenido en 1892 por volar las casas de un juez del Tribunal Supremo francés y del fiscal general de la República. El mismo restaurante se convirtió en blanco de un atentado anarquista con bomba poco después, probablemente por la suposición de que M. Véry tuvo algo que ver con la detención de Ravachol.



Germinal García de vacaciones forzosas en Córcega por la visita de Krushchev (1962)

Emergí del subterráneo, crucé el bulevar con sus ululantes e impacientes corrientes de tráfico hasta la relativa calma de la rue de Lancry y el apartamento de Germinal García, uno de los «pisos frances» de la organización en París.

RUE DE LANCRY NÚMERO 12. PARÍS

La rue de Lancry une las grandes arterias parisinas del bulevar Saint-Martin y el bulevar Magenta con las tranquilas aguas del canal de Saint-Martin, límite líquido entre el burgués Distrito X y el trabajador Distrito XI de Belle-ville.

Paseando por la empedrada rue de Lancry me iba fijando en los números esmaltados en azul y blanco sobre la imponente anchura de los portales, en los bloques de viviendas grises que separaban las pequeñas *épiceries* y panaderías buscando el número 12, la finca en la que vivía Germinal. Encontré la entrada junto a una ruidosa y vieja imprenta.

Atravesé la doble puerta del número 12, como si fuera una fortaleza, hasta la oscuridad medio iluminada de un patio interior, de tamaño similar al de esos corrales de Glasgow en los que pueden entrar un carro y un caballo. A mi izquierda, en el oscuro nicho de su garita, de la que salían un olor a col cocida y la voz de Edith Piaf, se sentaba una portera joven y guapa en pantuflas, haciendo punto, con un bebé a su lado en un cochecito. Alzó la vista en cuanto entré preguntando por «Monsieur García» y señaló bruscamente una estrecha escalera circular al fondo a la derecha, murmurando «premier étage à droite». Descubrí más tarde que tanto la portera como su marido habían conseguido el puesto —y la casa— porque eran miembros de las Juventudes Libertarias y amigos de Germinal.

Trepé por una escalera bamboleante hasta el primer piso y busqué a tientas un interruptor. Lo encontré, pero la luz se apagaba a los pocos segundos. Finalmente descubrí la puerta con el nombre «G. García» grabado en una placa y llamé al timbre. Tras un breve intervalo llegó el sonido de unos pasos arrastrándose y la puerta se abrió para mostrar la figura de un hombre de rostro cuadrado, de unos cuarenta años, en pantalones cortos, con pelo azabache y bigotito fino.

Intrigado por la informalidad de su atuendo y la rigidez de su porte, me presenté en francés, falsamente convencido de hablar el idioma tirando a bien.

—Allô. Je cherche Monsieur García. Vous est luí, non? Je sui Christí. Zut alors!

No sé de dónde me saqué la última expresión; debía de pensar que así terminaban todas las conversaciones en francés, como «corto y cambio». En cualquier caso, sirvió para romper el hielo, y Germinal, pues era él, sonrió de inmediato, extendió sus brazos en un cálido gesto de bienvenida y me llevó adentro.

El piso era pequeño —dormitorio, cocina, baño y salita—, de mobiliario espartano, con altas ventanas, contraventanas de listones y un pequeño balcón. Germinal me condujo a la cocina, donde me hizo sentar, sirvió dos vasos de vino y abrió el frigorífico para sacar todo tipo de gollerías continentales: chorizo, salchichón, huevos cocidos, queso emmenthal y una baguette de una panera. Intercambiamos algunos chistes mutuamente ininteligibles. Yo, con mi confusa gramática, hablaba alto y dolorosamente lento, con un cerrado acento de Glasgow que reflejaba, creía yo, cómo construían sus frases los franceses y españoles. Probablemente albergaba la creencia de que la única diferencia lingüística entre los extranjeros y los anglohablantes era la pronunciación y la velocidad del discurso. El dominio del inglés de Germinal era sólo un ápice mejor que mi conocimiento del francés, y provenía del cine *noir* francés y de las novelas de kiosco.

Mi anfitrión era un anarquista español con una larga historia. Aunque miembro de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) y seguidor ferviente de Defensa Interior, Germinal evitaba implicarse directamente en las actividades armadas de la organización clandestina y mantenía su participación en un nivel estrictamente de apoyo.

Defensa Interior (DI) era una organización de planificación y resistencia puesta en marcha en el congreso de Limoges por el Comité de Defensa de las tres organizaciones del exiliado Movimiento Libertario Español (MLE): el sindicato Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y las Juventudes Libertarias.

Su estrategia era generar reacciones específicas e intencionadas sin causar daños humanos, proporcionando un ejemplo de resistencia a través de la propaganda por el hecho. Sus objetivos a corto plazo eran: recordar al mundo, sin descanso, que la brutal y represiva dictadura de Franco no sólo había sobrevivido a la II Guerra Mundial, sino que florecía ahora gracias al turismo y el apoyo financiero y diplomático de los Estados Unidos; mantener la solidaridad con quienes continuaban luchando dentro de España; polarizar a la opinión pública y centrar la atención en la suerte del creciente número de presos políticos en las cárceles de Franco; obstaculizar las vías diplomáticas y comerciales franquistas; minar su base económica (el turismo); llevar la lucha antifranquista a la esfera internacional, mostrando al mundo que el poder del dictador era contestado y que había una resistencia al régimen dentro y fuera de las fronteras españolas.

El objetivo deseado a largo plazo, dentro del contexto histórico y cultural específico de entonces —la caída de los dictadores latinoamericanos Fulgencio Batista y Rafael Leónidas Trujillo y la agitación obrera y estudiantil dentro de España, interpretable como un clima de preinsurgencia—, era derribar el régimen. El último objetivo era paralelo: matar a Franco, la raíz de veintiocho años de crímenes, miseria y opresión en España, en la creencia de que su eliminación originaría un cambio político beneficioso.

Las armas de DI procedían de los depósitos que los anarquistas españoles conservaron después de la liberación de Europa, cuando esperaban que los Aliados les ayudaran a derribar al dictador. La primera reunión de planificación tuvo lugar en marzo de 1962, y los asistentes eran fundamentalmente delegados de la CNT y la FAI: Germinal Esgleas, Vicente Llansola, Cipriano Mera, Acracio Ruiz, Juan Gimeno y Juan García Oliver. Octavio Alberola era el único representante de la FIJL.

Los ataques simbólicos a objetivos franquistas de DI, radicada en Francia, y los atentados indiscriminados de la OAS ([2](#)), con base en España, contra civiles franceses, exacerbaron la tensión entre Francia y España. Esto llevó a un acuerdo entre expertos en seguridad de ambos países que condujo a la proscripción de la FIJL en Francia y de la OAS en España. A su vez ello produjo una nueva ruptura dentro del MLE: sus burócratas negaron el apoyo

económico y organizativo a la FIJL. A principios de 1963, con la abierta hostilidad de los representantes públicos de la CNT y la FAI en Toulouse, en especial Esgleas y Federica Montseny, García Oliver volvió a México, donde pensaba que podría ser más efectivo, dejando casi todas las operaciones de DI en manos de Cipriano Mera, José Pascual Palacios y Octavio Alberola.

Finalmente, la victoria del ala conservadora de la CNT y la FAI en el congreso de Toulouse en octubre de ese año hizo que DI quedase fuera del MLE. El movimiento se revolvía una vez más contra sí mismo. Aun así, DI se mantuvo nominalmente activa hasta el congreso del MLE de Montpellier en 1965.

Los servicios de seguridad franceses, no obstante, estaban al tanto del papel de Germinal en la red libertaria clandestina. Por ejemplo, ávidos de evitar cualquier problema producido por anarquistas durante la visita del líder soviético Nikita Jruschev a Francia en 1962, la policía del presidente Charles de Gaulle y los servicios de seguridad llamaron a la puerta de Germinal una mañana temprano y le dijeron que hiciera una maleta rápido, pues tenía que dejar el país. Le condujeron a un aeródromo militar en las afueras de París donde habían sido recluidos otros anarquistas franceses y españoles. Después los metieron en un avión militar y los trasladaron a Córcega. El gobierno francés se disculpó con los patronos de los anarquistas, mientras éstos fueron alojados en hoteles de primera durante un mes, con todos los gastos —y todos los sueldos— pagados. Germinal disfrutó enormemente de esas vacaciones gratis.

Yo no era el primer anarquista británico en colaborar con la DI o en alojarme en casa de Germinal. Otros dos activistas, K. M. y B. B., se habían implicado en misiones clandestinas previas en la España de Franco. El domicilio de la rue de Lancry sirvió de piso franco para reuniones de la DI y para incontables militantes anarquistas, fugitivos y partisanos a lo largo de los años, incluyendo al más famoso guerrillero urbano español, Francisco Sabaté Llopart, Quico. Una de las acciones más espectaculares de Quico tuvo lugar en septiembre de 1955 durante una visita de Franco a Barcelona: tomó un taxi y le hizo dar vueltas por la capital catalana lanzando alegremente panfletos contra el régimen a través del techo solar por medio de un mortero situado en el asiento de atrás.

Tras una conversación lentísima y difícil de seguir con unos vasos de vino, fuimos a dar una vuelta por la cercana plaza de la República antes de volver al piso de Germinal. Éste preparó una cama de campaña para mí en la salita y me dejó con mis pensamientos y un profundo sueño nocturno. Antes de darme las buenas noches, Germinal me explicó, mayormente en lenguaje de signos, que ésa era la misma cama en la que había dormido Quico, con la metralleta Thompson a su lado bajo las sábanas.

Desperté a la mañana siguiente, domingo, un tanto amodorrado, con los poco familiares ruidos de la madrugada de París entrando a través de la ventana abierta: los estruendosos bocinazos y gañidos de vehículos no habituales, el cerrar de puertas, fragmentos de agresivas conversaciones a voces en francés y los apetitosos efluvios del pan recién hecho y el café tostado. Germinal llegó con algunas rebanadas y encendió el gas bajo la cafetera octogonal de aluminio mientras yo iba a asearme. El cuarto de baño me sorprendió, porque nunca había oído hablar del bidet, ni mucho menos había visto uno, y no conseguía entender su función.

SUBIENDO A BELLEVILLE

Germinal salió a comprar algo y a telefonear a los camaradas desde una cabina para hacerles saber que yo había llegado y averiguar dónde y cuándo era la cita. Mientras él estaba fuera me entretuve con su colección de discos, poniendo sencillas e inolvidables canciones de Edith Piaf y Jacques Brel en su tocadiscos portátil. La música evocaba la visión en sepia de un París ya inexistente, de bulevares otoñales, cafés y música sentimental de acordeón. Cuando mi anfitrión volvió a casa me sugirió salir a tomar el aire y hacer una visita a la oficina de la Confederación Nacional del Trabajo, el exiliado sindicato anarquista español, en el 24 de la rue Sainte-Marthe, en el vecino barrio de Belleville.

Dada la supuesta naturaleza secreta de mi viaje, su sugerencia me pareció rara, pero asumí que mi anfitrión sabía lo que hacía y que esa visita no pondría en peligro mi misión. No vi nada siniestro en su idea de llevarme a una visita social a la rue Sainte-Marthe, pero de hecho reflejaba la habitual falta de precauciones entre el movimiento exiliado... y mi ingenuidad.

Había un desfile militar a la vuelta de la esquina, en la plaza de la República. Tuvimos que abrirnos paso a través del público y los soldados en uniforme de gala por el bullicioso bulevar Magenta y su continuación por la rue de Lancry hasta las tranquilas aguas y los muelles festoneados de arbustos del canal Saint-Martin. Cruzamos el elegante puente de metal con arcos al estilo japonés y seguimos por la rue de la Grange-aux-Belles, pasada la piedra gris y el suave rosa del ladrillo del hospital dermatológico Saint Louis; después giramos a la derecha por la rue Juliette Dodu, cruzando la avenida Claude Vellefauz hasta la oscura rue Sainte-Marthe.

Belleville y el cercano Ménilmontant eran el corazón del viejo París obrero; el lugar en el que los communards de 1871 habían resistido por última vez a las tropas del gobierno de Versalles. En los bancos del bulevar se sentaban mujeres curtidas y arrugadas con largas faldas, rebecas negras y pañuelos a la cabeza, mirando pensativamente al vacío. El barrio era ahora hogar de judíos

tunecinos, musulmanes argelinos y los restos envejecidos de las bandas de matones apaches y sus mujeres.

RUE SAINTE-MARTHE. 24

Las oficinas de la CNT, parecidas a un taller, se encontraban encima de lo que parecía un salón de baile de barriada. Al carecer de empleados remunerados, raramente abría antes del atardecer los días laborables, pero los fines de semana había gente allí a primera hora de la tarde. El salón, cuyos cuidadores eran una pareja curtida de veteranos de la revolución española, era también lugar de reunión del joven colectivo de propagandistas anarquistas franceses Noir et Rouge y también base de la LEA, la Coordinadora de Estudiantes Anarquistas (que se convertiría en cimiento del Grupo 22 de Marzo, el cual tuvo un papel destacado en los acontecimientos de mayo de 1968).

Mientras caminábamos por la plaza en dirección al destapado local que había servido de centro a los exiliados anarquistas españoles desde la liberación de París en 1944, no me daba cuenta de que un equipo permanente de vigilancia del equivalente francés de la Special Branch, los Renseignements Généraux, me estaba fotografiando desde una ventana próxima.

La operación se había desarrollado al parecer durante años. Federico Arcos, un viejo amigo español, militante de la CNT y la FIJL de 1939 a 1949, me lo dijo muchos años después. Nadie lo sabía entonces, claro está, aunque tal vez, dada la naturaleza de sus actividades de resistencia, deberían haber sospechado algo.

No habituado al protocolo clandestino, me comporté de forma rematadamente ingenua, charlando y haciendo migas con todo el mundo en el local, como si no existieran los infiltrados policiales y nunca se hubiera oído hablar de chivatos en el movimiento. Hay tres tipos de espías: periodistas, funcionarios de la policía o los servicios de seguridad que se infiltran en una organización y los sobornados por la policía para actuar como informantes internos.

Los periodistas de izquierdas y liberales son los mejores y han sido utilizados por los servicios de seguridad e inteligencia durante años. El capital de un

periodista es el intercambio de información, algo que se produce en varios niveles. Pueden dar pistas a la policía sobre un asunto particular, pero guardarse información relevante para sí mismos. Hay honrosas excepciones, pero en conjunto son una pandilla muy poco de fiar, que pesca en las aguas revueltas que ellos mismos remueven cuando necesitan un tema. Son expertos buscadores de hechos y saben estimar el valor de incoherentes fragmentos de cotilleo, siguiendo una pista hasta que tienen datos suficientes para presentar una historia verosímil. Sus reportajes contienen a menudo suficiente información relevante para los servicios de seguridad, ya para poner en marcha una investigación interna, ya para ofrecerla como mercancía a los servicios de inteligencia de un país amigo, que se ocupa de hacer el trabajo sucio: pinchar teléfonos, intervenir el correo y vigilar los movimientos y las redes de apoyo de exiliados con problemas.

Los plumillas se meten con facilidad en cualquier situación sensible con el pretexto de escribir un artículo o de seguir un tema noticiable, y esto les permite hacer preguntas comprometidas. Los periodistas especializados con contactos fiables saben tomar el pulso a lo que pasa dentro de organizaciones o movimientos específicos. Según su sesgo político y su integridad —si puede decirse que un espía tiene integridad—, sus informaciones, al menos en la llamada prensa seria, son normalmente bastante precisas.

Esto contrasta con los informes policiales o de seguridad, que tienden a entender muy poco a —o a simpatizar muy poco con— la gente de la que tratan. Además son poco perspicaces con los matices y las sutilezas de la retórica política, que tienden a tomar literalmente, y adornan sus informes para complacer a sus superiores o patrones, proporcionándoles la información que creen que éstos quieren oír.

Un chivato bien situado, por otra parte, puede haber sido en su momento miembro de un grupo, compartir sus ideas y objetivos, saber de qué va una organización y qué individuos particulares son capaces de según qué cosas.

Un problema con este tipo de chivato es que su sentimiento de culpa por su traición a quienes tal vez siga considerando amigos puede añadir un matiz psicológico al carácter selectivo de su información. Otros hacen cualquier cosa

por pasta o por congraciarse con las autoridades. Y otros se encuentran en una posición en la que es fácil presionarlos... Las ramificaciones y posibilidades son infinitas, y una vez que un chivato ha empezado a dar información tiene que seguir, so pena de enfrentarse a aquellos a quienes ha informado.

EXPLORANDO PARÍS

El día siguiente era lunes 2 de agosto. Me levanté temprano, calenté lo que quedaba del café del día anterior —ya que no pude descubrir cómo funcionaba la cafetera— y me fui por mi cuenta a explorar París. El tráfico mañanero era escaso y las anchas aceras estaban casi vacías, salvo algún ama de casa de regreso con el pan del día, algún barrendero apoyándose pensativo en el mango de su escoba y algunas porteras barriendo la entrada de los patios.

Pasé el día como un turista, vagando y contemplando lugares de interés y en general disfrutando de no tener propósitos en una gran ciudad. Visité el barrio de Notre Dame; exploré las madrigueras de la lie de la Cité, donde se amontonaban los fugitivos del feudalismo dentro de los muros de la ciudad; paseé por los muelles del Sena deteniéndome en los tenderetes de libros y en las filas de cuadros; vagué por la plaza de la República; contemplé el Arco del Triunfo y me senté en la terraza del Café de l'Élysée, a pocos metros del interminable rugido del tráfico que avanzaba sin descanso por la avenida de los Campos Elíseos.

Me tomé una cerveza examinando el caleidoscopio de rostros, murmurando para mí que si un personaje tan inocuo como yo estaba a punto de ir a España a participar en un atentado contra Franco, qué tremendas historias no podría contar cualquiera de esos paseantes tan atareados y decididos.

Esa misma tarde, tres de mis contactos en la FIJL llegaron al piso de Germinal para recogerme y llevarme a un pequeño bistró de Belleville. Uno de ellos era mi contacto principal, Salvador Gurucharri, Salva, a quien había conocido en Londres a principios de ese año.

Salva —hijo de Félix Gurucharri y Mendivil (1898-1962), viejo cenetista navarro que se enroló en la Compañía 361-A del Cuerpo de Pioneros durante la II Guerra Mundial y se instaló en Inglaterra tras ser desmovilizado en 1944— había nacido en Barcelona en 1936 y se trasladó a Londres con su padre a

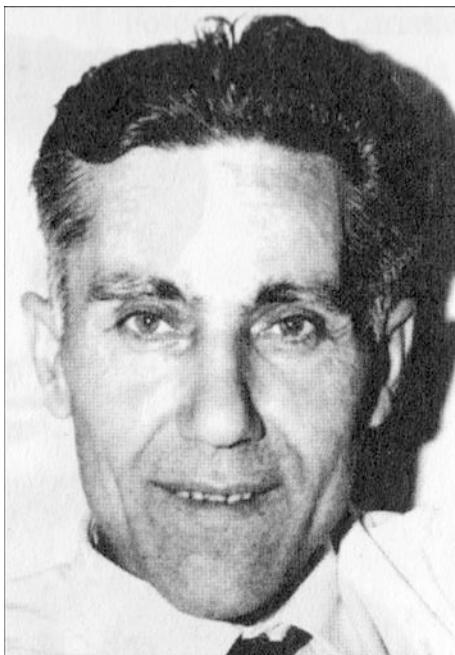
mediados de los cuarenta. Entonces se unió al grupo londinense de la FIJL y la CNT en el exilio, creado allí a mediados de los cincuenta. Era uno de los principales animadores de la sección londinense de las Juventudes Libertarias y pronto estableció estrechos vínculos con otros jóvenes activistas de la organización en Francia. Además de organizar manifestaciones antifranquistas y hacer propaganda, esos jóvenes militantes hacían todo lo que podían por unificar los distintos grupos enfrentados de la CNT en el exilio y se centraban en liberar a España de Franco y el franquismo.

Los jóvenes activistas tejían sus redes sociales y organizativas en los campamentos anarquistas que tenían lugar cada año en diferentes puntos del sur de Francia: Maurellas, Aymare, Remoulins, Istres y Beynac. Los campamentos ofrecían valiosas oportunidades de hacer amigos a activistas de la desperdigada diáspora anarquista española, así como a jóvenes militantes del Reino Unido, Francia, Bélgica e Italia.

Fue en esos campamentos donde Salva, conocido como «el Inglés», y sus camaradas hicieron amistad con Quico Sabaté y los cuatro jóvenes anarquistas que le acompañaron en su malhadada última incursión guerrillera en España: Francisco Conesa Alcaraz, Antonio Miracle Guitart, Rogelio Madrigal Torres y Martín Ruiz Montoya. No obstante, había grandes desacuerdos con la estrategia de Sabaté, indicando que la situación militar y política había cambiado sustancialmente desde la II Guerra Mundial. Pensaban que los días de los maquis que cruzaban a pie la frontera para enfrentarse con las armas a las fuerzas de seguridad de Franco habían terminado; se necesitaba un nuevo enfoque de la resistencia. También creían, ante todo, que si debían abrir un frente libertario «más coherente» dentro del país, la prioridad absoluta era la reunificación de la CNT en el exilio.

Salva fue nombrado secretario del Comité de Relaciones de la FIJL en 1962, cuando se trasladó del norte de Londres a París. También participó en el Comité de Defensa de la CNT y en Defensa Interior, hasta que fue detenido en septiembre de 1963, durante una oleada represiva contra la FIJL en Francia, tras la ejecución de Delgado y Granado. El aparato de acción clandestino quedó intacto tras las detenciones, pero las redadas policiales implicaron a casi un centenar de militantes identificables de la FIJL en diferentes regiones y

obstaculizaron seriamente las actividades de la organización. Sólo treinta militantes fueron encarcelados, incluyendo a Salva. Curiosamente, sólo se detuvo a dos veteranos de la CNT, Cipriano Mera y José Pascual Palacios, ambos de Defensa Interior.



José Pascual Palacios

Los cargos de «conspiración criminal» se levantaron y los pocos anarquistas que quedaban fueron liberados, tras una huelga de hambre y una creciente presión popular, en marzo de 1964. Aun así, los considerados líderes por los gaullistas —como Salva y su compañero de comité Antonio Ros Moreno— fueron sometidos a vigilancia domiciliaria y debían presentarse diariamente en la comisaría central de París para firmar. Salvador y Ros se trasladaron a Bruselas a finales de 1964, donde se les concedió asilo político.

Aparte del aniñado Antonio Ros, que no hablaba inglés, con Salva estaba también Bernardo Imbemón, Nardo, un atildado camarada que trabajaba en Aerolíneas Argentinas y hablaba inglés, aunque no con la fluidez de Salva. Ros y Salva eran miembros del comité nacional de la FIJL y Nardo era secretario general de las federaciones local y regional de la misma. Los tres estaban entre los veintiún anarquistas españoles detenidos en septiembre, y pagaron con cinco meses de detención preventiva su militancia en la FIJL, que fue declarada ilegal en Francia en octubre.

Desde el restaurante nos dirigimos en coche a una reunión en uno de los dos talleres propiedad de Pedro Moñino Zaragoza. Pedro era un zapatero solicitadísimo que ayudaba financieramente a DI. Sus grandes talleres y almacenes cerca de la plaza Denfer-Rochereau, en el Distrito XIV se convirtieron en un refugio discreto para reuniones comprometidas.

Otro de los soportes financieros de DI —aunque siempre a distancia, dada la abierta hostilidad de muchos viejos cenetistas a sus métodos «ilegales» y su extensa red «delictiva»— era el extraordinario y osado Laureano Cerrada Santos. Cerrada, de sesenta y dos años entonces, había sido discípulo del padre de Octavio, José Alberola, y figura principal del sindicato ferroviario de CNT antes de la guerra. En julio de 1936, en Barcelona, desempeñó un papel importante en los ataques al cuartel de Atarazanas y a la Capitanía General, así como en la toma de la estación de Francia para evitar el éxito inicial del alzamiento de Franco. Sin embargo, su principal opción para un lugar en el panteón anarquista fueron sus hazañas en la Resistencia francesa, después de la Guerra Civil. Incansable luchador antinazi, hizo de enlace entre distintos grupos guerrilleros, montó depósitos de armas para el maquis, redes de huida, pisos francos, imprentas de propaganda y documentos falsos, etc. Tras la liberación, Cerrada dedicó sus talentos, su riqueza ilegalmente adquirida y su extensa red clandestina de hoteles, garajes, depósitos de armas e «ilegales» para oponerse al Estado franquista.

Miembro del comité de relaciones de la FAI en 1948, fundó el periódico cenetista *Solidaridad Obrera* e imprimió documentos falsos para compañeros en fuga, así como para los implicados en actividades ilegales. Sin embargo, su talento para las artes gráficas no se limitaba a la falsificación de carnés: fue también uno de los más notables falsificadores de moneda de Francia tras la II Guerra Mundial. Sus actividades se descubrieron en 1951, cuando fue denunciado a la policía francesa por tratar de inundar España de billetes falsos. La hostil cobertura periodística de su «imperio criminal» no sentó muy bien entre los líderes de CNT en el exilio, más puritanos ideológicamente, que sintieron que había comprometido su hasta ahora «amistosa» relación con las autoridades francesas, de cuya benevolencia dependían, y había atraído el «oprobio» sobre la organización.

A su salida de prisión, Cerrada fue rehuido y marginado por muchos antiguos amigos y compañeros en la CNT y la FAI, y hasta fue expulsado del sindicato cuando era secretario general José Peirats, por utilizar «métodos inaceptables». Pese a la expulsión y la enemistad, Cerrada permaneció fiel al movimiento libertario español y puso todos sus recursos a disposición de DI en los años sesenta (muy contra la voluntad de José Pascual Palacios, que detestaba intensamente a Cerrada; de hecho, una de las tareas de Luis Andrés Edo era mantenerlos separados). Laureano Cerrada fue detenido de nuevo en Francia en 1970 y pasó cuatro años en prisión acusado de falsificación. Murió de un disparo en una calle de París en octubre de 1975, ejecutado al estilo gángster por un asesino profesional, Ramón Benicho Canuda (alias Ramón Leriles), que escapó con sospechosa facilidad a Canadá, donde siguió libre y sin cargos bajo protección de la Real Policía Montada. El asesinato de Cerrada puede haber sido resultado de una vendetta criminal, pero también se ha sugerido que Benicho trabajaba para el Grupo Paladín, una de las bandas secretas de pistoleros dirigidas por el jefe de la policía secreta de Franco, el general Eduardo Blanco, reclutada entre fascistas italianos, alemanes y españoles y comandada por un ex coronel de las SS radicado en Madrid, Otto Skorzeny.

Una de las primeras y más imaginativas hazañas de Cerrada, en septiembre de 1948, fue organizar y financiar una trama para asesinar a Franco lanzando bombas desde un avión sobre el yate del dictador en la donostiarra bahía de la Concha durante una regata naval. Cerrada entregó al entonces secretario de la Federación Anarquista Francesa, Georges Fontenis, una maleta con 3.000.000 de francos para comprar el avión. El dinero procedía de los 12.000.000 de francos robados al Crédit Lyonnais en París en 1944. El piloto del avión era Primitivo Pérez Gómez, con el legendario Antonio Ortiz a la metralleta: su tarea consistía en lanzar veinte kilos de bombas a través de un agujero abierto en el suelo. El pequeño avión logró atravesar la frontera y llegó a la bahía, pero por desgracia el plan se vino abajo por la llegada de seis cazas españoles que les obligaron a abortar la misión y volver a territorio francés, haciendo todo el camino casi a nivel del mar.

En el local del zapatero cojo —Moñino— conocí a más figuras importantes de la resistencia antifranquista, veteranos con el glamour de la lucha clandestina y con la Guerra Civil aún a flor de piel, activistas como José Pascual Palacios, miembro de la FIJL, la FAI y la CNT, secretario del grupo de apoyo a los cenetistas presos, Solidaridad Internacional, y coordinador de los grupos de combate rurales y urbanos en Cataluña hasta finales de los cuarenta. Pascual era considerado entonces el enemigo público número uno de Franco.

La persona que me causó mayor impresión fue Cipriano Mera Sans, el semilegendario anarquista que, junto a Buenaventura Durruti y el doctor Isaac Puente, fue miembro del comité revolucionario que declaró el comunismo libertario en 1933, un extenso alzamiento popular tras la victoria de las derechas en las elecciones de noviembre de ese año al parlamento español.

Durante la campaña previa a aquellas elecciones, los anarcosindicalistas de la CNT habían hecho un llamamiento para el boicot con el eslogan «Frente a las urnas, revolución social», anunciando que si ganaban las derechas, la CNT y la FAI se lanzarían a la insurrección.

Fieles a su palabra, los anarquistas «declararon» el comunismo libertario el 8 de diciembre y durante cinco días la vida social y económica de partes sustanciales de Aragón, Navarra y La Rioja se transformó de acuerdo a los principios anarquistas de justicia social. Sin embargo, la revuelta duró poco y fue brutalmente reprimida, dejando 87 muertos, muchos heridos y unas 700 personas encarceladas.

Yo estaba terriblemente nervioso cuando me presentaron a Mera. Aquel hombre de sesenta y cuatro años, de aspecto desarapado, con inteligentes ojos parpadeantes en un rostro nudoso bruñido por la rica experiencia y curtido por años de cárcel y de andamios de París —donde seguía trabajando como albañil— era una auténtica figura histórica; un hombre con un lugar asegurado en el panteón de los luchadores por la libertad. Me era difícil creer que estuviera conociéndole en carne y hueso.

Aparte de sus actividades en la España anterior a la Guerra Civil, Mera había sido uno de los principales defensores de Madrid. En julio de 1936 dirigió los ataques a Campamento, Alcalá de Henares, Guadalajara, Sigüenza y Cuenca, y

el mes siguiente, tras crearse la Columna Del Rosal, comandó el batallón de la CNT en el sector de Buitrago de Lozoya y Arenas de San Pedro, el cual rompió el cordón fascista en Cebreros y llegó a Robledo de Chávila en octubre. También desempeñó un papel crucial en la defensa de Madrid en noviembre de 1936.

Entre sus muchos méritos guerreros, dirigió la XIV División que detuvo el avance fascista en Pingaron y tomó Guadalajara (no fue, como se dijo, el Campesino) y Brihuega (marzo de 1937). Luchó en Alcolea y Brúñete y, en octubre de 1937, tomó el mando del IV Cuerpo del Ejército del Centro con el rango de teniente coronel. Analfabeto hasta los veinte años, Mera terminó la Guerra Civil al mando del IV Cuerpo de Ejército, bajo el coronel López Casado, y fue considerado el jefe militar anarquista más efectivo de la contienda. En los últimos días de la guerra, Mera resistió los planes golpistas del Partido Comunista de España. Asimismo rechazó su ascenso a coronel y la oferta de dirigir el ejército en Extremadura.

Tras retirarse con sus hombres, Mera huyó a Argelia y comenzó su calvario por el norte de África. Encarcelado en Orán, escapó del campo de concentración Morand hacia Marruecos; recaló en Casablanca, esperando un pasaje para América. No obstante, fue detenido en marzo de 1941, entregado a Franco en febrero de 1942 y condenado a muerte el 26 de abril de ese año. La sentencia fue luego commutada por treinta años de prisión. En la cárcel entró en contacto —a través del secretario de la CNT, Amil— con emisarios de los generales Kindelán, Aranda y Beigbeder, que buscaban el apoyo del sindicato para derribar a Franco. Británicos y franceses habían ofrecido ayuda económica, diplomática y militar a esos generales, pero en junio de 1942 los británicos abandonaron la conspiración al darse cuenta de que no era probable que Franco se uniera al Eje o permitiera el paso de tropas alemanas para atacar Gibraltar.

Liberado de la cárcel franquista en 1945, Mera siguió en contacto con los generales hasta que éstos le traicionaron. Logró huir a Francia el 11 de febrero de 1947. Tras la reunificación del Movimiento Libertario Español, fue cooptado como representante de la CNT en el directorio de Defensa Interior, el cual dirigía con Alberola y Juan García Oliver (desde México), aunque eso yo no lo

sabía cuando le conocí en 1964. Fue uno de los anarquistas arrestados en Francia en 1963, confinado «preventivamente» durante cinco meses por su implicación en las actividades clandestinas de DI.

Activista férreo, no era de los que se dejan seducir por el poder, como otros en una posición similar. En sus últimos años contribuyó con la mayor parte de su pensión a sufragar el periódico anarquista Frente Libertario. Siempre dijo que moriría con una paleta en sus manos y trabajó como albañil en Caen y la región parisina hasta la edad de setenta y dos años. Murió en París, a los setenta y ocho, en octubre de 1975.

Aquellos hombres y mujeres no eran fanáticos. Eran gente corriente, racional y digna que vivió deliberada y apasionadamente, con clarividencia y gran capacidad de sacrificio; fueron abandonados por los Aliados en el mundo posfascista de la Guerra Fría y se vieron privados de medios diplomáticos o democráticos para resistir el terrorismo de Estado de Franco. La propaganda —espasmódica y a pequeña escala— fue su única estrategia y su única posibilidad. No buscaban atajos, simplemente no tenían otros instrumentos de cambio.

El poeta anarquista alemán Hans Magnus Enzensberger les retrató con simpatía en *El corto verano de la anarquía: vida y muerte de Buenaventura Durruti*: «No están cansados, ni neuróticos, ni necesitan drogas. No se quejan. No maldicen su suerte. Sus derrotas no les han hecho cínicos. Saben que cometieron errores, pero no intentan sacudírselos de la memoria. Estos hombres viejos y todavía revolucionarios son más fuertes que todo lo que les ocurrió».

Nos trasladamos a un café cercano, donde conocí a Octavio Alberola Surinach, llamado «Juan el Largo» o «el Mexicano». Juan, carismático fundador y coordinador de Defensa Interior, era el hombre en cuyos hombros descansaba la responsabilidad de matar a Franco. Alberola, ingeniero y periodista, tenía treinta y seis años entonces. Originario de Menorca, su familia tuvo que exiliarse a México en 1939. Allí entró en contacto con Fidel Castro, Che Guevara y con varios movimientos antidictatoriales latinoamericanos del momento. Las complicaciones y peligros de la vida clandestina de Alberola en

Europa habían supuesto el regreso forzado a México de su esposa Irene y sus dos hijos.

Mi primera impresión de Alberola fue su parecido con el actor británico de los treinta Basil Rathbone, famoso por su personificación de Sherlock Holmes. Era alto para ser español, cerca de un metro noventa, delgado, con un bigotito fino pegado al labio, rasgos aquilinos y ojos inteligentes y hundidos. Vestía inmaculadamente: zapatos de cuero negro con borlas, traje de franela con pantalones de raya perfecta, camisa blanca y corbata de paramecios. Su pelo azabache era fino, brillante y echado hacia atrás en un alto tupé. El efecto era descaradamente ostentoso.

Continué mi gran vuelta por París los días siguientes, absorbiendo cuantos paisajes, olores, sabores y significados pude. Al atardecer, me reunía con Salva, Nardo y otros compañeros de las FIJL para beber y cenar. Mi último día en París, el jueves 6 de agosto, lo pasé vagando por los grandes bulevares y las intrigantes callejuelas, regresando por la tarde a la me de Lancry para recoger mi mochila y despedirme de Germinal.

EL ALMACÉN DE INTENDENCIA

Todo estaba ya preparado para mi viaje a España. Los explosivos y detonadores sólo esperaban ser recogidos, y ya tenía mi billete reservado en el tren nocturno a Toulouse. Al acabar nuestras cervezas, atravesamos la place d'Italie hasta la rue Bobilot y un callejón estrecho y olvidado con viviendas destaladas.

Tratando de asegurarnos de que no nos seguían, Salva dio unos golpes pactados en la ventana cerrada de un bajo y, cuando se abrió la puerta, entramos a toda prisa en un sombrío corredor. El mobiliario espartano de la habitación indicaba que allí no vivía nadie: era un almacén de intendencia donde podían guardarse con cierto grado de seguridad y facilidad de acceso armas, explosivos, documentos falsos y toda la parafernalia de la clandestinidad.

Ya había tres personas allí. Dos estaban sentadas: Octavio Alberola y Antonio Ros Moreno. El tercero, al que llamaban «el Químico», estaba frente al fregadero, midiendo y pesando productos con guantes de goma. Octavio hizo café y nos sentamos a la mesa a charlar hasta que el Químico tuvo todo preparado.

Tenía sed y fui al fregadero a por agua. Me iba a llevar el vaso a los labios cuando el químico se volvió y vio lo que estaba haciendo. Octavio y él me gritaron que parase, se lanzaron sobre mí y me quitaron el vaso de las manos con cuidado, explicándome que se había usado para medir ácido sulfúrico. Temblando, me eché atrás para apoyarme en el aparador y encender un cigarrillo. Lo cual provocó otra reacción igualmente volcánica del químico, pues, como explicó, el aparador estaba lleno de detonadores y en su parte inferior guardaba productos altamente inflamables. Abochornado por mi error, me retiré a la mesa y fui muy cauto a partir de ese momento, preguntando antes de hacer cualquier movimiento imprevisto.

El Químico colocó en la mesa cinco porciones de lo que parecían grandes barras de tofe escocés casero, unos cuantos tubitos de aluminio, algunos con cables rojos sobresaliendo, cinco botellitas medicinales de 250 ml, de color marrón oscuro, llenas de líquido, cinco tapones de reserva para las mismas y una bolsa de lo que parecía azúcar y era en realidad clorato de potasa.

A través de Salva me explicó que cada porción contenía doscientos gramos de explosivo plástico y que los tubos eran detonadores. Los que tenían cables eran eléctricos y detonaban con pilas, mientras que los sencillos lo hacían por la altísima temperatura producida por la reacción del ácido sulfúrico con una mezcla de clorato de sodio y azúcar. Las botellas contenían ácido sulfúrico y los tapones extra se habían modificado especialmente para cambiarlos por los originales cuando los explosivos estuvieran listos para ser cebados y colocados.

Alberola explicó los detalles de la operación mientras Salva traducía. Mi tarea era entregar los explosivos al contacto junto con una carta, dirigida a mí, que debía recoger en las oficinas de American Express en Madrid y en la que se explicarían los pormenores del asunto.

Recoger esa carta en Madrid demostró ser un fallo garrafal de toda la operación.

La cita debía tener lugar en Madrid, en la plaza de La Moncloa, en la acera opuesta al Ministerio del Aire, en la intersección entre las calles de Meléndez Valdés y Princesa. La hora, entre las siete y las ocho de la tarde, cualquier día entre el 11 y el 14 de agosto. El contacto me identificaría por un pañuelo atado a una de mis manos. Se acercaría y me diría, en español, «¿Qué tal?», a lo que yo respondería «Me duele la mano».

Yo no hablaba español, así que para evitar el incordio de olvidar mis frases y entregar los explosivos al primer español cordial que me encontrara, me las escribieron junto con las instrucciones. Éste fue el segundo gran error. Una vez que el contacto se hubiera identificado correctamente, debía entregarle el paquete con el material, así como la carta, para después marcharme de inmediato y no hablar más con él. Si el contacto decía algo, yo sólo debía responder «Soy alemán» y darle a entender que no hablaba inglés.

Cómo cruzar la frontera era asunto mío. Alberola me dio un sobre con 350 francos nuevos, que era una cantidad respetable entonces, así que podía elegir entre tomar el tren o un avión desde Toulouse. En cualquier caso, me convencí de que el método más seguro era hacer dedo.

Alberola puso una pistola automática en la mesa y me preguntó si quería un arma. Ver la pistola me recordó de repente que aquello no se parecía a entrar en una delegación regional del gobierno británico o en el consulado de un dictador bananero en la seguridad relativa de mi país. Aquello era la vida real, y la muerte —la mía o la de otro— era una posibilidad real. Alberola y Salva me aconsejaron no tomar el arma con el argumento de que si me detenían podía tener la tentación de usarla, lo cual habría sido suicida. Además, si iba desarmado no podrían aplicarme la curiosa ley de fugas española, que permitía a las autoridades disparar a cualquiera con la excusa de «tratar de escapar a la detención». Decidí no cogerla.

Desde el «laboratorio» fuimos en coche al piso de otro compañero, donde cenamos y discutimos los detalles de mi viaje. Se acercaba la hora de mi tren a Toulouse, así que envolví con cuidado los explosivos en mi saco de dormir, hice mi maleta y me llevaron a la estación.

A las diez y media de la noche estábamos en un andén atestado, a punto de subir al tren bajo el enorme techo de cristal de la estación.

II. MÁS ALLÁ DE LOS PIRINEOS

El tren nocturno de la estación de Austerlitz a Toulouse tenía unos dieciséis vagones y estaba repleto de ruido y de gente. Era el final de la primera semana de agosto y parecía que toda la población de París intentaba abordarlo. Dije adiós y estreché las manos de Alberola, Salva y Nardo entre las chirriantes nubes de humo antes de subir al vagón. La escena recordaba a Humphrey Bogart en Casablanca, tratando de llevarse a Ingrid Bergman lejos del viejo continente antes de que llegasen los alemanes.

Abriendome paso por el pasillo encontré un compartimento con espacio para alguien chiquitín en el medio. Musitando disculpas en francés macarrónico, logré encajar la mochila en el portaequipajes, justo encima de un oficial del ejército francés sentado frente a mí, y me acomodé. En unos minutos, entre los rítmicos estallidos de vapor de la locomotora, el tren traqueteó lentamente para emprender el camino al Mediterráneo. Uno a uno fuimos cabeceando hasta dormimos.

El tren llegó a la estación de Toulouse poco antes de amanecer, el viernes 7 de agosto, tras una noche húmeda y desapacible. Seguía cansado, pues apenas había dormitado durante la noche, y me desperté con frecuencia para vigilar la mochila y ver si había alguien sospechoso en el pasillo.

Tras un apresurado café con croissant, tomé el Michelin, un pequeño tren local, que me llevó en el último tramo de mi viaje, pasando por Narbona hasta llegar a Perpiñán, en la costa mediterránea. Allí me preparé para cruzar la frontera. El mejor modo de introducir los explosivos, pensé, era no llevarlos en la mochila —por si la registraba un aduanero puntilloso— sino pegados a mi cuerpo.

En Perpiñán encontré unos baños públicos y alquilé un cubículo. Tras un cálido remojo, salté de la bañera y, todavía desnudo, desempaqueté las porciones de plástico y las pegué a mi cuerpo con esparadrapo y cinta adhesiva. Envolví los detonadores en algodones y los escondí en el forro de mi chaqueta. La bolsa

de clorato de potasa, base de la detonación química, era demasiado voluminosa para esconderla en mi cuerpo, así que la vacié en un paquete de azúcar dejando un poco de azúcar en la parte superior. Guarde este paquete en la mochila.

Hubo un momento tenso cuando la cuidadora de los baños entró sin llamar llevando toallas limpias, tras abrir la puerta del cubículo con sus llaves. Pareció bastante sorprendida a la vista de un joven delgado y todavía humeante, con pelo largo y alborotado, de cuyo pecho y estómago sobresalían algo así como los bultos de una colostomía o cataplasmas de papel marrón. Sin darse cuenta de que estaba en presencia de un kamikaze de Glasgow, murmuró algo en francés, probablemente disculpas por molestar a un joven tan modesto y afligido, y se marchó enseguida cerrando la puerta a toda prisa tras ella.

La única forma de disfrazar ahora mi cuerpo deformado y grumoso era la zamarra de lana que mi abuela me había tejido para protegerme de los fríos vientos del Clydeside. Algo que, está de más decirlo, parecía fuera de lugar en el Mediterráneo en agosto. Con un par de trozos de plástico embutidos en mis calzoncillos hinchándome embarazosamente la taleduilla, y llevando la peluda zamarra en uno de los días más cálidos del verano, parecía el hijo de Quasimodo y Esmeralda.

Así, como «horrible bestia cuya hora al fin llegó» [\(3\)](#) comencé a arrastrarme por los últimos veinte kilómetros hacia las soleadas cimas de los Pirineos Orientales y mi destino: España.

Caminé por las afueras de Perpiñán hasta llegar a un cruce donde había un cartel que señalaba a España. Era una carretera recta y arbolada en la que los coches podían detenerse de forma fácil y segura, y yo podía refugiarme bajo la sombra de un pino. Coloqué mi mochila en la cuneta, con el kilt asomando ostentosamente, y me senté cerca, esperando paciente a la sombra, oculto al rabioso sol de agosto. Era una escena del poema de Robert Frost, *The Road not Taken*.

Tras lo que para mí fueron horas, un coche conducido por un viajante inglés de mediana edad, de Dagenham, se detuvo. Iba de camino a Barcelona. Yo no debería haberme mostrado tan contento: pronto descubrí que su caridad se

debía en buena parte al más puro interés. Cada pocos kilómetros su vieja tartana decía «basta» y yo debía exponerme al esplendor del mediterráneo sol de agosto y empujar el maldito coche cuesta arriba, hasta que arrancaba entre pedorretas. Entre mis vigorosos ejercicios para empujar el coche y el calor sofocante acumulado entre mi cuerpo y la zamarra de la abuela, me manaba sudor de todos los poros, como si fuera una cafetera humana.

Por entonces no se habían inventado el esparadrapo o la cinta adhesiva resistentes al agua, así que los paquetes de celofán se escurrían de mi cuerpo con el sudor que me empapaba y tenía que sujetarlos con los antebrazos.

CRUZANDO LA ALTA FRONTERA

El tráfico era denso cuando llegamos a Le Perthus, junto a la frontera catalana de La Junquera, el paso montañoso más concurrido de España. Tras hacer cola durante una eternidad, con el estómago revuelto, nos convocaron a la rampa de aparcamiento para la revisión aduanera. Tuve que empujar el coche mientras mi compañero guiaba. Apreté el cordón de la zamarra, con el corazón en la boca, mientras dos guardias civiles de cara agria, con uniformes verdegris, subfusiles armados y extraños y brillantes tricornios de charol me miraban suspicaces. Les tendí mi pasaporte sobre el mostrador mientras los aduaneros examinaban el maletero y buscaban detrás de los asientos del coche.



Fotografía del pasaporte de Christie

—¿Por qué viene a España?

—¡Turista! —respondí, esperando que mi acento no lo hiciera sonar como «terrorista».

Un par de ojos negros me miraron con desconfianza, como diciendo: «¿Está seguro?». Finalmente el sello descendió sobre el pasaporte. Un escalofrío de excitación me atravesó cuando los lúgubres guardias nos escoltaron en

nuestro camino al sur a través de los fragantes pinares de montaña y los cultivos en terraza de los Pirineos catalanes. Cerca de aquí, justo un año antes, el último guerrillero anarquista, Ramón Vila Capdevila, Caraquemada, murió en una emboscada de la Guardia Civil, acontecimiento que marcó el final de la Guerra Civil en las montañas.

Las sinuosas carreteras parecían al principio una continuación de Francia, pero comenzamos a sentir una indefinible diferencia en el terreno, monte tras monte, al descender cerros cubiertos de rocas y abetos hasta que al final emergimos al antiguo y cuarteado oro viejo del paisaje español. Hasta la tierra parecía tener otro color. Empezaba a entender la teoría de Luis XIV de que Europa acababa en los Pirineos.

El coche llegó de un tirón desde las chabolas gitanas de Figueras a la plaza principal de Gerona, donde volvió a romperse. Esta vez en la hora punta de lo que aparentaba ser la principal confluencia arterial del norte de España.

Yo intentaba empujar el coche, nervioso y con una sola mano, a través de los semáforos —con una larga cola de conductores insultándome detrás—, cuando sentí que un paquete de plástico estaba a punto de deslizarse de mi zamarra a los pies de un policía armado que dirigía el tráfico y gritaba que nos moviéramos.

En el poco tiempo que llevaba en España no había oído español hablado ni una sola vez: se trataba de un idioma «gritado». Sujetándome el estómago, murmuré una excusa sobre un súbito ataque de diarrea y me fui corriendo hasta el primer lavabo para aliviarme, dejando al conductor que se las arreglara solo.

A la larga logramos salir de allí, y antes de darme cuenta atravesábamos los lamentables alrededores de la Barcelona industrial, con sus tejados rojos.

—Nunca pensé que lo conseguiríamos —dijo mi compañero.

—Yo tampoco —fue mi respuesta.

Nos despedimos y seguimos cada uno nuestro camino.

BARCELONA

Barcelona, rebelde e industriosa, era la ciudad del anarquismo. El gran sindicato libertario, la Confederación Nacional del Trabajo, se fundó allí en 1911. Era también la cuna de la educación laica en España. Francisco Ferrer i Guardia fundó la Escuela Moderna en la capital catalana para educar a los obreros españoles en un ambiente racional, laico y no coercitivo. Eso le hizo muy antipático al régimen reaccionario y clerical, cuyos periódicos le acusaban de las huelgas contra la impopular guerra de Marruecos. También lo demonizaron por la consiguiente insurrección que tuvo lugar en la Semana Trágica de mediados de julio de 1909. Ferrer fue fusilado el 13 de octubre de 1909 y su cuerpo descansa en el cementerio de Montjuich, cerca del castillo en donde murió. Junto a él yacen otros que incurrieron en la enemistad de la Iglesia Católica y las clases dominantes españolas, incluido Buenaventura Durruti, militante anarquista abatido en el frente de Madrid en 1936.

Vagué por las hogarthianas callejuelas de Barcelona durante una hora o así, buscando un alojamiento barato y empapándome de la atmósfera y los sonidos de la ciudad, de su aroma a ozono mediterráneo, tabaco negro, ajo frito entre el humo crepitante del aceite de oliva y alimentos cocinados lentamente, que se mezclaban ocasionalmente con el discordante olor de sumideros y cloacas. Al final encontré un sitio en un edificio de piedra negra, como una fortaleza, en el barrio gótico, cerca de la rambla de Santa Mónica. Era la parte más baja y sórdida, al sur de la larga arteria bulliciosa que conduce del centro de la ciudad a los muelles y el mar. Sus filas de plátanos procuraban sombra punteada a isletas de paseo atestadas de limpiabotas, ruidosos vendedores ambulantes, kioscos coloridos y tenderetes que vendían cualquier cosa, desde flores hasta pájaros enjaulados.

La recepción del hostal era desoladora y hedía a decadencia. Se trataba de una pensión muy básica, pero era barata. Entregué mi pasaporte a la mugrienta recepcionista y me dieron una tarjeta de registro para llenar. La policía las recogía cada noche.

Traté de hacerle entender que quería una habitación con ventana, ya al frente, ya a las traseras de la casa. En vez de eso, una cría, la hija de la patrona, me escoltó hasta una habitación desnuda en el centro del lugar, sin ventanas. Podía estar en Londres, París o Berlín. El único toque español era una imagen de la Virgen María con el Niño sobre la cama.

Aquella habitación-ratonera no hizo nada por calmar mi ansiedad, pero esta vez estaba demasiado cansado para quejarme, así que me quedé con ella. Cerré la puerta detrás de mí, me arrojé en la cama totalmente vestido y eché una cabezada de la que desperté con frecuencia.

Tras media hora de siesta, me desvestí, despegué los explosivos de mi estómago, los metí en mi saco de dormir y me duché. Al vestirme oí que alguien se movía por el pasillo frente a mi puerta. La abrí, nervioso, para descubrir a la niña que me había enseñado la habitación un rato antes. ¿Me había estado espiando por la cerradura? Le grité que se fuera, pero siguió cerca de allí. Tal vez le fascinaba mi pelambrera.

La pensión no servía comidas, así que decidí comer fuera. Al parar en recepción para entregar mi llave, un estadounidense gritón e insistente me oyó hablar inglés con la encargada y se presentó. Mostrando orgulloso sus brazos bronceados, dijo que había venido desde París en un descapotable. No sé cómo, durante la conversación surgió que vivía en Notting Hill Gate y descubrimos que teníamos amigos comunes. Proclamó también, en voz irracionalmente alta, que era anarquista, lo cual me puso más nervioso. Fue a su habitación a buscar a su mujer e insistió en que saliéramos todos juntos a comer.

Mientras manteníamos esta conversación comprometida en recepción, dos tipos siniestros, vestidos de paisano, examinaban los pasaportes, incluyendo el mío, que ahora tenían en sus manos. Al salir me lanzaron una mirada de reojo mientras seguían su discusión con la patrona. Una vez fuera mis nuevos amigos me dijeron que esos hombres eran policías revisando los pasaportes del día. Era el procedimiento normal.

Mis acompañantes me llevaron a un viejo restaurante, Los Caracoles, en el corazón del Barrio Chino, cerca de la Plaza Real, en la calle de Escudellers. En

un rincón, en plena calle, se asaban filas de pollos, crepitando y rezumando en espetones que giraban mecánicamente. La especialidad de la casa eran los caracoles y la bullabesa, pero yo me decanté por pollo y ensalada, regados con sangría.

Mala decisión. Apenas había terminado la comida cuando me sentí atacado por la gastroenteritis, el maldito flujo de la diarrea. Cuando descubrí que el excusado del restaurante era una letrina sin agua excavada en el suelo, me disculpé y salí por piernas hacia la pensión, apretando el esfínter. Me preocupaba saber también si alguien había entrado en mi habitación. La «coincidencia» de encontrar amigos en semejantes circunstancias añadía inquietud a mi vientre suelto.

III. CITA EN MADRID

Las fechas posibles de mi cita en Madrid iban del martes 11 al viernes 14 de agosto. Salí de Barcelona el 10, tomando un taxi hasta el límite de la ciudad, en la Nacional II, la carretera a Madrid.

A la caída de la tarde sólo había conseguido llegar hasta los extraños picos del macizo de Montserrat, plantado detrás de Barcelona. Justo cuando me había decidido a regresar a la capital catalana para ir al aeropuerto, se paró un camión. El conductor me dijo que iba a Madrid, así que alcé con cuidado mi mochila, trepé a la cabina y partimos.

Probablemente estaba paranoico, pero había cosas del camionero que me chocaban por inusuales. ¿No me había parado en una cuesta abajo, cosa que los transportes pesados no suelen hacer? Donde quiera que nos detuviésemos para comer o beber, él insistía en pagar comida, bebida o puros con un grueso fajo de billetes de cien pesetas. Llamadme hipersensible o cínico, pero me inquietaba su generosidad —o mi paranoia— en un país tan empobrecido.

Fueron ocho horas o así de un viaje ardiente, polvoriento e interesante de setecientos kilómetros a través de las llanuras y montañas de Cataluña, Aragón y Castilla hasta Madrid. Aquel paisaje siempre cambiante de horizontes arrebolados, dispersos y abiertos, con oscuras sombras descendiendo de picos y cerros soleados, estaba puntuado de atisbos de pueblos medievales, torres moriscas y las pintorescas poblaciones de Lérida, Fraga, Zaragoza, Calatayud, Guadalajara, Alcalá de Henares y Barajas.

Nos arrastramos por una carretera gris, como de tiza, que zigzagueaba delante de nosotros por la parda llanura castellana, hasta que llegamos a un límpido cielo azul. A nuestro alrededor se abría un panorama pétreo de montañas y mesetas salpicado de peñascos y piedras enormes. Eran terrenos pobretones en los que asomaban viejos árboles chaparros y ennegrecidos. Atravesamos

pueblos blanqueados, de tejados planos, con castillos en ruinas precariamente colgados de las laderas. Mujeres anchas y menudas, vestidas de negro de la cabeza a los pies, llenaban cántaros de agua en la fuente común, lavaban la ropa en los arroyos o guiaban tintineantes rebaños de cabras y ovejas a un lado de la carretera. Viejos curtidos, llenos de arrugas, con boina, jugaban al ajedrez en las aceras o acompañaban cansinos a sus muías seguidos al trote por perros medio sarnosos.

Después de muchas horas, aparecieron en el horizonte los tejados de nuestro destino: Madrid. A medida que nos acercábamos, las cunetas se iban llenando de grandes pancartas y carteles que mostraban la figura de Franco con consignas proclamando «25 años de paz». Era la pax franquista que había reducido España al despótico statu quo del vencedor. Las pancartas, triunfalistas, deberían haber rezado: «25 años de victoria». Se mezclaban con los dramáticos y coloridos carteles que anunciaban corridas pasadas y futuras de matadores como El Litri y El Cordobés. ¡Sangrienta represión, sangriento circo!

Cuando llegamos a los altos y nuevos edificios de Vallecas, en los límites de Madrid, indiqué a mi generoso conductor que me dejase allí. Me miró un tanto extrañado, como diciéndome «¿Estás seguro?», pero cuando insistí accedió y se detuvo. Salté de la cabina y fue como abrir la puerta de un homo: fui engullido por el lacerante sol de mediodía y el calor que subía del asfalto.

Según las estadísticas del gobierno, 1964 fue el año en que España dejó de ser un país agrícola. Vallecas era consecuencia directa de aquella política. En esta barriada terminaban la mayoría de los inmigrantes de las pobres provincias agrícolas del sur, Andalucía y Extremadura. Era un barrio marginal diseñado para mantener a los trabajadores en su sitio. Allí vivían los chabolistas, en barracas levantadas por ellos mismos sin agua corriente ni servicios sanitarios.

La razón para pedir que me dejara allí era que, si alguien me iba siguiendo, lo descubriría enseguida vagando por las calles medio vacías. La zona estaba desierta. Tras caminar unos veinte minutos, logré parar un taxi para dirigirme al centro de Madrid. El taxista me dejó en la Puerta del Sol, centro de la rueda de Madrid y kilómetro cero de España. Compré un plano en un estanco, un

paquete de Celtas y una caja de cerillas de papel encerado. Más tarde encontré una cafetería donde pedí una refrescante cerveza con limón y un bocadillo.

Fue un alivio dejar en el suelo mi mochila y su preocupante contenido. Mantuve la atención en ella, como cuando uno se toca una herida, como los latidos bajo el suelo de El corazón delator de Edgar Allan Poe. Lo que no sabía es que la cafetería, Rolando, era el «local» de la policía secreta española, cuya sede estaba pasada la calle. ETA voló el café diez años más tarde.

El óvalo de la Puerta del Sol estaba dominado por la Dirección General de Seguridad (DGS), dependencia clave del Ministerio de la Gobernación. Fue construido como estafeta de correos en 1768 por el arquitecto francés Jacques Marquet. Como ya he dicho, ahora era el cuartel general de la Brigada de Investigación Social, más conocida como Brigada Político Social (la policía secreta de Franco), y de los Servicios de Seguridad. El edificio es también famoso por su reloj, fabricado en Londres por un relojero español en el siglo XVIII. En la plaza tiene lugar el ritual de las doce uvas cada Nochevieja, una por cada campanada del reloj.

En la DGS había estallado una de las dos bombas de julio del año anterior, lo cual condujo al consejo de guerra sumarísimo y a la ejecución de Delgado y Granado, menos de tres semanas después. La indiferencia del mundo ante su asesinato judicial era la razón que me había traído hasta aquí. Sentía que debía dar algún sentido a sus muertes y a la de incontables personas que habían fallecido o sacrificado su libertad resistiendo a uno de los últimos dictadores fascistas.

Bebí mi cerveza, fascinado con el aspecto de cucaracha de curas y monjas y con la desenvoltura de otros transeúntes, como los hombres afeitados, con traje de algodón y botines abrillantados. Muchos llevaban gafas de sol y la chaqueta sobre los hombros, como una capa. Pese al calor, las mujeres, con ropa de verano de vivos colores, no cubrían su cabeza y mostraban su cabello recién peinado, su rostro largo, pálido, oval, sus grandes ojos negros, su nariz aquilina y su boca color granada. Eran terriblemente guapas.

En contraste absoluto con esta elegancia sofisticada estaban los desechos de la Guerra Civil que peinaban las calles mendigando: hombres sin piernas avanzando gracias a carritos con ruedecillas construidos por ellos mismos, o con una pierna y sostenidos por muletas caseras acolchadas con trapos enrollados; también había enfermos mentales vagando sin objetivo, con ojos muertos y convulsiones frecuentes. Unos mendigaban con dignidad, otros no; su dignidad se había evaporado con el trauma que había cambiado sus vidas a peor. Eran recordatorios vencidos de los «veinticinco años de paz» de Franco.

La Puerta del Sol estaba cerca de mi primer puerto de atraque, la oficina de American Express. En lugar de dirigirme a la estación de tren a buscar una consigna don- di dejar mi mochila, como hubiera hecho un asesino en ciernes sensato, la cargué a mi espalda por la carrera de San Jerónimo hasta la plaza de las Cortes para recoger la carta de mi contacto.

Era la hora de la siesta y la mayoría de los madrileños estaban de vacaciones, comiendo o durmiendo. Las calles se encontraban en silencio y la plaza de las Cortes estaba vacía, aparte de unos pocos hombres leyendo el periódico a la sombra de algún portal.

Al doblar la esquina para entrar en la oficina de American Express, me fijé en seguida en tres hombres bien vestidos, de labios finos y gafas de sol de pasta, que murmuraban entre sí a la entrada. Sus impecables chaquetas estaban abotonadas. Mis destrozados nervios temblaron en un instante de sospecha. Sentí instintivamente, por la forma en que me miraron, que eran policías. Si era así, ¿era yo su presa? En tal caso, ¿cuándo se descubrirían? ¿Podría escabullirme?

Me relajé. Era otra vez la paranoia, pensé. Nada demostraba que me hubiesen cazado, pero un sentido innato del peligro murmuraba advertencias en mi oído. Me obligué a seguir, repitiéndome en silencio: «No te asistes». No había llegado hasta allí para abandonar la misión en lo que podía ser una coronada irracional, pero sentía una creciente premonición de desastre. Tonto de mí.

Pasé junto al grupo y crucé el umbral. No lo sabía entonces, pero debía cruzar otro umbral, metafórico, del que no había vuelta atrás. Pregunté por la ventanilla de cartas, me la señalaron al extremo de la estancia en forma de

«L». Tendí mi pasaporte al empleado y pregunté si había alguna carta para mí. En ese mismo momento percibí, por el rabillo del ojo, a dos hombres sentados en un apartado a mi derecha hablando con una mujer. Enseguida supe que eran policías. Había caído en una trampa.

Luché por controlar el miedo, pero era difícil. La sangre y la linfa desertaron de mi cara y mi tronco, mi estómago se revolvió. Algo iba mal. El supervisor se acercó a la chica que tenía mi pasaporte y había encontrado la carta. Estaba atada con lo que parecía una cinta rosa. Ella la miró: la cinta tenía un sello de ese mismo día, 11 de agosto. El supervisor entregó a la chica la cinta indicando que se la diera a los dos hombres. El supervisor me entregó entonces carta y pasaporte. Me di la vuelta y vi a los dos hombres saliendo aprisa, con la cinta rosa en la mano.

Mi diafragma se encogió aún más y mi corazón latió como un tambor. Todos mis sentidos se agudizaron de pronto mientras trataba de ordenar los muchos pensamientos que se agolpaban en mi cabeza. ¿Cómo lo sabían? ¿Cuánto sabían? ¿Me detendrían allí o esperarían a que viera a mi contacto? Si sabían lo de la carta de AmEx, seguro que también conocían lo de mi cita.

Pese a la tormenta interna de emociones, me sentí curiosamente despreocupado tras respirar hondo y dirigirme a la salida, tratando de mantener la cara inexpresiva. Armado de toda la seguridad que pude, hice una parada en la puerta de la oficina. Allí estaban, junto a otros hombres. Más tarde sabría quiénes eran: los inspectores jefes Gonzalo Toledo Julián y Juan García Gelabert y los inspectores Juan Antonio Manzano Hernández, Manuel Ángel Puell Espino y Enrique González Herrera. Conversaban animados hasta que yo llegué. Se callaron durante un segundo, se volvieron unos a otros y siguieron hablando. Aunque sólo uno me miraba directamente, era consciente de la vigilancia de los demás.

Un instinto autodestructivo me puso en contacto visual con el gordo bajito que me había precedido en la salida, García Gelabert. Tenía el rostro redondo y descarado, el pelo negro muy engominado y un bigote cuidadosamente recortado. Supongo que esperaba adoptar el aire despreocupado de un turista muy viajado que acaba de hacer efectivos sus cheques de viaje y pasa junto a

un grupo de holgazanes. Con la chaqueta sobre el brazo tapé la mano con la carta arrugada, de la que esperaba deshacerme a la primera oportunidad, pero también me di cuenta de que podía dar la impresión de ir armado con una pistola.

El nudo de policías secretos me siguió por la calle, siempre discutiendo entre ellos. Esperaba que mi detención no fuera inminente y pensaba que aún había posibilidad de escapar. Paseando tan lento como podía por la carrera de San Jerónimo, de vuelta a la Puerta del Sol, me paré a mirar todos los escaparates que encontré, como si buscara algo. En realidad observaba los reflejos para estudiar la distancia entre mis seguidores y yo.

La excitación y el miedo aguzaron mis sentidos y ahora estaba pendiente de todo lo que había a mi alrededor mientras mi cerebro trataba de descubrir y evaluar cualquier posibilidad de huida. Me habían dado unos veinte metros de ventaja antes de comenzar a seguirme. Un taxi vacío se detuvo a mi lado, el conductor parecía invitarme a subir en él. Supe por intuición que era un policía camuflado y sonréí para mis adentros —chico listo—. O me habían tomado por un pardillo o habían visto muchas películas de gangsters. Yo mismo había visto bastantes y no iba a caer en ésa. Seguí caminando, como el Viejo Marinero de Coleridge:

Como quien transita un camino solitario con miedo y espanto, y
habiéndose vuelto una vez, sigue adelante sin mirar atrás porque
sabe que un demonio horrible avanza detrás de él.

Aquellos hombres caminaban tras de mí en una calle totalmente vacía con la parsimonia de los hermanos Earp en Tombstone. Pensé: ¿va a ser la repetición de Duelo de titanes? Como el desafortunado Billy Clanton, anhelaba poder dejar la ciudad. ¡Pronto!

Para entonces ya estaba en la esquina de Cedaceros, una calle bulliciosa que daba directamente a la de Alcalá. Me preparaba para escabullirme entre el gentío cuando, de pronto, me agarraron ambos brazos, se me escurrió la chaqueta, mi cara se estrelló contra la pared y un cañón se incrustó en mi región lumbar. Traté de volver la cabeza, pero estaba esposado antes de acabar de darme cuenta de lo que había pasado. Los agentes me rodearon por

todas partes exhibiendo sus pistolas. Me hicieron abrir bien las piernas y me apretaban contra la pared mientras me cacheaban.

Pese a que un sentimiento de absoluta indefensión había caído sobre mí, di rienda suelta, pomposo, a toda la indignación y la saliva de las que disponía en esas circunstancias. Con una sonrisa simpática y croando como una rana, pregunté al gordito, García Gelabert, el oficial que me arrestaba, por qué a mí, respetable ciudadano británico, me estaban tratando como a un criminal.

—¿Tienen alguna identificación? —le pregunté débilmente.

—No necesitamos identificación —replicó fríamente en inglés—. Tenemos que hacerle algunas preguntas en la DGS.

—¿Por qué? —exclamé tratando de controlar el miedo que temblaba en mi cara y en el desaliento en mi voz—. ¿Pasa algo con mi pasaporte?

—No —dijo—, pero tú eres un anarquista de Juventudes Libertarias.

Pegó su cara a la mía, la echó atrás e, inesperadamente, me golpeó en un lado de la cabeza.

—Has venido a matar españoles. Vamos a hablar de eso cuando estemos en la DGS.

Mi mente conjuró la imagen y las palabras inolvidables de Ming el Despiadado a Flash Gordon: «Para ti el fin ya ha acabado».

La palabra «anarquista» me recordó algo. El programa de BBC-2 *The Question Why* había reunido a un grupo de anarquistas —entre los que estaba yo—, moderados por Malcolm Muggeridge, e iba a emitirse en la televisión británica durante las dos semanas siguientes. Recordé mi respuesta cuando Muggeridge me preguntó si realmente asesinaría a Franco si tuviera oportunidad. Aquí estaba, en Madrid, con ese objetivo precisamente, con explosivos... y detenido.

IV. MALA UVA EN LA PUERTA DEL SOL

Me empujaron a través de la muchedumbre y me arrojaron sin ceremonias al asiento trasero del taxi que había evitado antes. Era, como sospechaba, un coche de policía camuflado. García Gelabert se sentó delante con el conductor. Mi mente zumbaba: parecían saber un montón sobre mí, mi nombre y mis ideas políticas... Desde luego, tenían mi pasaporte, pero ¿cómo habían sabido lo de la carta? Lo único que podía hacer era ganar tiempo y tratar de prepararme psicológicamente para lo que me tuvieran reservado. Tarde o temprano tendría que decir algo. ¿Qué? ¿Iba a ser fácil mezclar mi ficción con la realidad? ¿Sería capaz de afrontar este momento de mi vida, grande y difícil, como mis antepasados de la Covenant [\(4\)](#), con gesto noble y desafiante? Lo dudaba.

El coche avanzó unos cientos de metros en completo silencio, y alcanzamos nuestro destino en pocos minutos. Entramos por el inocuo arco de un pasaje trasero del edificio por donde salimos a un amplio patio central. Menos de una hora antes estaba disfrutando de una cerveza y un pitillo mirando el mundo pasar. Ahora ya no era un simple turista contemplando lo que era, metafóricamente, el edificio principal y dominante del centro geográfico y político de España. Se decía que desde la DGS la policía secreta de Franco podía ver los Pirineos, Gibraltar y, al parecer, Notting Hill Gate.

Ahora estaba en el interior, prisionero de la poderosa y omnipotente policía secreta de Franco, en su sede central de detención e interrogatorio, en la Dirección General de Seguridad, la Lubyanka española. Pese a la apariencia de control por parte del Ministerio de la Gobernación, la Brigada Político Social operaba en realidad bajo jurisdicción militar. Eso significaba que no estaba supervisada ni tenía que rendir cuentas de sus actividades a nadie. En una visita oficial a España en octubre de 1940, el SS reichsführer Heinrich Himmler aconsejó a Serrano Súñer y a Franco la creación de un cuerpo secreto de policía que les permitiera contener a sus enemigos políticos y consolidar y reforzar su base de poder. Himmler envió a España al comandante Paul

Winzer, su principal oficial de la Gestapo, y a un equipo de consejeros para entrenar a la nueva organización. Según Édouard de Blaye, corresponsal en España de la agencia France Presse en los primeros años sesenta, la BPS contaba con cerca de 8.500 inspectores y superintendentes por entonces, todos los cuales actuaban de paisano.

Empujado por detrás y arrastrado por delante, me sacaron del taxi. Miré al cielo por —eso creía— última vez y los tres pisos de ventanas con barrotes que miraban al interior del patio. Siempre esposado, me arrojaron por una puerta custodiada por dos policías armados, uniformados e impasibles, y me escoltaron, en silencio pero con determinación, por tramos de escalera y pasillos sinuosos hasta la sala de operaciones de la Brigada Regional de Investigación Social de la Jefatura Superior de Policía.

La atmósfera era clínica. Me recordaba a un hospital o a una clínica dental. Mientras atravesábamos pasillos muy iluminados pasamos junto a pequeñas estancias de «consulta» con las puertas abiertas o con ventanas reforzadas, a través de las cuales pude vislumbrar a gente sentada en una mesa frente a hombres pulcramente vestidos, con camisas de impoluta blancura y trajes de corte impecable. A algunos les gritaban y otro estaba recibiendo una paliza de lado a lado del cuarto. Podía oír el altísimo sonido de las voces. Una de ellas me pareció estadounidense y me pregunté si habrían detenido a la pareja de la pensión de Barcelona, pero nadie se refirió a ellos.

MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

Esos sonidos e imágenes quedaron grabados en mi mente mientras me conducían a mi némesis. Llegamos a una habitación hiperiluminada al final de una enorme estancia abierta, pintada en beige, que ocupaba todo el piso superior. Una ventana daba a la ruidosa Puerta del Sol; la otra se abría sobre el patio. Era extraño oír los ruidos normales de la ciudad colándose por las ventanas abiertas mientras yo habitaba un universo paralelo.

Hombres y mujeres policía de paisano se juntaban en pequeños grupos o se sentaban a las mesas que dividían el espacio en intervalos regulares. Me arrastraron entre ellos: algunos miraban al vacío, otros se mostraban curiosos, y otros más agresivos. Había ficheros grises a lo largo de una de las paredes. Sobre ellos yacían montones de carpetas, papeles y libros polvorrientos y desechados.

El espacio era mucho mayor que cualquier otro que hubiésemos atravesado. En una esquina había un cuarto más pequeño con otra mesa y sillas de tubo. En la pared opuesta se abrían a otras dependencias dos amplias ventanas rectangulares. Resultaron ser espejos camuflados por los que se podía observar a los sospechosos durante los interrogatorios.

Me echaron encima de una silla mientras los inspectores vaciaban el contenido de mis bolsillos: algunas pesetas, francos franceses, un pañuelo usado, un paquete de tabaco y una caja de cerillas. Gelabert se sentó en su mesa y se dirigió a mí en intachable inglés.

—Vaya, vaya, señor Christie. ¿Qué tenemos aquí?

Vaciaron el contenido de mi mochila sobre el suelo y empezaron a examinarlo. Primero descubrieron la bolsa con la mezcla de clorato de potasa y azúcar. Gelabert lo probó con el dedo e hizo un gesto.

—¿Qué es esto? —preguntó en inglés—. No es azúcar.

Respondí débilmente que lo había comprado en Francia pero aún no lo había usado, pese al hecho de que el paquete estuviera abierto.

En la mochila había dos libros que había comprado en París. Uno de ellos, el Cándido de Voltaire, lo confiscaron triunfalmente, puede que suponiendo que también era explosivo a su manera. El otro me lo dejaron: era la edición de Olympia Press de Justine, del marqués de Sade.

Se había corrido el rumor de mi arresto y la estancia exterior se estaba llenando de curiosos y mirones, algunos en uniforme, aunque la mayoría de paisano, todos esforzándose para ver al terrorista extranjero en carne y hueso. Debía de haber unos quince o veinte rondando antes de que un hombre alto entrara en el lugar y les ordenara salir. Era un poco cheposo y su rostro podía haber sido pintado por Velázquez. Intuí por cómo se comportaban todos ante él que era el comisario jefe de la BPS, Saturnino Yagüe González, el funcionario a cargo de mi caso.

Era un hombre alto, un grande de España de mediana edad con el aire de quien espera ser obedecido; autoritario, de compleción cetrina y con el pelo moteado de canas. Se quitó su chaqueta de buen corte y se sentó a la mesa frente a mí, sacó la pistola automática de la funda de su hombro y la puso en la mesa, entre nosotros dos, mientras procedía a arremangarse. El tambor del arma me apuntaba ominosamente. Me pareció que me estaba desafiando a cogerla. No dijo nada, pero sus ojos eran dardos que iban sin parar de los agentes que registraban mi mochila a mí.

Finalmente los que registraban llegaron al saco de dormir. Me había resignado al hecho de que la hora de la verdad se acercaba y que las preguntas serias empezarían pronto. Tenía que salir con algo convincente. Como dicen en Glasgow, «Ma heid wis sair», me dolía la cabeza al tratar de seguir la pista de cualquier historia, verosímil o no, que me hubiera venido a la mente. Desde mi detención había sufrido un impacto emocional y me estrujaba los sesos buscando algo creíble, tratando de concentrarme en lo que iba a decir. Me llenaba una extraña mezcla de presentimiento y resignación. Incapaz de prever lo que iba a pasar después, sólo me quedaba esperar en medio de la mayor turbación.

Sabían mucho más sobre mí que yo sobre ellos. Sabían que iba a recoger la carta, lo cual significaba que, probablemente, también sabían que llevaba explosivos. Estaba claro que tenía que recomponer mi historia con lo que seguramente ya sabían, pero era algo de lo que yo no tenía ni la menor idea. Tenía que aderezarlo con la verdad tanto como pudiera y al tiempo minimizar lo mucho que revelaba de mí mismo y lo poco que sabía de la organización. Si hubiera sido mayor y más sabio no habría dicho nada.

Mi cutre saco naranja estaba sobre el suelo en toda su extensión mientras lo exploraban con los dedos. Al pie del mismo descubrieron la silueta de los paquetes incriminadores y los trajeron triunfales. Los desenvolvieron y pusieron sobre la mesa, frente a mí, los cinco paquetes de doscientos gramos de explosivo plástico. Todos los ojos se volvieron hacia mí. Intenté disimular con una mirada tipo «¿Qué demonios es eso y qué hace en mi saco de dormir?». No funcionó.

Dos agentes empezaron entonces la rutina del «poli malo» y el «poli peor». Una versión curiosa, pues yo pensaba que al menos uno de ellos tendría que ser el «poli bueno». Me arrancaban mechones de cabello y me empujaban hacia atrás hasta que la silla se balanceaba sobre sus patas traseras en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Uno me mantenía en esa posición mientras el otro me cruzaba la cara.

Los rostros se cerraban en torno a mí gritando amenazadoras, en español y en inglés, que yo era un anarquista venido para matar y lisiar al feliz y pacífico pueblo de España. Representaban una escena. Yo me sentía inseguro y desorientado en un ambiente francamente hostil, viéndomelas con agresivos policías secretos, con amenazas explícitas de recibir golpes peores y amenazas implícitas de sufrir auténtica tortura a manos de interrogadores brutales.

Tras unos pocos minutos de tratamiento rudo, el jefe de la BPS, el comisario general Eduardo Blanco, entró en el cuarto. Probablemente había estado viéndolo todo desde detrás de uno de los espejos. Los otros se levantaron de improviso, pero le saludaron casi casualmente. Se sentó a la mesa junto a Saturnino Yagüe, el comisario jefe. Parecía contento de sí mismo, su sonrisa exudaba un gozo sensual de poder. Sabía que mi arresto le había ganado unos

cuantos puntos. De hecho, poco después ascendió a la cima de la DGS con rango de general.

Blanco era un hombrecillo pulcro con labios finos y exangües, cabello gris, cara anémica con papada y ojos adormilados que brillaban como los de una serpiente tras sus gruesas gafas amarillentas. Tenía una notable semejanza con Franco. Todos la tenían. Era más Goya que El Greco, con el aire de quien está acostumbrado a ejercer el poder absoluto tanto sobre sus subordinados como sobre sus prisioneros. Con una cabezada, Blanco se presentó a sí mismo y a su colega. Su voz graznaba como un gozne sin engrasar y al hablar adelantaba la cabeza como un pájaro inquisitivo. Su rostro era una máscara inescrutable.

Blanco no me resultó demoníaco. No era ni Beria ni Himmler, más bien Joseph Fouché, el siniestro ministro de Policía de Napoleón. Su cuerpo de seguridad era brutal e impune pero, al contrario que la NKVD, la KGB o la Gestapo, no tenía, o al menos no ejercía por entonces, el poder de detener y mantener prisioneros indefinidamente o el de hacer «desaparecen» a las personas. Estos poderes, y aún peores, se los dejaba a sus lacayos: empresas paralelas de «seguridad» comercial, no confirmadas y «seguramente inexistentes», como el Grupo Paladín de Otto Skorzeny, con base en Madrid.

Blanco era una fuerza importante en la toma de decisiones de la estructura de poder española. La DGS era la piedra angular de la ley y el orden franquistas: su cometido era «frustrar cualquier conjura, descubrir cualquier conspiración, contener cualquier sedición, iluminar cualquier intriga»... y preservar el *status quo* franquista.

Era el primer día de mi aprendizaje de las técnicas de interrogatorio de la dictadura española, y me iban a dar una clase magistral sobre el tema los descendientes del Santo Oficio de la Inquisición. Fueron Eymerico, gran inquisidor de Aragón, autor del *Directorium*, con sus cinco «pasos» de preparación antes de la tortura real, y el monje dominico fray Tomás de Torquemada, en sus «Artículos de la Inquisición», quienes desarrollaron la despiadada tarea de su santo oficio hasta la perfección, casi una obra de arte.

Blanco y Yagüe eran profesionales de la policía secreta. No hubo ninguna agresión clara en esta primera confrontación; eso se lo dejaban a sus peones.

Ambos se dirigían a mí como «Stuart». Yagüe, cuyo inglés era bueno, comenzó preguntando qué tenía planeado hacer con el plástico, ahora en la mesa, frente a nosotros, como tabletas del tofe de la abuela.

Me encontraba ante un dilema. Tarde o temprano hablaría. Los gestos heroicos de desafío parecían inapropiados. ¿Iba a decir la verdad, al menos sobre aquello que no podía negar? ¿Iba a callar o soltaría lo que a mí me pareciera una historia plausible? Me habían dado una pequeñísima muestra de lo que me esperaba si permanecía en silencio. Tanto decir la verdad como seguir mudo parecían posiciones contraproducentes, dada la evidencia que había frente a mis ojos. También existía la posibilidad de que esto les permitiera incriminarme, como a Delgado y Granado, en otras explosiones recientes ocurridas en Madrid.

La BPS tenía los explosivos y además la carta acusadora recogida en la oficina de American Express. No estaba seguro, pero podía presumir que contenía los detalles del plan de atentado contra Franco, además de la nota con direcciones, fechas y horas, y el código con el que reconocer a mi contacto en la cita.

Estaba claro que mi detención no había sido cuestión de azar o de «alguien que dijera mentiras sobre mí», como en el caso de Joseph K en *El proceso* de Kafka. La mentira verosímil parecía la mejor opción. Todos los pensamientos sueltos que me habían correteado por la cabeza durante la última hora encajaron de pronto en el marco de una historia. Esto es lo que conté:

Yo era miembro de las juventudes del Partido Laborista en Glasgow. Mencioné a un profesor amigo, David, que me trasladó a Londres y al que le pregunté si podía recomendarme algún sitio para quedarme mientras encontraba trabajo. David me dio la dirección de una mujer que conocía en Notting Hill Gate y que podría acogerme, Margaret Hart. Más tarde, cuando le dije a Margaret que me iba a París, ella me dio la dirección de un tal Germinal García, en cuya casa pasé tres noches. Él a su vez me presentó a otro hombre que me pidió que entregara en Madrid un paquete con propaganda antifranquista, a cambio de lo cual recibí 350 francos nuevos. Les dije que había hecho dedo de París a Perpiñán, y que había llegado a España el 8 de agosto. Sólo al llegar a

Barcelona me di cuenta de que el paquete contenía explosivos, lo cual me puso en una situación insostenible. Podía deshacerme del muerto y volver a Gran Bretaña, pero cualquier transeúnte podía dar con los explosivos y tener un fatal accidente. Entregar los explosivos a la policía era otra posibilidad, pero eso me habría supuesto un montón de trámites complicados y, probablemente, que no me creyeran. La otra opción era entregarlos y salir del país de inmediato. Decidí seguir camino a Madrid.

Blanco y Yagüe eran artistas y científicos de las técnicas de interrogatorio. Comprendían la psicología, la fisiología y la naturaleza humanas. Me miraban de cerca, observando cada movimiento y cada reacción. Escuchaban atentos al principio y sin tomar notas ni hacer comentarios o preguntas, salvo cuando me extraviaba, me confundía o perdía el hilo de mis pensamientos y empezaba a farfullar. Entonces Yagüe me hacía retroceder preguntándome qué hice después o por qué hice tal o cual cosa.

Ésa era la parte fácil. Tras contar mi historia con todos los meandros en que me había metido al irla inventando, me dieron un café y un cigarrillo. Entonces viraron a un tipo de interrogatorio más serio. Blanco ordenó que salieran todos de la oficina, aparte de los hombres que registraban mis pertenencias en el suelo.

Volvieron a mi historia, punto por punto, esta vez tomando notas y preguntando lo mismo una y otra vez. Lo que más me desconcertaba era que nunca ponían en duda mi relato de los hechos ni me hacían ver sus espacios vacíos y sus contradicciones. Mi memoria era un cubo de basura de detalles inconsecuentes y mal recordados, pero daba la sensación de que ellos sabían lo que era real y lo que era ficticio. Sus preguntas implicaban que lo conocían todo sobre mi misión: cómo me habían reclutado, dónde me habían dado los explosivos y todos los movimientos anteriores a mi detención. El interrogatorio parecía un mero formalismo. El hechizo de su infalibilidad se rompió cuando Yagüe dijo que me habían entrenado en «una escuela terrorista cercana a Toulouse», una ciudad por la que había pasado brevemente y sin detenerme. De todos modos, seguía sin saber cuánto conocían realmente.

Cuando estaba pillándole el tranquillo a mi historia, convenciéndome a mí mismo en el proceso, se oyeron detrás de mí unas respiraciones agudas. Los policías habían rasgado el forro de mi chaqueta de pana descubriendo los detonadores junto a las instrucciones y direcciones de la cita en Madrid. Blanco no mostró la menor comprensión:

—Éste es un asunto muy serio, ¿sabe? —claro que lo sabía.

Lo que yo había hecho, me dijo, la ley española lo denominaba «bandidaje y terrorismo», un cargo que caía bajo jurisdicción militar y de inmediato significaba la pena de muerte por garrote vil.

—No piense que el gobierno británico le va a proteger —sermoneó—. Tenemos muchísima información sobre usted de la Special Branch de Scotland Yard, así como de su propia gente en Francia y Gran Bretaña. Esperábamos su llegada desde las nueve de la mañana de ayer. Sabemos, por ejemplo, que su operación tiene previsto coincidir con el aniversario de las ejecuciones de Delgado y Granado. Usted no sabe que tenemos agentes en el núcleo de su organización. Sabemos todo lo que pasa. Nuestra maquinaria es tan eficiente, tanto aquí como en el extranjero, incluido Londres, que todo el que se mueve paga su precio. A veces ni nos preocupamos por los tribunales, no sé si me entiende.

Le entendía demasiado bien.

Los anarquistas, me dijo con rechazo, estaban mal organizados. No comprendían el concepto de seguridad y se les vigilaba fácilmente; eran demasiado abiertos para que funcionara nada de lo que planeaban. ¿Qué podía decir? Tenía que darle la razón. Algunos se acomodaban al desencanto. La mayoría de los anarquistas que conozco, yo incluido, no. Empezaba a entender lo empinada que iba a ser la cuesta de mi aprendizaje.

Blanco sacó entonces un álbum de un cajón de la mesa del que extrajo una fotografía mía abandonando el Speaker's Corner de Hyde Park con dos exiliados españoles, Acracio Ruiz y Bernardo Gurucharri, el hermano de Salva.

—Ya ve —dijo Yagüe—: Su policía no comparte con usted su visión de España —sonrió—. Sabíamos de usted en Londres y le hemos vigilado desde que entró

en España. Ésta fue tomada en Hyde Park, su templo de la libertad de expresión. Se le ve muy amistoso con dos españoles bien conocidos por la policía británica y por nosotros como alborotadores.

Sacó más instantáneas de Octavio Alberola, Joaquín Delgado y Francisco Abarca y preguntó si conocía a alguno de esos hombres. En particular a Alberola, a quien se refería como «el Mexicano» o «Juan el Largo». Dije que nunca había visto a ninguno de ellos. Parecían las fotos personales de alguien. Me pregunté de dónde salían, si se las habían encontrado a los anarquistas ejecutados, Delgado y Granado, cuando les detuvieron en julio del año anterior. Quizá provenían del maletín del agente de policía franquista Jacinto Ángel Guerrero Lucas, oportunamente robada del coche de Alberola en junio de 1962.

Conocido como «el Peque», Jacinto («Ángel») Guerrero Lucas estableció conexión con los anarquistas en el barrio del Puente de Vallecas, en Madrid, en 1960. Le pusieron en contacto con Cipriano Mera, que le introdujo en las Juventudes Libertarias. Asistió al pleno de la organización en Francia como «delegado del interior» a finales de 1961, y allí se enteró de la decisión de crear Defensa Interior. Se hacían cébalas sobre su carácter y se descubrió que era hijo de un policía y, posiblemente, policía él mismo. La organización, no obstante, le concedió el beneficio de la duda y se ganó la confianza del secretario de la CNT, Roque Santamaría, de Germinal Esgleas, Boticario, José Pascual Palacios, Octavio Alberola y otros. Un informe de los Renseignements Généraux lo identificaba como participante en la campaña de bombas en España en 1962, pero podía ser un subterfugio para salvaguardar su papel de agente doble. (Salvador Gurucharri no cree que Guerrero Lucas fuera agente de policía entonces y es de la firme opinión de que el informante en el caso de Delgado y Granado fue Inocencio Martínez.)

Después del misterioso robo del maletín contenido nombres y detalles de militantes anarquistas dentro y fuera de España y de la ejecución de Delgado y Granado en 1963, Guerrero Lucas fue marginado de las FIJL y de DI. Guerrero tenía, sin embargo, un indudable genio para la duplicidad, sería absurdo negarlo, y llegó a adquirir cierta prominencia entre los círculos importantes de la CNT a finales de los años sesenta. Habló en reuniones oficiales y

conferencias en Marsella en 1967 y 1969, y en Toulouse ese último año. Hasta fue candidato a un puesto en el secretariado intercontinental del sindicato. Al final fue denunciado como agente del régimen y expulsado de la CNT en mayo de 1971. Tras la muerte de Franco, resucitó como consejero de Rafael Vera en el Ministerio del Interior en Madrid, durante el gobierno del PSOE, y estuvo seriamente involucrado en los GAL. Lo que nadie ha descubierto es si su duplicidad surgió de su sentimiento de importancia, de la ambición, del miedo... o si siempre fue policía.

Algunas fotos no eran posadas, sino que parecían tomadas por profesionales de la vigilancia con una lente especial gran angular que capta imágenes precisas desde dieciocho pulgadas hasta el infinito. La mayoría, no obstante, eran fotos personales tomadas por amigos o familiares.

A «Juan» y a Abarca los había conocido en París, pero no canté. Moví la cabeza y le dije que nunca había visto a ninguno de ellos.

—Qué mala suerte —dijo Yagüe—. Ya sabe que mentir no le lleva a ninguna parte.

Ni él ni Blanco siguieron con el tema, aunque me miraron con todo su desprecio.

Estaba totalmente desconcertado por lo mucho que parecían saber. ¿Por qué no me habían detenido en la frontera? Quizá la policía británica les había entregado fotos y detalles personales. Acababa de cumplir dieciocho años y aún quedaban en mí rastros de la ingenua idea de que, cualesquiera fuesen los pecados de nuestro Estado, al menos era antifascista, ya que había combatido a Hitler y a Mussolini en la II Guerra Mundial.

En este punto me hice marginalmente más sabio. En el fondo de sus corazones, los luchadores españoles por la libertad con los que me había cruzado tenían las mismas ilusiones sobre el Reino Unido. Si el Imperio Británico había combatido a los nazis en la II Guerra Mundial, tenía que ser antifascista, creían... aunque no pensaran que su alianza con la URSS hiciera del Reino Unido un país comunista.

En aquel cuarto del centro de Madrid sentí auténtico miedo, miedo acrecentado por el hecho de que me sentía aislado, traicionado, confuso y afrontando lo desconocido. Estaba ahora en el otro lado de la historia, en una vida diferente. Nadie sabía dónde me encontraba ni había ninguna esperanza de ayuda o rescate. En las películas del oeste es en momentos así cuando la caballería aparece en el horizonte. En la vida real nunca hay un destacamento de caballería cuando lo necesitas.

La calidad de la información de mis captores me dejó hecho polvo y con serias dudas sobre los camaradas de París.

Había demasiados imponderables. Como es natural, no había experimentado nada así en mi vida y no tenía ni idea de lo que me esperaba después ni de cómo me las arreglaría. Sin embargo, y curiosamente, ya no tenía miedo. El impacto y la sorpresa habían adormecido mis emociones como si hubiera tomado novocaína y estaba preparado para todo. Ése era el estado de ánimo que deseaban mis interrogadores.

Las preguntas continuaron durante toda la tarde de ese martes hasta las primeras horas de la noche. La primera sesión duró tres o cuatro horas, hasta eso de las siete de la tarde, cuando me llevaron un café y un bocadillo de jamón.

Las armas estaban a la vista todo el tiempo. Cada vez que Yagüe y los otros dejaban la habitación, dos policías armados con ametralladoras hacían guardia en la puerta. Cada vez que Yagüe volvía quería más detalles, pero al haberme mantenido lo más ignorante posible había poco que pudiera decirles. No podía traicionar lo que no sabía.

Por desgracia, la dinámica de hacer una declaración basándose en verdades a medias es que tienes que ir añadiendo o corrigiéndola constantemente, desvelando un poco más de lo que intentas.

Al final del día, tras concentrarnos durante horas en un mapa a gran escala de París, les hablé de la rue de Lancry, pero no les dije el número, ya que realmente no lo podía recordar. También declaré encontrarme confuso sobre el nombre de Germinal, a quien siempre me referí como «Jerónimo». Supongo

que pensaba otra vez en indios y vaqueros. Después de todo, Germinal me había dicho que no estaba directamente implicado en mi misión. Él, por lo tanto, no sabía nada, su piso estaba supuestamente limpio y, como refugiado político en Francia, no estaba al alcance de la BPS. Además, si sabían lo bastante para detenerme, también tenían que saber el nombre de la persona que me alojó.

El interrogatorio acabó sobre las once de la noche.

Me tendieron mi saco de dormir, lo desenrollé sobre el suelo de la estancia, me acomodé en él y me quedé dormido en unos minutos. Era una agradable evasión de la realidad. Sin embargo, fue una fuga breve. Como una hora después, en torno a las doce y media, me sacó repentinamente del puerto seguro del sueño un agente que me sacudía el hombro sin miramientos. Me indicó que me levantase y fuese con él. Tomado por el brazo, me escoltó, grogui y legañoso, por el oscuro y vacío laberinto de pasillos de la Puerta del Sol, hasta una habitación totalmente iluminada. Iban a hacerme más preguntas.

La noche es el mejor amigo del policía secreto. Sabe que es el mejor momento para quebrar a sus víctimas, cuando son más vulnerables, medio dormidas y sin la confianza que da la luz del día.

Una vez más tuve que repetir mi historia cronológicamente y con detalle, mientras ellos indagaban mis «puntos de presión». Mis intimidantes y arremangados interrogadores, sus caras puestas —por turnos— a centímetros de la mía, hacían o gritaban las mismas preguntas una y otra vez. Mi memoria, nunca buena en su mejor momento, se veía puesta a prueba constantemente, pero me mantuve en lo que había dicho al principio: que no podía recordar quién o dónde me habían dado el paquete o escrito las instrucciones.

La policía actuó siempre como si estuviera guardando secretos y fueran a venir maderos «malos» para intimidarme con más bofetadas. Yagüe o su ayudante «bueno» volvían entonces para insistir en que no tenían otra alternativa que creer que no les estaba diciendo toda la verdad. Me decían que tenía que ayudarles, o si no sería peor para mí. Me preguntó otra vez por el Mexicano, «Grand Jean» o Juan el Largo, los nombres de guerra de Alberola, a quien yo

decía no conocer o, si lo había hecho, no haberme enterado de su identidad. Blanco insistió en que era la figura clave de toda la operación.

Entonces pasaron a la carta que había recogido en la oficina de American Express. La letra, de Alberola, era idéntica a la de la nota con los detalles de la cita madrileña. La carta, afirmaba, contenía instrucciones para la preparación de bombas e informaciones sobre el lugar y el momento del atentado contra Franco.

Tras unas horas más de conversación circular me permitieron volver a meterme en mi saco de dormir. El problema era la angustiosa sensación de esos irreales nano- segundos entre el sueño y la dura realidad, cuando la conciencia volvía a irrumpir. Tantos habían sido torturados en este edificio, a veces hasta la muerte. Todo lo que yo había experimentado eran unas pocas palizas... hasta el momento.

A la mañana siguiente, miércoles 12 de agosto, me despertaron otra vez de malos modos, a las siete de la mañana. Mi estómago estaba hecho un nudo cuando se materializó gradualmente en torno a mí la estancia iluminada por el áspero fluorescente y contemplé un círculo de rostros agresivos mirándome desde arriba. No había sido un mal sueño, después de todo. Un inspector me acompañó a lavarme y luego de vuelta al mismo sitio para tomar un café y otra ración de preguntas y más preguntas.

Yagüe llegó en torno a las nueve. Repitió el ritual de sacar el revólver de la pistolera y colocarlo en la mesa frente a mí. Cada vez que lo hacía, yo fantaseaba sobre la posibilidad de tomar el arma y escapar a tiro limpio. Descubrí más tarde que era un truco habitual de la Brigada Social. Las armas, según parece, no estaban cargadas, pero nunca entendí la psicología del asunto. Probablemente era una muestra de poder y una amenaza constante.

Yagüe me dijo que alguien más vendría a «hablar» conmigo, alguien que también había pasado mucho tiempo en Inglaterra y lo sabía todo de mi círculo de amistades. El individuo misterioso llegó poco después y se sentó a la mesa al lado de Yagüe. Parecía un hombre de negocios y no se quitó la chaqueta, pese al calor. Era otro clon de Franco, con ojos pequeños y el bigotillo habitual de la BPS.

Su inglés era bueno y parecía saber mucho sobre mí. Afirmaba haber sido el corresponsal de la BPS en la embajada española en Londres. Dijo tener buenos amigos en la Special Branch de Scotland Yard. Había algo familiar en él que no logré reconocer.

Sus preguntas se centraron en puntos generales: mi pasado, actividades políticas en Glasgow y Londres, nombres de amigos y quién conocía a quién. En cierto momento recuerdo haberme bloqueado buscando una explicación, cuando sacó un papel arrugado hallado en el bolsillo de mi cazadora con las palabras: «En las primeras horas de... las oficinas de Iberia en Londres resultaron dañadas cuando dos anarquistas arrojaron...». La frase se detenía en ese punto.

Era un artículo que yo había empezado a escribir en París para el periódico de la FIJL sobre la destrucción del escaparate de la oficina de Iberia en Londres. Se refería al incidente por el que mi amigo Adam Nicholson fue detenido y sentenciado a tres años de prisión. No me había gustado la primera frase y había arrugado el papel, metiéndolo en el bolsillo inadvertidamente.

De pronto caí en la cuenta de dónde podía haberle visto antes: en los juzgados de Bow Street, cuando Adam Nicholson se presentó acusado de daños criminales contra la compañía aérea española. Con nosotros, en la galería pública, había un tipo alto, bien rasurado, de aire mediterráneo, que estuvo hablando a un ujier con vehemencia y mirándonos durante la vista. ¿Sería el mismo hombre?, me pregunté con cierto pánico.

Mi reacción consistió en hablar por los codos. Farfullé algo acerca de haber empezado a garrapatearlo en Londres, pero negué saber de qué trataba. Él sintió mi turbación, pero no insistió, diciendo simplemente que creía que sí sabía de qué iba el tema.

El interrogatorio continuó más o menos como antes, pero cuando terminó me dijeron que recogiera mis pertenencias y, flanqueado por dos policías armados (dos grises) y dos agentes de la BPS, me condujeron por más pasillos y un estrecho tramo de escaleras al piso superior y de allí a un pasillo más pequeño que comunicaba toda la parte trasera del edificio.

A la izquierda de ese pasillo había puertas que daban a cuartitos con aire de celdas. Un agente abrió una de ellas, indicándome que era mi habitación. Era una buhardilla oscura con una litera simple cubierta por una áspera manta marrón de crin, una mesita y una silla. No había sitio para nada más. La bombilla del techo daba una luz desagradable. Un ventanuco con barrotes en lo alto de la pared daba al patio, que era también el aparcamiento de la BPS y sus vehículos camuflados. Cuando me asomé, me sorprendió ver que entre ellos había un puesto de helados además de varios taxis. Me quedé petrificado.

El foco principal del ventanuco era, sin embargo, el reloj de la Gobernación Una torre no muy impresionante, vara de medir coronada por una estructura como de pérgola, que era el equivalente del Big Ben, el corazón de España.

Mis captores cerraron la puerta detrás de ellos y cerraron con llave, dejando a un policía armado sentado en el pasillo. Con un gesto de resignación, me instalé en la cama y cerré los ojos mientras trataba de ordenar mis pensamientos. Afuera, el inexorable paso del tiempo lo marcaban las campanadas de cuartos del reloj que tenía enfrente. Dormité unos minutos.

Cuando desperté, la celda y su luz apagada seguían igual. No miré el reloj, pero sentía que había pasado muy poco tiempo. Un agente me trajo un bocadillo y un vaso de vino. Era agradable y trató de ser simpático. Me dijo, en buen inglés, que su esposa acababa de morir y estaba pensando en dejar la policía. Esta extraña confesión le hizo sorprendentemente humano. Cuando se fue, me tiré en la cama, mirando al techo, sin pensar en nada. Estaba atrapado por fuerzas que escapaban a mi control y a mi experiencia. Era otra vez como un niño. La iniciativa no estaba en mis manos.

Después del bocadillo me volvieron a llevar a la sala de interrogatorios a recorrer de nuevo mi historia. Más tarde, seseando en mi celda abuhardillada, irrumpió un grupo de agentes de la BPS y me ordenaron vestirme, íbamos a dar una vuelta. Mi corazón se aceleró. ¿Me iban a sacar afuera y aplicarme la infame ley de fugas? Esta era la forma tradicional franquista de eliminar enemigos del Estado: asesinarlos a tiros y afirmar luego que habían intentado escapar.

Dos agentes me espachurraron en el asiento trasero del «taxi» policial que me había llevado hasta la DGS el día de mi detención. Era la tarde del jueves 13 de agosto.

Yagüe, sentado delante con el conductor, se volvió para decirme que íbamos a la cita. El taxi llegó hasta una cafetería bulliciosa. Yagüe me hizo sentar en una mesa de mármol mientras él lo hacía en la de al lado. Llevaba el pañuelo vendado y me indicaron que me quedara allí hasta que llegara mi contacto. Si llamaba la atención sobre mí de cualquier manera, Yagüe y sus hombres me dispararían; después de todo, ya tenían la prueba de que era un terrorista. Ocupé mi sitio, como un pulpo en un garaje, y esperé a que sucediese algo.

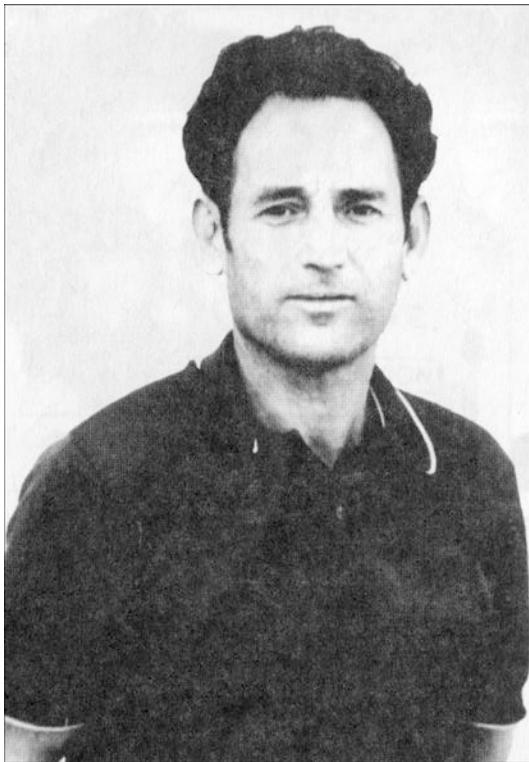
Un signo para reconocemos que no había desvelado a la policía era que tenía que llevar un diario inglés. Esperaba que mi contacto, quien quiera que fuese, él o ella, se oliera la tostada al no ver el periódico y me evitara. Por lo que podía ver, la mayoría de los asientos del café estaban ocupados por policías de paisano, hombres y mujeres. Reconocí a más agentes de la BPS paseando hombro con hombro arriba y abajo a ambos lados de la calle, entre la gente. Aparcados junto a la acera había coches con más policías, todos esperando que apareciese mi contacto. Además de los cinco agentes de la BPS antes nombrados estaban también Alfredo Robledo Tejedor, Antonio Jesús Gómez Sáez, Jesús Simón Cristóbal, Arturo Cerezo Tablada, Francisco Colino Hemanz, Felipe Pérez Luengo y Joaquín Gómez Arranz.

Estuve sentado dos horas bebiendo taza tras taza de café solo, escudriñando nervioso el río de caras que pasaba ante mí buscando alguna señal de reconocimiento. Yagüe se estaba poniendo cada vez más agrio. Murmuró que si les había engañado sufriría por ello cuando regresáramos a la DGS. Finalmente decidió que ya era suficiente, me dijo que terminase mi café, diera unas vueltas por la acera y me dirigiese a un coche de policía que aguardaba en la esquina siguiente.

Caminé por la acera de arriba abajo, delante de la cafetería, nervioso y de algún modo distingible, como un oso herido en una zarpaz, rezando todo el rato para mis adentros por que el contacto no apareciera. Sin embargo, agosto de 1964 no fue un mes muy afortunado para mí, ni tampoco para mi contacto.

En el momento en que me dirigía al coche, alguien me tocó el hombro. Me volví con la esperanza de que fuera un policía, pero era un hombre de unos treinta años, moreno, menudo, fibroso y con la cara curtida. Señaló mi mano y preguntó algo en español. Sin decir nada, miré mi reloj y moví la cabeza como si me hubiera preguntado la hora. Al mismo tiempo le lancé la mirada más implorante que pude, desesperado, tratando de indicarle con los ojos que se largara, pronto.

Era demasiado tarde. Nos rodearon los hombres de la BPS pistola en mano mientras los peatones y la gente sentada en la terraza se echaba atrás, mirando con horror e incredulidad. Me esposaron, me arrastraron a un coche y mi contacto fue arrastrado a otro de vuelta al ministerio. Una vez allí me condujeron a la sala de interrogatorio habitual. A Fernando Carballo Blanco, mi contacto, le llevaron a algún otro sitio.



Fernando Carballo

El inspector jefe Gonzalo Toledo Julián volvió a empezar conmigo, revisando cada detalle de mi historia punto por punto. Hablaba con la sinceridad lenta y malvada de quien jura solemne venganza. Cada vez que yo decía no saber o no recordar algo, sus hombres me tiraban del pelo, me cruzaban la cara y me

acusaban de ser, entre otras cosas, un «existencialista», algo que ellos claramente tomaban por un insulto. Imagino que era mi chaqueta de pana verde lo que les dio esa idea.

El trabajo del comisario Yagüe consistía en preparar el camino para una confesión que convenciera no sólo a un consejo de guerra franquista —que no necesitaba convencimiento en el mejor de los casos—, sino también al cínico y hostil mundo exterior. Necesitaba superar cualquier barrera psicológica que me impidiera hacer una declaración que se sostuviera cuando me sometieran a juicio público. Lo último que querían era un mártir.

Normalmente, con gente como yo, eso habría dependido de su capacidad para manipular o persuadir sin recurrir a la violencia física, pero él sentía, estaba claro, que no tenía la declaración que deseaba, así que decidió actuar con más agresividad. Yagüe no me sometió a algo tan dramático o doloroso como la tortura física. Sospecho que ello tenía más que ver con mi nacionalidad que con su sensibilidad. Era un interrogador brutal e infame, falto de cualquier compasión. Sabía además que muy pronto yo iba a ser juzgado y que el mundo estaría atento a cómo me habían tratado él y sus hombres durante la detención y la prisión preventiva.

Utilizaba un enfoque psicológico para mostrar su control absoluto de la situación. Que yo no fuera capaz de darle nombres o descripciones útiles de mis contactos parisinos y de por dónde andaban, aparte de la dirección de Germinal en la rue de Lancry, lo tomó más como voluntad recalcitrante u obstinación temeraria que como genuina ignorancia y pobre memoria por mi parte.

Presintiendo que no iba a ninguna parte con su estrategia de voz meliflua mezclada con los arranques de agresividad, maltrato y collejas por parte de sus agentes, Yagüe les hizo una señal.

Me arrastraron por la habitación y, cogido por los brazos, el cuello y el pelo, me obligaron a mirar a través del falso espejo que daba a la estancia contigua. Contemplé cómo arrastraban a Carballo y le ataban a una silla. Un policía cogió un cabo de cuerda de un cajón y ató con maestría sus tobillos a las patas de la silla, pasando los extremos de la cuerda alrededor de su pecho y sus brazos. El

otro hombre amarró sus manos y antebrazos a los brazos de la silla. Entonces, uno de los policías sacó su pistola automática y procedió a machacar sus muñecas con la culata, mientras el otro aporreaba sistemáticamente su estómago y sus riñones.

Mi horror al ver aquella brutalidad fría, profesional y despiadada no provocó ningún cambio en mis respuestas. La verdad era que no podía hablar porque no sabía nada sobre la gente ni los mecanismos de la organización, al menos no lo suficiente como para ponerlos en peligro. No podía añadir nada a lo que ya les había dicho sobre quienes me dieron los explosivos y dónde les conocí, por la sencilla razón de que no lo sabía. Mis interrogadores sabían tanto o probablemente más que yo, y eran conscientes de ello.

Me sorprendió descubrir que los detenidos en la España franquista no permanecían bajo custodia de la BPS más de setenta y dos horas sin que se presentaran cargos contra ellos, pero tenían respuestas para todo.

Al cuarto día de custodia, el 14 de agosto, nos llevaron a Carballo y a mí abajo y nos entregaron a la Jefatura Superior de Policía de Madrid, la Policía Armada, los grises, que ocupaban las oficinas del segundo piso y los calabozos subterráneos, los infames sótanos del edificio.

Entramos en el proceso de toma de las huellas dactilares, primero las de una mano, después las de la otra. De algún modo era tranquilizador. Al menos ahora que habíamos sido registrados por la Inspección de Guardia estábamos «en el sistema» y era improbable que «desapareciéramos» para aparecer luego en una cuneta con balas en la nuca.

OSCURAS MAZMORRAS Y LÚGUBRE GARROTE (5)

Los calabozos bajo el Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol se construyeron a mediados del siglo XIX. En los últimos cien años no se había introducido ninguna mejora en ellos. Eran celdas subterráneas oscuras y mal iluminadas que recordaban los grabados de Durero para la Divina Comedia de Dante o la descripción de la cárcel de Marshallsea en *La pequeña Dorritt* de Dickens. El aire olía a desagüe atascado, a orina vieja, a sudor acre y a humedad. Pequeñas bombillas desnudas proporcionaban luz débil y sombras oscuras a los húmedos corredores de piedra excavados en la roca. La luz del día entraba con dificultad a través de los estrechos arcos de ladrillo translúcido y macizo de la planta baja. Y eran sorprendentemente ruidosos.

A Carballo le metieron en una celda situada al otro extremo de la zona de recepción mientras a mí me llevaron a otra en el lado opuesto. El cartel de mi puerta rezaba: «Incomunicado y vigilado con guardia a la vista». Un funcionario armado debía controlarme día y noche.

Las únicas personas con acceso a mí eran los miembros de la BPS o el juez instructor militar. Aun en el caso de este último, bajo cuya jurisdicción estaba, el jefe superior de policía debía estar informado siempre que me visitara. Dejaron la puerta abierta y un guardia se quedó sentado fuera, acunando la ametralladora, en el corredor.

Las celdas eran estrechas, oscuras y húmedas, primitivas tumbas de roca con una losa por cama, un jergón de paja y una apesada y áspera manta de crin para calentarse. ¿Cuántas tragedias habían albergado estos muros a lo largo de los siglos? Me encontraba en una saga de la que era ahora protagonista directo. Me instalé en el jergón mugriento y me dejé invadir por la inconsciencia.

Me despertaron las burlas estridentes de un grupo de mujeres, jóvenes, viejas y de mediana edad, riendo y bromeando entre sí y con los probos policías mientras barrían y fregaban el suelo de la recepción central y la escalera

principal. Yo me sentía impaciente e incómodo y me horrorizó ver el colchón, mis piernas y mi pecho plagados de chinches. Antes de comer, estos translúcidos parásitos chupasangre son del tamaño de pulgas pequeñas, pero cuando se llenan se vuelven de color carmesí y tienen el tamaño de mariquitas. ¡El carmesí de mi propia sangre!

Miraba sin ver paredes y barrotes preguntándome qué vendría después, cuando el hilo de mis pensamientos se vio interrumpido por una voz en la chirriante radio del guardia que mencionaba mi nombre. Intrigado, le pregunté, por señas y en lo que yo creía buen castellano macarrónico, qué había dicho el informe, pero me miró inexpresivo.

Por la mañana temprano llegaron los de la BPS para sacarme de la custodia de los grises y llevarme de vuelta arriba. Yagüe había dejado de ser frío y profesional: su ánimo había virado a la histeria maníaca. Explotó como un tomado, sin avisar, pegó su cara a la mía gritándome cómo habría sido capaz de matar a mujeres y niños. No parecía el momento adecuado para apuntar que en toda la campaña de bombas de la FIJL no había muerto nadie —aparte de los asesinados Delgado y Granado— ni siquiera se habían producido heridos.

Volvió a su lado de la mesa, abrió un cajón y sacó una confesión mecanografiada que puso ante mí para que la firmara.

Por entonces, los malos tragos de los cuatro días previos pasaban factura. Mis recursos mentales y físicos estaban agotados y me resignaba a las consecuencias de mis actos. Ya no me preocupaba si me disparaban, me estrangulaban o me encarcelaban. Estaba cansado, desorientado, magullado e inquieto, pero mi principal preocupación era cómo se lo tomarían mamá y la abuela. Lo único que quería era dormir y alejarme de mis torturadores todo lo posible.

Estaba claro que Yagüe no iba a perder más tiempo o energía persiguiendo una información que, ya se había dado cuenta, yo no tenía. Era un policía profesional que sabía cuándo ir a favor y no en contra de la naturaleza humana. Los métodos que utilizaba conmigo eran mucho más efectivos que la tortura: presión, engaño e inteligencia.

Sin embargo, también necesitaba una confesión pública creíble y, de poder ser, como pasaba con la Inquisición o las purgas estalinistas, una conversión, antes de arrojarme por fin a las llamas o al garrote. Confiaba en su poder de persuasión. La «tortura» tenía que venir de mi propia cabeza como respuesta a cualquier cosa que él hiciera.

Curiosamente, el párrafo final de la declaración que me dieron a firmar se refería, un tanto gratuitamente —creo— a la carta de American Express. ¿Trataban de decirme que el plan no era muy ingenioso? Como la carta tuvo que ser enviada desde París la misma noche o el día anterior a que yo me fuese de allí, les sorprendía que no la llevara conmigo. Por entonces yo creía que el plan era tan complejo como debía ser. Quizá mi papel había sido el de Charlton Heston al final de la película en que encamaba a Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador: la de un muerto a lomos de su fiel corcel Babieca, con la espada Colada atada a sus manos y sujeto por un palo metido en el culo. Todo para animar a sus tropas.

PASO LA LÍNEA

Esa misma tarde me enviaron a la lúgubre prisión subterránea. En total estuve cuatro días subiendo y bajando las escaleras de la DGS, recibiendo golpes y bofetadas, consiguiendo permiso para ir a dormir y despertándome a los quince minutos para que me arrastraran, aturdido, a seguir con mi historia, repetida y aburrida, una y otra vez. También tuve que ver una y otra vez cómo machacaban a Carballo con la pistola.

El incidente más aterrador ocurrió cerca del final de mi estancia de cuatro días en la DGS. Me llevaban abajo cuando mis vigilantes de la BPS, de modo totalmente inesperado y sin ninguna excusa, me empujaron corriendo a la ventana abierta de un descansillo. Me sujetaban los brazos a la espalda. Un calambre paralizaba mi nuca y forzaba a la parte superior de mi cuerpo a asomar sobre la callejuela que cruza las traseras de la DGS, la calle de San Ricardo.

Gelabert, agarrándome fuerte, me susurró en el oído que si se me había ocurrido la idea de saltar, debía saber que era la misma ventana por la que arrojaron al ex comisario Julián Grimau, miembro del Partido Comunista asesinado el año anterior por «crímenes de guerra» durante la Guerra Civil.

Seguimos abajo, internándonos en las cavernas subterráneas de la Seguridad, hasta que llegamos a una oscura habitación en forma de «L», con un largo y estrecho pasaje con azulejos blancos. Al final del mismo había una silla muy iluminada y de aspecto siniestro, con correas y hebillas en sus brazos, patas y cabecero. En el centro del pasaje, en el suelo, había un canalillo cubierto con tablones. Al otro extremo, una enorme palanca frente a la silla. Parecía un cambio de agujas o un señalizador. La escena era ominosa. Lo primero que pensé fue «Jopé, jolín, jobar» [\(6\)](#). ¡Aquellos eran el garrote y me iban a estrangular ahí mismo! Pese a mi creciente sentimiento de pánico, permití que me ataran y aherrojaran en la silla, preguntándome si no sería ése el momento de gritar algo noble y desafiante.

Mi escolta volvió a acercarse al pasadizo, tras la luz cegadora, para ponerse junto a la palanca. Sólo podía ver su cara y sus manos aferradas a la barra y, detrás de él, algunos rostros vagos en la oscuridad. Junto al hombre de la palanca había alguien ajustando otro aparato sobre un trípode. La atmósfera era eléctrica. Sólo era consciente de los latidos de mi corazón. De pronto alguien gritó «¡Listo!» y del trípode salió un relámpago cegador, mientras al accionar la palanca oí un crujido de engranajes. Pensé: «Se acabó lo que se daba». Era el final, no con un «¡Pum!», sino con un «¡Clang!» y un «¡Click!».

Mi asiento giró de pronto sobre su eje como un *dalek* (7) demente y hubo otro brillante relámpago. Entonces descubrí lo que hacían. Estaba en el Gabinete de identificación, en lo que luego supe que era una silla «antropométrica». Estaban tomando mis fotos para la ficha, de frente y de perfil. Trate de hinchar mis mejillas a fin de desfigurar mi cara, pero no tenía sentido: lo único que conseguí, para mi desgracia, fue una bofetada del irritado fotógrafo, que tenía su propia idea de la satisfacción del cliente, y otra sesión de *dalek*.

EL JUEZ INSTRUCTOR

La mañana de mi cuarto y último día bajo custodia policial, el sábado 15 de agosto, un convoy fuertemente armado nos llevó a Carballo y a mí a la sede de la I Región Militar para afrontar la siguiente estación de nuestro vía crucis. Antes de dejar la DGS, no obstante, nos visitaron varios peces gordos con su séquito de pelotilleros para relamerse con nosotros, silenciosa y brevemente, a través de las puertas de los cuartos de interrogatorio. Fernando me dijo después que entre ellos estaba el infame ministro de la Gobernación de Franco, el general Camilo Alonso Vega, y su director general de Seguridad, Carlos Arias Navarro, fiscal militar durante la Guerra Civil y amigo íntimo de Franco, que llegó a ser conocido como «Carnicerito de Málaga». Esos dos hombres eran los principales arquitectos de la represión franquista. Diez años después, Arias Navarro sustituyó a Carrero Blanco como primer ministro, cuando un comando de ETA hizo volar a este último en su coche con una bomba cuidadosamente colocada en una alcantarilla.

En los cuarteles nos entregaron a los militares para ser interrogados por el recién nombrado juez instructor del Juzgado Militar Especial Nacional de Actividades Extremistas, teniente coronel Balbás Planelles. Balbás era nuevo en el oficio. Tuve suerte. Hacía poco que había sustituido al desalmado y sádico «inquisidor coronel» de infantería Enrique Eymar Fernández, que estuvo al frente de la I Región Militar y el Juzgado Militar Especial de enero de 1958 a marzo de 1964, designado personalmente por Franco como juez militar «especial» responsable de perseguir la subversión. Eymar era un sádico con poder sobre la vida y la muerte. Sus víctimas, se rumoreaba, habían eclipsado a las de Torquemada, y desde el final de la Guerra Civil se le consideraba personalmente responsable de la tortura, ejecución y muerte de más de 12.000 personas.

Por suerte para mí, este veterano mutilado de guerra se jubiló oficialmente en marzo de 1964, cuatro meses antes de mi detención. En realidad fue obligado a «retirarse» debido a la indignación que siguió a las ejecuciones de 1963: el

torturado comunista Julián Grimau y los anarquistas Joaquín Delgado y Francisco Granado. Eymar presidió en persona las tres ejecuciones.

Balbás era otro tipo de marrón. Tenía unos cincuenta años, pero se mantenía en forma: una figura alta, imponente, de mandíbula cuadrada, con tirantes y botas relucientes, una brillante calva con pelo canoso y corto a los lados y un gran bigote militar plateado que le daba el aspecto del malvado y traidor general Huerta en la película *¡Viva Zapata!* Su compleción mate parecía haber sido ligeramente empolvada con talco y su cuello pugnaba por romper el botón de la camisa.

Mi «examen» tuvo lugar en una habitación con sólo una mesa y tres sillas, una para él, otra para su intérprete-secretario, un capitán, y otra para mí. Una foto de Franco con toda su prole colgaba en la pared detrás de él. La voz de Balbás era profunda y dulce, y su conducta agradable y directa al comunicarme los cargos según el Decreto-Ley 1974/60 sobre Rebelión Militar, Bandidaje y Terrorismo. Al leer, Balbás tenía la costumbre curiosa y cautivadora de sujetarse los quevedos de oro sobre la nariz, gesto que de alguna manera le hacía parecer menos intimidante.

Nuestros «exámenes» duraron unas horas y supusieron repetir mi declaración policial y engrosarla cuando le parecía que la historia requería una explicación más detallada. Luego fue el tumo de Carballo, por lo que me sacaron a un banco del recibidor con dos soldados armados a cada flanco. Una vez que Balbás terminó, nos llevaron al patio del cuartel, nos metieron en coches policiales y nos condujeron con escolta militar (Land Rover y motoristas) a la malhadada cárcel de Carabanchel, en las afueras de Madrid.

Cuando nos entregaron a las autoridades carcelarias al final de la tarde, me encontraba en un estado de agotamiento parecido al trance, sin emociones. Los hechos de la semana anterior me parecían ahora distantes. Ya no era «dueño de mi destino» o «capitán de mi alma». Mi destino estaba ahora en las manos de otros. Mirando hacia atrás resulta extraño, pero en ese momento me sentía muy indiferente a mis circunstancias y sólo parecía capaz de ver el lado surreal de las cosas.

V. CARABANCHEL ALTO

La Prisión Provincial de Madrid se asentaba, como una enorme nave espacial marciana, en los cerros de Carabanchel Alto, al sur de Madrid. Carabanchel era la prisión preventiva central de España y desempeñaba un papel fundamental en el sistema penal franquista (por coincidencia, la cárcel abrió sus puertas al mismo tiempo que se detectaron los primeros ovnis en Estados Unidos, al comienzo de la histeria anti-roja de la Guerra Fría). Era la universidad de ladrillo del dictador, donde los estudiantes se matriculaban con honores ya en delincuencia y corrupción, ya en política y disidencia.



Cárcel de Carabanchel. Años ochenta

Construida por trabajadores forzados en los años cuarenta para albergar al inmenso número de víctimas derrotadas y oponentes al nuevo y victorioso régimen militar, Carabanchel sustituyó a todas las cárceles del Madrid de la preguerra. En los años inmediatos al fin de la guerra había además un número indeterminado de presos encerrados en los muchos campos de concentración dispuestos en torno a la ciudad, sin contar a los internados en las celdas subterráneas de la DGS, las diez comisarías de vigilancia y los varios centros

falangistas. En total, se estima que había unos 50.000 presos sólo en la provincia de Madrid el año inmediatamente posterior a la victoria franquista.

Carabanchel era la joya de la corona represiva. Había sido el epicentro del reino de terror de la posguerra en los cuarenta. En los cincuenta y primeros sesenta se labró una reputación de feroz brutalidad y de condiciones inhumanas. En 1964, sin embargo, aunque aún estaba sin terminar, se consideraba una prisión modelo.

Había oído tantas historias terroríficas sobre Carabanchel que no me cabían los presagios ni la cagalera en el cuerpo al atravesar los portones hacia el patio central. Nuestra escolta de soldados y policías armados salió de sus vehículos, metralleta en ristre, y tomaron posiciones en torno a nosotros.

Una vez superada la entrada enrejada hasta la lóbrega zona de recepción, nuestros escoltas militares nos quitaron las esposas y nos entregaron como paquetes a unos hombres en uniforme verde oliva con gorras y hombreras ribeteadas de dorado y plata. Nos llevaron por amplios y largos pasillos por una serie en apariencia interminable de barreras. En cada una de ellas había un guarda, un funcionario, responsable de abrir y cerrar cada esclusa.

Finalmente llegamos a una galería larga y alta y nos condujeron a una celda amplia, una celda de cacheo, donde registraron nuestros cuerpos así como nuestra vestimenta y pertenencias. Hicieron una lista y metieron estas últimas en una caja de cartón. Había seis o siete prisioneros más sentados sobre el suelo de terrazo, mientras otros se apiñaban incómodos en bancos de madera en torno a la celda. Con frecuencia, la puerta se descerrajaba y entraban más presos, o bien les llamaban por su nombre y salían.

Era la primera ocasión que teníamos Carballo y yo para hablar de nuestra detención. Por lenguaje de signos y con gestos le pregunté cómo estaba. Se levantó la camisa y me mostró sus muñecas hinchadas y su estómago y riñones magullados. Eran maestros en infligir la máxima cantidad de dolor con la mínima muestra exterior de su brutalidad. Carballo estaba bastante alegre a pesar de sus heridas.

Llegó el turno del «británico». Se abrió la puerta y un guardia uniformado dijo mi nombre y me escoltó a la estancia contigua, la Dactilografía, para mi registro en el sistema penal español... y más huellas dactilares. El proceso se conocía como «el piano».

Me dieron unos pantalones bastos y una chaqueta, una camisa de rayas azules y un par de alpargatas. En la siguiente parada recogí mi apestoso jergón lleno de chinches y me pusieron en los brazos extendidos dos mantas marrones del mismo material irritante de la ropa. «¿Cómo, ni sábanas ni pijama?», pensé para mí. Para entonces ya sabía bastante como para guardarme los pensamientos. Los presos no disponían de sábanas, toscas y grises, a menos que pagaran. Un ordenanza me llevó al centro de la prisión.

Carabanchel, el Alcatraz madrileño, tenía forma de rueda de carro. Sus cuatro galerías principales partían de la nave central circular hasta los altos muros que formaban el perímetro exterior de la prisión. La oficina principal de administración, con visión panóptica de todas las galerías, se encontraba en la nave, bajo la cúpula.

Entramos en ella por la primera galería, la de entrada para nuevos presos y donde se llevaban a cabo los primeros procedimientos. Allí dormían los carceleros por la noche o durante la siesta en pequeñas celdas, y allí estaban las oficinas de los jefes de servicio y del director. Los presos especiales también se guardaban aquí en ocasiones. A mi alrededor vi otras cuatro largas galerías, con los números 3, 4, 5 y 7 sobre sus respectivos portones. Me pregunté brevemente dónde habían ido a parar la 2 y la 6, pero fue pasajero. En realidad, aún no se habían construido.

Estaba impresionado. Estrechas ventanas de ladrillo translúcido rodeaban por debajo casi toda la circunferencia de la cúpula. Cuatro paneles iluminados de cristal tintado en los cuatro puntos del compás mostraban a Cibeles, la Justicia Ciega, la Justicia Romana (en forma de crucifixión de Cristo) y a Cristo Rey con la piedad en la imagen de María, la madre. Esta basílica de la represión dejaba arquitectónicamente claras las conexiones entre el catolicismo y la legitimidad franquista.

El deslumbrante sol de agosto se colaba en el brillante interior enfatizando el patrón geométrico del suelo de mármol en blanco y negro. El contraste de sus cuadrados le daba aspecto de templo de proporciones salomónicas. Las paredes eran blancas hasta la altura de la rodilla y a partir de ahí gris oscuro, con asientos de piedra adosados. Altas ventanas verticales adjuntas a cada lado de los portones de las galerías daban al conjunto cierto aire tranquilo.

El foco central de esta catedral franquista era un simulacro del edificio que lo contenía. Una rotonda circular de techo plano de unos siete metros de diámetro, una estructura como de catafalco construida en una plataforma con escaleras desde el suelo hasta el techo. No supe decidir si se parecía a la torre de control de un aeropuerto, a un platillo volante capturado o a la tumba de san Pedro en el Vaticano.

Allí se guardaban los documentos de cada preso y cada ejecutado en Carabanchel desde mediados de los años cuarenta. El techo del centro servía también como altar mayor en el que los curas celebraban misa cada domingo y cada una de las muchas fiestas religiosas del calendario católico. Los presos asistían desde sus galerías, en apretadas filas de nueve en fondo, a las letanías repetidas, al canto solemne del miserere con sus ásperos discantes y a las campanas, cometas y pífanos de la fascista misa tridentina.

Bien abajo de la base del centro había ventanas de ladrillo translúcido y escaleras que llevaban al nivel subterráneo. Descubrí más tarde este camino a las celdas donde los condenados vivían sus últimas horas antes de ser atados a ese ingenio medieval de estrangulamiento conocido como garrote vil. (En la Prisión Modelo de Barcelona las ejecuciones tenían lugar en el patio, al aire libre.)

El ordenanza que me acompañaba me dijo que esperase en el perímetro de la rotonda mientras llevaba mi expediente, ahora terroríficamente grueso, a la casa de cristal para ser archivado. Me pidió por señas que entrara unos minutos después. Esta «rotonda de almas ilustres» era una colmena de actividad burocrática ejercida totalmente por internos. Los presos-oficinistas tecleaban, escribían, indexaban o archivaban de cara a las tres galerías principales. Una fila de mesas en el interior del centro completaba el sistema.

Un funcionario se situaba en el extremo, los pies sobre la mesa y un cigarrillo colgado de sus labios. Sorbía su café mientras leía un periódico con nuestros retratos llenando casi toda la portada. Yo estaba un poco desconcertado. Era la primera vez que veía cómo trataba la prensa nuestra detención. Los siniestros retratos policiales de frente y de perfil fueron suficientes para inspirar en mí el temor de Dios.

Algunos presos oficinistas vestían bastos pantalones marrones como los que me acababan de dar, pero la mayoría de ellos llevaban ropa de diario y parecían relajados.

Se hizo el silencio cuando los escribientes se volvieron para examinarme en la puerta. El madero entregó sus papeles e hizo un comentario gracioso, obviamente a mi costa, del que la mayoría de los chupatintas se rieron. Volvió a leer sus páginas de deportes. Pasado ya el interés por mi presencia y vuelto el murmullo de oficina a un nivel más natural, el encargado de mi archivo regresó al trabajo.

Víctor, que así se llamaba, andaba en los treinta. Era amistoso, hablaba un inglés pasable y fumaba Bisontes, tabaco rubio de las Islas Canarias, en una larga y ostentosa boquilla. Me dijo que era un escritor «de la calle», un poco intelectual y, susurró, un poco «radical». Mi archivo estaba abierto frente a él. Sobre su cubierta habían estampado en tinta roja: «Terrorismo y bandidaje: ¡Vigilancia!».

Tras responder a un cuestionario, me adscribió un número de preso y una galería. Luego, mirando a todas partes por si le vigilaban, sacó las fichas de Delgado y Granado. Su visión me dejó helado: eran fichas normales de tamaño A5 con las desoladas palabras «Última pena» subrayadas en rojo en el casillero de la fecha de excarcelación.

Víctor me explicó rápidamente los mecanismos de la cárcel. Como me aguardaba un consejo de guerra sumarísimo con cargos que implicaban automáticamente la pena de muerte, me mantendrían aislado como preso de máxima seguridad en la séptima galería. En un torpe intento por tranquilizarme, añadió que no tendría que esperar mucho, ya que ese tipo de consejos de guerra se montaban normalmente en unos días o en unas

semanas como máximo. Los consejos de guerra normales tardaban hasta seis meses.

Nadie podría comunicarse conmigo sin un permiso escrito del juez instructor militar y de la Dirección General de Seguridad. Estaría vigilado las veinticuatro horas del día, lo que significaba que me quitarían la cama, las sábanas, las mantas y mis pertenencias en el primer recuento de la mañana y no me las devolverían hasta el último recuento nocturno. Mi luz estaría encendida también las veinticuatro horas y la celda se registraría probablemente dos o tres veces cada hora.

No podría abandonar la celda durante los diez días de aislamiento, llamado «el periodo sanitario». Pasado este tiempo, el ejercicio se limitaría a la hora de la siesta, entre las 2 y las 4 de la tarde, cuando los demás presos dormían.

PEDRO EL CRUEL

Víctor me deseó suerte. Después, cargando mi ropa de cama, mi vaso de plástico, mi plato y mi cuchara de aluminio, anduve con el cabo unos veinte metros por el resonante suelo de mármol hasta el alto portón barrado de la séptima galería, «hogar» de los presos acusados de «crímenes de sangre», delincuentes «peligrosos sociales», los reincidentes incorregibles de España... «La escoria», como les llamaban en el barrio de Partick, en Glasgow.

Contemplaba el altísimo techo de la galería y el grueso muro translúcido color aguamarina al otro extremo y escudriñaba las cuatro plataformas vacías a cada lado. Así que era allí donde iba a pasar el futuro inmediato. Me preguntaba por cuánto tiempo.

El ordenanza tocó un timbre en el portón y gritó: «Don Pedro, hay dos nuevos ingresos». Al cabo de un minuto, un funcionario robusto de pelo gris y rasgos toscos, brutales, salió de su despacho. Vestía una camisa azul mahón que lo señalaba como falangista «de primera hora». En su hombro izquierdo llevaba una curiosa insignia con una esvástica. Descubrí más tarde que era el emblema

de la Hermandad de la División Azul. Los galones plateados de hombreras y gorra indicaban que era un guardián del nivel más bajo; los uniformes de los mandos iban adornados con galones dorados.

Don Pedro era probablemente el carcelero de peor fama del sistema penitenciario franquista. Era un personaje sacado directamente de *Weird Tales* ([8](#)), aparte del hecho desconcertante de que uno de sus ojos estuviera a treinta grados del otro, tenía un notable parecido con Emest Borgnine en el papel del sádico Fatso en *De aquí a la eternidad*, el tipo que mata al personaje de Sinatra a golpes, y que resulta muerto en una pelea a navaja por el personaje de Montgomery Clift, que queda mortalmente herido.

Con el corazón en un puño, se me reveló que este carcelero era el infame «Pedro el Cruel», cuya brutal reputación se había convertido en leyenda nacional e internacional. Había leído sobre los vigilantes de Carabanchel en *Direct Action* y sabía algo sobre este cíclope «que cachea en el umbral». Me desconcertaba realmente cuando me miraba con su ojo de cristal. Había oído relatos sobre don Pedro en los que le sacaba un ojo a un huelguista encarcelado a quien había tomado manía, pero nunca logré confirmarlo porque nunca se lo pregunté.

Todos los guardianes eran falangistas y casi todos habían luchado en la Guerra Civil. La *crème de la crème* eran los falangistas y los fundamentalistas católicos que se habían presentado voluntarios a la División Azul para pelear junto a las SS de Hitler, en Leningrado, contra los rusos. Los servicios a la patria de estos individuos fueron recompensados al final de la Guerra Civil con sinecuras y empleos, en particular en el sistema carcelario.

Don Pedro siempre presumió de haber sido uno de los primeros voluntarios españoles en entrenarse en Grafenwohr, Baviera, antes de que la División Azul se incorporase a la 250 División de Infantería de la Wehrmacht. Allí fue donde los 18.000 miembros de la División prestaron juramento frente a Hitler el 20 de agosto de 1941, antes de viajar a Smolensk, dos meses después de la invasión alemana de la Unión Soviética. El plan era unirse al grupo central del ejército para el gran asalto a Moscú, pero a los españoles los recondujeron inesperadamente a Leningrado, donde permanecieron, helados y en la miseria,

hasta octubre de 1943, cuando Franco, presionado por los aliados, ordenó su regreso a España.

Un remanente de casi 2.000 anticomunistas furibundos al mando del coronel Navajo decidió quedarse, pero aun así les fue ordenado retirarse en marzo de 1944. Unos cuantos fascistas recalcitrantes se negaron a volver a España y pasaron a las Waffen SS, mientras que otros, en unidades del tamaño de pelotones, se unieron a la III División de Montaña y a la 357 de Infantería. Dos compañías de españoles más fueron transferidas a la Unidad Brandenburg para luchar contra los partisanos en Yugoslavia y, en septiembre de 1944, una de esas compañías fue enviada a Austria para convertirse en la Spanische-Freiwilligen-Kompanie der SS 101, creándose enseguida también la 102. La 101, al mando del waffen haupsturmführer der SS Miguel Ezquerra, luchó hasta el final en la defensa de Berlín. Ezquerra sobrevivió y más tarde consiguió escapar de una cárcel rusa y volver a España.

Los guardianes no llevaban armas, ni siquiera porras. Las guardaban en sus despachos de las galerías. Sólo la Policía Armada, los grises, llevaban armas en sus garitas de centinela, situadas cada veinte metros en el muro exterior de la cárcel. Eché un vistazo a la lóbrega galería cuando la barrera se cerró detrás de nosotros. Había algunos presos de pie o bajando y subiendo escaleras cerca de la oficina del guardián que daba acceso al patio.

Don Pedro y Joachim —un encargado de galería, el preso de confianza responsable del buen funcionamiento cotidiano— me condujeron a su despachito sin ventanas con don Pedro murmurando en alto sobre «rojos» y «asesinos». El despachito contenía una mesa con un retrato enmarcado en plata de don Pedro, más joven y más delgado, con el uniforme de la División Azul, con su boina roja carlista, su camisa azul falangista (de donde tomaba el nombre la división) y los pantalones caqui de la Legión Extranjera.

Pedro se sentó, puso los pies en la mesa y me ordenó vaciar mis bolsillos. Sólo tenía un paquete de Celtas y una caja de cerillas. El resto de lo que había en mi mochila y no había confiscado la BPS se había quedado en mi caja de «propiedad». Las pocas pesetas que tenía se las habían incautado como «fondos terroristas», probablemente para su aguinaldo.

El encargado me explicó que pasaría los siguientes diez días en régimen de aislamiento, el periodo para confirmar que no tenía enfermedades contagiosas como tuberculosis, sífilis, hepatitis o «la miseria» (piojos).

Curiosamente, don Pedro pareció tomarme afecto. Describirlo como gruñón sería poco exacto, pues aunque en conversaciones posteriores se acaloró con facilidad, discutía conmigo sin ponerse apoplético, como otros guardianes falangistas. A él «no le importaban» los anarquistas, decía. En realidad, el anarquismo, para él, era parte del carácter pícaro de los españoles. Sin embargo, odiaba el comunismo y el marxismo, que consideraba antiespañoles, una «ideología extranjera» importada.

El papel del funcionario en las cárceles franquistas no tenía nada que ver con la rehabilitación. El guardián era básicamente un ayudante pagado para reforzar el rígido orden autoritario en su feudo-galería, sin que le importaran los individuos ni sus derechos. Un guardián podía dirigir una galería sin dejar jamás su despacho, salvo para los recuentos de la mañana, la tarde y la noche.

Los recuentos, la supervisión de los alimentos y los ocasionales registros de celdas eran las únicas tareas a las que estaban obligados personalmente. Casi todo lo demás —incluyendo «el orden y la disciplina»— se dejaba a los presos-lacayos de confianza: encargados de galería, cabos de planta y ordenanzas, que eran normalmente chivatos de uno u otro de los funcionarios de tumo.

Algunos funcionarios se sacaban unos duros con el mercado negro de alcohol, novelas policíacas y del oeste, drogas y cualquier cosa que necesitara un preso con dinero.

Los presos se encargaban de casi todo el servicio de la prisión. Básicamente se vigilaban a sí mismos. El funcionario designaba al encargado que vigilaba a los presos desde dentro y delegaba en él mucho poder. Lo cual daba mucho caché al encargado: podía usar el hornillo funcional para preparar su propia comida y obtener prácticamente lo que quisiera del exterior.

El encargado, por su parte, imponía su propio orden en la galería, adjudicando tareas agradables a sus amigos o a los dispuestos a pagarle o a intercambiar otro tipo de favores. Las tareas más duras eran para quienes le caían mal:

limpiar, distribuir paquetes. Era también responsable de nombrar a los cabos de planta o machacas, sus subalternos, que actuaban como sus ojos y oídos. Si quería enviar a alguien a las celdas de castigo, podía hacerlo.

Cada funcionario tenía su ordenanza personal, es decir, cada galería tenía tres ordenanzas, uno por cada funcionario. Y a veces el encargado también tenía uno. Informaban personalmente a los guardianes de lo que había pasado en los dos días que no estaban de servicio. Había también cabos de limpieza, rancho, enfermero, cubos (que entregaban a los presos los envíos de sus familias), peluquero y el economato (bajo control administrativo).

Además de los fieles de las galerías, cada servicio de la cárcel —censor, servicios financieros, administración, jefes de servicio, talleres, escuela, biblioteca, sacerdotes y capellanes de prisiones— tenía sus propios ordenanzas para realizar su labor.

No había relojes. El paso de esa abstracción llamada tiempo lo marcaba el lento movimiento del sol y la sombra, mientras que los rituales de cada día, como la diana, los recuentos, el patio, los talleres, las comidas y la llegada de algún dignatario a una galería se señalaban con el discordante sonido de las cometas. La mayoría de quienes las tocaban eran quinquis o gitanos.

Del despacho de don Pedro me llevaron hasta el escribiente, el encargado del registro, los documentos y los archivos de la galería, para registrarme. El escribiente también podía firmar y autorizar documentos, peticiones y órdenes en nombre del funcionario. Un buen escribiente combinaba los papeles de notario y oficina de información al ciudadano. A quienes no sabían leer ni escribir, que eran muchos, les escribía cartas a casa, bajo petición, por cinco pesetas.

Una vez llenada mi ficha, el cabo de planta me llevó a la celda número 1, al otro lado de la galería, frente al despacho del funcionario.

El cabo era un bereber marroquí de piel clara, pelo crespo y poco más de veinte años. Tenía el labio leporino y la fisionomía europea. Su cabeza casi rapada le daba aire de monje. Al cruzar el umbral de mi celda para comenzar mi periodo de diez días, don Pedro me gritó algo en español. Miré interrogante

al serio ordenanza y encogí los hombros diciendo: «No hablo español». El ordenanza lo tradujo en inglés chapucero, con una mueca sardónica: para cuando me fuera de España, sería un «acérrimo franquista».

La puerta retumbó detrás de mí con eco, le dieron dos vueltas de llave y le echaron dos pesados cerrojos. Miré alrededor sintiéndome hundido por la severidad de la celda blanqueada y alicatada. «Austa^ra y sin pretensiones» fueron las palabras que surgieron de mi cabeza. Aquél iba a ser mi universo en el futuro próximo. La insensibilidad que me había poseído desde que aquella mañana salí de la DGS empezó a recular. ¿Cuántos años —me pregunté— iba a cumplir entre aquellos muros?

Aparte de los controles sanitarios, el periodo era también un modo de preparar psicológicamente a los presos para su nueva vida. Teníamos mucho tiempo y espacio personal tras el impacto de la detención para pensar en la cárcel, la pérdida de la libertad, el amor y el cariño, así como en las posibles consecuencias de separarnos de los amigos y la familia.

Extendí el jergón en la desnuda cama tubular. Acababa de acomodarme cuando la puerta se abrió y entró como un tropel un grupo de carceleros con galones dorados. A la cabeza había un hombre que resultó ser Ramón García

Labella y su ayudante, un hombrecillo gordo llamado Fulgencio Ruiz Torrano. Rodearon mi cama, inspeccionando la celda, y me miraron. El alcaide era otro sosias de Franco y se comportaba igual: orgulloso, curtido, culo prieto, espalda recta y cuello erguido. Un preso le sirvió de intérprete, un hombre cortés y de aire inteligente llamado Joaquín Costas, medio calvo, con gafas y un grueso bigote de morsa que hablaba inglés con acento estadounidense. Costas me dijo, educadamente, que según las reglas los presos debían ponerse en pie cuando un funcionario entrase o pasase al lado.

Tras un breve corrillo con don Pedro en la puerta, el grupo salió de la celda. Cuando me volví a sentar entraron dos presos de confianza para indicarme que dejara la cama otra vez. Me quedé sin palabras al verles desmantelarla y salir de la celda con ella, junto con todo lo que llevaba conmigo, ¡incluso el material de escribir, las sábanas y las mantas!

La sanción era conocida como «el régimen de pistas» y desde luego me despistó. Con seguridad la dictadura no quería revivir el «intento de suicidio» de Julián Grima, que hizo tanto daño a los intentos de Franco por confirmar su legitimidad internacional y ser aceptado en la Unión Europea. Ésta fue una prioridad de la política exterior franquista desde 1962.

Estaba hecho polvo: solo en una celda blanca y sin formas. Los únicos objetos que rompían la monotonía visual de la celda eran una pequeña mesa de piedra y un botijo. Había también un maloliente retrete sin cisterna y un lavabo sin agua. No encontraba consuelo ni compañía en ninguno de ellos.

El agua era un bien escaso en la España de Franco aquel verano. Sólo era accesible dos horas al día por la mañana, dos a mediodía y otras dos por la tarde. Las restricciones continuaron hasta diciembre de ese año. Los grifos eran puramente decorativos. La presión del agua era incapaz de alcanzar los tres pisos superiores, así que había que acarrearla en cubos escaleras arriba. Yo estaba en la planta baja y sólo conseguí un hilillo. Eso era todo.

Cansado y con dolor de cabeza de tantos pensamientos y fantasías rondándome el cerebro, me hundí en el suelo contra la pared, bajo la ventana, mirando sin ver a la gris puerta acorazada de la celda y su mirilla (el «chivato»). El único movimiento era el de la lenta sombra de los barrotes recorriendo las paredes y el suelo de la celda.

El agotamiento me abrumaba y me enervaba. La desolación que sentía podía deprimir a un caso clínico de optimismo. Lo único que deseaba era refugiarme en el sueño. En cuanto me estiré sobre el duro suelo de terrazo y me deslicé por el bienvenido tobogán de la modorra, me imaginé rodeado por fantasmas de vidas truncadas o inacabadas. ¿Cuánta gente había salido de esa misma celda para ser fusilada o estrangulada? Hombres y mujeres cuyo delito era resistir a Franco, a la tiranía eclesiástica de una iglesia medieval, al caciquismo feudal y a una de las clases medias más reaccionarias de Europa.

Estuve despierto mucho rato esa primera noche sobre la cama, desnudo, asfixiado y sudoroso. Mi mente corría como una locomotora a través de un montón de «tendría que haber» y de «¿y si...?». Finalmente caí en un sueño agitado, sólo para despertar horrorizado al sentir batallones de chinches

recorriendo mi cuerpo, minúsculas criaturas nocturnas caminando con determinación y disciplina a recoger la sangre que yo les iba a donar. Además, era vagamente consciente de que el chivato de la puerta se abría y cerraba cada vez que un funcionario curioso quería contemplar si el misterioso extranjero del que tanto habían oído y leído no se había colgado.

La puerta recibió una o dos patadas, pero yo lo ignoré y seguí durmiendo en un mundo más delicado. Hassan Risooni, el cabo de la galería, vástago de la familia real marroquí, cobraba tres pesetas a los presos por dejarles mirarme a través del chivato.

Cuando desperté por la mañana, me percaté de las paredes, los barrotes y la puerta de la celda, recordé lo que había pasado y fue como si hubiese abierto una llave de premonición y negatividad en mi cabeza. De alguna manera, tenía que reconciliarme conmigo mismo para decir adiós a todo lo que había conocido antes. El pasado reciente y las perspectivas de futuro parecían ahogar mi optimismo natural.

Los medios de comunicación españoles se dieron un festín con mi historia. Informaciones de mi detención me habían precedido en misteriosos titulares y chismorreos que habían entrado en la mitología de la cárcel. Especialmente pintoresco y difundido era el que me pintaba entrando en España vistiendo un kilt. Durante casi dos semanas, los medios publicaron las historias más extraordinarias sobre el asesino anarquista con falda que había venido a matar a Franco y a lo mejor de la población de Madrid, si no de España. Un periódico español me retrató cruzando la frontera con todo el atavío de las Highlands: daga corta, gorra emplumada y tal. Tal vez quería clavar la daga en la barriga de Franco. Algunos pensaban que todos los escoceses llevaban kilt normalmente. Cuando las noticias llegaron a Buenos Aires, ya iba vestido de mujer, por una mala traducción de «la falda escocesa». Nunca me preocupé en desmentir la historia, no me parecía tan importante, y la mayoría de mis amigos aceptaron que el kilt era para distraer la atención de lo que llevaba en la mochila. Otra versión me hacía descender en paracaídas y otra más cruzar la frontera en un caballo blanco, como Emiliano Zapata.

Sin embargo, Zapata no tuvo nada que ver conmigo en el breve lapso entre mi detención y el consejo de guerra. Los periodistas declararon sin la menor duda que había cobrado entre un cuarto de millón y cinco millones de pesetas por el encargo y que me habían entrenado especialmente en un campamento anarquista «terrorista» de los Pirineos franceses. Era una figura envuelta en misterio, intriga y temor, de ahí mi valor comercial para Risooni.

El supuesto campamento terrorista cercano a Toulouse era un mito recurrente y un tema importante en los cargos contra mí en el juicio. En realidad era un campamento anual de verano frecuentado por anarquistas de todo tipo y color político: viejos, maduros y jóvenes, familias e individuos, sindicalistas, trabajadores normales, artesanos, artistas, profesionales, vegetarianos, carnívoros, bon-vivants y adictos a los zumos, rojos, cojos, bisojos... y algún que otro colgado.

Lejos de ser un campo de pruebas para guerrillas urbanas o rurales, era más bien un cruce entre una convención de lectores de Integral y la excursión familiar en las fiestas de Glasgow a los refugios campestres del terruño. Sí había guerrilleros en el campamento, pero todos tenían trabajos y estaban de permiso. Nunca había estado cerca de allí, si bien, para ocultar mis intenciones a los amigos que me preguntaban dónde iba, les había dicho que pasaría allí el mes de agosto, y de hecho pretendía visitarlo al regresar de Madrid. Durante mucho tiempo no se me ocurrió que las autoridades españolas habían creado el rumor del kilt por la misma razón que proclamaban tener agentes en activo en Gran Bretaña: querían que la gente pensara que me habían seguido por travestido, a fin de ocultar la cooperación entre Scotland Yard y el fascismo español, un tipo de dinamita política más poderosa que la que yo transportaba.

El ministro español de Gobernación tuvo la inusual iniciativa de anunciar a los medios que el éxito de mi detención se debía a la «excelente información» de los agentes españoles en el Reino Unido. Esto podría o no ser mentira, pero casi no había precedentes de que un gobierno reconociera alegremente tener una red de espionaje funcionando en territorio amigo, algo que siempre se considera un secreto embarazoso. ¿Cómo se habría tomado la prensa si los rusos hubieran admitido abiertamente que sus espías en el Reino Unido

habían hecho fotos y recogido información para detener a un británico en Moscú?

La prensa británica se lo tomó en su línea. Un periodista del Scottish Daily Express fue un ejemplo de la melosa aceptación de la presencia de agentes extranjeros en la vida política británica, pese a que su periódico seguía una línea muy distinta en cuanto a los países del Telón de Acero. Con la incomparable mezcla de noticias y propaganda propia de Beaverbrook Press, Charles Graham escribió:

Hasta James Bond se habría descompuesto ante los cuentos de terror e imaginación —de imaginación sobre todo— que circulan sobre el movimiento anarquista en Glasgow. Sí, anarquistas de Drumchapel y Hillhead y de los pueblos de Lanarkshire; anarquistas supuestamente involucrados en el espionaje internacional y el derribo de gobiernos, y también supuestamente bajo la experta vigilancia de los servicios secretos españoles. Ésta es la historia narrada por el portavoz español después de que un joven de Blantyre, Stuart Christie, resultara sospechoso de conspiración violenta y acusado de transportar explosivos.

Antes de mi juicio, la Special Branch de Glasgow investigó mis antecedentes. Lo cual supuso entrevistar en Blantyre a mi profesor de inglés, George Bradford. Le pidieron leer mis redacciones del instituto a fin de intentar captar el desarrollo de mis ideas políticas. Se negó. Sin duda, la policía de dos países se mostró molesta por haber descubierto que puede haber una corriente de libertad académica y confianza entre un profesor y un alumno no ya en la universidad, sino en un instituto de Blantyre.

HACIÉNDOME CARGO

Según pasaba mi primera mañana de cárcel empecé a hacerme cargo de mi situación y a medir mi nuevo universo. Mi celda era de unos tres metros por uno y medio, aunque parecía mayor debido a que era blanca. Buena parte del ancho se lo comía la cama, puesta en medio, bajo la ventana. Me dedicaba a caminar por la celda, dando cinco pasos de extremo a extremo, pivotando al final de forma que el ritmo fuera continuo. Lo encontraba hipnótico y tranquilizador. Silbaba suavemente para ayudarme en la concentración... y en la confianza. Las músicas eran o *The Red Flag* o *The Sash* ([9](#)). Las dos eran gestos desafiantes, una política, la otra religiosa, pero yo silbaba para mí. Si algún guardián oyó mis discordantes silbidos quizá dedujo que era el equivalente escocés del cante jondo.

Para que el día pasara más aprisa y quitarme preocupaciones de la cabeza, elaboré una serie de rituales. Empezaba contando mis pasos para ver cuántas millas era capaz de andar antes de que ocurriera algo interesante. Pero, inevitablemente, la sedante actividad terminaba dominando mi cerebro y al final perdía la cuenta y tenía que volver a empezar.

Otro tipo de terapia aritmética consistía en contar los azulejos de las paredes, pero ahí también me acababa perdiendo. Las dos primeras semanas, la pared fue mi calendario: cada azulejo era al principio un día y después una semana mientras trataba de adivinar cuántas vueltas le daría a la celda antes de salir de allí, metafóricamente o no. No tardé mucho, sin embargo, en agotar mi repertorio y me limité al pasatiempo principal de mi confinamiento: andar arriba y abajo.

La ventana tenía un tamaño razonable, y colgándose de los barrotes oxidados podía contemplar las obras, detenidas pero avanzadas, de una galería sin terminar. Allí se reunían los gatos callejeros por la noche, formando un coro cacofónico, ya para arrimarse, ya para maullar las noticias del día entre la

población felina madrileña. La primera vez que los oí, pensé que mi celda lindaba con la cámara de tortura.

En algún momento del día la celda se abría y me ponían entre los brazos una barra de pan caliente, recién cocida, de casi medio metro. La primera vez tomé un trocito y saboreé su tibieza. Daba confianza: al menos me iban a alimentar. Comí un poco más y, de repente, el pan se acabó. No me había percatado hasta entonces de que el día en la cárcel tenía dos mitades: antes y después de comer. Para soportarlo había que racionar cuidadosamente el pan diario, sobre todo durante el periodo. Por la mañana se pasaba hambre, pero se terminaba con el almuerzo. Si uno se comía el pan, no había nada que comer entre el almuerzo y la cena. El sueño y las luces apagadas señalaban claramente el final del día.

A la hora de la cena de ese primer día en Carabanchel tenía un hambre terrible. Por fin se abrió la puerta y, enmarcados en el dintel, vi a dos hombres cargando una gran perola metálica con un caldo oscuro, graso, amarillo, ondulando de lado a lado cuando lo dejaron en el suelo. Risooni me tendió un gastado tazón y una cuchara de aluminio y allí me echó la comida. El poco apetecible mejunje consistía en una sopa aguada con garbanzos, algunas verduras irreconocibles, morcilla y trozos de tocino.

Tuve suerte. Encontrar una cucaracha en la fabada o el cocido no era infrecuente. Pese a mi hambre, la comida, que nadaba en grasa, no invitaba nada y apenas comí. Estaba paranoico por entonces, pensaba que podían intentar envenenarme para cortocircuitar el problema de relaciones internacionales que yo suponía para el régimen.

En vez de dejar la comida para que la retiraran, decidí deshacerme de ella tirándola por la ventana. No funcionaba la cisterna, así que no podía echarla al retrete. Sin embargo, la parte de la ventana que se abría para ventilar era pequeña, por lo cual sólo una parte del potaje cayó afuera. El resto se pegó a los barrotes y al cristal y decoró los ladrillos de la ventana. Lo mismo pasó con la cena.

La última corneta del día, en torno las diez de la noche, anunciaba silencio y apagón de luces. Me habían devuelto la cama y su atalaje pocos minutos antes, pero en mi caso no se aplicaba el apagón.

Gradualmente se fue perdiendo el sonido de los pasos de los guardianes y, aparte del ruido ocasional del portón cuando alguien salía o entraba, un lienzo de silencio descendió sobre la cárcel.

Desenrollé el desgalichado jergón sobre el catre y, superado por la fatiga, me dormí enseguida. Una o dos veces en la noche me despertó el ruido del chivato al abrirse o cerrarse. Alguien me miraba. Me entró un repentino ataque de pánico, pero fingí dormir, sin moverme ni cambiar la respiración. Mi corazón latía. ¿Iban a hacerme desaparecer? ¿Iban a dispararme aplicando la ley de fugas cuando intentara escapar?

La tapa del chivato se cerró, los pasos se hicieron más distantes. Luego oí abrir el cerrojo del portón y el eco metálico que hacía al cerrarse. Los pasos del guardián se perdían en el silencio, dejando el mundo a las tinieblas y a mí. Mi ansiedad fundida con el calor, las chinches y el aire detenido y agobiante hacía difícil volver a dormir.

El tiempo en prisión sólo puede medirse en términos de hechos sucesivos, la mayoría de ellos indistinguibles y todos puntuados por la llamada de la cometa. Un come-tazo junto a mi puerta me despertó sobresaltado la mañana siguiente, temprano. Era el miércoles 12 de agosto. Me deprimió comprobar que seguía encarcelado. No había sido un mal sueño, era una mala realidad.

La primera cometa de la mañana anunciaba la diana y el primer recuento era a las siete, a lo que seguía el concierto cacofónico de las puertas de las celdas al quitarles el cerrojo, abrirse y cerrarse de nuevo mientras el carcelero nos contaba a toda prisa.

Si las cuentas cuadraban y nadie se había escapado, se había ahorcado o no se había contado, te llevaban el desayuno a la celda a las siete. Consistía en un vaso de plástico con un líquido marrón que pasaba por café. No había nada que comer; tendría que haber guardado algo de pan de la ración del día anterior. Por desgracia, nadie me lo había dicho.

A las ocho, otro toque de cometa anunciaba las tareas de limpieza. Había que hacerlas con la puerta abierta: enrollar la cama, limpiar la celda con un cepillo hecho de ramitas, abrillantar el grifo decorativo y, por último, fregar el suelo. Después teníamos que esperar a la puerta, fuera de la celda, hasta que el guardián hiciera su inspección.

La cometa de las ocho y media anunciaba concentración en el patio. Yo aguardaba tras la puerta esperanzado, fisgando por el chivato a ver si me abrían. Qué va. Sin embargo, pude ver a presos que paseaban con desenfado.

Carabanchel se regía por lo que se llamaba un régimen «de puertas abiertas». Las celdas no se cerraban desde el primer recuento de la mañana hasta el almuerzo y la preceptiva siesta veraniega de dos horas, entre la una y media y las tres y media o las cuatro, en que se abrían de nuevo hasta después de la cena, a eso de las nueve. Un régimen tan poco estricto me sorprendió. Quizá no iba a ser tan malo, después de todo. Como dice el profesor Pangloss en el Cándido de Voltaire, «Todo va bien en el mejor de los mundos posibles».

La mañana del domingo había misa a las nueve y media. El toque de reunión sonaba un cuarto de hora antes. Todos los presos estaban obligados a asistir excepto los sujetos al periodo, como yo. Antes de la ceremonia, los presos de cada una de las tres galerías principales, los jóvenes del reformatorio y los políticos de la sexta galería marchaban en columnas de a tres desde sus alas y formaban frente a un improvisado altar en el tejado del centro, visible desde todas las galerías.

Tres toques de cometa anunciaban la llegada del alcaide y el administrador con los funcionarios principales. La misa podía empezar. El sacerdote, con extraños ropajes, entonaba entonces el miserere, seguido por un grotesco coro de coadjutores y monaguillos, algunos con incensarios, entre el brillo de una cruz procesional dorada apareciendo entre nubes de humo. Aquella misa fascista, acompañada del son militar de cornetas y tambores y del anómalo tintineo de campanillas, solía durar unos cuarenta minutos, a veces más si era una festividad especial.

Ese primer domingo dejaron la mirilla de mi puerta abierta, lo que me permitió tener una visión de túnel del mundo exterior. Lo único que veía eran filas de

presos vestidos de marrón arrastrando los pies, como postes de teléfono perdiéndose en lontananza. El preso más cercano a mi puerta se fijó en mí y murmuró algo. Sonaba amistoso y cordial, pero no tenía ni puñetera idea de lo que decía. En un intento por introducir el humor en la situación, puse la boca en el chivato y murmuré, en inglés:

—Me llamo Christie y estoy en un pequeño aprieto. Me he quedado sin tabaco, pero el sacerdote y el levita han pasado de largo, así que me preguntaba si tendría usted un pitillo y una cerilla.

Quizá fuera mi acento de Glasgow o la oscura alusión bíblica, pero no entendió una palabra de lo que le dije. Semanas después me dijo que sólo había pillado las palabras «chiste» y «un amigo llamado Levy», lo que le hizo pensar que yo era muy gracioso. Volví frustrado a la cama, a mirar distraído el techo y las paredes mientras el tintineo de campanas, los cantos latinos y los metales desafinados resonaban en la galería y en mi cabeza.

Los días laborables, el cambio de guardia solía tener lugar a las diez de la mañana. Era uno de los acontecimientos principales del día. Señalaba la diferencia entre un periodo de veinticuatro horas que terminaba y otro que empezaba. El cambio suponía otro recuento, tanto en el patio como en las celdas.

El ruido de las llaves y cerrojos, de las puertas al abrirse y cerrarse, el murmullo de gente rondando y charlando al bajar o subir las escaleras hacia el patio o desde el patio sentaba bien. Me preguntaba cuándo me llegaría el tumo de salir de la celda y sumergirme en mi nuevo y extraño mundo. Almuerzos y cenas eran igual de ruidosos, con gritos, bromas, portazos y el tintineo de los utensilios de aluminio.

Mi estrategia de supervivencia era sencilla. Adaptarme a las nuevas circunstancias, hacer lo que pudiera y seguir adelante; centrarme en el corto plazo y tratar de aprovecharme de cualquier circunstancia u oportunidad que pudiera ofrecer esta nueva vida; preguntar los «porqué» y los «cómo» en lugar de los «dónde» y «cuándo». Me iba a quedar allí un tiempo, así que debía ser paciente, aceptar la situación tal cual era y tratar de sacar partido de la

reclusión. Si no me iban a matar, era de esperar que la experiencia me hiciera un poco más sabio. Y sin duda más viejo.

Me embarqué en un viaje de descubrimiento, sobre todo de mí mismo, y la experiencia me iba a enseñar a mantener la mente y los ojos abiertos. A no ser que el panorama fuera demasiado malo.

Mi optimismo natural volvió enseguida. Había visto películas sobre Colditz, de cómo los allí prisioneros se burlaban de los alemanes. Como ellos, yo era un privilegiado. Tenía la oportunidad de dar guerra a aquella malvada dictadura y conseguir mucho más que otros. Aquellas películas sobre prisioneros de guerra mostraban su voluntad de reírse, de desafiar a sus captores, de gastarles bromas, de tenerles ocupados, de mantener la moral por medio de payasadas. Pero, claro, estaban protegidos por razones de alta política, lo que hacía difícil a sus carceleros tratarles de la manera draconiana con que trataban a sus compatriotas o a gente de países que no habían firmado la Convención de Ginebra. Es curioso: no recuerdo haber visto películas sobre Buchenwald, Belsen o Auschwitz.

Al menos yo era joven y no tenía compromisos personales ni más lazos familiares que mi madre, mi abuela y mi hermana, que no dependían económicamente de mí. Para los cabezas de familia con esposa e hijos era un sacrificio mayor.

Tras patear mi celda durante horas, silbando, cantando y declamando lo que recordaba del discurso de Gettysburg de Lincoln y de El cuervo de Edgar Allan Poe —y pillando una conjuntivitis de tanto espiar por la mirilla—, la puerta se abrió inesperadamente y allí apareció el alcaide, Ramón García Labella, con su traductor, Costas. Me miró con curiosidad y le dijó algo a Costas que éste me tradujo: «¿Necesita algo?». Seguro que era un hito en la historia de la cárcel. ¡Me trataban como a un VIP!

Libros, cigarrillos y material de escribir estarían bien, dije. Añadí que me gustaría recuperar el dinero requisado por la Brigada Político Social. En el poco tiempo que llevaba en Carabanchel me había percatado de que incluso allí era difícil salir adelante sin dinero.

Las cárceles españolas funcionaban de modo casi privado: la gente o bien trabajaba y ganaba dinero, o bien se moría de hambre. No era como en las cárceles británicas, con sus principios estato-socialistas, en virtud de los cuales los presos trabajaban obligatoriamente y comían lo que había. En España había esclavitud pagada; en el Reino Unido, esclavitud a secas.

Costas volvió más tarde con un bocadillo de queso manchego y chorizo picante, café de verdad y un bollo recién hecho de la cafetería. Y también con unas manoseadas novelas de Agatha Christie. Sentí que empezaba a meterme en ese mundo. Le pregunté si podía enterarse de cómo le iba a Carballo, pero sólo estaba autorizado a comunicarse conmigo. Risooni, sin embargo, le llevó unos cigarrillos a cambio de medio bollo esa misma mañana.

Cuando llegaron el papel y el bolígrafo, escribí a mamá para tranquilizarle. Le dije que estaba bien de salud y que me trataban razonablemente, dadas las circunstancias. Mi principal desvelo era cómo afectaría todo aquello a mi familia. En la DGS me habían dejado escribir unas líneas a mi madre en una postal, en la que le decía que había llegado bien y que le escribiría con más detalle en cuanto pudiera. La postal llegó el mismo día que la noticia de mi arresto.

El siguiente visitante fue el sacerdote, un dominico siniestro, un personaje de El Greco con sotana blanca y un breviario en la mano. Era alto y corpulento, con cuello de toro, afeitado y con el pelo al uno, de rasgos afilados y un aura de disipación. Tenía la piel cerúlea de un cadáver. Era la reencarnación de Torquemada.

Había dos dominicos así en Carabanchel. Sobrevolaban la cárcel como cuervos tratando de capturar las almas inmortales de apóstatas, herejes y quintacolumnistas como yo. El odio de esos capellanes de prisiones por los presos políticos —a quienes calificaban regularmente en las misas de «escoria roja», «asesinos» y «horda atea»— no era siempre retórico. Un capellán de la cárcel de Portaceli, en Valencia, insistía en que toda la comida aportada por los familiares de los presos políticos se comiera en su presencia, allí mismo. Lo que no lograran engullir en el momento se echaba a los cerdos. En un famoso incidente en la cárcel de Castellón, un grupo de presos políticos dijo al capellán

que no eran creyentes y fueron de inmediato golpeados y humillados por su «insolencia intolerable». Un domingo, durante la misa, cuando la campanilla anunció que había que arrodillarse, permanecieron de pie y por ello recibieron puñetazos y patadas mientras los funcionarios les sacaban de allí. Lo más horrible es que cuando la misa acabó, llevaron a los renuentes políticos al patio y les fusilaron delante de los demás presos.

El cura iba acompañado de su preso de confianza e intérprete, José Pineda, un joven alto y moreno con una distinguida nariz aguileña y un flequillo negro peinado a lo Hitler, en diagonal sobre su frente. Vestía de acuerdo a su versión andaluza de la moda de Oxbridge: cuello blanco, una vieja corbata universitaria, blazer, bombachos y mocasines de charol. Sólo le faltaba el sombrero cordobés. José Pineda era un gigoló andaluz, un embustero patológico y la ruina de mi vida en Carabanchel.

Las preguntas del cura eran frías, pero a través de Pineda se volvían fanfarronas y protectoras:

—¿Cómo puede ser usted ateo? ¡No es posible!

—Sí.

—¿Pero es usted realmente protestante? ¿En qué religión le educaron?

—En la Iglesia de Escocia.

La respuesta le enfadó.

—¡La Iglesia de Escocia, ridículo! ¡Sólo hay una Iglesia, la de Cristo Salvador! Eso no es una Iglesia, es un culto hereje protestante.

Este hombre creía de verdad en el Edicto de fe que invitaba a los fieles a denunciar a...

los que hubieren hecho o dicho alguna cosa que sea contra los artículos de la fe mandamientos de la ley y de la iglesia y de los santos sacramentos, o si alguno hubiere hecho o dicho alguna cosa en favor de la ley muerta de Moysen de los judíos o hecho ceremonias de ella o de la malvada secta de Mahoma o de la secta

de Martin Lutero y sus secuaces y de los otros herejes condenados por la iglesia, y [...] personas hayan tenido y tengan libros de la secta y opiniones del dicho Martin Lutero y sus secuaces o el Alcorán y otros libros de la secta de Mahoma o Biblias en romance o otros cualesquiera libros de los reprobados por las censuras y catálogos dados y publicados por el santo oficio de la Inquisición... [\(10\)](#)

Un preso de confianza anunció en la puerta que tenía visita. El dominico se despidió con estas palabras:

—Al menos le ocurrirá algo bueno estando aquí. Haremos de usted un cristiano aun a su pesar. Confesará el credo católico antes de irse.

Debería haberle respondido «Vete a tomar por el culo», pero no lo hice. En vez de eso, en un momento de inspiración e incapaz de no hacerme el listillo, le dije «Quizá», y luego murmuré la famosa frase de Galileo, «Eppur si muove», con el tono más insolente que pude. Se puso aún más pálido de ira al recordarle la retractación forzosa del astrónomo. Por un momento pensé que me iba a pegar y a lanzarme el anatema, pero no lo hizo: se recompuso y se largó a pastorear a otros nuevos reclusos más piadosos.

No le habría convenido al sacerdote haber dado rienda suelta a su impulso. Los visitantes que me esperaban eran el vicecónsul británico, Harding, y un afable empleado español de la embajada.

La sala de visitas principal de Carabanchel era un espacio rectangular parecido a una jaula del zoo. La zona de los reclusos era un estrecho pasillo que ocupaba casi tres lados del perímetro exterior. Los visitantes estaban separados de los presos por un corredor de un metro de ancho, con barrotes a ambos lados desde el suelo hasta el techo. Era una tierra de nadie patrullada por vigilantes que se paseaban controlando las conversaciones.

Presos y visitas gritaban sus intimidades, noticias, preguntas y respuestas unos a otros a través del oscuro interior. Los visitantes se acercaban todo lo posible a la reja, gritaban primero y luego pegaban la oreja al metal para escuchar la réplica. El barullo de voces excitadas era agobiante y resultaba casi imposible oír nada.

Yo tuve suerte. Como preso de máxima seguridad recibí a mis visitantes en los locutorios de los abogados. Eran unos cubículos en los que unos y otros estaban separados por un gran panel de cristal, con sillas a cada lado. Tras presentarse y preguntarme cómo me habían tratado, el señor Harding me contó cómo estaba reaccionando el mundo exterior a la noticia de mi detención.

La circunstancia inusual de un escocés en una cárcel española bajo cargos de terrorismo había recordado a algunos que también muchos españoles pasaban por las mismas circunstancias. También me dijo que mi madre estaba en contacto con el Foreign Office. Dijo que a Carballo y a mí nos someterían a un consejo de guerra en los siguientes días y que mis amigos de Londres habían formado un comité de defensa.



Manifestación en Londres, 1964

Tenían previsto enviar a un consejero de la reina ([11](#)) al juicio en calidad de observador. Me aseguró que la embajada organizaría mi defensa. Harding añadió que la prensa, la radio y la televisión se lo pasaban bomba con mis «novias», en especial con Margaret Hart, a quien presentaban como el genio perverso detrás del atentado.

El consejero de la reina resultó ser Niall MacDermott, diputado que más tarde sería secretario del Tesoro en el primer gobierno Wilson. Fue elegido por el comité de defensa por su reputación como abogado filoizquierdista y presidente de la Comisión Internacional de Juristas con base en Ginebra, así como de su rama británica, Justice. Había servido en el MI5 (servicio de seguridad) durante la guerra con el rango de comandante. En esa época se ganó la enemistad del MI6 (servicio secreto) por negarse a ocultar el papel de Kim Philby, funcionario de este cuerpo que era a la vez un espía estalinista. La integridad idealista de MacDermott le costaría en septiembre de 1968 su carrera ministerial, cuando el MI5 acusó a su esposa ruso-italiana, Ludmila, de ser una espía soviética.

MacDermott me visitó en Carabanchel pocos días antes del juicio. Le expliqué confidencialmente que sabía muy bien lo que había hecho, pero él creyó que me encontraba un poco aturdido por la situación, como le pasaría a cualquiera.

Poco más podía hacer que estar allí, una presencia moral y simbólica, y comentar mi caso con la prensa. Yo era un joven inmaduro y los anarquistas británicos eran un grupo pequeño e inocuo, un poco raritos pero moralmente encomiables en cuanto que formaban parte del movimiento pacifista, que no tiene nada que ver con peligrosos revolucionarios internacionales. ¿Qué otra cosa podía haber dicho?

El papel de los Hart en el asunto era el de intermediarios, pues me habían presentado a anarquistas españoles con vistas a mi participación en la resistencia antifranquista.

No era así. Yo llegué al anarquismo porque quería hacer algo que marcase la diferencia, no implicarme en pequeñas intrigas cotidianas o en la burocracia de los partidos y las organizaciones políticas. La necesidad de derribar a Franco me parecía a la vez natural y posible. Y, quién sabe, quizá una chispa de la revolución que estalló en España entre 1936 y 1937, sofocada por republicanos y comunistas, podía volver a encenderse.

Una tarde de finales de agosto, después de la siesta, aún incomunicado, sin visitantes ni salidas al patio, Risooni abrió la puerta de mi celda y anunció que

el juez instructor estaba allí para verme. El teniente coronel Balbás Planelles entró con su secretario e intérprete, el capitán Francisco Martínez Pariente.

Balbás me preguntó si quería cambiar o añadir algo a mi declaración. Dije que no, que todo seguía siendo como se lo había dicho en nuestro anterior encuentro. Me aconsejó que organizara pronto mi defensa, ya que el consejo de guerra sumarísimo no tardaría en constituirse.

El ejército nos había asignado abogados a Carballo y a mí. El mío era el capitán Alejandro Rebollo, oficial de infantería que se había ocupado de Guy Batoux y Julián Grimau. Lo había hecho con aparente entusiasmo, pero sin éxito. Por suerte, la embajada británica insistió en que me defendiera un abogado civil, Gabriel Luis Echevarría Folios, y el ejército aceptó. Era la primera vez que un letrado civil se personaba en un consejo de guerra.

Los días fueron pasando. Recibí una reconfortante carta de mamá en la que me decía que todo iba bien y que vendría a España para el juicio. Mr. Harding regresó, esta vez con el abogado elegido por la embajada. Con él y la ayuda de un traductor preparamos lo que nos quedaba de defensa.

Yo no esperaba mucho de ella. Mi responsabilidad era evidente, pero al menos mi sentencia atraería la atención mundial sobre la España de Franco, despertando la «inacabada tarea» de luchar contra el fascismo.

Finalmente acabó mi aislamiento de diez días. Mientras el resto de la cárcel dormía sus dos horitas después de comer, a Carballo y a mí nos escoltaron hasta el patio y nos dejaron andar a nuestro aire, siempre bajo la vigilancia de dos guardianes en una garita de cemento al pie de las escaleras de la galería.

Había policías armados con rifles en las tres torres de vigilancia del muro exterior de ladrillo. En tanto que presos de máxima seguridad, no podíamos mezclarnos con los demás reclusos.

Era la una y media de la tarde y el sol de agosto quemaba tanto como su reflejo en el suelo de cemento de la prisión. Estaba feliz de salir de la celda y sentarme con los ojos cerrados, la camisa abierta y la cara al sol. Quería ponerme moreno. Carballo se sentó en la sombra, cerca de mí, indicándome

nervioso que me apartara del sol. Durante ese tiempo pudimos comunicarnos un poco sobre lo que había pasado tras nuestra detención.

La policía le había dicho a su hermana que yo había venido para asesinarle por haber fallado en otro atentado contra Franco en el estadio Santiago Bernabéu. La idea me hizo reír sardónicamente, lo que él también hizo después de mirarme mejor. Me mostró las heridas de su estómago y muñecas, machacadas sin piedad con culatas y cachiporras. Había estado orinando sangre.

Le tomé las medidas al patio. El comedor de la séptima galería estaba a la izquierda de las escaleras, frente a un pasillo situado justo debajo de ella. Un lado se abría al patio y los presos podían protegerse del sol y la lluvia. Esta planta baja estaba dividida en talleres en los que los reclusos fabricaban galeones a escala, zapatos y cestas para vender a los turistas.

Carballo sacó una pelota artesanal no sé de dónde. Los presos las hacían con gomas enrolladas en una bola de cuerda y cosidas exteriormente con piel de zapatos viejos. Quería jugar al frontón. Tras explicarme las reglas por señas, los dos nos dejamos la piel en una partida de pelota vasca, un deporte rápido y excitante, contra las paredes de la cárcel. Antes de darnos cuenta, habían pasado las dos horas y volvimos a nuestras celdas antes de que el resto de la galería bajara al patio.

No me costó mucho habituarme a la rutina diaria de la cárcel. A las siete de la mañana las puertas de las celdas se abrían y cerraban rápidamente cuando el funcionario se apresuraba a hacer el primer recuento. Yo estaba en el lavabo la primera vez que el carcelero pasó por mi celda. Este se paró, volvió sobre sus pasos, introdujo su cabeza y me advirtió:

—Durante el recuento debe permanecer firmes en la puerta y lo mismo cuando le hable un funcionario.

Antes de dar el portazo, Risooni me tiró un trapo y me dijo que fregase el suelo.

Terminadas y cuadradas las cuentas, la cometa anunciaría el café de la mañana. Si los números no cuadran, seríamos contados una y otra vez hasta que el error se subsanara o se detectara la fuga.

Después había que enrollar el colchón pulcramente, doblar geométricamente las sábanas, y echar un cubo de agua traído del patio en el excusado. Risooni y dos presos de confianza asignados a cocina pasaban entonces por las celdas con un caldero que contenía un dudoso brebaje de color malva lechoso.

Tras el siguiente recuento, a las ocho, la cometa señalaba el momento en que quienes trabajaban se dirigían a los talleres penitenciarios; los demás acudían a sus compromisos con la administración o se juntaban para las interminables tareas de limpieza.

Mis pocos días al sol de agosto, con una temperatura de más de treinta grados, pasaron pronto factura. Me desperté una mañana con un gran dolor de cabeza, tan débil y mareado que no podía levantarme de la cama.

Risooni llamó a don Pedro, que hizo venir a Mario, el practicante, y al médico. Yo trataba de captar algún dato sobre lo que me pasaba de los aspavientos teatrales, las breves exclamaciones y el rápido staccato de diálogo que iba de un lado a otro de mi lecho de enfermo, entre los médicos de bata blanca y los funcionarios de uniforme verde. Me sentía como un vulcano desconcertado en medio de un partido de dobles entre klingons. [\(12\)](#)

Al final pararon, Mario rebuscó en su maletín y sacó triunfal lo que parecía una bala color crema encapsulada en plástico. La miré, inquisitivo, preguntándome qué leches era: ¿iban a sacar ahora una pistola y pretendían que me suicidara? Al ver mi incomprendión, Mario empezó a señalar su culo gordo, como arañándose el esfínter. El horror de lo que querían que hiciera con la «bala» se me hizo claro de pronto y dejó mi alma presbiteriana helada. ¡Querían que me metiese eso en el trasero! ¿Me estaban induciendo a prácticas depravadas? ¿No conocían las pastillas y las inyecciones? De alguna forma logré deducir por gestos y cierto *espanglisch* que era víctima de una insolación, y que esa bala anal, un suppositorio, era una medida de emergencia hasta que me trasladasen a la enfermería, donde estaría bajo observación irnos días.

La enfermería estaba entonces en las traseras de la cárcel, sobre el taller de carpintería, al lado de la sexta galería de los presos políticos y cercana al reformatorio. La enfermería representaba el régimen más suave de la prisión. Aparte de pacientes realmente enfermos, era un deseado refugio para enchufados: mafiosos, importantes defraudadores y casos delicados política y diplomáticamente.

Había treinta o cuarenta camas, pero sólo tres pacientes. Uno era un viejo estalinista, de nombre Miera, cuya cama estaba junto a la mía. Era compañero del recientemente ejecutado Julián Grimau. No me llevó mucho descubrir que mi vecino era un militante particularmente agrio de la escuela de los años treinta. Miera hablaba un poco de inglés, pero era imposible discutir nada con él de forma amistosa o racional, ni siquiera del tiempo. Nos enzarzamos tantas veces que el médico se vio obligado a ponemos en lugares opuestos del barracón.

El segundo de los habitantes de la enfermería era un adolescente gitano que se había tragado una rata viva por una apuesta de veinte pesetas. Había hecho ya antes algo así: morder la cabeza de una rata viva y tragársela. El médico procuraba que el tratamiento antirrábico fuera lo más doloroso posible, inyectándole directamente en el estómago con la jeringa más descomunal que yo haya visto nunca.

El tercer paciente era un estadounidense callado y siniestro llamado Jay que esperaba su extradición de vuelta a Estados Unidos. Nunca descubrí su apellido. Era de Filadelfia, estaba en sus primeros treinta, se parecía a Clint Eastwood y tenía una complexión atlética similar. Poco usual en un *wasp* ([13](#)) hablaba español y francés a la perfección. Ya había pasado por situaciones similares y no parecía perturbado por ello. Traté de charlar con él, pero la conversación se convertía en un monólogo; era lacónico, claramente de derechas, hostil a mis expansiones amistosas y no iba a abrirse a mí. En una palabra, era un miserable, un bastardo de cara agria y tenía pinta de forajido inmoral. El trato que le daban las autoridades de la cárcel y sus muchos visitantes indicaban que estaba en la lista VIP de los enchufados. Desde luego, no estaba en la enfermería para recibir tratamiento médico.

Una mañana me desperté y descubrí que Jay ya no estaba. Le habían soltado en mitad de la noche. Muy extraño. Muchas veces me he preguntado si no se trataría de Jay Sablonsky, fundador de Aginter Press, financiada por la OAS, un personaje que, entre otras cosas, ayudó más tarde a entrenar y organizar los escuadrones de la muerte patrocinados por la CIA en Guatemala.

VI. CONSEJO DE GUERRA

Restaurada mi salud y de vuelta en mi celda tras tres o cuatro días en la enfermería, me despertaron temprano el 1 de septiembre y me dijeron que recogiese mis pertenencias. Carballo y yo íbamos a ser juzgados esa mañana por un consejo de guerra en la I Región Militar. Yo tenía dieciocho años y seis semanas.

Volvieron a tomamos las huellas, añadieron más documentos a nuestros expedientes y revisaron los viejos para asegurarse de que todo estaba en orden burocrático. Nos esposaron juntos a Carballo y a mí y nos llevaron a la puerta exterior, donde nos pusieron bajo custodia de un capitán del ejército con un pelotón de soldados. Como escolta llevábamos además cuatro Land Rover de la Policía Armada, dos delante y dos detrás, y cuatro motoristas de la Guardia Civil.

Nos metieron en un camión blindado, sin ventanas y con un compartimento interno sellado, y nos sujetaron al suelo con grilletes. En los dos compartimentos restantes, uno delante y otro detrás, había sendos guardias civiles con metralletas. Presidiendo la procesión iba un coche con hombres de la Brigada Político Social.

Habían tomado medidas de seguridad gigantescas. Circulaban historias exageradas sobre el hombre de la falda y la naturaleza de su misión. Uno de los rumores hablaba de un comando anarquista que planeaba una emboscada contra nuestro convoy, y las autoridades no corrieron ningún riesgo: al parecer, un señuelo había salido de la cárcel antes que nosotros. El comando liberador nunca se materializó, así que terminamos en el destino previsto.

El consejo de guerra tuvo lugar en el número 5 de la calle del Reloj, sede de la I Región Militar. Nos aguardaba un destacamento de soldados que hizo de barrera entre nosotros y los escasos curiosos, periodistas y fotógrafos que había en la acera. Subimos las escaleras de mármol blanco hasta el primer piso, llegamos a un amplio vestíbulo y de allí hasta una habitación apartada

para esperar la llegada del tribunal militar. La policía, la Guardia Civil y los soldados controlaban puertas y ventanas.

Echevarría, mi abogado, asomó la cabeza por la puerta, muy preocupado, y me dijo que el fiscal solicitaba veinte años para mí y treinta para Carballo. Viéndolo por el lado bueno, al menos no era el garrote o el fusilamiento. Dos guardias civiles llegaron poco después para conducirnos a la sala.

Siempre esposados, nos llevaron hasta un banco de madera frente al estrado en donde se sentarían los magistrados. Sobre la plataforma había una amplia mesa y dos más pequeñas a los lados, en ángulo recto con la principal: una para mi abogado y el capitán que defendía a Carballo y otra para el fiscal. El ventanal a nuestra derecha, sobre la calle del Reloj, estaba abierto. Detrás de nosotros había una barrera tras la que se situaban los bancos «públicos» para periodistas seleccionados y falangistas. Las puertas se abrieron y un centenar de personas se precipitó buscando los asientos más cercanos al frente. En pocos minutos el aforo estaba completo.



Llegada de la madre de Christie a Barajas para asistir al juicio

El teniente coronel Balbás estaba sentado en una mesita rodeado de papeles. Su ordenanza, a su lado, sonrió brevemente en nuestra dirección. En ese momento entraron el fiscal militar y mi abogado. Miré hacia atrás para ver las caras de los asistentes y sonreí cálidamente al ver a mi madre junto al cónsul británico, Simón Sedgewick Gell. Mamá me devolvió una mirada consoladora, pero se la veía claramente ansiosa y, para animarme, hacía lo que podía por parecer tan alegre como siempre.

Un soldado entró por una puerta tras el estrado y anunció al magistrado presidente, «Illustrísimo señor coronel de infantería don Jesús Montes Martín». Todos se pusieron de pie en cuanto entró, resplandeciente en su uniforme de gala, seguido por un coro de capitanes de rasgos duros y cuello tieso.

El coronel y los capitanes se alinearon en la mesa cubierta con la bandera franquista, retiraron sus gorras, se quitaron las espadas y las pusieron ceremoniosamente frente a ellos. Yo no sabía nada de rangos militares, pero sospechaba, por las condecoraciones y medallas de mis jueces, que el presidente del tribunal tenía buenos contactos.

El juicio empezó tras unas formalidades ceremoniales. El fiscal, comandante Enrique Amado del Campo, abrió el proceso con una perorata teatral impresionante, en apariencia pidiendo la máxima pena para los dos. Vaya, pensé, nada de una multa y nuestra palabra de comportarnos bien. Un capitán, José Bellido Serrano, defendió a Carballo. Transcurrido el caso contra mi compañero de banco, llegó mi turno. Lo supe porque mi abogado se levantó y dijo algo. Para lo que yo entendía, podía estar rezando el rosario, pero luego descubrí que estaba pidiendo clemencia con el argumento de que yo no sabía lo que hacía ni lo que transportaba.

Mis recuerdos del proceso son nebulosos. Me sentía como un observador aparte, invisible, contemplando por las ventanas de mi cerebro un decorado cinematográfico o algún tipo de farsa. Era teatro fascista y yo era el malo de la función. La atmósfera de la sala parecía irreal, pero no me intimidaron ni el esplendor ceremonial ni la solemnidad. Estaba más atónito que otra cosa. Tampoco tenía sentido del paso del tiempo.

Cuando el fiscal se refirió a mi papel en la trama, noté que su tono se volvía irrazonablemente vengativo. Era un buen actor y enseguida se creció hasta el frenesí, gritando y gesticulando en mi dirección. Tanto que empecé a preguntarme de quién hablaba y me volví para ver a quién señalaba, lo cual le mortificó aún más.

El alegato de la acusación resultó ser una breve historia del anarquismo español reciente. Según el fiscal, había habido varios intentos de socavar y destruir el «glorioso Movimiento Nacional» encabezado por Franco en 1936. El principal enemigo de este «glorioso Movimiento Nacional» era el movimiento anarquista internacional, del cual yo, pese a mi juventud, era un buen, o mejor dicho, un mal ejemplo.

El fiscal continuó en este estilo durante un tiempo antes de insistir en el meollo de las pruebas contra mí, apabullantes y en esencia confirmadas por mí. Lo que negué es que yo sabía que el paquete contenía explosivos cuando crucé la frontera. Declaré que creía llevar propaganda impresa hasta que abrí el paquete en Barcelona y descubrí los explosivos y detonadores. Tuve miedo de entregárselos a la policía por si acaso no me creían, pero no podía abandonarlos sin más, por si algún curioso resultaba herido o muerto. Creí que no había otra alternativa que llevarlos conmigo y esperar que no pasara nada. No mencioné el papel de mi abuela en mi formación anarquista. Culpar a la abuela de uno no habría sido conveniente en una sociedad tan matriarcal.

La prueba fue presentada a la corte por el capitán de paracaidistas Francisco Martínez Pariente. Me sentía mal por él. O bien le habían impuesto el trabajo de traductor contra su voluntad o bien le habían enseñado un idioma extranjero con planteamientos falsos que ahora debían mostrar su idoneidad. Tal vez estaba confuso a resultas de la tensión en la sala y de la dificultad añadida de entender mi cerrado acento de Glasgow.

El sudor caía de su frente cuando yo trataba de hacerle más fácil entender lo que decía. Hablaba lento, alto y gesticulando, pero esto sólo aumentaba su confusión. En una ocasión corregí su traducción a la corte en mi español macarrónico. Era como la famosa ocasión en que el preboste de Edimburgo

sorprendió a los lores al responder a un duque inglés que su pistola era de esas con las que se cazan «duques y tontos». [\(14\)](#)

Los jueces militares se retiraron a comer. El juicio había durado toda la mañana, unas tres horas. Mi abogado me dijo que el proceso había acabado, pero que la sentencia no saldría antes del día siguiente.

Nos llevaron a un cuartito con la puerta abierta ante la que se paraban a mirar los curiosos. Carballo y yo tuvimos que conformarnos con un trozo de pan duro y queso. Me sentía tan incómodo como Lee Harvey Oswald al llegar a la comisaría de policía de Dallas, justo antes de que Jack Ruby le disparase.

Balbás entró con mi madre, que según él era encantadora, y dijo a nuestros custodios que podíamos hablar ella y yo unos minutos, pero no a solas. La besé lo mejor que pude teniendo en cuenta que estaba esposado y vigilado por la Guardia Civil. Le presenté a Carballo, compañero de esposas. Me pareció que mamá pensaba que todo era culpa de él. Fue una pena que la madre de Carballo no estuviera también para equilibrar las cosas, pero había muerto. Mi madre, una mujer digna, le preguntó en inglés y con auténtica simpatía cómo se encontraba. Parecía más una conversación de salón de té que de consejo de guerra. Traté de convencerla de que estaba bien, de que las cosas pronto se arreglarían. Ella se quedaría en España unos días más y le habían prometido que podría visitarme cuando quisiera.

UN SÁBADO MÁS

De vuelta a Carabanchel la vida volvió a la rutina habitual de la cárcel. De los días que siguieron, como de la mayoría, recuerdo poco, porque apenas sucedía nada. Los días de reclusión sólo se hacen perceptibles cuando ocurre algo memorable.

No era habitual que los presos primerizos se dejaran vencer por la preocupación, la privación de contacto social, la dureza e indefensión de su estado en la soledad de las celdas, hasta el punto de suicidarse antes de pasar el periodo.

Según pasaban los días, no obstante, me iban preocupando menos mis propios problemas y sentimientos y estaba más dispuesto a hacerme cargo de mi entorno. Los demás presos, gente que compartía mi situación y su indignidad, empezaron a interesarme y, casi sin darme cuenta, la comunidad carcelaria me absorbió y me convertí en «uno de los tuyos».

No tenía cama durante el día ni me apagaban las luces por la noche. Los carceleros descubrieron que había tirado la comida por la ventana, así que me adjudicaron la dieta de enfermo, que era un poquito más variada y sabrosa. También me dejaron ver a mamá algunas veces durante los dos días que estuvo antes de regresar a Blantyre. Además tuve un breve encuentro con Niall MacDermott, que iba a informar a mi abogado en Londres, Benedict Bimberg, y al recién creado «Comité de Defensa Christie-Carballo».

En su primera visita mamá me dijo que el día que recibió la noticia se le vino el mundo encima. Tenía la tarde libre, hacía sol, y se había sentado para tomar una taza de té y leer mi postal. En eso llamaron a la puerta. Eran dos periodistas del *Scottish Daily Express* que venían a darle la noticia de que estaba preso en Madrid acusado de «bandejaje y terrorismo». Al principio no podía creerlo; era angustioso, tanto para ella como para mi abuela. Casi en trance, se puso el impermeable y el sombrero y salió a la calle para tomar el

autobús a Lesmahagow, donde vivía el diputado de la zona, Tom Fraser, entonces ministro de Transportes en el gobierno Wilson.



Mike Callinan de la Syndicalist Workers Federation en Hyde Park

Fraser estaba inaugurando una fiesta local cuando le encontró, pero de inmediato la llevó hasta su casa y telefoneó al Foreign Office, donde le dijeron lo que dicen siempre en estas circunstancias: «No se preocupe» y «No monte un follón». Cuando mamá volvió a Blantyre, los carroñeros de la prensa escocesa salieron en tropel y en Victoria Street, donde vivía mi abuela, una calle normalmente sin tráfico, había coches aparcados en doble fila a ambos lados.

El sendero hasta la puerta de mi abuela era un hervidero de reporteros y fotógrafos. Murmurando con toda la dignidad de que era capaz, mamá se abrió paso a través del mar de flashes y agresivos periodistas blandiendo sus libretas hasta la casa asediada.

Un amigo de toda la vida de mi abuela la había visitado ese sábado. Inquieto por su apariencia, le dijo a mamá que nunca antes la había visto así, «un junco roto». Sin embargo, mi abuela no era de las que se hunden con un golpe así, por lo que esa noche sacó fuerzas de flaqueza, se puso su mejor vestido y salió a jugar su habitual partida de whist en el Hogar de los Mineros de Blantyre, como si nada hubiese ocurrido. Nadie iba a mantener a mi abuela con las puertas cerradas y las cortinas echadas; era una luchadora y tenía su orgullo. Se enfrentaría al mundo por más que su corazón se sintiera herido.

Olivia, mi hermana, era demasiado joven para entender bien lo que ocurría. Había ido al cine ese sábado por la noche y sólo al volver a casa, cuando vio puentes y muros con pintadas como «¡Liberad a Christie!» y a los periodistas en torno a la casa, se dio cuenta de que me había pasado algo grave.

La noticia de mi detención llegó el sábado 15 de agosto y en cuestión de horas se organizaron manifestaciones antifranquistas en varios países. Glasgow estuvo entre las primeras en desfilar y levantar piquetes esa misma tarde. Organizado por diferentes grupos radicales y liberales de la ciudad, atrajo a mis viejos colegas trotskistas de International Socialista. Habían conseguido una bandera falangista no sé dónde y planeaban quemarla frente a la sede del consulado español en Glasgow.

Ian Mooney fue el miembro de IS que hizo los honores. Por desgracia, era muy corto de vista, y en vez de empapar con gasolina la bandera se mojó sin darse cuenta la pernera, así que cuando encendió la cerilla fueron sus pantalones los que ardieron. La primera impresión de la policía de Glasgow fue que era una protesta a lo bonzo; la segunda fue de alivio al darse cuenta de que la víctima intentaba apagar las llamas por todos los medios. Entre tanto, había inquietud en Londres sobre mis declaraciones en el programa de Muggeridge, donde admití que, si tuviera oportunidad, haría a Franco picadillo. Mark Hendy, secretario del Comité de Defensa, y varios otros compañeros se las arreglaron para entrevistarse con Stanley Hyland, productor de *The Question Why*, y le pidieron que cancelase la emisión, prevista para el domingo 23 de agosto.

Con una excepción, todos los que habían tomado parte en el programa reclamaron que fuera cancelado o que al menos se cortara mi intervención. En

el último minuto, con el pleno consentimiento de sir Hugh Green, director de BBC-2, Stanley y su secretaria me eliminaron de la emisión. El único participante que deseaba salir en antena abandonó el movimiento anarquista enseguida, una vez conseguida la publicidad que probablemente deseaba.

Al enterarse de mi detención, dos amigos, Walter Weir y Walter Morrison, fueron de Glasgow a Londres haciendo dedo. Querían levantar un piquete y ponerse en huelga de hambre en el exterior de la embajada española, por lo que Morrison fue detenido el 26 de agosto. Había telefoneado previamente a Scotland Yard para pedir permiso y dar su nombre. El funcionario con quien habló le dijo que no había problema, siempre que la protesta fuera pacífica. Morrison se instaló entonces en la acera frente a la embajada mientras Weir iba a recoger sus sacos de dormir de la consigna de Victoria Station.

De pronto apareció una furgoneta celular de la policía y tres o cuatro agentes se echaron sobre Morrison. El agente Guppy, de servicio en Belgrave Square esa tarde, arguyó que le había detenido por gritar «¡Abajo Franco!» a un grupo de españoles franquistas que protestaban por su actitud.

El tal Guppy metió a Walter en la furgoneta y le llevó a una comisaría londinense no identificada. Sin embargo, en vez de ser acusado y conducido a las celdas, como sería lo normal, a Walter le llevaron a lo que semejaba un amplio gimnasio con tres hombres sentados a una mesa, uno en uniforme y los demás de paisano. Empezaron a preguntarle sobre su relación conmigo, el comité y el grupo Escoceses contra la Guerra. Este último había reivindicado recientemente el incendio del muelle de Ardanam en Holy Loch, base de la flota de submarinos Polaris de Estados Unidos. *El Daily Telegraph* llegó a publicar una caricatura mía en un bote huyendo a golpe de remo de la escena.

Tras un interrogatorio agresivo, llevaron a Walter a las celdas, donde trató de dormir, pero las autoridades tenían otros planes para él. En dos ocasiones más, en plena noche, metieron en la celda a otros hombres, supuestamente presos. Éstos, tras el periodo de cháchara que consideraron apropiado, mentaron mi nombre y el tema de Escoceses contra la Guerra.

Walter apareció en el juzgado de Marlborough Street a la mañana siguiente, y le multaron con diez libras, quedando obligado a pagar otras cien en los doce

meses siguientes. La situación se compensó un poco cuando Walter aseguró que Guppy le había dicho en comisaría que estaba allí por insultar a Franco y el aludido, haciendo teatro, se desmayó ostentosamente en plena sala. Walter tenía el culo pelado de detenciones y arrestos, pero fueron tan siniestros y surrealistas los hechos de esa noche que empezó a cuestionarse su propia cordura.

Mamá también me contó el rumor de que yo estaba recibiendo tratamiento psiquiátrico por un «estado de fuga», un mal que al parecer afecta a gente con cierto tipo de personalidad histérica y le hace especialmente sugestionable durante dicho estado, llegando a hacer cosas que normalmente no haría. Sin embargo, yo no era un histérico, desde luego. Otros daban explicaciones menos amables de mi comportamiento; entre ellos un anarquista muy conocido, quien sosténía que «ese holgazán de Christie», a quien apenas conocía, era un joven inútil que vivía de gorronear al movimiento y que al entrar en España había recibido su merecido por parte de la policía secreta franquista.

No eran sólo consideraciones diplomáticas las que estaban actuando en mi favor. Un anarquista británico detenido en España era algo inusual, es cierto, pero en años anteriores se detuvo a unos cuantos franceses e italianos por su papel en la resistencia y todos ellos recibieron el peor tratamiento y disfrutaron de la menor presión diplomática. No obstante, mi detención, la primera de un británico, se produjo justo en el momento en que España se lanzaba a la fiebre del oro de los paquetes turísticos internacionales a gran escala. Si me hubiesen condenado a muerte, las perspectivas de grandes negocios relacionados con el turismo también podrían haber recibido la misma sentencia.

La versión que hizo del caso la prensa británica fue que un jovenzuelo inocente que repartía panfletos, algo de lo más normal en el Reino Unido, estaba amenazado con la pena de muerte y terminaría cumpliendo veinte años en una cárcel fascista. No era el tipo de historia que casaba bien con los bonitos catálogos de Iberia. Una defensa por enajenación pasajera habría salvado la cara a todos. Sin embargo, me irritó la sugerencia cuando la oí. Me parecía

monstruoso que a cualquiera que deseara acabar con la vida de Franco y los de su ralea se le considerase ni un tantito así anormal.

La sentencia salió el 3 de septiembre, pero no tuve noticias de ella hasta dos días más tarde, cuando me pasaron un papel por debajo de la puerta de la celda, después de apagar las luces, informándome de que mi sentencia de veinte años había sido confirmada por el capitán general de la I Región Militar. Si hubieran sido veinte años y un día habría sido reclusión mayor, un tratamiento muy diferente. La fecha de mi liberación, calculé temblando, era 1984. «¡Jesús! —pensé para mí—. Tendré treinta y ocho años cuando logre salir». ¿Me esperaría un mundo feliz? O, más importante, ¿cómo sería yo tras veinte años entre rejas, cómo sería el resto del mundo?

VII. LA SÉPTIMA GALERÍA

La prisión de Carabanchel era en los años cincuenta y sesenta el agujero negro sociológico de la sociedad española. Encerrada en sus altos muros de ladrillo rojo se encontraba una multitud de individuos notables y de hampones picarescos de las muy diferentes comunidades de España.

En Carabanchel se podía ver toda la variedad de la vida española. Era una mirilla ciega por la que podía asomarme al conjunto del panorama sociológico del país. Fue una experiencia pedagógica única. En la cárcel había poca violencia y poca tensión. No recuerdo ningún incidente importante, salvo el de un asesino de niños que fue arrojado desde la cuarta planta de la galería. Murió. Ni siquiera recuerdo sentirme especialmente enfadado con un español o que alguien sintiera odio auténtico hacia mí. Sólo algunas voces se alzaban cuando discutía ardientemente sobre la moralidad de las corridas de toros.

Comencé a sentir una profunda afinidad y cierto parentesco con los españoles. En términos de temperamento alegre y generosidad de espíritu estaban a la par de los irlandeses. Estaban también muy orgullosos de su individualismo, llenos de paradojas y contradicciones deliciosas, poseían amplitud de miras, tenían un gran sentido del humor y una antipatía natural hacia lo oficial. Ésta podía ser incluso genética. Quién sabe, yo tal vez descendía de algún superviviente de la Armada Invencible, naufragada en las salvajes ensenadas de Escocia durante las tormentas de 1588.

Flaubert, que se enamoró de Egipto en su viaje de 1849, sugirió una nueva forma de definir la nacionalidad. No era el país de origen o donde uno elegía instalarse, sino el lugar por el que uno se sentía atraído.

La diversidad, el estilo y las distintas culturas de los españoles eran asombrosas. Me parecieron orgullosamente insulares y con un pronunciado sentido de su importancia individual y colectiva... y desvergonzadamente

chauvinistas. No escondían su orgullo. Ninguna otra nación del mundo, según ellos lo veían, era tan inventiva o tenía una historia y una cultura tan ricas. (Hasta entonces yo creía que la fuerza creativa de la civilización moderna eran los escoceses.) Sin embargo, aunque los españoles eran agresivamente patrióticos y se jactaban de su cultura común, con todos sus defectos y prejuicios, eran asimismo intensamente parroquiales y se definían a sí mismos, de entrada, no como españoles, sino en términos de sus propios pueblos o barrios.

Muchos de los españoles que conocí acababan de emigrar desde sus aldeas a las fábricas o al desempleo de Madrid, Barcelona y Bilbao, las grandes ciudades industriales. Sus culturas y apariencias variaban desde el europeo sofisticado y cosmopolita (barceloneses y madrileños) al malagueño y el murciano amoriscados, pasando por los gitanos del laberinto troglodita de Guadix y del Sacromonte, los célticos gallegos de Vigo y La Coruña, los mineros de las montañas de Asturias, los quinquis y, por supuesto, los misteriosos vascos.

Todos proclamaban —en voz alta, exaltados y con frecuencia— las virtudes únicas de su pueblo particular sobre todos los del resto de España y el extranjero, del que sabían bien poco. George Orwell observó en Homenaje a Cataluña que, durante la Guerra Civil, las lealtades políticas de los individuos españoles solían depender del barrio o el pueblo del que procedían.

Proclamaban no casarse con nadie, ni siquiera con Franco. A los aragoneses les encantaba citar el juramento de lealtad de sus nobles al rey de España. Tenía notables semejanzas con la Declaración de Arbroath, escrita en 1320, seis años después de la victoria de Robert the Bruce en Bannockbum: «Nos, que somos tan buenos como vos, juramos ante vos, que no sois mejor que nos, aceptaros como señor soberano, siempre y cuando vos observéis nuestras leyes y estatutos; y si no, no».

La actitud hacia mí de la mayoría de los presos comunes, no políticos, era amistosa. Mi nombre de patio era el Bombero Escocés o El Petardista. Aunque no solían ser rencorosos, unos cuantos españoles soberbios, incluidos algunos antifranquistas furibundos, me reprochaban haberme entrometido en lo que

para ellos era un asunto puramente español. Sin embargo, lo que la mayoría de los comunes no podía entender era que yo hubiera hecho lo que hice por puro idealismo, no por beneficio económico. Me catalogaron de inmediato como un gilipollas: extranjero, majo pero corto, y ligeramente inferior. [\(15\)](#)

Dos de mis compañeros de prisión estaban allí por incidentes relacionados con el toreo, cosa para mí inusitada. Eran espontáneos cuyo delito no era otro que haber saltado al ruedo durante una corrida. Uno era un gallego excéntrico condenado a seis años como reincidente en la interrupción de festejos. Su modus operandi particular consistía en echarse al ruedo en el «momento de la verdad» blandiendo su gaita como una espada, apartar al matador a un lado y enfrentarse al toro —justo en el momento en que lo preparaban para matarlo— tocando el prohibido himno gallego hasta que le detuvieran. Fue él quien me dijo —o quizá otro— que la palabra «toreador» en realidad la inventó Bizet porque «matador» no encajaba bien con la música de Carmen. Hay que ver lo que se aprende.

El segundo era un asturiano malicioso que parecía un troll. Nunca supe si se trataba del tonto de algún pueblo del noroeste o si era uno de los merry pranksters de Ken Kesey [\(16\)](#). Su truco consistía en aparecer en el momento en que el toro salía y enfrentarse con él. La última vez le había clavado su espada en un ojo a uno de los toreros que trataban de sacarlo del ruedo.

El crimen organizado no tenía presencia en Carabanchel. La mayoría de los comunes españoles eran lo que Havelock Ellis describía como delincuentes ocasionales que estaban allí por pequeños robos y asaltos. Un tipo había sido condenado a tres años por robar una chaqueta en invierno.

No se encontraban allí genios del mal como el profesor Moriarty. Había unos cuantos sinvergüenzas imaginativos, pero no lo bastante inteligentes para esquivar su captura a largo plazo. Resultaban víctimas de sus temperamentos apasionados y de la pura mala suerte. Sólo unos cuantos estaban allí por delitos más creativos y a mayor escala, como fraudes, desfalcos, robos importantes, contrabando de tabaco y atracos a bancos.

Los asesinos eran la pandilla más triste. La mayoría habían matado a gente que amaban en un momento de histeria, locura o celos, y ahora vivían con su culpa

lo mejor que sabían cada momento del día. Unos pocos eran psicópatas sin conciencia ni sentimiento de culpa. Habían matado o herido no porque no supieran lo que hacían, sino porque no les importaba lo que hacían ni sus consecuencias para otras personas. Los demás presos evitaban a estos personajes. También debía de haber delincuentes sexuales y pederastas, pero nunca me los crucé. Sospecho que los mantenían aislados en la tercera galería.

LA BANALIDAD DEL MAL

Debido a la falta de tratados de extradición con casi todo el resto del mundo, España se había convertido en 1964 no sólo en un centro de la intriga conspirativa derechista: también era un refugio seguro para delincuentes globales y criminales sin otro sitio adonde ir. Los más pobres, desasistidos o desafortunados terminaban inevitablemente pasando un tiempo en la cárcel de la capital, Carabanchel.

Y así ocurrió que, cuando salí del periodo de confinamiento, Carballo ya no estaba, le habían transferido a otra prisión. Carballo era de Valladolid, hijo de un miembro de la CNT asesinado tras la Guerra Civil. Su primera detención tuvo lugar en 1940, con dieciocho años, por robar un paquete de cacahuetes. Seis años después, siendo trabajador agrícola en Mora de Ebro, fue acusado de atacar a un guarda nocturno y pasó dieciocho meses en la cárcel de Tarragona. Liberado en 1947, volvió a prisión en abril de ese mismo año acusado de pertenecer al Socorro Rojo Internacional, cargo que se cambió por el de robo y que le costó una sentencia de trece años en El Puerto de Santa María y Ocaña. Salió en agosto de 1955 y se casó con Juana Rodríguez. Entonces se convirtió en miembro activo de CNT hasta que le detuvieron a la vez que a mí.

Emergí en un mundo amurallado y desconocido para encontrarme con mi compañero y me vi pasando el día en una sección transversal de la humanidad: individuos ejemplares, genios de la delincuencia, oportunistas, desechos humanos y el detritus político marginal de la Europa de la Guerra Fría, África y América.

Antes de entrar en prisión, mi visión del mundo era sencilla y sin aristas: blanco y negro, un campo de batalla moral en el que todo el mundo o era de los buenos o de los malos. Sin embargo, las ambigüedades de la gente que conocí en la cárcel me hizo dudar y comencé a cuestionarme mis principios sobre el bien y el mal. Tuve que reconocer que gente en apariencia agradable a veces escondía una faceta amoral, pérvida, egoísta o brutal, mientras que

quienes tenían reputación de crueles se mostraban a veces desinteresados y de espíritu generoso. Esto no me hizo cínico, pero sí menos propenso a juzgar a los seres humanos. Asimismo resultaba complicado avivar las llamas de la santa ira frente a la gente corriente. La plantilla ética de mi cabeza ya no parecía casar con la realidad, y mi fotolito moral, tan bien dibujado, se volvió tiznado y borroso al enfrentarme cara a cara con lo que Hannah Arendt denominó «la banalidad del mal».

¿Qué mejor lugar que la cárcel para ajustar las cuentas con uno mismo, para entender —o al menos preguntarse— el papel del bien y el mal en la naturaleza humana? Es sin duda un sitio interesante donde crecer y madurar.

Mi primera confrontación con la ambigüedad de la gente llegó con Pedro el Cruel, un hombre con un sanguinario historial bien documentado que, no obstante, fue sorprendentemente amable y considerado conmigo cuando pillé la insolación. De alguna manera indefinible, parecía incluso civilizado. Ian Dixon y Trevor Hatton, del comité escocés de Los Cien, se vieron en la misma situación en la cárcel de Springhill cuando se toparon con Colin Jordán, el organizador británico del National Socialist Movement.

El ejercicio de la mañana y de la tarde eran otra cosa.

Caminando con la cabeza gacha, adelante y atrás, arriba y abajo, o en ocasiones, y por cambiar la perspectiva, en tornoal perímetro del patio amurallado de la séptima galería, me juntaba con presos españoles o extranjeros que hablaban inglés. Algunos buscaban el beneficio en mi amistad, muchos tenían curiosidad por Escocia o simplemente querían pasar el día con una cara nueva y una historia fresca. Otros no estaban tan interesados en escuchar como en buscar la ocasión para contar su propia vida. Unos pocos, sin embargo, deseaban realmente indicarme quiénes eran los presos de los que se podía uno fiar, los carceleros buenos y malos y cómo sacar ventaja del sistema.

La mayoría de los españoles que conocí eran sobones y efusivos, al revés que los extranjeros o guiris. Eran incapaces de andar y hablar sin contacto visual directo. Cada pocos metros te cogían del brazo y te paraban para mirarte a la cara y comprobar tu reacción ante lo que contaban.

Mi condena de veinte años implicaba que probablemente me enviarían a la «Universidad», como se llamaba al penal de Burgos. Allí había unos ochenta presos políticos, la mayor concentración de cualquier cárcel española. Las condenas de dos años o menos se pasaban normalmente en la tercera galería, mientras que las de dos a seis solían cumplirse en Cáceres.

Me llevó poco descubrir quiénes eran mis nuevos compañeros y por qué estaban en prisión; fue una experiencia muy útil e instructiva. Algunos eran personas realmente estupendas cuya solidaridad, compañía y consejo me ayudaron a centrarme para que la vida, incluso en prisión, fuera más soportable. Sin embargo, había otros de carácter más complejo y oscuro. No existían fórmulas que hicieran el comportamiento humano comprensible. No obstante, en los primeros días, tras una larga conversación en el patio con un personaje al que me acababan de presentar, yo pensaba que había conocido a un tío majo y me sorprendía siempre descubrir más tarde que era un oficial de las SS o la Gestapo esperando extradición por asesinatos en masa, o un terrorista de la OAS, un gangster sudamericano, un asesino profesional, un traficante de armas, un violador, un timador, un carterista o un chulo.

Mis compañeros de cárcel me trastornaban y fascinaban. Algunos eran la aristocracia de la delincuencia europea de entonces. Aquellas conversaciones en el patio con hombres entusiastas, sofisticados, sociables, joviales o plácidos, algunos con dotes sorprendentes y conocimientos muy especializados mezclados con una moral dudosa, me proporcionaron importantes pistas sobre la complejidad de la conducta humana. No eran personas ideales ni tampoco predecibles. Pronto descubrí que las personas son tan variadas como los granos de arena y que no hay dos que reaccionen de la misma forma a una situación particular o a las mismas presiones.

Me iba haciendo un poco más cauto, menos dogmático y menos propenso a juzgar o catalogar a los seres humanos. Por lo que sabía, no había ecuaciones psicológicas o sociológicas entre inteligencia y bravura, convicción y valor, ideología y humanidad o clase social y generosidad.

La cárcel establecía también una red sociométrica que, si hubiera sido propenso a aprovecharme de ella, habría tenido consecuencias interesantes.

Supongo que el lado bueno de un proxeneta o un dictador se ve mejor cuando no disponen, respectivamente, de putas o lacayos, de la misma manera que se ve el lado bueno de un borracho cuando está sobrio.

Uno de los primeros presos que se unió a veces a mis meditabundos paseos y maratones de patio fue un austriaco llamado Joachim, el encargado de galería de la séptima. Era un tipo alto, formal y austero, un poco maestrillo, de mandíbula cuadrada, frente despejada, pelo negro encanecido y una complexión cetrina, cerúlea. Era inteligente, muy leído y hablaba buen inglés teutónico.

Aunque se mostraba ansioso por ayudarme en todo, me hacía sentir un poco incómodo. Quizá sabía inconscientemente quién era. ¿Qué hacía un alemán de su edad en una cárcel española? Su único amigo entre los presos era un belga, otro criminal de guerra. No obstante, los administradores falangistas y los funcionarios como Pedro el Cruel tenían un gran concepto de él, de ahí su cargo de encargado de galería.

Joachim había sido oficial de las SS en un campo de concentración nazi y esperaba ser extraditado a Alemania por crímenes de guerra. Lo descubrí después. Conmigo siempre era vago sobre las razones de su extradición, sólo decía que tenía que ver con su servicio militar.

Su amigo belga también esperaba la extradición a su país y por la misma razón. Había sido colaboracionista y había luchado contra los rusos en la División Valona de Léon Degrelle, reclutada en las provincias francófonas de Bélgica, la cual, como la División Azul española, combatió junto a las tropas alemanas en el frente oriental.

Degrelle fue el líder de Christus Rex, una organización fascista belga, y le condenaron a muerte en 1944 in absentia. Huyó a España con la ayuda del coronel de las SS Otto Skorzeny y se nacionalizó español en 1954, tomando el nombre de León José Ramírez Reina. Degrelle siguió siendo un personaje clave en los círculos neofascistas internacionales hasta su muerte en 1994.

Joachim tenía amigos poderosos y recibía visitas regulares de Otto Skorzeny, el rescatador-secuestrador de Mussolini. Era el coordinador en

España de Odessa (Organisation der SS Angehörigen, Organización de Miembros de las SS), la red de fugas de la posguerra que proporcionaba nuevas identidades y refugio a criminales de guerra nazis y colaboracionistas, organizando su huida a Oriente Medio, Latinoamérica o Sudáfrica. Joachim fue uno más de los que un día desaparecieron. Nunca supe si le habían extraditado o si Skorzeny y sus colegas lograron obtener su libertad.

Un conversador más simpático era un ex legionario francés de Marsella, Jacques. Se trataba de un delincuente profesional en espera de juicio por asalto y robo a mano armada. Había entrado en el piso de un rico financiero español y le detuvieron cuando trataba de volar su caja fuerte. Por desgracia utilizó demasiados explosivos, quedó inconsciente con la explosión y voló las ventanas en lugar de la caja fuerte. En una ocasión anterior menos desastrosa le interrumpieron durante un atraco en París y corrió al patio, abrió la puerta trasera, volvió sobre sus pasos y se escondió en el cubo de la basura hasta que la policía se fue.

En otra ocasión, él y sus amigos fueron incapaces de abrir una caja fuerte, así que la arrojaron desde la ventana del primer piso de la oficina que estaban robando, robaron una carretilla de unas obras cercanas y la cargaron por las calles de París hasta un garaje, donde por fin consiguieron forzarla... quemando al mismo tiempo todo el dinero y las acciones que había dentro.

Jacques contaba historias fabulosas sobre el submundo francés, los gangsters gaullistas del Service d'Action Civique (creado por los servicios secretos de De Gaulle para neutralizar a los activistas de la OAS) y la mafia corsa. El tema constante de conversación de Jacques era su plan para robar la cámara acorazada de la Société Générale de Banque en Niza. Quería que le acompañara en ese proyecto cuando me soltaran. Tenía planos del banco, dotado de una cámara acorazada muy vieja, construida a finales del XIX y cercana a una cloaca principal, algo que la convertía en blanco fácil. Se podía llegar a la cloaca desde un aparcamiento subterráneo justo enfrente del banco. Jacques fue condenado a diez años de prisión y le perdí de vista en el laberinto del sistema penal español.

Curiosamente, la Société Générale de Banque en Niza fue robada en 1976, doce años después, precisamente con el método descrito por Jacques. La banda logró escapar con sesenta millones de francos en efectivo, bonos y joyas, tras soldar las puertas de la cámara para retrasar el descubrimiento del delito.

La policía francesa detuvo a tres miembros de la banda: Albert Spaggiari, pistolero de la OAS, Gaby Anglade, implicado en 1962 en un intento de asesinato de De Gaulle, y Jean Kay, un timador, pero no hubo mención de Jacques. Spaggiari se libró saltando por una ventana sin vigilancia del tribunal y huyó hacia la libertad yendo de paquete en una moto que le estaba esperando.

Andrés Ruiz Márquez, conocido como Coronel Montenegro, fue otro compañero de patio. Le habían detenido dos meses antes que a mí, el 24 de junio, también acusado de bandidaje y terrorismo, y fue condenado a muerte en consejo de guerra el 7 de julio. No obstante, Franco intervino y conmutó su sentencia por una de treinta años. Bajito, atezado y taciturno, Márquez fue teniente en el ejército de Franco. Era además una especie de héroe deportivo nacional, pues había sido campeón de esquí.

Julio Álvarez del Vayo, antiguo miembro del Partido Socialista y ministro en el gobierno de Negrín durante la Guerra Civil, exiliado en Milán, era la supuesta eminencia gris del grupo de Márquez, el Frente Español de Liberación Nacional, formado en Ginebra en 1964. Su primer comunicado, fechado el 16 de febrero de ese año, proclamaba ser el brazo armado del autodenominado Movimiento por la III República, una amalgama de republicanos y socialistas disidentes. Sin embargo, no existen pruebas de la implicación de Álvarez del Vayo y todo el asunto resultaba extremadamente turbio.

Las otras dos personas detenidas junto a Márquez, padre e hijo, no tenían otra adscripción ideológica aparente que su pertenencia a la logia masónica del Gran Oriente. A Márquez le acusaron de poner más de cincuenta bombas en Madrid entre el 23 de noviembre de 1963 y el 23 de junio de 1964. Sus objetivos eran altos funcionarios, bancos, embajadas profranquistas y el Castellana Hilton, un hotel frecuentado por visitantes oficiales y hombres de

negocios estadounidenses. Las explosiones acabaron tras la detención de Márquez y tanto el Movimiento por la III República como Álvarez del Vayo se sumieron en la oscuridad.

CONTANDO EL CUENTO

Durante mis primeros meses en prisión el problema principal con que me enfrentaba era mi incapacidad para comunicarme directa o fácilmente con otros presos. Me llevó casi un año pensar en español, si bien conseguí hacerme entender mucho antes.

Sin embargo, pronto empecé a sentirme como un español. Estando aún aislado en la séptima me adjudicaron a Pineda, el petimetre andaluz, como carabina. Obtuvo el trabajo gracias a sus sicológicas relaciones con el maestro de la cárcel y los sacerdotes.

Durante el primer mes después de mi periodo, Pineda se pegaba a mis flancos a cada minuto. Informaba a los jefes de servicio de con quién me asociaba y con quién hablaba. Asistíamos juntos a clase de alfabetización cada mañana: era mi profesor de español, mi «tutor moral»... y mi espía personal.

España era entonces católica del mismo modo en que Arabia Saudí es musulmana. La Iglesia desempeñaba un papel clave en la legislación, las escuelas, las universidades y otras instituciones públicas y privadas. La educación primaria y secundaria, dirigida hacia la salvación espiritual, era ortodoxa y ultraconservadora. Se basaba en una lectura literal —cuando les convenía— de la Biblia, una interpretación rígida de la liturgia católica y un constante recordatorio de las vidas y hechos de los santos y mártires. Hasta el escritor español Ramón del Valle-Inclán escribió que era «mejor no educar a las masas que darles una educación que convierte a sanos labriegos en ladinos mercachifles de papel mascado».

Las lecciones comenzaban con una oración y un juramento de fidelidad al Caudillo. Me obligaban a ponerme en pie, pero siempre conseguí evitar el juramento, sin llegar ni siquiera a mascullarlo. Después venía un ataque exageradamente virulento y perverso del maestro contra las fuerzas del anticatolicismo.

Yo sabía que la educación en España siempre había estado en manos del clero, pero cuando abrí los libros de texto no di crédito a lo que veía. La primera página del de historia comenzaba icon una ilustración de la expulsión del hombre del jardín del Edén!

Aunque no podía mantener una conversación en español durante mucho tiempo, tras dos o tres meses descubrí que me hacía entender. Lo cual me ayudó a desprenderme de Pineda. Nuestra relación por entonces se había deteriorado hasta tal punto que no podía soportar su presencia. Expliqué mi frustración con él a un amable jefe de servicio que habló con el alcaide y, para mi extrañeza, fui liberado de su custodia. Sin embargo, este desaire tuvo como consecuencia hacerme enemigo suyo. Todo lo que hacía se lo comunicaba de inmediato a los carceleros falangistas amigos suyos.

Mis cartas a casa estaban en inglés, por lo que el censor habitual de la cárcel no podía leerlas. Esto me puso en contacto con otro veterano de la División Azul y fascista furibundo que se ocupaba del departamento del censor y de las visitas a la cárcel. Era un tipo feísimo con un notable parecido con Edward G. Robinson: cara de rana, moreno, labios gruesos y gafas de montura dorada. Su nombre, don Benigno, desmentía tanto su apariencia como su carácter.

Mis primeras cartas a mamá estaban llenas de quejas sobre la comida y los ejércitos de parásitos e insectos desconocidos con los que tenía que compartir mi celda, cama y comida: cucarachas, piojos, alacranes y enormes ciempiés. Una mañana abrí los ojos, molesto con algo que se movía por mi cara, para ver un alacrán caminando majestuoso por el puente de mi nariz. Me quedé rígido, con los ojos siguiendo su delicada marcha. Tras lo que me pareció un tiempo larguísimo, saltó de mi mejilla y siguió andando por un lado de la cama. Creyendo que me había picado y me quedaba poco tiempo de vida, salté de la cama y aporreé la puerta de la celda como un poseso. No se me ocurrió que si nada me dolía era poco probable que me hubiera atacado. Nadie apareció para tomarse en serio mi experiencia cercana a la muerte, ni se preocupó de las plagas de cucarachas, ejércitos enteros de caparazones caoba y antenas en perpetuo movimiento arrastrándose por el suelo; ni de la miríada de chinches que me chupaban la sangre cada noche como minúsculos vampiros. Le escribí

a mamá que pasaba las noches en vela, incapaz de dormir con el sonido de las cucarachas peleándose en las esquinas.

Al día siguiente me llamó don Benigno a su despacho, me devolvió la carta y me dijo que la reescribiera, esta vez sin mencionar las condiciones de la cárcel. Yo protesté: si no podía escribir sobre la prisión, ¿de qué podía hablar, aparte de mi salud y del tiempo?

Poco después de salir del aislamiento, proyectaron en nuestra galería una película de romanos de 1959: Hércules desencadenado, en la que había bastante seducción, carnicería y pillaje. La visión de Sylvia López como la reina Onfalia de Lidia apoyada en las rodillas de Steve Reeves debió de despertar algo en la cabeza de uno de mis vecinos, un viejo encarcelado por estrangular a su joven y bella esposa, una actriz, en un ataque de celos. Aquella noche se colgó de los barrotes de la ventana después del último recuento.

Su cadáver se halló después del recuento de la mañana siguiente. Mencioné el incidente a mi madre en una carta y pronto me conminaron a visitar de nuevo a don Benigno. Estaba furioso y me acusó de tratar de atraer la ignominia a las cárceles españolas, además de preocupar innecesariamente a mi madre. ¡Pues vaya! Me aseguró que si seguía denigrando el sistema penal se ocuparía de que no me soltaran nunca.

La comunicación con mi madre fue la única que tuve con el mundo exterior durante los primeros meses, pero supe por presos amigos que cada día llegaban para mí sacos de cartas, revistas, periódicos y libros. Toda la correspondencia que llegaba a la cárcel pasaba por el despacho del censor, donde se leía y era o bien rechazada o bien absuelta. Mi correspondencia la recogía cada mañana de la estafeta un preso de confianza para llevársela a don Benigno. Por suerte descubrí pronto que por veinticinco pesetas a la semana el preso podía acercármela antes de llevársela a mi censor particular. Tenía un par de horas para leer todas las cartas y postales antes de devolvérselas. Alguna vez, el preso de confianza me las dejó sin más, pasando de entregárselas a don Benigno.

Las cosas fueron así durante casi un año, hasta que a mi hombre le pillaron haciendo el mismo servicio a otro preso. Después de eso el despacho del

censor se trasladó a la sección administrativa, fuera del recinto principal de la cárcel. Sin embargo, no tardé en encontrar un método alternativo para hacerme con mi correo. El nuevo preso de confianza de don Benigno era un ávido coleccionista de sellos, y mamá me enviaba una pequeña remesa de sellos usados con cada carta. Yo se los daba a cambio de las cartas, revistas y libros que me llegaban cada semana. Este sistema continuó hasta que me transfirieron a la galería de los políticos, donde era más difícil moverse y mantener el contacto con mi antigua red.

A finales de 1966 y principios de 1967 los libros, revistas y periódicos que recibía mostraban que en el Reino Unido se estaba produciendo un renacimiento cultural. Desde donde yo estaba, se parecía mucho a los excitantes cambios que tuvieron lugar una década antes con el nacimiento del rock'n'roll.

Cuando salí del Reino Unido, antes de que el gobierno de Wilson tomara posesión, la sociedad era aún relativamente gris y conservadora, pero ahora estaba cambiando hasta la música popular en la España de Franco. Lo podíamos comprobar oyendo las radios de los funcionarios y las emisiones de los fines de semana a través de los altavoces del patio. Algo se estaba tramando y la contracultura avanzaba.

La evidencia tangible de esos cambios adquirió la forma de paquetes de libros que empezaron a llegar en 1965, regalos de la editorial vanguardista de John Calder. Aquellos libros, sobre todo la colección Júpiter, eran «maná cerebral del cielo», en particular las irresistibles novelas de Samuel Beckett: *Murphy*, *Watt*, *Molloy* y *Malone muere*. Historias extraordinarias, surrealistas y oscuras que detenían el tiempo, lucubraciones trágicas e hilarantes de personajes decrepitos y degenerados que se desintegran física y psicológicamente en las situaciones más absurdas y dramáticas: para mí fueron una revelación. Aquellos libros me proporcionaron inspiración y risa en Carabanchel.

Los periódicos y revistas radicales también empezaron a llegar por esa época. Su contenido y su maquetación mostraban que los acontecimientos se precipitaban en el exterior. Eran amalgamas de las mejores viejas ideas anarcosindicalistas mezcladas con las de los socialistas libertarios del Solidarity

Group, los «provos» de Ámsterdam, textos dadaístas y surrealistas y una nueva crítica social propagada por un grupo que se autodenominaba «situacionista».

Los situacionistas eran un colectivo pequeño pero influyente radicado en Francia. Estaba formado por intelectuales elitistas y paranoicos, y desarrollaron una crítica de la «alienación» y la «recuperación» basada en lo que su faro conductor, Guy Debord, denominaba «el espectáculo». Básicamente eran creativos publicitarios y artistas frustrados radicales y rabiosos que habían llegado a la cima usando un lenguaje agresivo, oscuro e incomprendible. Su crítica de la sociedad de consumo capitalista establecía que las imágenes habían sustituido a las personas reales y las personas se habían convertido en actores condicionados de una película global o de un anuncio de televisión.

Quizá la influencia cultural más amplia e importante fue la aparición de International Times. Dirigido en su primera etapa por Tom McGrath, IT era la voz de la generación flower-power; evitaba el análisis político, era ecléctico, no juzgaba, antipolítico, contrario a la guerra de Vietnam, libertario, hedonista, sibarita, a favor de las drogas y sexualmente liberado. Publicaba artículos sobre música, legalización del cannabis, William Burroughs, Alexander Trocchi, eventos underground, temas feministas, raciales, conspiraciones de la CIA, ovnis y hippies. Para mí, encerrado frente a la sierra castellana, era un claro signo de que algo nuevo y excitante estaba pasando en el exterior, aunque no tenía ni puñetera idea de qué.

La comunicación con el mundo se hizo más fácil a medida que el tiempo pasaba. Iba aprendiendo a qué carceleros sobornar y quién podía entregarme la correspondencia... siempre a cambio de algo. En pocos meses estaba escribiendo y recibiendo cartas por esos canales no oficiales.

Don Alberto, un funcionario de prisiones, era mi conducto con el exterior. No le pegaba el trabajo de carcelero. Para él se trataba sólo de un buen empleo, algo que escaseaba en España, donde los salarios eran muy bajos. El tipo que enviaba y recibía mis cartas, así como los dominicales británicos (en un tiempo

en que hasta los periódicos españoles estaban prohibidos en la cárcel), era amable, educado y modesto.

Don Alberto era también responsable de repartir dos veces al día la ración de vino a los presos: dos vasos, a peseta cada uno. Dos presos le acompañaban, uno llevando la barrica y otro una pequeña damajuana para llenarla cuando se vaciaba. Siempre y cuando fuéramos discretos, podíamos tener todo el vino que deseáramos, a veces dos o tres litros al día. Su tarifa era de dos pesetas sobre el precio de un sello de correos, la misma que para los periódicos del domingo, y de unas cinco pesetas sobre el coste real de una botella de whisky, brandy o cualquier otro licor que quisiéramos. Tenía que traerlos en recipientes de plástico para evitar la sospechosa presencia de botellas vacías en los cubos de basura de la cárcel.

Este funcionario duró unos seis meses en Carabanchel. Uno de los presos encargados del vino, un quinqui llamado Antonio, ganaba sumas respetables aguándolo y revendiéndolo a sus propios clientes. Una vez Antonio se pasó sin querer con el agua y estuvo a punto de provocar un motín. Antonio fue descubierto durante un registro: los carceleros descubrieron 7.000 pesetas en metálico en su celda (ningún prisionero podía tener más de 300). Cuando le interrogaron, dijo al jefe de servicio que eran para don Alberto, su jefe, para sacar adelante a su familia.

Cuando don Alberto fichó la mañana siguiente, el jefe de servicio y dos funcionarios de seguridad le pidieron que abriera su taquilla. Dentro había dos botellas de whisky, una de vodka, quinientos gramos de hachís y paquetes de cartas para presos. Fue detenido de inmediato y lo último que supe de él es que le habían condenado a cinco años en un penal militar. No creo que ganase más de 250 pesetas al mes además de su sueldo. Era un funcionario popular y mucha gente confiaba en él para las noticias y víveres que llegaban de casa, así que cuando Antonio salió de los dos meses de aislamiento los demás presos le marginaron. Tuvo suerte de evitar un destino peor.

VIII. GARROTE VIL

Casi todos los guardianes de la cárcel eran veteranos de la Guerra Civil y exhibían alguna herida física o mental para demostrar su fidelidad a Franco y al clericalismo. Uno de los más desagradables era don Femando, un bufón orgulloso de cabeza enorme, complexión malsana y rostro carnoso y desproporcionado que le caía en pliegues blandos, como los ropones del teatro, desde los ojos hasta el cuello. Era el retrato de un Habsburgo andante y parlante, con una cara degenerada, labio leporino y una mandíbula tan prognata que parecía un lavabo a punto de desmoronarse. Sus dientes eran dispares y sorbía su comida como un perro, aunque la comparación no hace justicia a los canes. Si uno tiene un perro así, le afeita el culo y le enseña a andar hacia atrás.

Había dos enanos como él. Me fijé por primera vez en los «twin piques», [\(17\)](#) don Tomás y don Femando, durante un recuento mañanero, cuando entraban a trabajar. Don Tomás, un pelín más alto que el otro, no era demasiado malo, al menos tenía sentido del humor; pero don Fernando, el enano, era un troll con ínfulas que habría sido mal recibido incluso en el *Goblin Market*. [\(18\)](#)

Don Femando no podía medir más de un metro con cuarenta y cinco. Asistía a todas las ejecuciones de la cárcel. Su trabajo incluía preparar el garrote vil, escoltar al preso a la cámara de ejecución, aherrojarlo y ser testigo del peor crimen en nombre de la justicia. Era un santurrón chiquitín que comentaba las ejecuciones que había presenciado y siempre recordaba los detalles más morbosos de tan terribles muertes a quien quisiera escucharle.

Yo estaba en primera fila la primera vez que le vi hacer el recuento. Era inapropiado sonreír, pero no pude evitarlo al verlo pavonearse pomposamente ante la fila gritando a presos dos veces más grandes que él. Fuera de allí habría sido el tipo que se lleva todas las collejas. Dentro no necesitaba ser Charles Atlas, el campeón mundial de culturismo, para mejorar su suerte. Cuando

estaba nervioso o enfadado, se quedaba frente a la fila golpeando el suelo con su pie desproporcionadamente grande, como una marioneta de hilos. Después nos abroncaba con su agudísima voz de falsete.

Don Fernando me vio sonreír mientras nos revisaba y se paró. Ordenó al cometa de la galería que trajera un escabel de su garita en el patio. El chápamete saltó sobre él y empezó a farfullar y a arengarme sobre los arrogantes rojos extranjeros que venían a asesinar a su amado Caudillo. Me iba a enseñar a comportarme. Al menos eso es lo que deduje de las pocas palabras clave que conseguí pillar. Poco podía hacer, probablemente, dada mi condición de extranjero y de potencial patata caliente diplomática. La Administración Central de la prisión, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el alcaide vigilaban mi tratamiento muy de cerca, lo que habría ofendido su sentido de la propiedad falangista y fundamentalista. Debió de romperse un vaso sanguíneo tratando de descomponerme, pero para entonces yo ya había aprendido un viejo truco del ejército, el de la insolencia muda, y me encontré que, en este caso, no tuvo consecuencias.

Dos ejecuciones tuvieron lugar durante mi estancia en Carabanchel. Fui testigo de los penúltimos pasos de la horripilante ceremonia que precedió a una de ellas, la de un quinqui. Gitanos y quinquis nunca habían sentido amor por la Guardia Civil. Eran enemigos jurados desde la formación de esa fuerza rural paramilitar en el siglo XIX. El crimen del quinqui había sido matar al guardia civil que iba a detenerlo.

Yo era ordenanza médico de la quinta galería por entonces, y no volvía a mi celda hasta las diez o las once de la noche. Sin embargo, la noche anterior a la ejecución, todo el mundo en la cárcel, incluidos los presos de confianza, fue encerrado hasta que el quinqui fuera conducido desde las celdas de aislamiento debajo de la sexta galería hasta la celda de la quinta aneja a la cámara de ejecución. Esa noche la pasé en la cama leyendo y releyendo La balada de la cárcel de Reading de Oscar Wilde. Parecía la única manera de entender lo que iba a pasar.

Con una ejecución inminente, la cárcel estaba en alerta roja, con un tumo completo de carceleros de complemento. El macabro ritual del asesinato

institucional requería la presencia del capitán general de la región, acompañado de altos dignatarios franquistas, oficiales de estado mayor, autoridades eclesiásticas, los guardias civiles o policías que le habían detenido, el alcaide y los principales funcionarios.

Al condenado lo sacaban de los calabozos y ocupaba su lugar en la grotesca procesión que recorría la cárcel de camino a su homicidio ceremonial. Los altos dignatarios de la justicia franquista esperaban en la galería o en las celdas de castigo para unirse al cortejo detrás del preso aherrojado, a quien conducían en el cortejo de su propio funeral. Desde la celda de condenados, el camino de la muerte marchaba lentamente por la sexta, subía las escaleras que daban a la enfermería, seguía por la quinta y la rotonda y luego bajaba hasta la capillita que había bajo los locutorios, donde el sacerdote oiría su última confesión.

Como yo era el ayudante médico, no habían cerrado mi puerta, lo que me permitió abrirla unos centímetros y contemplar parte del último viaje del condenado. Atravesó la quinta justo después de las once de la noche. A través del chivato vi a la escalofriante tropa avanzar parsimoniosa en la penumbra de la galería. Cuando desfilaban más cerca, escuché el hipnótico murmullo de la profunda, lenta y rítmica salmodia del credo. Era un espectáculo que llevaba el marchamo medieval de un auto de fe, representado con toda la pompa y ceremonia de la Iglesia.

La macabra y murmurante procesión iba precedida por el sacerdote, vestido de brocado con bordados de oro, leyendo el misal; detrás, los «familiares» eclesiásticos, con un acólito blandiendo una cruz muy alta, la espada y la rama de olivo, símbolos de la justicia y la clemencia. Acompañando al portador de la cruz había dos acólitos más salmodiando y balanceando incensarios. Detrás de ellos caminaban más «familiares» en sus cohortes, portando otras enseñas, cruces y cirios encendidos. Era una escalofriante representación del calvario de Cristo.

Tras los curas y acólitos caminaba el condenado, un tipo joven, alto y digno con la camisa blanca abierta, la cabeza y los hombros bien erguidos y las manos esposadas a la espalda. Sobresalía entre los dos pequeños funcionarios, don Tomás y don Fernando, que marchaban como patos a sus flancos.

Les seguía una cohorte de unos veinte testigos militares, legales y laicos presididos por el capitán general, en uniforme de gala con espada ceremonial. Miré de cerca la cara del condenado a través del chivato cuando la representación pasó por mi celda, tratando de leer sus emociones y pensamientos. Pensé en Delgado y Granado, los dos anarquistas inocentes que siguieron el mismo vía crucis sólo un año antes, y luego pensé en mí mismo, que tan fácilmente podía haber estado en el lugar del quinqui. Él era el único que no salmodiaba el credo.

Desde la pequeña capilla, el condenado sería llevado a la celda adjunta, donde el alcaide le preguntaría si tenía alguna petición para las seis horas que le quedaban de vida. (Mi amigo Busquéis me contó que Manuel Sabaté, el más pequeño de los hermanos, pidió por lo visto un arroz con leche, que le preparó la esposa de un funcionario antes de su ejecución en 1950.)

Las ejecuciones tenían lugar a las cinco de la mañana. Pocos presos podían dormir la noche antes. Yo desde luego no. La hora antes de la ejecución tardaba en llegar. Yo caminaba por mi celda arriba y abajo, fumando cigarrillo tras cigarrillo, leyendo el angustioso poema de Wilde verso a verso, sintiéndome muy afectado y tratando de empatizar con el hombre a quien había visto pasar unas horas antes. Un giro diferente en la rueda de la fortuna y el hombre podía haber sido yo.

Un palpable sentimiento de melancolía cayó sobre la cárcel en los minutos previos a la ejecución. No sé cómo supimos la hora, pero a las cinco en punto un tintineo infernal rompió el silencio del alba. Éramos los internos de Bedlam ([19](#)) interpretando el *O Fortuna* de *Carmina Burana*, pero sin música.

Unos presos golpeaban sus platos o los barrotes de las ventanas con las cucharas mientras otros pateaban las puertas de las celdas en un unísono discordante. Sus gritos de protesta contra ejecutores y carceleros se alzaron hasta el cielo, un ruido cacofónico que reverberaba por las galerías y sobre los muros de la prisión. Este estallido de frustración impotente, desesperación e ira nos costó veinticuatro horas sin patio y sin privilegios.

ANTROPOMETRÍA

Una semana o así después de mi sentencia, un ordenanza vino para acompañarme a la sala de «antropometría» adjunta a la enfermería. Nunca había oído hablar del tema antes y no tenía ni idea de lo que implicaba ni de su propósito.

Era una habitación blanca, amueblada y con el mismo olor que una clínica dental. Con una iluminación fría de tubos fluorescentes, tenía una silla ajustable, básculas y armarios de cristal en los que se guardaban muy ordenadamente instrumentos de acero inoxidable de aspecto siniestro.

Un hombre pequeño, medio calvo y de aire meticuloso, con bata blanca y gafas de montura plateada, escribía en un cuaderno. Me saludó con un gesto cuando entré y me señaló una mesa de reconocimiento. Me entró el pánico durante un segundo, pensando que me iba a trepanar o a someterme a alguna otra forma de psiconeurocirugía subpirenaica.

Tras una breve presentación, el hombre de la bata comenzó a tomar notas en su cuaderno. El formulario que rellenaba tenía esquemas preimpresos de partes del cuerpo y el cráneo, de frente, de perfil y en sección, y él lo estaba consultando. El formulario tenía también mi foto policial grapada. Encajó un par de calibradores de acero en varios puntos en torno a mi cabeza. «Dios mío —pensé para mí—, me toman medidas para una máscara de hierro».

Anotó las distancias de todas y cada una de las partes de mi cabeza, así como el tamaño y la forma de mi nariz, la inclinación de mi frente y la distancia entre mis ojos. Observó muy de cerca mi piel, buscando cicatrices y heridas y señalando en su formulario meticulosamente cada detalle. Tomó nota de mi altura, el tamaño de mi cabeza, la extensión de mis brazos abiertos, la longitud de mi antebrazo izquierdo y la circunferencia de mi muñeca. Su momento de gloria llegó cuando examinó mis orejas y descubrió que no tenía lóbulos. Su cara oscura y delgada se animó y soltó un largo resoplido. Había descubierto oro antropométrico.

La antropometría era resultado de combinar las teorías de dos hombres, el italiano Cesare Lombroso, que publicó en 1876 *L'uomo delinquente* (El hombre delincuente), y Alphonse Bertillon. Lombroso, un darwinista social, sostenía que un pequeño número de individuos de cualquier población eran proclives a mostrar instintos muy primitivos que les harían aptos para una sociedad prehistórica, pero que en la Europa urbana y civilizada resultaban antisociales. A Lombroso le obsesionaba la idea de que en las zonas remotas de España e Italia, así como en los bajos fondos de los centros industriales europeos, donde las ideas anarquistas ganaban popularidad creciente y creaban alarma social a finales del siglo XIX, eran un hervidero de esos individuos primitivos, cuyos rasgos físicos eran identificables. Según él, los anarquistas sufrían un fenómeno patológico y compartían su «fisiognomía» con delincuentes y dementes.

Bertillon, hijo de un antropólogo, creyó que combinando elementos de las teorías de Lombroso con las investigaciones frenológicas de su padre podría identificar fácilmente a los delincuentes potenciales. Estableció un sistema de datos basado en las fichas de 1.800 convictos, a los que dividió en tres categorías según el tamaño de su cabeza, estableciendo subdivisiones según otras medidas corporales. La policía europea asumió con entusiasmo sus teorías, coincidiendo más o menos con el Congreso Antianarquista de Roma, en 1898, y apenas dos años más tarde, a comienzos del nuevo siglo, la frenología fue tachada de patraña por la ciencia mundial y abandonada. Lo sorprendente es que un médico franquista siguiera con el tema casi setenta años después de olvidada esta seudociencia.

IX: LA QUINTA GALERÍA

Unas seis semanas después de mi consejo de guerra, el alcaide, Ramón García Labella, me llamó a su despacho para decirme que el sistema tenía planes para mí. Me iban a transferir a la quinta galería, que se consideraba más saludable, con un «tipo mejor de preso», y que tendría que trabajar a fin de «redimir» o reducir mi condena.

Por entonces ya sabía que, con excepción de los presos políticos, la mayoría de los reclusos en las cárceles de Franco solían cumplir una cuarta parte de sus condenas. Hasta la mitad podía reducirse si moría un papa, e incluso más cuando se elegía otro. (Según el alcaide, yo fui condenado por un tribunal militar y por tanto no estaba clasificado como político; sólo los condenados por el Tribunal de Orden Público se consideraban tales. Sin embargo, me hizo saber que se trataba de una deferencia, ya que había allí otros presos, como Alain Pécunia, condenados por lo militar.)

Aquel año, 1964, la España franquista celebraba sus «Veinticinco años de paz» y el 15 de septiembre Franco autorizó un indulto que reducía las condenas en una sexta parte, incluidas aquellas que habían sido conmutadas por la pena de muerte. Ya sólo me quedaban dieciséis años y nueve meses por cumplir. Aparte de los indultos ocasionales, un tercio más podía reducirse del total gracias a la «redención» o el trabajo. Lo cual significaba que por cada dos días de trabajo el preso reducía en uno la pena que le quedaba. También existía la posibilidad de reducir la pena por buena conducta o por razones de conveniencia política.

Me dijeron que podía escoger entre varios trabajos en los talleres de la cárcel. La idea de tener que trabajar para Franco me molestaba. Bastante malo era ya ser su prisionero. Mi tiempo hasta entonces había transcurrido amablemente, aprendiendo español, pasando el día con un catálogo interesante de presos de

variados talentos, bebiendo café, caminando por el patio, tomando el sol, jugando a pelota y acabando el día con una ducha fría.

Sin embargo, no podía decir que no. Además, estábamos a mediados de octubre y los vientos que soplaban de la sierra de Guadarrama se iban haciendo más fríos, así que la opción de cambiar un patio o una celda grises, tristes y ásperos por un cálido taller era tentadora.

Volví a la séptima por última vez, recogí mi ropa de cama y mis pertenencias y, tras llenar las correspondientes correcciones en mi expediente, me condujeron a través del Centro hasta la cercana quinta galería. Don Pedro el Cruel reprimió su emoción al despedirme, con la advertencia de que me comportase bien o me las vería con él.

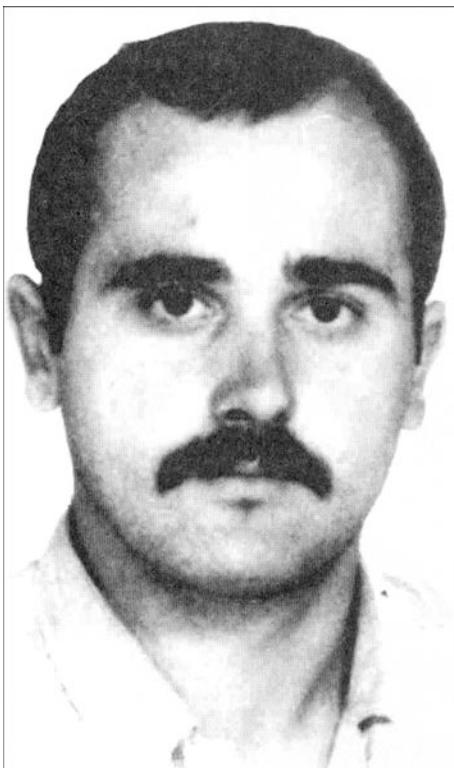
Me habían reservado una celda individual en la planta baja de la galería. Un privilegio. La mayor parte de los presos se hacinaban en celdas de entre cuatro y seis, una perspectiva tan estrecha que me habría obligado a convertirme al catolicismo. Por suerte, los curas no se dieron cuenta de ello.

Los talleres penitenciarios eran de propiedad privada y consistían en una carpintería, una guarnicionería donde se hacía de todo, desde pistoleras a alpargatas, un taller mecánico, otro de mimbre y una imprenta. Yo me veía como un artesano y quería fabricar galeones españoles a escala. Al no conseguirlo, dije que me gustaría trabajar en la sección de encuadernación de la imprenta. Resultó que no tenía elección. Ellos habían decidido asignarme a la imprenta: extraña forma de educar a un anarquista por parte de una dictadura fascista.

La actitud del régimen de Franco con la enseñanza la resumió el fanático general tuerto Millán Astray al grito de «¡Muera la inteligencia!» durante un discurso crítico con el nuevo régimen del poeta, filósofo, novelista y rector vitalicio de la Universidad de Salamanca Miguel de Unamuno, que respondió así al cretino arranque del general: «Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pediros que penséis en España».

Don Benigno me dejó con el dueño de la imprenta, un gordínflón alegre, llamado Carmona, que aprovechaba la oportunidad de unos salarios bajos con el mínimo de problemas a cambio de una pequeña inversión de capital. Carmona, con su cuerpo en forma de pera, me llevó por los diferentes departamentos explicándome lo que se hacía en cada uno.

Un tal Pozas y el encargado del taller me explicaron mis deberes. Debía vigilar los pliegos que salían impresos para comprobar que la impresión era consistente, retirar los defectuosos, parar la máquina en caso de emergencia, y desmontarla y limpiarla al final de la jornada. Más tarde me pasarían a la preparación y mezcla de tintas, el ajuste de cilindros y otros aspectos más técnicos del oficio.



Alain Pécunia

Pozas era muy amistoso, pero tenía la costumbre irritante de hacer continuos avances homosexuales, como tocarme el culo al pasar y a veces incluso tratar de besarme. Mandarle a paseo no surtía efecto, ni tampoco darle un empujón, ni siquiera, en una ocasión, darle una patada en los huevos. Pese a esta conducta predatoria homosexual, Pozas era un buen tipo y me cubría cuando

me escapaba a la sexta, cruzando el patio desde la imprenta, para cambiar unas palabras con el otro preso anarquista, el francés Alain Pécunia.

A medida que mejoraba mi español podía mantener conversaciones más largas. Una o dos veces a la semana, Carmona, el jefe, daba clases de artes gráficas, y al final del primer curso me vi el primero de la clase. No se debió a ninguna capacidad especial mía, sino al hecho de que era uno de los pocos vigilantes de máquinas que sabía leer. Casi todos los demás eran analfabetos.

Muy pronto me aburrió ocuparme de la ruidosa imprenta Heidelberg. Eran ocho tediosas horas al día. Los encargos eran normalmente largas remesas de 500.000 a 1.000.000 de hojas, y nada en este mundo es más soporífero que ver tantas hojas de papel pasar y comprobar que están bien impresas. Sólo salía del trance cuando una hoja entraba mal y tenía que desmontar la máquina, lo cual ocurría dos o tres veces al día.

Yo era uno de los peor pagados del taller. Mi salario mensual era de 200 a 300 pesetas, mientras que el encargado ganaba 2.000, un dineral por entonces. Sin embargo, seguía siendo más que lo que ganaban los presos británicos en un sistema penal supuestamente más progresista. Por suerte no dependía de mi salario. Mamá me enviaba cinco libras cada mes —un montón para un salario semanal de 12— y también recibía quinientas pesetas mensuales del Comité de Apoyo de la CNT en Toulouse.

Cada galería tenía una tienda o economato. Lo gestionaba la administración de la cárcel y se podía comprar de todo: sobrecitos de Nescafé, sellos, material de escritorio, aguja e hilo... Hasta los más deliciosos quesos manchegos y jamón serrano.

También había un bar abierto todo el día que vendía auténtico café expreso y bollería fresca. Por un duro daban un desayuno madrileño: un café con leche o café solo con un bollo o bien churros con chocolate. Platos como cordero asado o bacalao a la vizcaína o cualquier cosa que se antojara podían conseguirse por un precio en la cocina del economato.

Había camaradería en la imprenta, pero yo no tenía intención de quedarme allí hasta el final de mi condena. Pedía constantemente al alcaide un trabajo de

ordenanza con el dentista de la cárcel, que venía una vez a la semana. Tras mucho tira y afloja llegamos a un acuerdo. Con el fin de aprender el oficio de mecánico dentista, yo debía trabajar con el odontólogo los martes por la mañana en su consulta en calidad de ayudante. Éste fue el primer paso hacia el desastre y durante mucho tiempo no trabajé en la imprenta los martes.

Don Mariano tenía una clínica dental en Madrid. Quería mejorar su inglés hablado y tenerme por allí le daba oportunidad de hacerlo, por no hablar del escocés que aprendió. Aprovechó la oportunidad y pronto nos hicimos amigos.

Trabajar con don Mariano me dio acceso a toda la prisión y me permitió tener contacto regular con los otros tres miembros de la CNT en la sexta galería: Francisco Calle Mansilla Florián, José Cases Alfonso y Mariano Agustín Sánchez. Representaban a la CNT «del interior» en el comité, formado por siete miembros, de la Alianza Sindical Obrera (ASO). La ASO era un cuerpo sindical mixto creado en 1961 con motivo de la primera oleada de huelgas mineras en Asturias, a fin de coordinar las relaciones entre la Unión General de Trabajadores (socialista), la Solidaridad de Trabajadores Vascos y la CNT del interior.

La Alianza se fundó en buena parte gracias a los anarcosindicalistas suecos de la SAC, liderada por el alemán Helmut Rüdiger, que viajó con frecuencia a España con dinero para los sindicatos socialistas, cristianos y anarquistas. La SAC también aportó fondos para la creación de Defensa Interior.

Los tres anarco-sindicalistas encerrados en Carabanchel tenían una larga historia de militancia desde la Guerra Civil. Florián, un andaluz de Ronda, alto y sofisticado, en los setenta y tantos, era el «agitador» político del grupo. El 18 de julio de 1936, cuando el ejército se levantó en armas contra la República, Florián, que entonces tenía treinta años, era secretario personal del gobernador civil de Málaga. El gobernador no sabía, sin embargo, que era también secretario provincial de las Juventudes Libertarias y guardaba un depósito secreto de armas en el sótano de su mansión. En la mañana del 19 de julio, entre la confusión y la incertidumbre, Florián se enfrentó al gobernador con una pistola y le conminó a declarar la lealtad de la provincia a la República. Más tarde comandó una unidad del ejército en la zona central.

José Cases, un valenciano alegre y con gafas, siempre tocado con boina vasca, era el teórico. También fue miembro de las Juventudes Libertarias y combatió en la Columna de Hierro en Levante durante la guerra.

El tercer cetenista, Mariano Agustín Sánchez, era carpintero y organizador en el sindicato. Era hombre de pocas palabras, pero había tenido su momento de gloria. Al final de la Guerra Civil, siendo teniente del Cuerpo de Señales y encargado de vigilar las comunicaciones radiofónicas, Mariano interceptó el mensaje crucial de que tanto el primer ministro, Juan Negrín, como el ministro de Exteriores, Álvarez del Vayo, planeaban abandonar el país. De inmediato ordenó a una columna volante que arrestase a los dos políticos en el aeródromo de Monóvar, cerca de Alicante.

En la sexta estaba también el único miembro de la FIJL, Alain Pécunia, el joven anarquista francés. Las únicas ocasiones en que podíamos vemos eran la misa, las horas de visita, el cine dominical y cuando me escaqueaba de la imprenta.

Los anarquistas eran una minoría entre los presos políticos de Carabanchel, unos quince en total dispersos en las cuatro galerías construidas entonces. La mayoría de mis compañeros de cárcel eran miembros del Partido Comunista de España. Entre ellos la mayor parte del Comité Central, como José Sandoval, así como los líderes de las procomunistas Comisiones Obreras de Marcelino Camacho. El resto eran separatistas vascos de ETA, José Antonio Lasa del PNV, José María Rodríguez Fernández del sindicato vasco ELA-STV, unos diez miembros del filocatólico Frente de Liberación Popular (FLP) y un número similar de maoístas del FRAP. También había estudiantes detenidos en las movilizaciones de 1964 y 1965, además de Nicolás Sartorius, Nicolás Redondo y Alfonso Guerra.

Alain me explicó las circunstancias de su detención y la de sus compañeros Guy Batoux y Bemard Ferry. Aunque Bemard había participado en el movimiento contra la OAS y en el grupo contra la tortura Vérité-Liberté, Alain no conocía a ninguno de los dos hasta su llegada a la sexta. Sus detenciones se parecían mucho a la mía. Todos fueron víctimas de un infiltrado. Defensa Interior había planeado una nueva campaña antiturística, la Operación Primavera, coincidiendo con las vacaciones de Semana Santa entre marzo y abril de 1963.

Octavio Alberola y el doctor Alexandre Chevalier habían advertido a Alain de que no fuera a España, pero tanto él como su mentor en la FIJL, Paco Abarca, rechazaron las advertencias por alarmistas. No obstante, estaban lejos de serlo. La Brigada Político Social esperaba al francés de diecisiete años cuando regresaba a la frontera francesa de Cerbère en abril de 1963, tras colocar una pequeña bomba en el ferry Ciudad de Ibiza.

Los otros dos jóvenes franceses, Bernard Ferry y Guy Batoux, fueron detenidos días después. Ninguno de ellos era anarquista: habían colocado pequeños artefactos explosivos en nombre del grupo antifascista hispano-portugués Consejo Ibérico de Liberación.

Bernard temblaba tras conseguir entrar en España, cuando se enteró de la detención de Pecunia. Paco Abarca le había llevado hasta Toulouse. De allí tomó el tren a España, el 7 de abril de 1963, junto con un camarada sin identificar del que después se separó. Bernard se dirigió a Valencia y el otro a Alicante. Cada uno llevaba un pequeño artefacto para colocar en las oficinas locales de Iberia. Bernard Ferry llegó el 8 a Valencia y se encontró con que las instalaciones estaban vigiladas. Aun así se las arregló para colocar la pequeña carga en el escaparate a las diez y media de la noche, justo a tiempo.

Su colega de Alicante también logró plantar su bomba. Pudo escapar porque se había unido a Bernard en el último momento y tanto su identidad como su existencia eran desconocidas para el infiltrado y la policía. De hecho, le detuvieron brevemente en la estación de Barcelona, pero enseguida le permitieron volver a Francia. Ferry, de veintidós años, miembro del Partí Socialiste Unifié y de la trotskista Lutte Ouvrière, no tuvo tanta suerte.

La misión de Guy Batoux no formaba parte de la campaña antiturística. Sus blancos eran la embajada de Estados Unidos y la oficina de la OTAN en Madrid. Batoux cruzó la frontera por Irún y llegó a Madrid el 3 de abril.

Pero la fatalidad intervino: Batoux se sintió mal y se desmayó en plena calle. Cuando la policía registró su equipaje para averiguar su identidad encontró los explosivos, que debían colocarse en el exterior de la embajada norteamericana el 8 de abril.

Batoux, de 23 años y natural de Lyon, no era anarquista y en realidad no pertenecía a ningún grupo político. Fue reclutado por el CIL por su odio encarnizado al régimen de Franco. Para complicar el tema, la BPS supo por su infiltrado o infiltrados que Pécunia había entrado en España al menos tres veces el año anterior, en calidad de correo entre la organización en Francia y el grupo de

la FIJL de Jorge Conill en Barcelona. En dichas ocasiones había transportado documentos, no explosivos, pero sus visitas habían coincidido con una serie de pequeñas explosiones en junio y julio de 1962 y de nuevo en marzo de 1963. El grupo de Conill tampoco estaba directamente implicado en ellas y fue detenido en agosto de 1962 y acusado de las mismas.

Aunque los orígenes de Pécunia eran enormemente diferentes de los míos, nuestros procesos de politización fueron similares. Hijo de un importante oficial de la Armada que perteneció al estado mayor de De Gaulle en Londres durante la II Guerra Mundial, la pasión de Pécunia surgió no del movimiento antinuclear, como en mi caso, sino del desarrollo de la guerra de Argelia, en particular de las torturas del ejército francés. Comenzó a participar en manifestaciones contra la guerra y en actividades contra la OAS con el Frente de Liberación Nacional argelino. Fue comunista durante un breve tiempo, como yo había sido socialista, pero descubrió las ideas anarquistas en el periódico de la Federación Anarquista Francesa (FAF), *Le Monde Libertaire*. LA FAF, como Freedom en el Reino Unido, era claramente pacifista, con algunos miembros destacados obsesivamente vegetarianos, individualistas y naturistas (por oposición a los carnívoros, abnegados y mojigatos compulsivos), y tenía algunas influencias masónicas del Gran Oriente.

Eran personas agradables y bien intencionadas, pero no gente de acción. Buena parte de su actividad se concentraba en organizar la gran gala anarquista anual en el teatro Olympia de París, que pretendía celebrar el espíritu humano con estrellas tan benévolas como Georges Brassens y Léo Ferré.

Pécunia se involucró con la resistencia argelina a través de dos miembros de la Unión de Anarco-Comunistas, el doctor Paul Desnais y Julián Zorkin, un guerrillero montenegrino exiliado en París, y de un argelino llamado

Milou. Su papel era ayudar a identificar a militantes de la OAS, sus lugares de encuentro y sus depósitos de armas. Le presentaron a Paco Abarca en la primavera de 1961, cuando tenía catorce años. Éste, a su vez, le presentó a Octavio Alberola, entonces muy atareado en la creación de Defensa Interior.

Pécunia accedió a utilizar su pequeño grupo de amigos y camaradas para transportar a España información, lo que hizo durante las vacaciones escolares de 1962. Paco, aseguraba, le había confirmado que contaban con el apoyo tácito de los servicios secretos franceses, que habían dado luz verde a su campaña antifranquista durante al menos seis meses.

A mí esto me sonaba muy raro, pero uno de los amigos de Alain era hijo de un médico francés en apariencia muy bien conectado, el doctor Alexandre Chevalier, quien aseguraba ser gran maestro masónico, héroe de la Resistencia y amigo de los servicios secretos. Supo de las relaciones de su hijo y Pécunia con la resistencia española y las apoyó totalmente. No obstante, según otros testimonios, Chevalier era muy poco de fiar.

Los tres jóvenes franceses fueron condenados a veinticuatro, treinta y quince años respectivamente por cargos de «bandejaje y terrorismo». De haber sido españoles, probablemente habrían sufrido garrote, incluso si no hubiera habido víctimas, como le ocurrió a Antonio Abad Donoso en 1960.

Pécunia era el único anarquista de los tres y el único también que seguía en Carabanchel. En un intento por mostrar a las autoridades españolas su buena voluntad, la policía secreta francesa, los Renseignements Généraux, realizaron una serie de redadas en las sedes y hogares de militantes de la FIJL por toda Francia, deteniendo a veintiuno. El padre de Pécunia, por su parte, intentó que a destacados miembros se les acusase de «corrupción de menores».

El informe policial sobre las detenciones se fraguó el 27 de agosto, coincidiendo con los consejos de guerra de Pécunia, Batoux y Ferry. Se envió copia del informe a la BPS y a la DGS. Las redadas tuvieron lugar el 11 de

septiembre. Mucha de la información de la policía francesa provenía de la BPS en Madrid y del maletín «robado» al infiltrado Jacinto Ángel Guerrero Lucas.

Yo, por mi parte, seguía insistiendo en que me trasladasen a la sexta galería, pero todas mis peticiones al alcaide o a la Dirección General de Prisiones fueron rechazadas. Pécunia, los tres cenetistas, dos etarras, un peneuvista y los dos o tres miembros que quedaban del FLP fueron los únicos presos que apoyaron mis peticiones.

Los miembros del PCE se opusieron, alegando que mi condena era por terrorismo. Es decir, que no era un preso político genuino. (Curiosamente, ésa fue la razón por la que Amnistía Internacional, entonces recién creada, no quiso intervenir en mi caso, pues decían que no era un «preso de conciencia». Quizá creían que me habían pagado por llevar los explosivos.)

La razón más probable era que otro anarquista en la galería habría cambiado, aun imperceptiblemente, el equilibrio de poder. Los presos del PCE se negaban a llamar a Pécunia y a los cenetistas «camaradas», una práctica normal entre presos políticos. Se dirigían a ellos como «señor», evitando tutejar a ninguno de ellos y utilizando el más formal «usted».

Al principio de mi condena me encontraba en el cine hablando con Pécunia cuando Miera, miembro del Comité Ejecutivo del PCE y viejo adversario mío en la enfermería, se quejó a los funcionarios de guardia de que un preso común —yo— estaba hablando con un político.

Las luces se encendieron y me sacaron de allí por las bravas, humillado y ofendido, y me vigilaron de cerca durante unas semanas cada vez que los políticos acudían al cine. Sin embargo, pronto establecí mi propia red de amigos y contactos para relacionarme con Alain.

Alain fue el primero de los tres presos franceses de su expediente en ser liberado. Desde su detención hubo muchas idas y venidas de alta diplomacia entre el ministro de Exteriores de Franco, Fernando María Castiella, y el Quai d'Orsay en París. El padre de Pécunia se movió muchísimo en los círculos gaullistas y, según Alain, Franco insistió en que De Gaulle le telefoneara personalmente.

Pécunia fue liberado el 17 de agosto de 1965, exactamente dos años después de las ejecuciones de Delgado y Granado. Había pasado veintiocho meses en prisión. Un amigo del centro llegó al patio para informarme de su salida. Subí corriendo a la galería para verlo marchar.

Apareció a las cuatro de la tarde acompañado de un funcionario, con su boina ladeada, su pipa entre los dientes y su petate marinero al hombro.

El camino de la muerte era ahora el camino de la libertad. Le saludé con la mano y grité: «¡Salud y suerte, compañero!» desde el piso tercero cuando él atravesaba el centro de la quinta. Se volvió con una enorme sonrisa en la cara y me respondió: «¡Tú serás el próximo, compañero! Dentro de poco estaremos tomando una copa en la calle».

Me sentía realmente contento por él, pero enseguida empecé a preguntarme con melancolía cuándo llegaría exactamente mi turno y podríamos tomar ese trago.

X. CÓMO SOPORTAR UNA SENTENCIA

Una oportunidad para escapar de la imprenta llegó cuando se quedó vacante el puesto de practicante en la quinta. El practicante era el ordenanza responsable de la administración médica, ayudaba al médico y coordinaba todos los problemas médicos y de salud de la galería.

Mencioné a don Mariano que ambicionaba el puesto y él me dijo que vería qué podía hacer por mí, tanto con el alcaide como con el médico. Le conté que quería aprovechar al máximo mi tiempo dentro y estudiar por correspondencia para mis exámenes de grado superior. Parecía una propuesta razonable. Como no podía trabajar todo el día y estudiar para mis exámenes sólo dos horas cada noche antes de que apagaran las luces, se acordó asignarme el empleo de practicante.

El viejo médico murió por entonces. Estaba tan enfermo de bronquitis, deteriorado y débil hacia el final que trasladó su consulta a la entrada de la cárcel: se veía incapaz de andar desde la enfermería hasta las traseras de la prisión. Los casos más graves eran transportados hasta allí en camilla. Un día se desmayó y murió en la puerta principal. Aquello hizo que se tambalearan mis planes. El médico designado en su lugar, el doctor Baeza, resultó ser amigo de mi mayor competidor por el puesto, Zurro.

Zurro era un sinvergüenza inteligente y encantador, de unos cincuenta años, y esperaba juicio por cargos de fraude que afectaban a contratos de construcción oficiales. La deferencia que le mostraba el personal de la cárcel demostraba que era un enchufado: muy respetado, bien conectado y relacionado con ministros.

Por suerte, las ventajas políticas y diplomáticas de mi rehabilitación demostraron ser más fuertes que sus contactos y la situación acabó en un

compromiso para que ambos compartíramos el mejor trabajo de la prisión. Y eso que apenas había labor para uno.

Con el puesto te daban, entre otras cosas, un infiernillo. Se suponía destinado para emergencias en las que había que hervir agua, pero su uso principal era el culinario. Zurro también tenía uno y cocinaba muy bien: me introdujo a las delicias de la cocina española, al brandy Fundador y al vino de Rioja, que se hacía traer de tapadillo todos los días.

Ver a Zurro con un melón era algo muy aleccionador. Seleccionaba cuidadosamente uno del economato y lo sostenía con delicadeza en la palma de su mano izquierda, alzándolo imperceptiblemente y presionando la punta con el pulgar de la derecha. Siempre sin mirarlo, fijando los ojos en un punto invisible en la distancia. Nunca compraba el primero, a veces calibraba hasta una docena antes de hacer su selección triunfal... para alivio del encargado del economato y de los que hacían cola detrás de nosotros.

Mi celda estaba junto a la consulta del médico. Estaba equipada con armarios, estantes, una mesa de despacho, una camilla de reconocimiento, sillas y una unidad de esterilización. Cuando Zurro y yo cocinábamos por la noche, a veces utilizábamos el viejo esterilizador para cocer espaguetis, a fin de ganar tiempo, si bien siempre lo limpiábamos después por si las emergencias. Nadie enfermó, al menos que yo sepa, por el uso culinario del material médico.

Mi jornada diaria comenzaba a las ocho y media. Por entonces los guardianes me ignoraban si continuaba en la cama durante el recuento de la mañana. Tras lavarme y hacer una ligera limpieza de la celda, iba a por mi café con leche con croissants o bollería. A las diez llamaba al cometa y le daba la lista de quienes habían solicitado ver al médico la noche antes. Él bajaba para gritar sus nombres en el patio y en los talleres. También supervisaba la limpieza de la consulta por parte de alguno de los homosexuales mantenidos en virtual aislamiento en el cuarto piso de nuestra galería. Era el único trabajo que les permitían realizar. Los más viejos redimían sus penas dedicándose a lavar, coser y planchar.

Los homosexuales eran en general una pandilla alegre, coqueta y ligona. Daban un poco de color a la grisura de la prisión. Muchos de ellos fueron

condenados por la Ley de Vagos y Maleantes y en su mayor parte eran chaperos y, por tanto, ofensivos para la Iglesia y una amenaza para la sexualidad de la «buena» sociedad. Les tenían un miedo cerval.

Cuando podían se vestían con ropa de vivos colores y a menudo con un toque de carmín, maquillaje o sombra de ojos. Una vez que un guardián preguntó a uno dónde había conseguido el maquillaje que lucía, el maricón respondió que se lo había metido en el coño, refiriéndose, claro, al culo.

Uno de los maricones más rebeldes e irascibles recibió una vez una paliza brutal por llevar una camisa roja y vacilar a un funcionario. Nunca se le veía mucho tiempo seguido: cada pocas semanas le confinaban, ya por intentar escapar, ya por otra razón. Una vez le cayeron tres meses, cuando a él y al banquero de la cárcel, José Luis Serrano, odiado informador y falangista a ultranza, les encontraron haciendo el «monstruo de cuatro piernas».

El que limpiaba la consulta también hacía mi celda y la de Zurro. Le pagaba veinticinco pesetas a la semana y todo el café y té que quisiera. Además se ocupaba de mi colada y de los arreglos de ropa.

Las hemorroides eran males muy corrientes entre los homosexuales, y no por lo que parece obvio, sino por pasar muchas horas sentados en los fríos bancos de piedra del patio cosiendo y remendando.

Había dos practicantes externos en Carabanchel. Uno, don Antonio, era un madrileño venenoso, antipático y malhumorado, parecido al personaje de Danny De Vito en *Taxi'*, labios finos, abrupto y malicioso. El otro era don Francisco, un extremeño cordial pero muy vago que nos dejaba casi todo el trabajo a Zurro y a mí mientras él se sentaba a charlar, beber cafés solos y fumarse un puro. A veces nos traía una botella de brandy o un paquete de cigarrillos Partagás, muy difíciles de encontrar... siempre por un precio, claro.

Los enfermos más leves eran los primeros en pasar a que les recetaran las correspondientes píldoras, lociones, inyecciones o tratamientos. Si alguno precisaba un reconocimiento mayor o una radiografía, se le hacía esperar hasta que acababa la ronda de los encamados. Acabada ésta, nos dirigíamos a la sala de radiología, situada encima de la enfermería. Mi tarea consistía en

colocar al paciente detrás de la pesada placa color gris buque y esperar a un lado, sin protección, mientras le bombeaban más rayos X que a Flash Gordon en un mal día en Mongo. Una vez bien bañados en radiaciones, rellenaba las notas del médico en la ficha de cada paciente y las peticiones de traslado si alguno necesitaba ser ingresado en el hospital de la prisión de Yeserías, en el centro de Madrid.

Un inconveniente del trabajo era vérselas con casos de histeria clínica, la niebla roja de la rabia incontrolable, o con ataques epilépticos violentos. La epilepsia era corriente en Carabanchel, pero casi siempre en su vertiente más suave, fácilmente controlable con medicamentos. Los casos más graves resultaban en verdad preocupantes para el paciente y para quien estaba a su lado. Gente menuda y enclenque adquiría de pronto una fuerza extraordinaria y podía con cualquiera. Era especialmente peligroso para mí: como practicante estaba en la pole position para inmovilizarlos en el suelo, a fin de que dejaran de hacerse daño y no se ahogasen. A veces hacían falta seis personas para lograrlo. Dos personas murieron frente a mí en sus celdas como consecuencia de grandes ataques sucesivos.

Los estallidos de histeria eran incluso más violentos. Un tipo enorme que perdió la olla una noche estrelló la cabeza contra los barrotes; otro embistió la puerta de la celda. En casos así yo debía tratar de que volvieran en sí e inyectarles Largactil, para después encasquetarles la camisa de fuerza antes de que hicieran más daño, a sí mismos o a otros.

EL HOSPITAL PENITENCIARIO DE YESERÍAS

Hablando por hablar un día con el médico dejé caer que tenía problemas para respirar por la nariz. Él me echó en la camilla y, tras un breve reconocimiento, me diagnosticó pólipos nasales. En unos días me habían transferido al hospital penitenciario de Yeserías para que me los quitaran.

Resultó ser el periodo más triste e incómodo de mi tiempo en prisión. Era el invierno de 1965-1966 y hacía en Madrid un frío espantoso. Yo me sentía como un personaje de *Un día en la vida de Iván Denísovich*, novela que había leído poco antes de dejar Blantyre.



Christie en Yeserías, 1965

Yeserías no era una cárcel como las demás. Cercana a la estación de Atocha, resonaban en ella constantemente los chirridos y traqueteos de los trenes maniobrando y frenando, así como el murmullo del tráfico denso. No había portones, sino salas con barrotes y un muro exterior. El patio era un pequeño jardín amurallado con un par de puestos de centinela asignados a la Policía Armada. Las salas llevaban los nombres de famosos médicos españoles y eran tristes, depresivas y frías.

Yeserías se gobernaba como un barco de la Royal

Navy en el siglo XVIII, bajo el mando absoluto de un tal doctor Modesto Piñeiro, inspector general de Higiene Carcelaria. Piñeiro, un cirujano especializado en urología, operaba cualquier cosa que le apeteciera. Le llamaban «el Carnicero de Yeserías», pero nunca a la cara. La perspectiva de caer bajo su escarpelo o su sierra médica era, como poco, inquietante. Los presos tenían suerte de salir vivos del teatro de Yeserías, o al menos con tantos órganos sanos como entraron.

Un sacerdote vino a verme antes de la operación. Me puso nervioso por si quería administrarme la extremaunción, pero era sólo una amable visita a su grey. Yo esperaba, si sobrevivía, conservar al menos la nariz.

La operación me recordó a cuando me extirparon las amígdalas en una mesa de cocina de Glasgow, a los cinco años de edad. Me llevaron a lo que parecía una silla ginecológica mientras los enfermeros, todos reclusos, ataban mis muñecas, pecho y piernas. La silla se echó hacia atrás al instante hasta que mi cabeza estuvo a 45 grados del suelo y mi nariz apuntando al techo.

Un cirujano enmascarado, parecido al dentista nazi que interpreta Lawrence Olivier en Marathon Man, apareció sobre mí blandiendo dos sacacorchos de acero inoxidable que procedió a maniobrar en mis conductos nasales, abriéndolos como si fueran una botella de claret. Con una floritura, una gran jeringa cromada apareció en su mano y me la incrustó en el paladar blando como un matador en plena faena.

Aunque el frío de la novocaina empezaba a adormilar mi gollete, podía sentirlo todo, en especial el dolor. Empuñó entonces un escoplo de acero que

enseguida encajó en uno de mis conductos. De pronto, lo que parecía un pico para hielo apareció en la otra mano de este moderno Ramón Mercader. Se echó hacia atrás y empezó a abrirse camino a golpecitos hacia mi cavidad craneana. Temblando a causa de sus incansables martillazos empecé a sentir cierta simpatía por León Trotsky. Este hombre, ¿iba a limpiar mis senos o planeaba trepanarme para abrir mi «tercer ojo»?

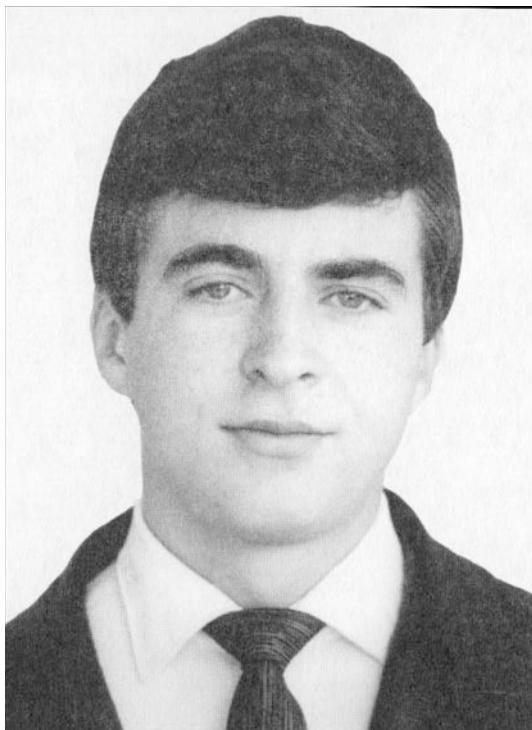
Algo bueno me ocurrió en Yeserías: una amistad de por vida con Juan Busquets Verges. Busquéis combatió en un principio con el grupo de acción rural pirenaico de Marcelino Massana Balcells, Pancho, pero luego se unió a las fuerzas de la guerrilla urbana de José Pepe Sabaté, el mayor de los tres legendarios hermanos. Manuel, el más joven de ellos, fue detenido con Busquets, que tenía veintiún años entonces, en una emboscada policial en octubre de 1949.

Busquets era uno de los pocos afortunados que vio su sentencia de muerte conmutada por la cadena perpetua. Unos años antes de que nos conociéramos, estuvo implicado en un intento de fuga en la prisión de San Miguel de los Reyes con otro anarquista, el escritor e historiador Juan Gómez Casas, y un gitano que salió pitando en cuanto estuvo al otro lado del muro, sin esperar a los demás, dejando a Busquets como un blanco colgado sobre el muro.

Busquets saltó los cuatro metros que le separaban del suelo y se rompió la pierna. Se arrastró hasta una zanja, donde permaneció entre la conciencia y la inconsciencia hasta que los guardianes le encontraron a la mañana siguiente. Le pegaron sin piedad en la cara y en las manos con las culatas de sus rifles hasta que no sintió nada. Le rompieron la nariz y los huesos de las manos, sin olvidar su pierna. Luego le llevaron a una celda de castigo, aislado, sin tratamiento médico durante dos meses.

RUTINAS DIARIAS

Mario, el practicante jefe de Carabanchel, era un gordo sádico parecido a un sapo que dirigía la enfermería. Preparaba y conservaba los informes clínicos del médico, dispensaba medicinas y ponía inyecciones. Se tenía por un tipo gracioso. Médico él mismo en la vida civil, estaba en la cárcel por practicar abortos.



Christie en Carabanchel, 1965

Los reclusos que se quejaban del estómago y que, según él o los guardianes, fingían acudían a su consulta para analizarse los fluidos gástricos. A fin de extraerlos usaba dos largos tubos de plástico, uno grueso y otro delgado. Aficionado a los toros, tenía su matador favorito, El Litri, y no podía soportar las cabriolas del recién llegado Manuel Benítez El Cordobés. Cuando un paciente llegaba, Mario le preguntaba cuál de los dos toreros prefería. Si el pobre hombre respondía «El Cordobés», Mario le encasquettaba el tubo más

grueso en el gaznate, una experiencia de lo más desgradable, pero que a él y a los funcionarios les parecía enormemente divertida.

Cuando se acababa la consulta de la mañana, yo estaba libre para hacer lo que quisiera hasta el almuerzo, momento en el que debía recoger las diferentes comidas para enfermos de la cocina y distribuirlas a los pacientes de la galería. Eso sí que era la cocina del infierno. Ocho o nueve grandes perolas sobre un enorme hogar alimentado con carbón, envueltas en humo y llamas. A su alrededor pululaban lagartijas y cucarachas gigantes, al tiempo que chinches y otros insectos kamikazes trepaban por las paredes y el techo para terminar cayendo directamente en las perolas cuyo olor encontraban tan delicioso. Era un comportamiento extraordinario, digno de un documental de Richard Attenborough. Los bichos tomaban el camino más corto, al cortocircuitar los cálidos efluvios de la comida caliente el poco sentido común que pudieran tener. En términos budistas sería una especie de inmolación: iban directos a la cima de la cadena alimenticia, mientras nosotros adquiríamos unas pocas proteínas más.

La comida de la enfermería consistía en pescado y a veces en trozos de pollo cocido y menudillos. El pescado era normalmente bacalao al pil-pil o a la vizcaína o merluza hervida o frita. Muy de vez en cuando teníamos filete de ballena, supuestamente un manjar, pero que sabía como el puerto de Aberdeen en un día cálido con marea baja. Las comidas normales consistían en cocidos o fabada asturiana. Los días de fiesta, como San Isidro, el patrón de Madrid, nos daban callos a la madrileña o paella valenciana.

Los restos de la comida del hospital se repartían luego a los presos normales y me tocaba a mí distribuir lo que quedaba a quien lo quisiera o a quien yo creyera que lo merecía. Esto me creó algunos problemas con los falangistas y chivatos, pues me preocupaba de que a ellos no les llegara. Sólo les daba comida bajo presión de los vigilantes, cuando intervenían a favor de los fascistas.

Después venía la distribución de las recetas de la mañana. Una vez hecha, Zurro solía preparar una tortilla de patatas con ensalada y regada con vino.

Cocinaba mientras yo hacía las labores administrativas. En verano, Zurro también solía preparar gazpacho, que dejaba enfriar en el frigorífico médico.

La comida, en verano, iba seguida de una siesta hasta las cuatro. Después, tras un café, yo leía o bien jugaba o miraba una partida de pelota hasta que llegaba el practicante. La hora del té implicaba casi la misma rutina que el almuerzo. Terminadas mis rondas médicas y solucionado el papeleo, me daba un paseo por el patio, a solas o con algunos amigos, hasta el último recuento, para pasar el resto del día leyendo o escribiendo.

Las conversaciones en el patio eran, como poco, fascinantes. Había muchos personajes singulares reunidos allí, cada uno con un extraordinario cóctel de experiencias individuales. Sin embargo, tras unos meses oyendo los mismos relatos repetidos una y otra vez, empezaron a resultar aburridos e irritantes.

El mejor método de administrar las relaciones sociales y seguir cuerdo era la literatura. Los libros te permitían no sólo evadirte del prosaísmo cotidiano, también te ayudaban a entrar en las conciencias de otras personas y te daban perspectiva para saber cómo se sentían y se enfrentaban los demás a sus propios dramas personales y privados. Era una especie de piedra de Rosetta de la conciencia. En prácticamente todo lo que leí, siempre había algo que daba al menos un ligero atisbo de información que modificaba mi visión de las personas... y del mundo.

Los libros en inglés eran raros al principio, pero con los años me fui haciendo lentamente con una biblioteca de unos doscientos ejemplares, algunos bodrios, pero en su mayoría clásicos: de Penguin y de la serie Everyman, bellamente diseñados. Era una buena oportunidad para leer los libros que suponía que debía leer, incluyendo Los poseídos de Dostoievski, la traducción rimada del *Eugenio Onegin* de Pushkin realizada por Charles Johnston, e incluso una versión abreviada de la Ilíada que me pareció absorbente, entre Aquiles acechando en su tienda y Héctor siendo arrastrado por los pies en torno a la ciudad.

Hasta finales de 1965 leer en español se me hacía muy duro, pero alguno de los intelectuales, profesores y estudiantes, cada vez más numerosos, que

pasaban entonces por el sistema penitenciario, me iba introduciendo poco a poco a la literatura española.

Pécunia me había pasado un ejemplar del entonces prohibido Romancero gitano de Federico García Lorca, un conjunto de poemas sobre el estilo de vida y las pasiones de los gitanos andaluces. Los versos de Lorca eran vitriólicos con la Guardia Civil, y eso probablemente le costó la vida.

Otros autores proscritos eran Anatole France, Voltaire, Georges Bemanos, André Gide, Ernest Hemingway, Jean-Paul Sartre, Émile Zola y Stefan Zweig. Era extraño pensar que vivía en un país europeo a mediados del siglo XX y que no me dejaban leer libros disponibles, o incluso ignorados, en cualquier otra parte.

Un simpatizante de Freedom Press en Londres me envió los tres volúmenes de *Civilisation in England* de H T Bucle, que me cepillé en un fin de semana. Lilian Wolfe, una anciana anarquista que había sido amiga de Kropotkin, me envió sus preciosas copias de La conquista del pan y Ayuda mutua. Todos ellos entraron de tapadillo. Más tarde, en Alcalá de Henares, los encuaderné en cuero rojo y negro siguiendo las diagonales de la bandera de la CNT: negro por los trabajadores del campo y rojo por la clase obrera industrial.

La quinta albergaba una mezcla ecléctica de reclusos. Daniel Lacalle era por entonces el único preso político —aparte de mí— en la galería. Hijo del teniente general José Daniel Lacalle Larraga, ministro de Aviación de Franco, Daniel era miembro del Partido Comunista de España y fue detenido el 26 de abril de 1964 en el clímax de la feroz represión contra los mineros asturianos. Estaba en la quinta para mantenerlo aislado de los demás presos del PCE en la sexta, seguramente a petición de los amigos de su padre en el gobierno, y así evitar que desarrollara más relaciones comprometidas.

No era infrecuente que los hijos disidentes de la élite fueran encerrados por actividades antifranquistas. En el pasado, padres franquistas bien situados lo habían evitado con la estratagema de declarar a sus hijos dísculos mentalmente insanos, un truco que compartían con sus enemigos de la Unión Soviética. Le había ocurrido diez años antes a José Martín Artajo, el hijo anarquista del ex ministro de Exteriores de Franco Alberto Martín Artajo.

Pese a sus buenas maneras y a su juventud, Lacalle era un estalinista sin reciclar y se ponía claramente nervioso cuando trataba de acompañarle en los paseos. Con educación, limitaba sus conversaciones conmigo a lo tópico y banal. Nunca pude saber qué tenía contra mí. Sus acompañantes favoritos eran una o dos personas, probablemente miembros del partido o compañeros de viaje. Me sorprendió comprobar su en apariencia entusiasta amistad con el disidente falangista Dionisio Ridruejo y el ex ministro de Franco Joaquín Ruiz-Giménez cuando pasaron brevemente por la quinta. También pasaba mucho tiempo junto al líder del PCE, José Sandoval, siempre en profundas conversaciones.

La vida en Carabanchel no era en absoluto tan dura físicamente como había sido en los años cuarenta y cincuenta, ni me afectaba la brutalidad y el hambre casi hasta la muerte que imperaban en aquellos años. Además, recibía con regularidad paquetes de comida de simpatizantes anarquistas y antifascistas de Alemania, los Países Bajos, Francia, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca y el Reino Unido.

Las pesetas no circulaban en la cárcel, en teoría, pero sí lo hacían en la práctica. En la tienda de la prisión no se podía comprar nada en metálico, todo se pagaba en cupones que emitía el banco de la cárcel. Todas las ganancias internas y los pluses de afuera se pagaban al sistema interno de Carabanchel, conocido como «peculio», y se distribuían cada semana en forma de cupones de colores. Cada viernes los pagaba un despreciado falangista y chivato, José Luis Serrano, cuya idoneidad para el puesto le venía de haber sido contable... y malversador, obviamente. Más tarde puso patas arriba la administración de la cárcel, pero no como el noble y modesto héroe de la película Cadena perpetua.

Había pocas formas de gastar dinero satisfactoriamente en Carabanchel. De la cafetería ya he hablado. La cantina vendía cigarrillos y puros, chorizo picante y jamón serrano, queso manchego, boquerones, latas de sardinas, mejillones en escabeche, pulpo en su tinta, calamares, bacalao, tomates y otras gollerías que hacían la vida un poco más dulce, o más sabrosa.

Los muy enchufados, casi todos estafadores, peces gordos como los dos directores del Banco de España de la quinta (condenados a miles de años de prisión de los que sólo cumplirían unos pocos), rara vez consumían la comida de la cárcel. Siempre comían en la cantina. Todo se les llevaba a sus celdas y rara vez se aventuraban a mezclarse en el patio con la plebe.

La vida en la cárcel no siempre era un páramo, ni siquiera del todo predecible. El tiempo no se nos pasaba caminando sin sentido, indefensos, en los áridos márgenes de la existencia. Si no podíamos ser dueños de nuestras situaciones, al menos podíamos adaptarnos a los acontecimientos.

Había muchos momentos de placer sencillo. Contemplar a la gente era una forma fascinante de pasar el rato. Me asombraba que día tras día fueran capaces de sobreponerse a sus agobiantes preocupaciones personales manteniéndolas ocultas, sólo para poder verse las caras unos a otros cada día.

Las mañanas del domingo, en verano, transcurrían de charleta en el gran lavadero comunal en donde se hacía la colada de la semana. Nos juntábamos alrededor y cotilleábamos como mujeres mediterráneas en torno al pozo del pueblo. Si el día era cálido, yo me quitaba la camisa y me echaba en los bancos de piedra, detrás de las sábanas colgadas, a tostarme al sol de Madrid.

Las tardes las pasábamos sentados en grupo, platicando a la fresca sombra de los muros, bebiendo por turnos de un botijo de vino tinto; verme levantarla a la altura del brazo, con el vino color rubí describiendo un arco entre el pitorro y mis labios (o, con más frecuencia, mi frente), causaba gran regocijo a mis colegas, mucho más expertos.

A menudo reuníamos nuestros recursos financieros y nuestros paquetes de comida y organizábamos una especie de merendola campestre. Si temamos dinero, lo celebrábamos con pollo o cabrito asado. Si andábamos sin blanca, era una lata de sardinas o anchoas con tal vez unas lonchas de queso manchego, chorizo y mejillones con irnos panecillos recién hechos.

Descansando las espaldas en los altos muros de nuestra cárcel, fumábamos tranquilamente un pitillo, mirando en silencio al cielo o hablando por hablar sobre la vida, el universo y lo que haríamos cuando estuviéramos «en la calle».

Todo pensamiento referente a la cárcel desaparecía durante esos cálidos sábados y domingos. En los altavoces, un joven Julio Iglesias cantaba Cuando calienta el sol aquí en la playa y Françoise Hardy Todos los chicos y chicas.

En esos momentos reflexivos, cuando la conversación se apagaba, yo leía, escribía a mamá o a mi abuela, o me sentaba a mirar, como en trance, hacia mi horizonte de ladrillos, baldosas grises, ventanas con barrotes y cielo azul. Las únicas cosas que cambiaban en mi paisaje habitual eran las lentes nubes, las sombras y las figuras como de Malcolm Lowry que transitaban el patio sin descanso arriba y abajo.

Las tardes soleadas me apoyaba en el muro y contemplaba mi propio fragmento de infinito azul sobre Castilla, la máquina de mi cerebro detenida, soñando despierto con mi casa y lo que el futuro me traería. Todavía no había aprendido a contar en meses y años y me gustaba vivir al día, llenando cada uno de ellos de recuerdos de las verdes colinas y la lluvia de Glasgow.

A veces el cuadro de mandos de mi cerebro me conectaba con especulaciones sobre qué habría pasado si hubiera causado la muerte de gente inocente, y un escalofrío me recorría el cuerpo. Incluso de haber podido escapar al garrote vil habría sido una carga terrible. Como dice, memorablemente, uno de los personajes de El primer círculo de Solzhenitsyn: «¿Qué es lo más precioso del mundo? Parece ser la conciencia de no haber participado en la injusticia. La injusticia es más fuerte que tú, lo ha sido y siempre lo será, pero no dejes que se cometa gracias a ti: una conciencia tullida es tan irrecuperable como una vida perdida». Alan Ladd dijo algo muy similar en Raíces profundas: «No hay vida si has matado».

Aquella corriente de conciencia, aquellas cavilaciones, a veces representaban las posibles consecuencias negativas de haber tenido éxito en asesinar a Franco: ¿habría conducido a una represión mayor y más sangrienta, a la aparición de otro posible dictador aún más brutal? Después de todo, Franco era contemporáneo de Hitler, Mussolini y Stalin, cuyas muertes condujeron a un mundo mejor. La permutación de posibilidades y diálogos conmigo mismo seguía y seguía sin fin dentro de mi cabeza.

¿Por qué medios, aparte del recurso a la violencia, puede la gente normal atacar un aparato de Estado malvado, corrupto y represivo, cualesquiera sean sus excusas? Un Estado en el que no hay juego limpio ni respeto por la justicia y la libertad; que no está sujeto a estructuras legales o sociales y no responde ni a la razón ni a los llamamientos a la moralidad ni a la diplomacia internacional.

El régimen de Franco era un Estado canalla mantenido por el turismo, los ingresos de los emigrantes y el apabullante apoyo económico y diplomático de Estados Unidos. La negociación, la compasión y el reparto justo se despreciaban y ridiculizaban como prueba de debilidad o de manipulación marxista o masónica. Ignoraba las protestas de su propio pueblo y las de sus oponentes en todo el mundo, convencido de su propia rectitud y de que el uso del terrorismo de Estado y la represión le permitirían finalmente ganar y ser aceptado como poder europeo en sus propios términos. Franco era un militar que sólo respetaba una cosa: la fuerza letal, devastadora y apabullante.

Pero aun así, la decisión de matar a un hombre, por mucho que sea para evitar una violencia y un mal mayores, era una elección trágica y cargada de culpa. A diferencia del juez que delega en el verdugo, o del piloto de un bombardero que lanza bombas a 10.000 metros sobre población inocente, o del piloto de un caza F-16 que dispara un misil «quirúrgico» a doscientos metros contra un bloque de viviendas en Gaza, no se trataba simplemente de un «deber desagradable» que hay que cumplir. Quienes no teníamos instituciones estatales tampoco teníamos clubes de oficiales o ranchos cuarteleros a los que volver a por una copa y la absolución, ni la seguridad de que los «daños colaterales» (ese repugnante eufemismo para la masacre de inocentes) era el precio inevitable a pagar en nombre del «interés nacional». Nosotros los anarquistas sólo teníamos nuestras conciencias inquietas para responder.

Finalmente, lo que importa es que hay que conseguir que el bien destruya al mal. Jimmy Stuart, el idealista liberal del este que quiso combatir el mal con la razón y la ley en *El hombre que mató a Liberty Valance*, de John Ford, llega a esta conclusión al final de la película: «Cuando la fuerza amenaza, hablar no es bueno».

En mi debate conmigo mismo, llegué a la conclusión de que mi detención fue la mejor de las soluciones posibles. Me había convertido ahora en un recordatorio regular para el mundo de la naturaleza de la España franquista. «Todo es perfecto en el mejor de los mundos posibles.»

XI. HISTORIAS DE PRESOS

A veces mis pensamientos, los negativos y los optimistas, se quebraban envidiosos contemplando una sola cigüeña volando hacia el oeste, en dirección a Cáceres, o la larga estela de condensación de un avión cruzando el cielo. Eran libres. Yo no.

Hacia el final de la tarde, cuando el sol abrasador empezaba a suavizarse, echar un cantecito o una partidita de pelota contra el frontón del muro solía bastar para sacarme de cualquier estado melancólico provocado por el exceso de introspección. Con frecuencia la pelota se colaba entre el doble muro y teníamos que rogar a los grises de las torretas que bajaran a por ella. Normalmente lo hacían de buena gana por la sencilla razón de que nuestras partidas rompían el tedio solitario de sus deberes de centinela, pero había algunos mala leche que nos ignoraban, y la partida quedaba interrumpida hasta que apareciera otra pelota.

Otro pasatiempo del patio consistía en ver a los aficionados a los toros reproducir las, según ellos, mejores corridas de sus héroes: Manolete, El Cordobés o El Viti. Uno hacía de toro y otro de torero. Era hipnótico y deprimente verles practicar sus capeas, sus parodias de maniobras elegantes a cámara lenta, virtuosos e intrincados pases con capote y espada imaginarios. Era muy curioso, pero a mí me resultaba imposible ocultar mi disgusto por la barbarie del espectáculo. Éste era el tema que más discusiones me causaba con mis amigos españoles. No podían creer que alguien pensara que el mareo, tortura y masacre de una criatura digna y sintiente no fuera un deporte grandioso. No lo veían.

El atardecer llegaba de golpe, tras el más breve de los crepúsculos. Antes de que se apagaran las luces del patio, el rojo de los muros se volvía marrón contra el rosicler de las nubes, que viraba rápidamente al naranja, y el silencio descendía sobre el patio ruidoso hasta hacerse nada. A medida que oscurecía y

el color se iba desvaneciendo del cielo, la luna se dejaba ver y las estrellas titilaban más claramente. Sobre los muros, el agitado Madrid nocturno proyectaba una cúpula de luz pálida y difusa que llenaba el cielo norteño de un halo rojo.

Los patios eran testigos de una gran actividad empresarial. Había pequeñas comunidades cerradas con proveedores de servicios y oportunistas. Había limpiabotas y escribientes, gente con estudios que escribía cartas oficiales o peticiones a cualquier recluso que pudiera pagar un duro.

Siempre me impresionó que incluso en la cárcel los españoles fueran tan curiosos, precisos y meticulosos con su apariencia que hasta se hicieran lustrar el calzado. Había otros que fabricaban pelotas para el frontón a base de gomas abandonadas, cuerdas y zapatos viejos. También estaban los que lavaban y planchaban ropa o alquilaban novelas del oeste, de espionaje o de gangsters.

Los empresarios de vanguardia eran los tabacaleros. La cantina abría sólo unas horas en los días laborables, y si uno se quedaba sin cigarrillos tenía que aguantarse o conseguir un pitillo hasta que volviera a abrir. Para sufragar esta demanda, cada galería tenía su propio tabacalero. Era un preso que se paseaba por el patio como el botones de las golosinas en el cine, con una bandeja de cigarrillos suspendida de su cuello. Celtas y la cubana Partagás eran mis marcas favoritas; los Peninsulares, que parecían petardos gigantes, se hacían de astillas secas de tabaco y no de hojas, y se deshacían al encenderse.

Para los españoles sofisticados que no podían pagar Pall Malí o Lucky Strike había Bisontes, un tabaco rubio y dulce tipo Virginia de las Islas Canarias. El tabacalero tenía su provisión de cigarrillos y cerillas que vendía por unas pocas pesetas más de la tarifa que tenía la cantina.

Un inglés casi se busca la ruina aplicando el mismo principio comercial a los bollos de la cafetería. Me dijo con toda seriedad, con esa voz ondulante, afable y bienhumorada que sólo existe en la clase alta británica, que iba a comprar todos los bollos de la cafetería para revenderlos con un beneficio substancial. Por suerte, conseguí quitarle la idea antes de que le tirasen desde la cuarta planta.

Tener a ese tío cerca era como un moretón psicológico: debía tocármelo para saber si me seguía doliendo. Exudaba un aire disoluto de truculencia aristocrática: moralmente débil, arrogante, intolerante, enjuiciador, gazmoño y con el pathos de un hombre que ha traicionado a todos, incluido él mismo. Era un personaje desesperadamente incompetente salido de la pluma de Saki o P. G. Woodhouse, un anglosajón insular que miraba por encima del hombro al foráneo, un timador sin ningún poder que perdía constantemente empleos a causa de sus trapacerías; un filisteo de alta cuna, un emigrado de pago, un torpe encantador de serpientes, la desconsiderada oveja negra de una «buena familia» que se lo había quitado de encima exiliándolo a España. Aquí, en la costa, se movió entre lotófagos y sibaritas tan ricos como tontos hasta que firmó un cheque sin fondos. Sin embargo, a pesar de conducta tan irritante era una compañía divertida.

Los portugueses eran tipos interesantes. Uno con el que me llevaba especialmente bien era Joáo, un conocido piloto de carreras en su tiempo tanto en Portugal como en los circuitos internacionales. Parecía un cruce entre Peter Ustinov y el cómico mexicano Cantinflas. Tenía pelo gris plateado, mejillas rubicundas, una complexión generosa y curtida y ojos picaros aunque un poco lúgubres. Joáo era indomable, ingenioso e inventivo. Harto de los ineficaces hornillos de colonia fabricados en las celdas, Joáo estaba ansioso por hacerse con uno eléctrico para poder cocinar. Yo le conseguí uno, pero le recordé que no había enchufes en la celda. Eso no era problema para Joáo, pero resultó serlo para todo el barrio de Carabanchel. Aquella noche fundió todo el sistema eléctrico de la cárcel y sus alrededores durante seis horas al enganchar improvisadamente el cable de la bombilla y conectarlo a tierra por el grifo del lavabo. No sé cómo no averiguaron que había sido él.

El co-acusado con Joáo era harina de otro costal. Como su afable amigo, era listo, bien educado, bien informado sobre asuntos de actualidad y literatura y hablaba un inglés intachable, pero era un pequeño y malvado espabilélo. Además era un gorrón, un sablista siempre al acecho para pedir prestados dinero, comida y tabaco. La gota que colmó mi vaso cayó cuando sacó un solo cigarrillo sin ofrecer a nadie. Yo le pedí uno, a lo que replicó que no tenía más. Yo sabía que mentía, pues le había visto comprar un paquete esa misma tarde.

Le dije: «Hasta aquí hemos llegado», y empecé a soltarle que era un enano mentiroso, un hijo de puta agarrado, y metí la mano en su bolsillo para sacar triunfalmente los cigarrillos que había liberado del paquete. Es la única persona que he conocido capaz de pelar una naranja dentro del bolsillo sin sacar la mano.

Joaquim, otro interno portugués, había sido un cargo importante en el Banco de Portugal y esperaba su extradición a Lisboa. Su trabajo consistía en supervisar la impresión de paquetes de billetes portugueses en el complejo impresor de Waterlow, en el Reino Unido. La orden oficial era de cincuenta millones de escudos, pero Joaquim añadió diez millones más para su uso particular.

FRENCH CONNECTION

La presión diplomática francesa sobre el gobierno franquista aumentó en 1965 y condujo a detenciones policiales de exiliados del alto mando de la OAS en España. En principio fríe resultado de una reciente oleada de terrorismo de la OAS, desde el fallido intento de asesinato, en 1964, de De Gaulle por los Comandos Z de Jean-Jacques Susini en el monumento Faron de Toulon, al secuestro y asesinato, el 29 de octubre de 1965, del político anticolonialista marroquí Mahdi ben Barka. La muerte de este último fue una humillación particularmente seria para De Gaulle, que había tratado de reforzar el papel de Francia como único amigo fiable del Tercer Mundo a expensas de Estados Unidos.

La mayoría de los líderes de la OAS radicados en España fueron advertidos de los arrestos por colegas simpatizantes de la Brigada Político Social y marcharon a ofrecer sus habilidades criminales a otra parte. Algunos buscaron santuario bajo el ala protectora de los regímenes militares de extrema derecha en América Latina. Otros huyeron a Italia, protegidos por elementos profascistas y anticomunistas dentro de los servicios de seguridad e inteligencia de ese país. Portugal fue otro país en el que hallaron un patrón necesitado de su experiencia terrorista.

Miguel de Castro, escribiente de la quinta galería, sabía de mi interés en el asesinato del general Delgado ([20](#)), y cuando supo que los dos miembros de la PIDE detenidos por el caso acudían a su despacho para el papeleo, me pidió que me sentara con él en calidad de ayudante mientras tomaba sus datos para los expedientes.

Eran dos tipos escurridizos que no se mezclaban con nadie en las pocas ocasiones en que salían al patio. De los dos, el asesino parecía ser Casimiro Emérito Roso Teles Jordáo Monteiro, nativo de Goa, de cuarenta y cinco años, malencarado y hosco, y que combatió con Franco en la Guerra Civil.

Monteiro, un ex soldado con un inglés aceptable, decía haber trabajado para el MI6 en la India durante la guerra. Aseguraba que agentes de Scotland Yard le habían interrogado en una investigación por asesinato, pero nunca dio detalles del incidente. Oí decir, sin embargo, que le habían absuelto de otro crimen en Lisboa hacía sólo un año.

Su carnet de la PIDE, la policía política salazarista, le daba el rango de jefe de brigada. Sospechosamente, tenía fecha del 17 de diciembre, menos de dos meses antes del asesinato de Delgado. El caso resultó una patata diplomática demasiado caliente para el régimen de Franco, por lo que los cargos contra ambos fueron levantados en dos semanas para poder liberarlos.

Monteiro reapareció unos años después en el África portuguesa como líder de los Grupos Flechas, escuadrones de la muerte mercenarios relacionados con Aginter Press, organización neofascista de espionaje con base en Lisboa, que se deshacía de quien se percibiera como enemigo de las políticas interna y colonial de Antonio de Oliveira Salazar y su sucesor Marcelo Caetano. El nombre de Monteiro volvió a surgir en 1974 como principal sospechoso de la carta-bomba que mató al líder del FRE- LIMO, Eduardo Mondlane, en 1969, tras la Revolución de los Claveles que derribó el gobierno de Caetano y otorgó la independencia a las colonias portuguesas de Guinea-Bissau, Mozambique, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, Angola y Timor Oriental.

Aliado de Aginter Press y los Flechas portugueses era el Grupo Paladín de Otto Skorzeny, con base en Madrid, especializado en operaciones de sabotaje y asesinato en el Magreb, África subsahariana, América Latina, Asia... y Europa. Su personal también había realizado asesinatos y actos terroristas indemostrables a cuenta de la DGS del general Eduardo Blanco y fue probablemente responsable de la muerte de José Alberola Navarro, el padre de Octavio, en la ciudad de México el 1 de mayo de 1966.

En el retorcido lenguaje de los servicios de inteligencia y seguridad, empresas como la de Skorzeny permitían a las agencias estatales clandestinas «responder a una crisis sin transgredir las jurisdicciones administrativas». En otras palabras, les permitía deshacerse de disidentes perturbadores y oponentes políticos sin dejar rastro. En una carta a Charles Foley, autor de una

biografía del coronel de las SS en sus años de guerra (Commando Extraordinary), David Stirling (fundador del Special Air Service y amigo de Skorzeny) señalaba que los nazis «habían jugado con la idea de crear un directorio internacional de personal de asalto estratégico, cuyos términos de referencia le permitieran vadear la divisoria entre operaciones paramilitares realizadas por tropas de uniforme y la guerra política llevada a cabo por agentes civiles».

Skorzeny estaba convencido de que la turbulencia política y la polarización de mediados de los sesenta, sobre todo la aparición de movimientos de liberación en el Tercer Mundo sostenidos por la Unión Soviética y la escalada de la guerra de Vietnam, significaban que había llegado el momento para una organización como la suya.

En Argentina, por ejemplo, la empresa de Skorzeny proveyó personal para grupos criminales como la Alianza Anticomunista Argentina de José López Rega, los escuadrones de la muerte peronistas. En España se ocupó de la organización separatista vasca ETA por cuenta de la Dirección General de Seguridad bajo los paraguas fantasma del Batallón Vasco Español y la Alianza Apostólica Anticomunista, y estuvo implicado en los Guerrilleros de Cristo Rey de Mariano Sánchez Covisa. Aldo Tisei, neofascista italiano asociado al terrorista Stefano delle Chiaie, declaró a un magistrado italiano muchos años después: «Eliminamos a miembros de ETA que habían huido a Francia, y lo hicimos por cuenta de los servicios secretos españoles».

En la primavera de 1965, cinco líderes de la OAS fueron detenidos y acusados del intento de asesinato de un general francés en Alemania. Dos de ellos acabaron conmigo en la quinta galería de Carabanchel, por donde pasaron casi todos sus colegas que no pudieron huir a América Latina, Italia o Portugal. Eran el coronel Raymond y Pierre, un gordito canoso y medio calvo, tipo Pickwick, que había sido profesor universitario de estudios orientales en Argel.

El profesor estuvo asignado al 5^{éme} Régiment Étranger d'Infanterie en la II Guerra Mundial, y consiguió escapar a lo largo de 800 kilómetros por el norte de Vietnam hasta China, perseguido y acosado por el ejército y la aviación japoneses. Tras la derrota de éstos, se estableció en Saigón, donde trabajó

para un dispositivo de inteligencia y seguridad durante la guerra de Indochina contra el Viet Mihn, predecesor del Viet Cong. Tras la derrota francesa en Dien Bien Phu, en 1954, se trasladó a Argelia, donde había comenzado el levantamiento de FLN.

El coronel Raymond, responsable del atentado, era una figura militar más imponente. Medía cerca de un metro noventa y su complexión era atlética, con cabello rubio muy corto y un rostro teutónico severo y cuadrado. Tras el atentado, huyó de Alemania a Italia, donde fue detenido y puesto en libertad. Más tarde se refugió en la red Cité Catholique, que conectaba monasterios del norte de Italia, Francia y España.

Esta red de fuga monástica era esencialmente la misma creada en su día por el obispo Alois Hudal para ayudar a escapar de Europa a criminales de guerra y colaboracionistas nazis. Sorprendentemente, Raymond estaba muy indignado por haber sido detenido con una orden internacional en un país «fascista amigo». Pese a su edad, su experiencia militar y su sofisticación, seguía sin entender que los Estados tienen razones que superan las moralidades privadas o partidarias. Yo también lo entendí demasiado tarde, y para mi desgracia.

Ambos hombres hablaban buen inglés, eran cultos, sofisticados, tenían un seco sentido del humor y disfrutaban del debate. Resultaba paradójico ver que en aquellos hombres la humanidad iba en paralelo a su disposición para autorizar y justificar asesinatos a sangre fría, además de para participar en ellos. Eran católicos fervientes y tenían ideas sobre el mundo muy conservadoras. Raymond era un epítome del Don Juan de Byron: «Era el hombre de modales más exquisitos que jamás comandó un barco o cortó un cuello; un caballero de la mejor cuna. Nadie podría nunca adivinar lo que realmente pensaba».

El profesor quiso enseñarme chino tras expresar yo un interés cortés en la materia, pero no era un alumno centrado y nuestras conversaciones solían virar a discusiones muy acaloradas, pero cordiales, sobre el colonialismo, la religión y la política.

Eran hombres apasionados, idealistas e impetuosos que se tomaron a mal, y de manera personal, la pérdida de lo que quedaba del imperio francés. La

derrota de Dien Bien Phu y la caída de Indochina en 1954 fueron golpes ofensivos y humillantes para lo que ellos entendían por el «honor» francés. Eso fue lo que les determinó a aferrarse a Argelia, país que querían reinventar, con ayuda de franquistas y salazaristas, según las ideas originales de José Antonio Primo de Rivera.

Aseguraban que ellos y sus colegas se vieron forzados a hacer lo que habían hecho a resultas de la irreductible naturaleza de la guerra y las horrendas masacres de franceses inocentes y árabes leales realizadas por el FLN antes y después de la independencia. Además, se habían enfrentado a la terrible y criminal policía paralela de De Gaulle, el Service d'Action Civique, «les barbouzes», delincuentes profesionales y matones totalmente faltos de moral o compasión.

Raymond y Pierre estaban de acuerdo en que los medios que a veces usaban parecían salvajes y que la OAS había matado a civiles inocentes («daños colaterales»), pero a sus ojos los fines los redimían. Como católicos tradicionalistas, el coronel y el profesor justificaban lo que habían hecho de la misma manera que David Livingstone y otros misioneros británicos racionalizaban sus actividades. Estaban en misión civilizadora, y la cruz seguía a la espada y viceversa. Sólo sentían desprecio por los políticos que, según ellos, habían traicionado al ejército en Indochina y Argelia. La traición y la doblez de De Gaulle les era especialmente odiosa ya que había llegado al poder a lomos de la extrema derecha, que creía en él como en un salvador napoleónico, el «hombre del caballo blanco».

El fin de las colonias, el aumento de la disidencia y la pérdida de influencia de Francia en el mundo eran para ellos producto de las maquinaciones del movimiento comunista internacional, bajo el control de los politburós soviético y chino.

La única vez que los vi furiosos fue cuando llegó a la galería un viejo enemigo, en enero de 1967: un antiguo líder exiliado del FLN argelino, detenido por su conexión con el asesinato en Madrid de Mohammed Khidir, un colaborador del general marroquí Ufkir. Khidir y otro exiliado argelino, Belkassem Krim, eran las dos únicas personas que conocían el número de cuenta del botín de guerra

del FLN, consistente en unos veinte millones de dólares. El dinero estaba a nombre de Khidir en la Banque Commerciale Arabe de Ginebra.

El propio Krim fue asesinado en el 20 de octubre de 1970 en una habitación de hotel en Frankfurt. Al argelino le trasladaron a la seguridad de la séptima tras un acalorado y violento enfrentamiento con mis dos conocidos franceses en el patio.

EL MARRANO DE LA CAFETERÍA

Era una de esas mañanas de invierno madrileñas, frías, húmedas y amargas, más aún por las uñas del viento que soplaba de los nevados picos de la sierra de Guadarrama. Yo estaba apoyado en la barra de estaño de la cafetería sorbiendo un café con leche, mirando al vacío y pensando en nada en particular mientras saboreaba el placentero zumbido de un partagás. Me sacó de mi ensueño la aparición de un español más que maduro, pequeño y de piel morena.

Era una cara nueva en aquella plaza y acababa de salir del periodo. Sacó una bolsita individual de Nescafé del bolsillo de su abrigo y pidió al encargado de la cafetería una taza de agua caliente... gratis. Lo cual me divirtió tanto como irritó al camarero, dado que el café en la cárcel era relativamente barato en comparación con los precios de la calle.

Llegaron pronto a un acuerdo y el encargado le sirvió el agua caliente para su Nescafé por una o dos pesetas. Hice algún comentario de listillo sobre si era de Aberdeen, un chiste imposible de explicar en español a un judío sefardí, pero que rompió el hielo y nos hizo amigos.

Luis estaba acusado de estafar a un influyente hombre de negocios de Madrid, acusación que él negaba, pues proclamaba que le habían empapelado por ser judío. Nunca me había encontrado con signos de antisemitismo en España, ni siquiera entre los falangistas. Como he dicho, él era sefardí, y a medida que afirmábamos nuestra amistad me confió que era marrano. Hasta ese momento «marrano» era para mí un término insultante, que significaba «cerdo» y no se refería particularmente a los judíos.

Los marranos, según fui sabiendo, eran judíos conversos, de grado o por fuerza, de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, que ocasionalmente volvían a sus antiguas prácticas religiosas y fueron brutalmente perseguidos por la Inquisición a lo largo de varios siglos. Me parecía extraordinario que esta secta o tribu fuera capaz de sobrevivir

clandestina y solapadamente como aparentes católicos practicantes durante casi quinientos años.

Su existencia en la península salió a la luz sólo en 1919, cuando una comunidad de unas 10.000 familias de marranos fue descubierta por accidente en Portugal, llevando una doble vida y practicando en secreto arcanas adaptaciones de los ritos judíos.

Por razones de apariencia, asistían a las misas católicas, y de ese modo, a lo largo de los años, absorbieron prácticas romanas dentro de su particular ritual judío. Otro aspecto inusual de la cultura marrana se me descubrió cuando Luis cayó enfermo y su temperatura subió. Me pidió que introdujera en su celda un endurco fabricado por un familiar suyo. Los endúrcos eran medicinas sefardíes tradicionales cuyas recetas secretas eran guardadas celosamente por ancianas tías, mujeres sefardíes que habían alcanzado la menopausia.

Luis afirmaba que no eran sólo los ingredientes los que hacían efectivas aquellas pociones y mixturas a base de hierbas y especias: era la magia blanca, las salmodias, oraciones, conjuros y canciones en ladino (el español hebraico), además de los gestos, lo que conseguía hacer el milagro. Fuera lo que fuese, los antibióticos o la vieja magia judía, Luis se puso mejor. Más tarde fue condenado a seis años y un día y desapareció de mi vida en dirección a otra cárcel para cumplir su sentencia.

XII. LA UNIVERSIDAD DE LADRILLO

Una pesada carga calvinista me hacía sentir cada vez más culpable por no utilizar ni tiempo en la cárcel de forma constructiva. Necesitaba algo en lo que centrar mi cabeza, así que decidí presentarme a los exámenes de grado superior en inglés, español e historia. Escribí a mamá para que pidiera consejo al Associated Examining Board (AEB) ([21](#)) sobre mi situación. Me respondieron casi de inmediato. No sólo superaron todos los obstáculos presentados por la Dirección General de Prisiones y la dirección de Carabanchel, sino que además Mr. Mackintosh, mi conexión con la AEB en Londres, me envió generosamente los caros libros de texto que necesitaba sin cargo alguno.

Me resultaba difícil estudiar. Había dejado las clases cuatro años antes y afrontar una condena de veinte me daba poco sentido de la urgencia. Leer era una forma agradable de pasar el tiempo; leer para estudiar era un curro. Mi otro problema consistía en completar el programa sin ayuda de profesores o tutores. Sólo tenía los papeles del examen de grado superior que me había enviado Mackintosh.

Todavía me costaba leer en español, me peleaba con las palabras y las frases y tenía que consultar el diccionario constantemente. Dos o tres páginas me llevaban casi una hora, pero persistí y fue haciéndose más fácil.

A menudo caía sobre una frase que disparaba en mi cabeza una ristra de pensamientos e imágenes de lo más diverso, y muy pronto estaba a kilómetros de allí. Me pasaba sobre todo estudiando literatura inglesa. No es que esperase que mis conocimientos me sirvieran de mucho en 1984, pero era un quehacer constructivo y satisfactorio entre tanto.

Mis lecturas de preparación al grado superior me hicieron conocer la literatura y la cultura españolas mejor que las que me habían dado mi maestro falangista, Antonio Ruiz, y su cohorte de curas.

El texto principal ese año era Zalacaín el aventurero, de Pío Baroja. Discutir la novela con los estudiantes, profesores y escritores madrileños encarcelados durante las manifestaciones de 1965 y 1966 dio lugar a «seminarios de patio» muy estimulantes sobre escritores españoles clásicos y modernos.

Aunque nunca conseguí pasar del primer par de capítulos de la obra de Cervantes, Don Quijote de la Mancha, esas lecturas parciales me dieron algunas pistas sobre las excentricidades del protagonista, su idealismo, compasión, nobleza, realismo y conocimiento de la humanidad. También comencé a entender un poco más la importancia de Don Quijote y Sancho Panza en la psique nacional española, similar a la de Pushkin en la mentalidad y la cultura rusas. En realidad, cuanto más leía más se parecían los pueblos de La Mancha a los de Sussex y Kent (por oposición a los condados escoceses) y Don Quijote adquirió la personalidad de Guillermo Brown, el personaje de Richmal Crompton. Jumble, el chicho de Guillermo, era Rocinante. Para quien no encontraba papel era para Violeta Isabel Bott, no había manera de verla como la reencarnación inglesa de Dulcinea del Toboso, «señora» de los pensamientos más ocultos de Guillermo. Extraordinario.

Mis entusiastas tutores me presentaron a otros escritores como Lope de Vega y Calderón de la Barca, así como a autores de los siglos XIX y XX: Pedro Antonio de Alarcón, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y los más recientes Ramón Sender y Federico García Lorca, el genio andaluz.

Resultaba inspirador que aunque Lorca fuera un autor prohibido, muchos presos (por lo demás cínicos e incluso analfabetos) pudieran recitar largas parrafadas de sus poemas. Su Romancero gitano era especialmente popular entre los romaníes. Fue el libro que le llevó a la muerte al comienzo de la Guerra Civil. En uno de sus poemas, Lorca parece haber previsto su propia muerte. Su cuerpo nunca fue hallado.

Carabanchel resultó ser tan estimulante intelectualmente como un campus universitario. Era un lugar educativo en temas inesperados, que me ayudó a sobrevivir espiritual y mentalmente (lo puedo decir, ya que más tarde cursé una carrera de tres años en el Queen Mary College de la Universidad de

Londres). En realidad, las cárceles de Franco eran los únicos sitios de España donde se discutía real y francamente de política, historia y literatura contemporánea. Aquí estaba la España real, cuyo espíritu creativo fue resumido por el pastor-poeta Miguel Hernández en su poema Vientos del pueblo. Además de los cursos oficiosos sobre literatura, cultura y arte españoles que me impartieron algunos de los más conspicuos representantes de la intelectualidad del país en los años sesenta, también conocí la importancia histórica de Isabel y Fernando o Felipe II, así como el impacto de Hernán Cortés y Francisco Pizarro.

Unos pocos de los estudiantes y profesores eran o bien anarquistas o bien simpatizantes. Uno me contó la historia del escritor estadounidense John Dos Passos, que estudió en Madrid durante y justo después de la I Guerra Mundial, cuando España era un país neutral (como Estados Unidos hasta 1917). En 1919, el joven escritor entró en contacto con un anarquista evadido de la cárcel de Barcelona que se había vuelto escéptico y pesimista sobre las perspectivas de la revolución:

Nos están enterrando bajo la industrialización como al resto de Europa... Si acaso nos hubiéramos hecho con los medios de producción cuando el sistema era joven y débil, podríamos haberla desarrollado lentamente y hacer a la máquina esclava del hombre. Ahora lo que hay es una carrera por ver quién se hará con España, el capitalismo o el comunismo.

A menudo me pregunté si el amigo anarquista de Dos Passos sobrevivió para tomar parte en la extraordinaria revolución libertaria de 1936-37. En caso afirmativo, aprendería al menos que una segunda oportunidad de gracia no es sólo prerrogativa de la Iglesia Católica.

El mismo profesor simpatizante era una mina sobre el paisano de Dos Passos, Ernest Hemingway, un escritor que probablemente hizo más que ningún otro por difundir prejuicios sobre los anarquistas entre sus lectores, retratándolos como idealistas simplones o delincuentes aprovechados cuyas falta de disciplina y lucha por la revolución social permitió vencer a los fascistas. Hemingway se voló los sesos en 1961. Quizá porque había descubierto que tenía cáncer... o quizás porque al final se dio cuenta de lo patéticamente

diferente que era su vida de la imagen romántica y grotesca que había dado de sí mismo.

Con un punto perverso, quizá una sobreexcitación inconsciente, elegí la revolución rusa como uno de los temas especiales en historia. Don Benigno, el funcionario que controlaba mi correspondencia, tenía otros puntos de vista. Me llamó a su despacho cuando vio mi elección en una carta a Mr. Mackintosh. Mi segunda elección era la historia de la clase trabajadora inglesa en el siglo XVIII y principios del XIX. Cuando llegaron los papeles del examen, las autoridades penitenciarias acondicionaron una pequeña aula para mí y mi vigilante.

En uno de mis trabajos de español tenía que escribir un ensayo sobre uno de tres temas. Don Benigno me pasó el papel y me dijo, con lo que supuse era una sonrisa, que sabía qué tema iba a seleccionar. Miré los tres temas. Eran «Un viaje a la Luna», «Lo que haría si pudiera vivir mi vida otra vez» y «Los pros y los contras de la dictadura». Sonreí para mis adentros pensando cuánta razón tenía. Elegí el último. Personalmente pensaba que era muy circunspecto en mis argumentos y no hice referencia a Franco, pero escribí mordaz e intencionadamente sobre los Estados corporativos de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini.

La cara de sapo de don Benigno se arrugó cuando vio que no había elegido «Lo que haría si pudiera vivir mi vida otra vez». Estaba muy decepcionado por ese fracaso a la hora de convertirme. A modo de reprimenda, me dijo que él pensaba que tendría más cabeza a la hora de elegir y que podría haber mostrado mi rehabilitación, pues me habían dado la oportunidad de ser un miembro mejor de la sociedad. Un pensamiento que ni se me había pasado por la cabeza. Lancé un bufido socarrón que él tomó por un sarcasmo, lo cual aumentó su enfado.

El alcaide, don Ramón, me hizo llamar al día siguiente. Don Benigno estaba con él y tenían mis exámenes sobre la mesa del despacho. Me miró paternal, sacudió la cabeza con un aire sobreactuado de tristeza y resignación. Los papeles, dijo, debían pasar para su aprobación a la Dirección General de

Prisiones antes de ser enviados a la AEB en Londres, pero sabía que les «defraudaría mucho» lo que había escrito.

Básicamente me estaba diciendo que ya podía despedirme de cualquier medida de gracia o reducción de mi condena. Quedé un pelín deprimido por este episodio. Y todo porque quise darme un toque de enteradillo. Sin embargo, a la larga este hecho no tuvo ninguna consecuencia y mis notas en las tres asignaturas fueron razonables, gracias a la ayuda de la AEB que lo hizo posible.

UN PAISANO EN LA PRISIÓN

Había sólo otro preso británico cuando llegué a Carabanchel en 1964: John Melvin Upright. Melvin, de diecinueve años y procedente de Birmingham, no estaba en el cuerpo principal de la cárcel, sino en el dormitorio del vecino reformatorio con el resto de los menores de veintiún años.

Aunque yo era aún más joven, no me enviaron al reformatorio por la naturaleza de mi delito, que sin duda era imposible de reformar. El ala de los jóvenes delincuentes era un bloque con un dormitorio amplio y abierto, más que una galería regular como el resto de la cárcel.

Allí o bien hacía un frío que pelaba o un calor sofocante. Los cristales de las ventanas, se supone, debían quitarse en verano y volverse a poner en los períodos fríos y húmedos, que en Madrid duran casi nueve meses. Sin embargo, por algún motivo la administración de la cárcel nunca consiguió hacerlo del todo bien y los chicos solían congelarse durante nueve meses para ahogarse los tres meses restantes.

Cuando Melvin oyó que había llegado un paisano suyo, hizo todo lo posible por verme en la séptima. Y cuando me trasladaron a la quinta, trató de que le destinaran allí también para estar conmigo. Intentó convencer al alcaide y a los jefes de servicio de que sería mucho mejor y más eficiente para el funcionamiento de la cárcel concentrar a todos los presos británicos.

A Melvin le habían caído seis años por traficar con hachís desde Marruecos y dos años y un día más por atentado contra la «salud pública». Se la habían jugado. El vendedor al que compró ocho kilos de hachís informó a la policía española, que le esperaba cuando bajó del barco en Algeciras. Ésta era una práctica habitual de los vendedores para quitarse de encima a los aduaneros y a la policía, manteniendo a la vez el negocio y el nivel de detenciones.

Cuando a Melvin le llegó el juicio, casi un año después, la cantidad de hachís por la que se le acusaba había bajado de ocho kilos a uno. La policía o bien se había quedado con el resto o se lo había revendido al comerciante marroquí.

Melvin estaba haciendo su aprendizaje como barbero. Un barbero madrileño anciano y benevolente que arrendaba el local a las autoridades penitenciarias le había acogido bajo su protección. Melvin enseñaba al viejo a hablar y leer un poco de inglés, por lo que lo tuvo más fácil que el resto de los jóvenes.

Pasamos bastante tiempo juntos. A Melvin le iba la cultura beatnik, no como a mí, y no le importaba demasiado la política. Sin embargo, al ser de la misma edad teníamos un montón de intereses comunes y siempre había algo de que hablar para pasar el día.

El barbero estaba encantado de tener a otro británico con el que practicar su inglés, pero mi acento de Glasgow resultó excesivo para él y siempre acababa mirándome atónito, asintiendo educadamente y sin entender nada de lo que decía.

Era una barbería anticuada en la que los afeitados se preparaban con toallas calientes y navajas tipo Sweeney Todd, como las que usaba mi abuelo. Melvin practicaba su navaja degolladora sobre mi escaso y recién aparecido vello facial. Como era un novato, nadie más se atrevía a dejar que acercara el filo a su garganta, orejas o narices. Era algo de lo que yo entonces no me daba cuenta.

Un día de poco ajetreo, Melvin me estaba dando un relajante afeitado de toalla caliente. Yo apenas tenía barba ni necesitaba afeitarla, pero esperaba que el corte la ayudase a crecer. Las primeras briznas de mi bigote habían empezado a mostrarse, y yo estaba muy orgulloso de este símbolo de mi hombría. De repente, la mano de Melvin resbaló y se llevó por delante la mitad de mi reciente orgullo y prez. Cuando vi lo que había hecho le dirigí todos los juramentos e insultos que sabía en mi reciente español y en mi viejo escocés.

El hombre al que afeitaban en la silla de al lado, Félix Carrasquer, era ciego, y cuando me oyó gritar en *espanglisch* de Glasgow que había perdido medio bigote y estaba desfigurado, le entró un ataque de risa histérica cercano al paroxismo al imaginárselo. Tardó media hora en dejar de llorar de risa. Tuve que sacrificar la otra mitad del bigote y empezar el largo proceso de dejármelo crecer otra vez.

Carrasquer era un viejo miembro de la CNT, un maestro libertario, al que, pese a ser ciego, habían tirado escaleras abajo durante su detención. Tenía una memoria extraordinaria para las voces y cada vez que oía una nueva pedía de inmediato una descripción completa de la persona, y a ser posible su historia.

Nicolás, su inseparable compañero, otro cenetista que llevaba en la cárcel desde finales de los años cuarenta, le describía al que hablaba. En los partidos de fútbol o de frontón, los dos viejos camaradas se sentaban juntos, mientras Nicolás describía la acción y Carrasquer escuchaba atentamente, como si pudiera ver el juego.

De alguna manera, Melvin adoptó un gato, o el gato le adoptó a él. Nadie sabía de dónde había salido. Los funcionarios le dejaron tenerlo mientras el alcaide o los administradores no se enterasen. Vivía con él en su celda e iba a todas partes sobre su hombro.

Ese primer año, por Navidad, mamá me había enviado una chaqueta de cuero preciosa y cara que a Melvin le encantaba; me la pillaba cuando veía que no la llevaba puesta. Al gato también le encantaba... como si fuera un afilador de garras que Melvin había adquirido especialmente para él. Cuando se la reclamé, los hombros y las mangas estaban hechos jirones.

Mi primera Navidad y Año Nuevo entre rejas no fue lo que esperaba. Una misa celebró la primera, la Nochebuena; y la ingestión de uvas, las campanadas de la segunda. En Nochevieja el encierro llegaba mucho más tarde y yo tenía media botella de brandy, un puro Partagás y dos litros de vino que me había agenciado, así que tratamos de recibir el nuevo año con el espíritu apropiado.

La fiesta principal era la víspera de Epifanía, el 5 de enero, la noche de Reyes. Era un tiempo muy alegre. Los villancicos españoles sonaban aún más enérgicos al son de bandas de instrumentos exóticos y discordantes: cometas, tambores, panderetas, flautas y zambombas. Sin embargo, el momento cumbre de las fiestas navideñas para la mayoría de los españoles era el monótono canto, casi gregoriano, de los huérfanos que anunciaban los números de la lotería nacional. Una especie de sorda histeria de masas descendía sobre el patio mientras tanto convictos como funcionarios

escuchaban atentamente las soporíferas voces, esperando y rezando para que les tocase el gordo.

Una costumbre insólita y memorable de las cárceles españolas eran las tres fiestas anuales en las que los hijos y hermanos de los presos —niños de hasta once años y niñas de hasta diez— podían pasar el día con ellos. Eran el día de Reyes, el 16 de julio (fiesta de Nuestra señora de la Merced, patrona de los reclusos) y el 24 de septiembre.

Aquellas invasiones de la cárcel por críos que gritaban y reían eran los acontecimientos más alegres del año. Desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, tres días al año convertían la monotonía diaria de la prisión en un patio de colegio ruidoso, impredecible y lleno de color. Era el carnaval de Carabanchel.

Los niños se perseguían unos a otros entre risitas, escaleras arriba y abajo, y sus carcajadas resonaban por toda aquella extraña institución monástica. Corrían dentro y fuera de las celdas, saltaban sobre las camas, gritaban y lanzaban dulces desde las plataformas. Los funcionarios nunca eran tan amables como durante esas fiestas y regalaban caramelos a los niños.

Se levantaba un estrado en el patio de la quinta y la Orquesta Municipal de Madrid venía a entretenemos con pasodobles y otras músicas populares del momento. Cuando la banda dejaba de tocar y los reclusos no cantaban, los altavoces emitían canciones como Bésame mucho o Cuando calienta el sol aquí en la playa.

Los muros de la cárcel se decoraban con banderolas, serpentinas y globos, la cocina ofrecía un menú especial y fotógrafos autorizados oficialmente entraban para inmortalizar los recuerdos. Sin embargo, en cuanto llegaban las cuatro en punto y a los chicos les llegaba la hora de irse, una ola de tristeza cubría el patio. Esta sensación melancólica no era exclusiva de los padres y hermanos que se quedaban, sino de todos los presos y de muchos funcionarios, conmovidos por la infecciosa felicidad de los críos durante el día.

A las cinco las galerías eran otra vez una cárcel y los recuerdos agridulces.

MALA LECHE

A algunos presos paranoicos les obsesionaba que a un rojo extranjero le hubieran dado el cargo de auxiliar médico. Sobre todo porque se ocupaba de la comida de la enfermería y las dietas especiales, que estaban a un nivel más alto que la habitual mezcla de garbanzos, tocino y patatas. Yo podía distribuir la comida que sobraba a quien me apeteciera. Normalmente se la daba a los más viejos y pobres, que no tenían nada aparte de sus ingresos penitenciarios. Después, el primero que llegaba se lo llevaba.

Pineda era uno de los resentidos por mi trabajo. Las cosas llegaron a más un día después de que yo gritase: «¡Extras!». Entre los que llegaron corriendo estaba Jeff, un joven colega británico recién llegado al que acusaban de haber tratado de matar a su novia. Yo creo que había sido un accidente. Ella le perseguía con un cuchillo de cocina durante una discusión, él desvió su brazo y como resultado se clavó el cuchillo en el estómago. De hecho, es lo que ella declaró a la policía, tratando de que levantasen los cargos contra Jeff, pero la justicia franquista, una vez puesta en marcha, era imparable, además de lenta y mezquina.

Ese día había pollo. Pineda, hecho un brazo de mar con su camisa azul de lunares, su pajarita de terciopelo negro, su blazer y sus pantalones pitillo, apareció de inmediato detrás de Jeff alargando su escudilla, justo para ver que el último trozo de pollo se lo había llevado el inglés. El vigilante que estaba detrás de mí murmuró para sí —a pocos les gustaba el peloteo de Pineda con los curas y los jefes—, pero no dijo nada. Jeff estaba a punto de volver a su celda cuando Pineda la tomó con él.

Quienes conocen un poco el carácter español saben que el andaluz puede ser el más rimbombante de quienes profesan el credo del machismo. Pineda era un epítome de este torerismo (el pavoneo chulesco del fanfarrón andaluz). Pegó su cara a la de Jeff con muchos aspavientos, moviendo su cabeza de un lado a otro y gritando en español, que Jeff apenas entendía, sobre los putos extranjeros que venían a su amada España a asesinar al Caudillo... y encima

tenían la jeta de quitar hasta la comida de la boca a los españoles leales para dársela a otros asesinos extranjeros.

Jeff era un tipo tranquilo y no tenía ni idea de lo que farfullaba Pineda, pero su conducta agresiva e intimidante, moviendo los brazos por todas partes, le hizo creer que Pineda quería zurrarle, por lo que le pegó un puñetazo preventivo en la boca que le envió al otro lado de la galería.

Pineda chocó contra la pared y se deslizó al suelo lentamente mientras todos celebraban el imprevisto conteniendo la risa, incluido el carcelero detrás de mí, testigo de todo el embrollo. No obstante, una agresión tan audaz ante las narices de un funcionario no podía dejar de castigarse.

A Jeff no le fue demasiado mal. Sólo le cayeron dos días de aislamiento y yo pude visitarle y llevarle comida y tabaco. Si hubiera sido español podía haberse pasado dos meses a solas en los calabozos de la sexta galería.

XIII. AMIGOS Y VECINOS

Aprendí a falsificar pasaportes y documentos oficiales siendo ordenanza médico. Dos de los mejores falsificadores de España estaban en la quinta y recibían constantes encargos. Uno era reservadísimo y pasaba casi todo el tiempo en su celda, equipada como un taller, con herramientas de grabado, laminados de cobre y material para aguafuertes. En realidad le encargaban de continuo nuevos diseños de sellos de correos para el Ministerio de Transportes español.

El otro falsificador era el escribiente, Miguel de Castro, un venerable y culto anciano en sus últimos sesenta, astuto y con una mente afilada como una navaja. Como era de esperar, estaba allí por falsificación, con una condena sorprendente de unos seis mil años en total, aunque no esperaba cumplir más de veinte. Miguel fue mi mentor en la cárcel, un guía sabio en el arte de lo posible.

Los guardianes debían registrar las celdas regularmente, pero nunca se preocuparon de registrar la consulta. Por consiguiente, pasaportes, carnets de identidad, permisos de conducir y documentos oficiales se escondieron en distintas ocasiones en el cojín de la silla del médico.

Mi trabajo como ayudante dentista implicaba también que podía hacerme con muchos de los elementos que necesitaba Miguel: material dental, cera, yeso mate y polvos de talco.

Yo me sentaba con el viejo durante horas, viéndole aplicar su magia a los documentos estatales, comerciales y de identidad. Unos cincuenta pasaportes y sabe Dios cuántos carnets de identidad y otros papeles y documentos oficiales pasaron por sus manos durante los casi tres años que estuve en Carabanchel.

Aquel batiburrillo de rivalidades, amistades y dramas me proporcionó valiosos conocimientos de la complejidad de la naturaleza y la conciencia humanas.

Los doce meses entre 1965 y 1966 fueron los de la llamada «liberalización», con rumores de nuevas leyes de prensa y de libertad religiosa. Era todo fachada, por supuesto. Las huelgas seguían siendo ilegales y eran reprimidas brutalmente. La prensa siguió bajo el rígido control del gobierno y periódicos y revistas eran clausurados de inmediato si publicaban algo ofensivo para el régimen. España seguía siendo una dictadura militar, tanto como en 1939.

Lo que pasaba era que Franco estaba soltando amarras con los falangistas, antes tan próximos, y realineando el régimen con los tecnócratas ultraconservadores del Opus Dei (también llamado «Octopus Dei») [\(22\)](#), una secta católica y semisecreta gobernada por curas, una palanca de poder disimulada fundada y dirigida por Josemaría Escrivá de Balaguer. No obstante, el régimen seguía siendo tan autoritario, clerical, estrecho de miras, antidemocrático, rígidamente oligárquico y militarista como siempre.

A otros niveles la situación política de la España de Franco parecía evolucionar en sintonía con el resto de Europa. Cada vez que había una remodelación de gabinete, nos pasábamos horas tratando de colegir las implicaciones de los cambios: que si era una victoria de los «liberales», de los «demócratas», de los «aperturistas» o de los «inmovilistas».

Los aperturistas parecían ganar la partida, al menos sobre el papel, con promesas de derecho «condicional» a la huelga, nuevas leyes de prensa y legalización de sindicatos. La edad de Franco y su mal estado de salud se añadían a la incertidumbre ambiental, debilitando aún más la estabilidad política e industrial del país.

En enero hubo detenciones de ferroviarios en Málaga; en febrero, manifestaciones universitarias en Madrid, Barcelona, Granada, Salamanca, Bilbao, Murcia, Valencia, Santiago, Sevilla, Zaragoza, Oviedo, Valladolid y La Laguna contra los sindicatos oficiales de estudiantes. Como en el resto de Europa, los estudiantes soportaban cada vez peor un sistema que no respetaba los derechos humanos. A ellos se sumaron profesores como José

Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo, que entraron en conflicto con las autoridades y acabaron en Carabanchel.

La nueva constitución franquista, la Ley Orgánica del Estado, que pretendía asegurar la gobernación después de Franco, fue aprobada en referéndum, en diciembre de 1966, con un 95,9 por ciento de votos favorables.

Otro indicio de los cambios fue la destitución del general Agustín Muñoz Grandes como vicepresidente del gobierno. Antiguo comandante de la División Azul que luchó junto a Hitler en Leningrado, había sido uno de los más cercanos colaboradores de Franco. Su caída pudo tener relación con un supuesto complot que reunía a los más extraños compañeros de cama, incluyendo la CIA y la CNT.

La Alianza Sindical Obrera, o al menos Francisco Calle Mansilla, Florián, sí estaba involucrada en el llamado «complot de Muñoz Grandes», que había sido el hombre de la administración Kennedy en España como antes lo había sido de Hitler. Que los estadounidenses creyeran que Muñoz Grandes supondría una mejora sobre Franco muestra claramente a qué tipo de gente consideraban «demócratas». El último clavo del ataúd de Franco lo habría puesto un levantamiento guerrillero orquestado y dirigido por Florián. Armas, municiones y víveres suficientes para abastecer a veinte o treinta grupos armados durante dos o tres semanas (el tiempo necesario para que el golpe de Estado funcionase) iban a descargarse en Andalucía por medio de Yates.

Este complot fantástico e inverosímil, tal como me lo contaron cenetistas que estaban al tanto, implicaba también a un «sindicalista» estadounidense de origen español (un estúpido y/o un agente de la CIA que organizó por teléfono, desde un hotel de Madrid, una reunión de los siete componentes del comité de la ASO; todos ellos fueron detenidos de inmediato) y a los monjes benedictinos de Montserrat, comandados por su abad, Dom Escarré. Las armas las iba a proporcionar el anarquista suizo André Bósinger, héroe de la Resistencia francesa y amigo de Pierre de Gaulle, hermano del general y jefe de la oficina del Deuxième Bureau [\(23\)](#) en Suiza. Bósinger hizo unos cincuenta viajes a España entre 1961 y 1966 intentando que la ASO levantara el vuelo,

pero la organización nunca llegó a hacerlo, en parte por los obstáculos planteados por la dirección de la CNT en Toulouse.

El almirante Luis Carrero Blanco, partidario del liberal príncipe Juan Carlos, heredero del trono, sustituyó a Muñoz Grandes, lo cual se veía como el primer paso para su ascenso a presidente del gobierno.

La incertidumbre económica y el aumento del coste de la vida generaban cada vez más conflictos laborales, disturbios universitarios y hasta la aparición de sacerdotes radicales. Todo ello se dejaba ver en el número y las ideologías de los nuevos presos que pasaban por Carabanchel.

Maoístas, etarras y hasta trotskistas aumentaban su influencia y su presencia, cambiando el equilibrio de las afiliaciones en la sexta galería.

El nivel de presos políticos no afiliados en la sexta galería de Carabanchel no era muy alto entre 1963 y 1964, pero a medida que los grupos libertarios, socialistas y nacionalistas empezaron a exhibir más y más cohesión fueron mejorando su posición.

Las tensiones se dispararon como resultado de un «coro para Marx» y unas canciones antifascistas en la Navidad de 1964. Esta fiesta improvisada produjo que varios presos no afiliados al PCE de la sexta fueran confinados en celdas de aislamiento por breve tiempo. El resto de los reclusos decidieron presionar a las autoridades a levantar el castigo y a restaurar la autonomía relativa de los presos en la galería llamando a la huelga de hambre.

El Partido Comunista denunció la idea por «pequeño burguesa» e «infantil» y sus miembros, unos setenta, se negaron a participar; los demás empezaron a rechazar alimentos al ritmo de uno al día. Entonces evacuaron a los homosexuales de la última planta de la quinta, adonde llevaron a los huelguistas uno a uno, colocándoles en celdas de aislamiento alternadas.

Ser el ordenanza médico de la galería no me autorizaba a acompañar al médico y al practicante en sus visitas. Los huelguistas pudieron, sin embargo, beber agua, que les fue llevada por los maricones. El recluso a cargo de la cafetería era un simpatizante y me dio un par de cajas de terrones de azúcar

que los maricones les pasaron junto con el agua. El azúcar les ayudó a resistir el ayuno mucho más tiempo.

Las autoridades accedieron a las demandas de los huelguistas el 8 de enero. No quisieron correr el riesgo de crear mártires en caso de que alguno de ellos muriera, lo cual sería un nuevo punto de atención para una prensa internacional ya declaradamente hostil. Además, el 21 de enero iba a empezar en Madrid el juicio a diecinueve nacionalistas vascos. Era mejor dar marcha atrás y evitar un desastre de relaciones públicas, restaurando el viejo método de dejar que los políticos se encargasen de la galería a su modo.

Floreal, José y Mariano, los tres hombres de la ASO/ CNT, recibieron condenas de entre cinco y seis años y fueron trasladados a otras prisiones en mayo de 1965. Una vez más, Péculia quedó como único anarquista de la sexta. Quizá por esa razón le nombraron encargado de galería. Era o bien una decisión salomónica, o bien una concesión de los miembros del PCE. Cualquier otro recluso habría resultado insufrible para los vascos, los maoístas, los escasos trotskistas y los propios treinta y tantos comunistas que quedaban en la sexta. El resto de miembros del partido fueron transferidos a la primera galería, al otro lado de la cárcel, para reducir la fricción entre los distintos grupos marxistas.

Cada vez que llegaba un preso político, ya para cumplir su condena, ya en tránsito hacia otro penal, me enteraba en menos de una hora gracias a mi red de amistades en el centro.

En febrero de 1966, mi buen amigo Juan Busquéis fue dado de alta en Yeserías tras sufrir nuevas operaciones en su mano y su pierna, y pasó por Carabanchel de camino a Burgos. Me envió recado por uno de los cabos de que estaba en la séptima por si podía ir a verle. Por suerte, estaba de guardia un carcelero amigo y esa misma tarde conseguí hablar con él un rato. Estaría tres semanas en Carabanchel y durante ese tiempo me las arreglé para verle casi todos los días.

Su periodo duró sólo una semana en vez de los habituales diez días, debido a su estado postoperatorio; como ordenanza médico, aproveché mis buenas relaciones con el médico y el practicante, convenciéndoles de que mi viejo

amigo necesitaba aire fresco y ejercicio. Ellos conocían perfectamente mis intenciones, pero les era simpático y redujeron su periodo.

Dábamos todos los días un paseo de al menos una hora, charlando de un lado a otro, él cojeando y yo actuando. Uno de los temas que más nos preocupaban era cómo mejorar la comunicación entre las distintas prisiones y en especial con Burgos, el penal más importante para presos políticos.

Las habituales visitas de Busquets a Yeserías implicaban traslados complejos y agotadores a través de las cárceles franquistas, pero esos mismos traslados le hicieron desempeñar un papel primordial en la red anarquista de comunicación clandestina entre centros de toda España. Me trajo las últimas noticias y cotilleos de Burgos sobre Carballo. (Carballo permaneció en Burgos hasta 1971 y luego en Alicante hasta 1975. Despues pasó por Vallado- lid, Alcalá, Jaén y finalmente el Puerto de Santa María. Fue el último preso político, amnistiado en 1976, tras lo cual intervino como orador en mitines celebrados en París y Burdeos y en el acto multitudinario de San Sebastián de los Reyes, el 27 de marzo de 1977. Fue detenido de nuevo en 1979 y condenado a seis meses por algún delito no político.)

Fue Busquets quien organizó mi subsidio de quinientas pesetas del Comité de Apoyo a los Presos de CNT/MLE en Toulouse. Me las enviaban por giro postal firmado, por turnos, por George, Paul, John y Ringo, los únicos nombres ingleses que conocían. Esto levantó el rumor de que los Beatles me estaban subvencionando, algo que me dio cierto caché entre mis colegas reclusos.

A veces invitaba a nuestros paseos a otro viejo cenetista, Ramón, que había combatido con el V Cuerpo de Ejército en la Guerra Civil. Ramón, entonces preso por delitos comunes, era encargado del taller de carpintería y estaba en la quinta conmigo. Cuando finalmente trasladaron a Busquets de nuevo a Burgos, Ramón y yo fuimos a verle y cargamos su petate por él hasta el portón, lo más lejos que podíamos llegar.

Ramón contaba historias fascinantes. Había sido amigo íntimo del gran Antonio Ortiz, miembro del grupo anarquista Nosotros (luego denominado Los Solidarios,) y que más tarde comandó una columna de milicias en el frente de

Aragón en 1936-1937. Ortiz fue también el bombardero del osado e imaginativo atentado frustrado contra Franco en la bahía de San Sebastián.

Según Ramón, Ortiz le contó que una vez, durante la Guerra Civil, su viejo amigo y camarada Dionisio Eróles (miembro designado por la FAI del «Consejo de Seguridad», organismo de la Generalitat para coordinar y supervisar los distintos servicios de seguridad) le convocó desde el frente de Aragón para hacerse cargo de un cargamento de pistolas Mauser. Cuando Ortiz llegó al despacho de Eróles en el centro de Barcelona, éste insistió en que antes de recoger las armas debía acompañarlo para ver algo que el jefe de seguridad anarquista describía como «fuera de lo común».

En compañía de un conductor, los dos se dirigieron a Hospitalet, plaza fuerte anarquista en las afueras de Barcelona, tomando varios desvíos para asegurarse de que no les seguían. Por fin llegaron a un almacén en un polígono industrial apartado. Las puertas se abrieron cuando llegaron y el coche penetró en el interior. Tres hombres armados cerraron las puertas detrás de ellos. Los hombres saludaron a Ortiz cuando bajó del coche y él les devolvió el saludo. Ortiz conocía a dos de vista y sólo a uno por su nombre, Hilario Esteban, miembro también de Los Solidarios y veterano de la II Columna de la Milicia.

Había un camión en el centro del almacén. Junto a él había un hombre de talla mediana, de unos sesenta años, con un gran penacho de pelo blanco. Eróles indicó a Ortiz que le siguiera y se acercaron al hombre canoso, que estrechó cálidamente la mano de Eróles, quien le presentó a Ortiz como un camarada «de confianza». El hombre era Attilio Astolfi, ingeniero italiano y camarada con algo especial que mostrar.

A una orden del italiano, dos de los guardias desataron las cuerdas que sujetaban la lona del camión, de tela asfáltica, y descubrieron lo que parecían dos grandes cilindros de oxiacetileno conectados por mangueras y cables a un generador y a un foco. El italiano explicó que estaban trabajando en un aparato que produjera un rayo capaz de desintegrar la materia. La fuente de luz actuaba como conductor de un fluido producto de una mezcla de gases y

mantenido bajo presión dentro de los cilindros. Cualquier cosa que se cruzase en el camino del rayo se vaporizaría.

Ortiz dijo que eso le recordaba historias sobre aviones británicos conducidos misteriosamente al desierto entre Libia y Egipto. Se había hablado entonces de experimentos secretos efectuados por Marconi. El italiano rió y confirmó que él mismo había trabajado con Marconi en los experimentos del desierto, pero que habían sido meras pruebas, al final sin resultados. El aparato del camión, sin embargo, operaba según principios ligeramente diferentes de los electromagnéticos empleados por Marconi.

Eróles sugirió al italiano que enseñase a Ortiz de qué era capaz el aparato. Los guardias cubrieron de nuevo el aparato con la lona y subieron al camión. El italiano montó en el coche de Eróles y los dos vehículos atravesaron el campo en torno a Hospitalet. Condujeron por caminos estrechos, entre huertos y praderas, hasta llegar a un barbecho. Al final del mismo había un montículo verde con unos cuantos árboles en torno a las ruinas de una vieja granja. Un sendero bordeado por dos alambradas paralelas conducía hasta las ruinas, donde vieron un canasto lleno de alfalfa. El final del camino también estaba alambrado.

Aparecieron cuatro hombres armados del maltrecho edificio que dieron la bienvenida al italiano y sus acompañantes. Dieron la vuelta al camión para ponerlo de cara al montículo, quitaron de nuevo la lona y el ingeniero preparó el aparato, dirigiendo el foco al canasto. Uno de los hombres arrastró desde las ruinas un burro que situó cerca del canasto, del que empezó a pastar con fruición.

Indicando a los demás que se retirasen, el ingeniero dirigió la débil luz del foco al diafragma del burro y ajustó algunos botones y palancas. Aunque era de día, una descarga lumínica deslumbrante atravesó el apenas visible túnel de luz y el burro, de golpe, se fundió en un negro charco líquido sobre el suelo. De aquella repugnante masa viscosa ascendían hilillos de humo que llenaron el aire con el acre olor de la carne y el pelo quemados.

Ortiz no podía creer lo que veía. El ingeniero italiano cerró las válvulas, desconectó los cables y mangüeras del aparato y saltó de la trasera del

camión. Casi disculpándose, dijo a Ortiz que el propósito del invento no era matar burros, sino derribar los aviones que bombardeaban ciudades, asesinando a mujeres y niños inocentes. El prototipo sólo alcanzaba una distancia de 2.000 metros. Necesitaban aumentarla hasta los 6.000 o 7.000 si querían derribar aviones.

Hasta el día de hoy no sé qué pensar de la sorprendente historia de Ramón. ¿Era verdad o me estaba tomando el pelo? ¿Quién puede decirlo? Pero es cierto que tanto Marconi como su contemporáneo croata Nikola Tesla, y probablemente muchos otros, andaban enredados en extraños experimentos del tipo «guerra de las galaxias» que hoy siguen siendo secretos.

Otra amistad de por vida forjada en Carabanchel fue la de Goliardo Fiaschi, un partisano anarquista italiano que combatió a las tropas de Mussolini y Hitler así como a las de Franco. Goliardo, un hombre de treinta y tantos a quien aún le brillaban los ojos, era natural de Massa di Carrara, la comarca marmolista de la Toscana cuyos habitantes descendían supuestamente de los indomables esclavos fenicios que tallaban la preciada piedra blanca para la capital imperial. Carrara era también la cuna del anarquismo italiano y un centenario centro histórico de rebelión.

Los relatos que me contó sobre su vida y su ciudad eran apasionantes. Los años de régimen fascista en Italia, a partir de 1922, fueron particularmente amargos. Durante la guerra, los partisanos anarquistas liberaron por dos veces la ciudad de los alemanes antes de que llegaran las tropas aliadas, que se detuvieron a pocos kilómetros de allí durante casi un año antes de decidirse a tomarla. También me enseñó un montón de canciones anarquistas italianas, una de las cuales era la bellísima Inno dei malfattori (Himno de los malhechores), de irónico título, escrita por A. Panizza en 1882. Su estribillo termina expresando este deseo: «Queremos vivir libres y nunca más servir».

Me encantaba canturrear y silbar bien esta tonada asombrosa mientras hacía mis rondas médicas por las resonantes galerías del penal. No sólo me subía la moral: también podía darse el caso de que alguno la reconociera al oírla detrás de una celda.

Goliardo se unió a los partisanos en 1943, con trece años, tras falsificar su certificado de nacimiento para pasar por mayor. Armado con un rifle incautado casi tan grande como él, escoltaba a las mujeres que cruzaban regularmente los Apeninos a pie para llevar comida a los hambrientos habitantes de Carrara desde Parma, Reggio e incluso Módena, a ciento cincuenta kilómetros. La Brigada Costrignano adoptó a Goliardo como mascota en 1944 y en calidad de tal le fotografiaron en abril de 1945, un adolescente orgulloso de presidir como portaestandarte la entrada oficial de la brigada en Módena.

Tras la liberación, Goliardo volvió a las canteras de mármol en las que trabajaba con su padre y su tío desde los ocho años. A principios de los cincuenta se implicó con el Comité para los Refugiados Españoles, haciéndose amigo de Josep Lluís Facerías, un veterano anarquista español que combatió en la Columna Ascaso durante la Guerra Civil.

Liberado de una cárcel franquista en 1945, Facerías vivía ilegalmente en Carrara desde 1952. Era compañero de la hermana de Gino Lucetti, autor del atentado de 1926 contra Mussolini en Roma. Facerías fue responsable también de una serie de espectaculares y lucrativos atracos a bancos por toda Italia, cuyos ingresos utilizaba para financiar la lucha antifranquista.

Facerías y Goliardo cruzaron los Pirineos el 15 de agosto de 1957 para impulsar una serie de acciones de guerrilla urbana contra el régimen. Sin embargo, la policía franquista les localizó en dos semanas. Goliardo fue detenido en su escondite de las montañas cercanas a Barcelona. Facerías no tuvo tanta suerte y murió en una emboscada de la BPS en los suburbios de la ciudad cuando iba a recoger a Goliardo.

Torturado y golpeado sistemáticamente, Goliardo se enfrentó a un consejo de guerra el 12 de agosto de 1958. Su denuncia del franquismo y su elogio del asesinado Facerías contribuyeron a que lo condenaran a veinte años y un día.

Goliardo pasó casi una década en unas cuarenta cárceles españolas. Cuando fue liberado en 1966, funcionarios de la policía italiana le esperaban a las puertas de la prisión. Había sido condenado en ausencia —y sin notificación, defensa o representación ante el tribunal— por su supuesta implicación en un

atraco de Facerías ocurrido en Monferrato en 1957. Goliardo quedó libre por fin el 31 de marzo de 1974, después de pasar diecisiete años en prisión.

Un día llegó la noticia de que había otro viejo cenetista en tránsito desde la prisión central de Alicante, donde había pasado los cinco años anteriores: Miguel García García. Había oído hablar mucho de él a Busquets en Yeserías. Era el compañero con el que Busquets intentó escapar de la cárcel de San Miguel de los Reyes. Miguel había introducido allí dos pistolas del calibre 6.35, pero las descubrieron y la fuga fue abortada.

Miguel también se convirtió en un amigo de por vida.

Entró en la cárcel por primera vez en 1939, después de la guerra. Durante veintidós meses fue uno más de los cerca de dieciséis mil presos políticos de la Prisión Celular de Barcelona, construida originalmente para mil. Entre cuatro y dieciséis personas se hacinaban, comían, dormían, meaban y cagaban en un espacio concebido para una.

Miguel pertenecía al grupo de guerrilla urbana Talión, que actuó en Barcelona desde 1945 hasta su detención el 21 de octubre de 1949. Su caída se precipitó al intentar vender un reloj de oro robado a un confidente policial en el rastro barcelonés.

La especialidad de Miguel era la impresión y falsificación de documentos, en lo que había sido entrenado, según me dijo, por el SIS británico (MI-6) en la II Guerra Mundial. Escribió después sus experiencias en su magnífico libro *Prisionero de Franco*.

Como señalaba Miguel, él fue uno de los afortunados: su condena a muerte fue commutada por una de veinte años el 13 de marzo de 1952. La mañana siguiente, cinco de sus compañeros más íntimos fueron conducidos desde sus celdas en la galería de los condenados de Barcelona, la cuarta, ante un pelotón de fusilamiento franquista.

Cuando le conocí en 1966 era difícil imaginar que hubiera pasado ya diecisiete años en la cárcel. Para un cincuentón, Miguel tenía aspecto más bien suave —que, juraba, se debía a que utilizaba zumo de limón como loción para después del afeitado— y era tan dinámico y optimista que cualquiera diría que le

acababan de detener y le iban a soltar en una semana. La misma energía y entusiasmo caracterizaban a Busquets y a muchos otros como ellos. La fuerza de su carácter y de su moral era una inspiración.

Mi trabajo me dio la posibilidad de colar a Miguel en la lista de enfermos cuando llegó, lo cual me permitió compartir con él los pocos días que pasó en Carabanchel antes de seguir camino a Soria vía Zaragoza. Miguel había estudiado inglés un tiempo, pero yo fui el primer británico con quien pudo sostener una conversación. Le expliqué mi sistema para mantener correspondencia desde Carabanchel y le di una botellita de zumo de limón diluido que utilizaba para la escritura invisible. Más tarde descubrí que la empleó fundamentalmente como loción de afeitado.

Mis últimas palabras con él cuando cruzó el portón fueron: «No olvides buscarme en Londres cuando salgas». No podía suponer que tres años después estaría viviendo conmigo y volviéndome loco en Coppetts Road, Muswell Hills, al norte de Londres, preparando siempre tortilla española para cenar... iy destrozando mi nueva sartén de teflón con un estropajo de aluminio!

XIV. NACE EL GRUPO PRIMERO DE MAYO

El 1 de mayo de 1966, los principales diarios del mundo publicaban en portada la misteriosa desaparición en Roma, la tarde anterior, de monseñor Marcos Ussía, de cuarenta años, agregado eclesiástico de España ante el Vaticano. El comunicado que anunciaba su secuestro estaba firmado por el Grupo Primero de Mayo.

Este grupo hasta entonces desconocido operaba bajo la bandera no menos desconocida del Movimiento de Solidaridad Internacional Revolucionaria. Era en realidad una continuación del Consejo Ibérico de Liberación y de su precursor de 1961, el Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación, el cual puso las bases para la creación de Defensa Interior en 1962. El Grupo Primero de Mayo compartía los mismos objetivos del DRIL (el CIL y el DI eran libertarios y el DRIL estaba formado por republicanos y marxistas), en tanto que denunciaba las dictaduras de España y Portugal de la manera más espectacular posible y demostraba una activa solidaridad internacional revolucionaria.

El primer intento de crear un movimiento de resistencia antifranquista no sectario fue el fracasado Movimiento Popular de Resistencia. Su impulsor fue Liberto Sarrau Reyes, activista de la FIJL recién salido de una cárcel española tras nueve años de encierro por su militancia. Por entonces no existía una resistencia libertaria aparte de las acciones esporádicas de dos o tres grupos de guerrilla urbana. El MLE sólo había empezado a reunificarse.

Si el MPR no pasó de un proyecto fue probablemente por culpa del propio Sarrau, a quien muchos consideraban un tremendo egoísta, un llanero solitario en busca de la gloria que se veía a sí mismo como un «hombre predestinado» en el centro de la resistencia antifranquista.

El CIL nunca existió como organización. Era un sello para los medios de comunicación, unas iniciales, una «bandera de conveniencia» utilizada por

activistas de la FIJL para reivindicar las acciones de Defensa Interior contra las dictaduras de Franco y Salazar. La primera mención del CIL aparece en una «Carta abierta al presidente Kennedy», fechada el 9 de abril de 1963, la cual le pedía no renovar el tratado militar entre Estados Unidos y España y retirar el apoyo estadounidense a Franco.

Nunca llegó a funcionar su conexión con la resistencia portuguesa. Por ello, el comité de Defensa Interior decidió no seguir utilizando el acrónimo CIL, pero esas iniciales nunca fueron sustituidas: los militantes responsables de continuar la lucha armada dentro y fuera de la península —con o sin la ayuda de Defensa Interior— siguieron reivindicando sus acciones en nombre del CIL.

El secuestro de Ussía fue la primera acción del Grupo Primero de Mayo y también la primera en su género desde la toma de aviones y barcos por parte del DRIL en 1961 y el secuestro del vicecónsul de España en Milán en 1962.

Defensa Interior había dejado de existir en la práctica en 1965. Su papel como organismo diseñador y coordinador de acciones clandestinas fue asumido por más o menos los mismos activistas implicados en el CIL, un grupo de anarquistas europeos y sudamericanos.

Ussía había salido de la embajada sobre las nueve menos veinte de la noche del 30 de abril en su pequeño Peugeot. A escasa distancia de su destino, conducía por la estrecha via dei Farnesi cuando el coche que le precedía frenó súbitamente, obligándole a parar. La puerta del conductor se abrió y el hombre al volante cayó sobre la calle.

Otros dos hombres bajaron corriendo del coche para auxiliarle.

Reaccionando como casi todo el mundo ante la situación, Ussía acudió a ayudar a los dos hombres a introducir a su amigo en el coche para llevarlo a un hospital. Sin embargo, cuando tomó al desvanecido por los hombros para hacerlo, la víctima volvió de pronto a la vida y sacó un revólver, ordenándole en español que no dijera nada y no le harían daño.

El sacerdote hizo lo que le dijeron y entró en la trasera del coche, entre los dos cómplices. Le entregaron unas gafas de sol cerradas para que se las pusiera y

le ordenaron no hablar ni llamar la atención de ninguna manera. Los secuestradores le llevaron entonces a su escondrijo en las afueras de Roma.

Tras conducir unos tres cuartos de hora llegaron a su destino. Ordenaron al sacerdote que saliera del coche y subiera unas escaleras hasta un primer piso. Cuando le quitaron las gafas se vio en un pequeño cuarto con dos camas y una ventana tapiada.

Le dijeron que se desnudase y le tendieron un par de pijamas, que iban a ser su uniforme de cautivo. Dos de los secuestradores, con boinas caladas hasta las orejas y gafas oscuras, le aseguraron en español y dirigiéndose a él siempre en la forma ceremonial que no le harían daño. El tercer miembro del grupo nunca habló en presencia de Ussía.

El sacerdote fue tratado con respeto y le pasaban todos los días los periódicos, incluyendo *Le Figaro* y *Le Monde*. También le preguntaron qué quería comer y le procuraron una Biblia. Sus captores no eran especialmente expertos en asuntos teológicos y resultó ser una Biblia protestante, pero Ussía no se quejó y lo tomó con buen humor.

La alarma saltó cuando su coche abandonado fue descubierto bloqueando la vía dei Famesi a las nueve de la noche, unos veinte minutos después de que Ussía abandonara la embajada. La puerta del conductor estaba abierta, las luces encendidas y el motor en marcha. Algo terrible le había ocurrido al sacerdote, pero nadie sabía bien qué.

Las teorías apuntadas por los medios de comunicación incluían la posibilidad de que hubiera sufrido un trastorno mental o un ataque de amnesia debido a la reciente muerte de su madre; otra aseguraba que había huido con el ama de llaves del papa. Otra especulación periodística se acercaba más a la verdad: que el incidente tenía parecidos notables con el secuestro cuatro años antes por parte de anarquistas italianos del vicecónsul español en Milán, señor Isu Elias.

Sin embargo, las especulaciones no duraron mucho. Al día siguiente, 1 de mayo, el embajador de España ante la Santa Sede, Antonio Garrigues —un abogado internacional de ideas liberales que representaba en España a

muchas empresas estadounidenses, antiguo embajador en Washington, amigo íntimo de la familia Kennedy desde los años treinta y relacionado públicamente con Jacqueline Kennedy—, recibió una carta que afirmaba que Ussía estaba sano y salvo, retenido como rehén por «compatriotas». A cambio de la liberación del sacerdote, exigía la de varios presos encerrados en cárceles españolas.

En Madrid, Luis Andrés Edo, portavoz de la CNT y la FIJL, secretario de propaganda de la Federación Local de Sindicatos de la CNT en París, mantuvo una rueda de prensa clandestina el 1 de mayo, confirmando que el secuestro era, en efecto, obra de anarquistas para llamar la atención del mundo sobre las condiciones de los presos políticos de Franco. Edo estaba en España de forma clandestina desde el 3 de abril, para evitar la escisión de un grupo de la CNT que buscaba la alianza con el sindicato falangista CNS. Había dado una rueda de prensa previa el 5 de abril denunciando las negociaciones entre los falangistas y los cuatro cenetistas renegados de la tendencia autodenominada «cincopuntista».

En Italia, la policía y los carabinieri se lanzaron a una búsqueda a nivel nacional centrada en las residencias de conocidos anarquistas. Unos sesenta exiliados libertarios españoles fueron interrogados, pero no obtuvieron ni una pista sobre la identidad de los secuestradores.

Ussía escribió una segunda carta subrayando más detalladamente las exigencias de los secuestradores, y ésta se entregó a la embajada española en Roma el 4 de mayo. El servicio de seguridad italiano proclamó al principio que la organización detrás del rapto era el Frente de Liberación Nacional Español (FLNE) de Julio Álvarez del Vayo, con sede en Milán, pero era puro tanteo. Los carabinieri interrogaron a veinte anarquistas más que enseguida fueron puestos en libertad sin cargos. Corrió también el rumor entre la policía de que el secuestro de Ussía se había producido con la connivencia de éste, un extremo desmentido con fuerza por el Vaticano, que garantizaba la absoluta integridad del prelado.

Al día siguiente, 5 de mayo, la oficina de la agencia France Presse en Roma recibió una carta del Grupo Primero de Mayo declarando que Ussía sería

liberado en cuanto el Vaticano hiciera pública una declaración apoyando una amnistía para los presos políticos españoles. La carta añadía que los secuestradores estaban en contra de la violencia, pero se habían visto obligados a actuar de aquella manera debido a la indiferencia del mundo ante las condiciones de los presos de Franco. La carta declaraba que su rehén recibía un tratamiento «tan cordial como permitían las circunstancias».

Al final de la primera semana, la policía italiana y los servicios de seguridad no habían avanzado nada en la captura de los secuestradores. Ussía envió una tercera carta, personal, a sus dos hermanas asegurando encontrarse bien y llena de chismorreos sobre la familia y asuntos personales.

Esta última carta fue enviada el 10 de mayo. Sellada en Castelgandolfo, cerca de la residencia de verano del papa, la misiva reiteraba el rechazo del grupo por el desarrollo de la acción llevada a cabo, pero añadía que pensaban que había sido la única forma de obligar al papa a hacer una declaración pública a favor de los presos políticos de Franco.

Los anarquistas creían que Ussía era el mejor intermediario entre el Vaticano y el gobierno español. La carta terminaba con la promesa de liberar al obispo al día siguiente, miércoles 11 de mayo, a las siete y media de la tarde en alguno de los grandes parques públicos romanos. La firma rezaba «Grupo Primero de Mayo (Sacco y Vanzetti)» y llevaba el sello triangular del Comité Peninsular de la FIJL.

La liberación de Ussía llegó antes de lo previsto. Al prelado lo despertaron a las dos de la madrugada del miércoles 11 de mayo, le dieron un traje y le ordenaron vestirse. Se puso las gafas de sol cerradas y le acompañaron hasta un coche. Condujeron durante una hora y entonces, sobre las cinco de la mañana, el coche se detuvo junto a una carretera desierta y ordenaron al sacerdote que bajara. Uno de los hombres bajó con él y le acompañó unos metros por la carretera. Luego, siempre detrás de él, le quitó las gafas y le dijo que no se moviera ni volviera la cabeza hasta que el coche desapareciera. El hombre le dijo que había un pueblo cerca y lanzó un paquete junto a él, con la sobrepelliz, el dinero y el reloj que le habían quitado la noche del secuestro; después volvió al coche y desapareció en el crepúsculo.

El prelado se dio cuenta de que había unos ocho kilómetros al pueblo de Bracciano, cerca de los transmisores de Radio Vaticano en Santa María de Galería, a unos cincuenta kilómetros de Roma. Tomó el primer autobús a las seis y compró un billete hasta la emisora. El único otro pasajero del autobús estaba tan inmerso en la primera edición del periódico, cuyos titulares y fotos de portada se referían a la inminente liberación del secuestrado, que ni él ni el conductor le reconocieron o le prestaron atención cuando se sentó tranquilamente a esperar su parada y su retorno a la normalidad.

Los secuestradores consiguieron huir y nunca fueron identificados ni detenidos. El fracaso de los servicios de seguridad para encontrarles produjo la destitución del general Alavena, jefe entonces del SIFAR, la policía secreta italiana.

Las consecuencias del secuestro se hicieron sentir inmediatamente. No se liberó a ningún preso político, pero se cumplieron otras exigencias del grupo. En Carabanchel al menos, la comida mejoró y los presos retenidos ilegalmente tras haber cumplido sus condenas fueron puestos en libertad. Unos pocos periodistas adeptos al régimen pudieron entrar en la cárcel y, sorprendentemente, pudieron entrevistar a algunos presos, incluidos los dos jóvenes franceses de Burgos, Guy Batoux y Bemard Ferry.

Entre las exigencias para la liberación de Ussía estaba la puesta en libertad de Batoux, Ferry y yo mismo. Franco otorgó el perdón a los dos primeros doce semanas después, el 10 de agosto. Habían cumplido casi tres años de sus condenas, pero en mi caso, obviamente, las autoridades pensaron que no podían permitirse perder la cara de manera tan flagrante. En ese momento yo había cumplido dos años de condena, y tampoco tenía un apoyo similar al de ellos por parte del Foreign Office. Pécunia me dijo más tarde que su fuente en el Quai d'Orsay le había dicho que yo sería el último en salir. (Bemard Ferry murió en un accidente de escalada en los Pirineos diez años después, en 1976. Alain Pécunia, por su parte, fue víctima, casi exactamente un año después de su liberación, en agosto de 1965, de un misterioso accidente con una scooter que le confinó a una silla de ruedas.) Una posible razón del éxito de la acción es que coincidió con intensas gestiones diplomáticas de las autoridades

franquistas para mejorar el papel de España en Europa antes de postularse como miembro de la CEE.

Tras la liberación del prelado, Edo, que seguía en Madrid, concedió una última entrevista al corresponsal de France Presse. Dijo al periodista que el objetivo original de los secuestradores era en realidad Antonio Garrigues. Sin embargo, su íntima relación con Jacqueline Kennedy suponía que estaba vigilado constantemente por los servicios secretos estadounidenses, así que se puso en marcha el «plan B», el del obispo.

En los años entre mi detención (1964) y 1966 se desarrolló un agitado debate entre la conservadora vieja guardia de militantes de la CNT y la FIJL sobre el tema de la lucha armada contra Franco. Los «antis» estaban liderados por Federica Montseny, Germinal Esgleas, secretario general del Secretariado Intercontinental del MLE-CNT en Francia, y el escritor anarquista francés Pierre Piller, más conocido como Gastón Leval. Enfrente estaban Octavio Alberola, ilocalizable para las autoridades francesas, y Salvador Gurucharri el Inglés, deportado a Bélgica, pero que vivía clandestino en Francia.

La razón principal de la preocupación del liderazgo de la CNT en Toulouse era la creciente presión policial a la que el movimiento, legal en Francia, se enfrentaba como resultado de las actividades de los militantes de la FIJL, que había sido ilegalizada y sus principales activistas deportados o reducidos a la clandestinidad.

Este periodo también proporcionó la oportunidad de reconsiderar las estrategias. Aparte de una bomba en el consulado español de Nápoles el 2 de enero de 1966, había habido pocas acciones organizadas desde mi detención en 1964. No obstante, las embajadas y consulados españoles, así como las oficinas de Iberia en todo el mundo, siguieron siendo blanco de manifestaciones y actos vandálicos por parte de gente apasionadamente opuesta al inefable régimen de Franco.

Sensibles a las maneras cada vez más radicales de los jóvenes, sobre todo entre los hijos de la clase trabajadora que asistían a las nuevas universidades del extrarradio, tipo Nanterre, la FIJL necesitaba adaptarse a la nueva atmósfera política europea. Su postura, alejada de los conceptos burocráticos

de Montseny y Esgleas tal como se manifestaron en 1966, empezó a atraer nuevos militantes y simpatizantes de cualquier edad y nacionalidad. Ruta, editada en Venezuela por Víctor García, Presencia, Los Cuadernos del Ruedo Ibérico y Mañana, editados en París, se convirtieron en las plataformas más importantes de la «nueva izquierda» española a lo largo de los siguientes diez años, tanto dentro como fuera del país.

El enemigo ya no era sólo Franco. España no era ya «el último poder del Eje», aislado política y diplomáticamente. El tirano iba a sobrevivir gracias a los estadounidenses. Aparte de la colonia británica de Gibraltar, España albergaba cuatro importantes bases de Estados Unidos en Torrejón, Zaragoza, Morón y Rota. Un peligro que se hizo patente cuando dos bombarderos B-52 Stratofortress chocaron en el aire y dejaron caer tres bombas H en el término de Palomares (Almería) y una más en el mar cercano.

Éste era el contexto que vio nacer el Grupo Primero de Mayo y el Movimiento para la Solidaridad Revolucionaria Internacional. Los medios debían ser ejemplares, dramáticos, espectaculares, acciones directas que ocuparan los titulares de la prensa, la radio y la televisión mundiales. El secuestro de Ussía fue la primera de esas acciones.

XV. LA BPS CONTRAATACA

La Brigada Político Social se tomó la revancha por el secuestro el 24 de octubre de 1966 con la detención de cinco anarquistas en Madrid. Entre ellos estaba su bestia negra, Luis Andrés Edo, de cuarenta y un años. Con él cayeron Antonio Cañete, de cuarenta y nueve, Alicia Mur, de treinta y tres, Jesús Andrés Rodríguez Piney, de treinta y nueve, y Alfredo Herrera, de treinta y uno.

Según la declaración de la policía, habían puesto en marcha un ambicioso plan para secuestrar a Angler Biddle Duke, embajador de Estados Unidos en España, al contraalmirante Norman G. Gillette, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en el país, y al ex dictador argentino Juan Domingo Perón, que vivía exiliado en España desde 1955. El fracaso de la «Operación Durruti», como se conoció, se debió al informante policial Inocencio Martínez.

Alicia Mur, veterana activista de la FIJL, llegó con Martínez de París en agosto de 1966 y alquiló un piso para el grupo en los números 84-86 del paseo de Santa María de la Cabeza, bajo el nombre supuesto de Luisa Vidal Sorolla. Los demás miembros del grupo comenzaron a llegar individualmente durante la primera mitad de octubre.

Sin embargo, el mal ambiente se impuso entre ellos. Las cosas fueron a peor cuando Piney se insinuó a Alicia Mur mientras estaban solos en el piso. Alicia le pidió educadamente que desistiera, pues no podía permitirse un compromiso emocional en ese momento de la operación. Piney era un machista sin complejos y se lo tomó a mal. La tensión entre ellos era evidente y las fricciones habituales. Ese mal ambiente empezó a afectar a los demás.

El tema empeoró con la llegada de Antonio Cañete, indomable militante que durante la Guerra Civil combatió en la Columna Maroto en Iznalloz y más tarde fue uno de los niños de la noche... que no eran los aprendices de Drácula, sino una red especializada en ayudar a escapar a los antifranquistas de Granada.

También perteneció a grupos de guerrilla urbana en el norte de España, donde se le buscaba por un tiroteo en el que cayeron unos cuantos policías. Cañete logró evadirse a través de los Pirineos y vivía por entonces con su compañera en las afueras de París. Se presentó voluntario a la operación ya que, pese a su venerable apariencia, era un militante perfectamente capaz. Sin embargo, era una de esas personas con las que resultaba difícil convivir y, para empeorar las cosas, Piney le disgustaba, lo cual hizo la vida en el piso difícil para todos.

A Edo se le esperaba más tarde, así que Cañete se fue a Granada a visitar a la familia, lo que provocó otra discusión con el resto del grupo. Si le veían y reconocían en Granada, todo podía irse al garete: podrían detenerles e incluso matarles. No consiguieron convencerlo y, despreocupado, se fue de viaje.

Cuando llegó a Granada descubrió que la Brigada Político Social había estado en casa de sus parientes dos días antes haciendo preguntas sobre él. Para ocultar la evidencia de que había un informador en el grupo, dijeron más tarde que agentes de la BPS en París encargados de vigilar los movimientos de los anarquistas más conocidos habían reparado en que Cañete no se encontraba allí. Sospechando que podía haber viajado a España, decidieron investigar su posible localización en la península. Lo cierto es que sabían cuáles eran los movimientos de Cañete, que volvió de inmediato a Madrid.

Mientras tanto, Edo llegó al piso para comprobar lo mal que se llevaban los miembros del grupo. Cuando Cañete le contó lo sucedido en Granada, Edo decidió que su presencia en Madrid era un peligro y debían volver a París.

Cañete cogió el tren a Zaragoza esa misma noche, 23 de octubre, pero fue arrestado por la BPS, que le esperaba en la estación, en cuanto bajó del tren. Al registrarle encontraron el contrato del piso en su poder: Alicia se lo había dado para que se lo entregara a Alberola. Al día siguiente, el sexto miembro del grupo, el espía Inocencio Martínez, se disculpó con Edo y se marchó a Francia. Fue el único que eludió el arresto. (Según Alberola, Martínez no fue miembro activo de DI hasta las ejecuciones de Delgado y Granado.)

El fin del secuestro era denunciar la presencia militar estadounidense en España, protestar contra las bombas de Palomares y pedir la libertad de los presos políticos. La acción iba a producirse en la carretera principal a la base

aérea de Torrejón. Debía llevarse a cabo de la misma manera que el secuestro de Ussía: un falso accidente tras el cual el contraalmirante sería llevado a una furgoneta. El grupo estaba armado con dos subfusiles Sten y varias pistolas.

La Brigada Político Social preparó una acción policial masiva la noche del 24 de octubre, saturando los alrededores de Santa María de la Cabeza de funcionarios de policía. Andrés Edo regresó al piso entre las diez y media y las once de la noche. La policía le esperaba en el portal, al pie de las escaleras. Alicia y Piney estaban solos en el piso cuando llamaron. Piney abrió con una pistola escondida en su solapa, pero no le dieron tiempo a reaccionar. Alfredo Herrera, el más joven del grupo, enviado por Alberola para reemplazar a Cañete, fue detenido a la mañana siguiente cuando llegó de París.

Por una vez, ninguno de ellos fue torturado o golpeado en exceso en la Puerta del Sol. También resultó sorprendente la disputa sobre la jurisdicción entre las autoridades militares (que querían juzgarles en consejo de guerra, como era habitual en los casos relativos a los anarquistas) y el recién creado Tribunal de Orden Público (TOP). Su defensor fue el abogado liberal más famoso de España entonces, Jaime Cortezo Velázquez-Duro.

La competencia entre civiles y militares fue áspera. España seguía técnicamente bajo gobierno militar y hasta finales de 1963 cualquier disidente político, no importa cuál fuera su delito —de la guerrilla urbana a la huelga, pasando por la masonería o la posesión de panfletos—, pasaba por tribunales militares. Los consejos de guerra repartían condenas de veinte y treinta años así como ocasionales sentencias de muerte, como si no hubiera un mañana.

El reciente TOP, por otro lado, juzgaba delitos políticos en su condición de tribunal civil. Las condenas del TOP iban de dos a seis años y ocasionaban menos escándalo internacional que las de los consejos de guerra. La introducción de tribunales civiles era parte del intento de hacer tragar al mundo la ilusión de que la España de Franco se encaminaba hacia la democracia y hacia una sociedad gobernada por la ley. La indignación mundial que siguió a la ejecución de Grima y las estrangulaciones de Delgado y Granado habían afectado al régimen, forzando al aparato franquista a cambiar de estrategia para evitar más ostracismo internacional.

Preparadas las pruebas contra Edo y el resto del grupo, los cinco anarquistas fueron transferidos a las autoridades carcelarias. Alicia Mur fue encerrada en la prisión de mujeres de Alcalá de Henares el 31 de octubre y los cuatro hombres conducidos a Carabanchel, donde yo esperaba su llegada.

Alicia descubrió durante su interrogatorio en la Puerta del Sol que la habían vigilado durante semanas. No la habían detenido porque la policía esperaba la llegada de los demás al piso.

El 8 de diciembre, Octavio Alberola voló a Nueva York para dar una rueda de prensa clandestina y confirmó que el objetivo era el contraalmirante Gillette. Se enviaron copias de la declaración de Alberola denunciando la política y las injusticias del régimen franquista al secretario general de la ONU y a todas sus delegaciones. También envió una carta al «liberal» ministro de Exteriores Castiella, proclamando que a menos que el juicio tuviera una apariencia justa, el Grupo Primero de Mayo lanzaría una campaña para mayor descrédito del régimen.

En respuesta a la amenaza de que los detenidos sufrieran un consejo de guerra, el grupo lanzó otra advertencia: un nuevo secuestro. El 25 de abril de 1967, la secretaria personal del embajador español en Londres fue raptada a punta de pistola en la misma puerta de su casa durante unas horas, antes de ser liberada con el aviso de próximas acciones.

Dos días después, el 27 de abril, dos miembros del grupo entregaron una carta al agregado legal de la embajada en Londres explicando las razones de la acción. La intención era dejar claro que la próxima vez irían en serio a no ser que se cumplieran sus exigencias. La carta pedía que los «cinco de Madrid» fueran juzgados por autoridades civiles y que su liberación fuera inmediata. Una semana más tarde, Edo era devuelto al Tribunal de Orden Público.

Edo y los demás fueron juzgados por el TOP (caso n.º 314/66) el 4 de julio (día de la independencia de los Estados Unidos) de 1967 y condenados a tres años por asociación ilegal (su pertenencia a la FIJL), seis años por posesión ilegal de armas y 25.000 pesetas de multa por uso de documentación falsa. Edo fue liberado en julio de 1972. Durante su condena llevó a cabo varias huelgas de hambre y pasó mucho tiempo en las celdas de castigo de Soria, Segovia y Jaén.

A comienzo de 1968, mientras su caso se examinaba en el Tribunal Supremo, y hallándose muy enfermo, fue acusado por un informador franquista, el director del diario Pueblo, Emilio Romero, de haber participado en la colocación de bombas en consulados españoles de toda Europa, incluyendo fechas en las que estaba en la cárcel. Edo denunció a Romero por difamación y ganó el caso. Cuando el tribunal le invitó a proponer la cuantía de la multa a Romero «para restaurar su buen nombre», Edo pidió sólo una peseta por daños.

Le volvieron a detener en junio de 1974 acusado otra vez de asociación ilegal (caso n.º 682/74) y de implicación en los Grupos de Acción Revolucionaria Internacional (GARI). Fue consecuencia de una rueda de prensa clandestina en Barcelona para explicar las razones del reciente secuestro en París del banquero español Baltasar Suárez. Fue condenado a cinco años de prisión el 17 de febrero de 1975, pero salió a los pocos meses de la muerte de Franco.

Otra acción del Grupo Primero de Mayo en Londres ocupó los titulares de portada en todo el mundo, cuando se dispararon ráfagas de metralleta contra la fachada de la embajada americana en Grosvenor Square, a las doce menos veinticinco de la noche del 20 de agosto de 1967. Destrozaron las ventanas y las vidrieras de la puerta, pero no hubo heridos.

Según el Evening News del 21 de agosto, se suspendieron «los permisos de al menos la mitad de la Special Branch, que ha sido puesta en alerta». Treinta inspectores registraron los domicilios de más de veinte sospechosos, incluido Michael de Freitas, alias Michael X, gángster del oeste de Londres renacido como líder de los «Musulmanes Negros» británicos. Sin embargo, nunca se localizó a los autores de los disparos.

Mientras tanto, Alberola fue declarado enemigo público número uno por la BPS y sus aliados. Pocos días después del secuestro de Londres fueron localizados en París varios agentes franquistas tratando de identificar y localizar a miembros del Grupo Primero de Mayo, incluyendo a Alberola.

Menos de una semana después, el 1 de mayo de 1967, se halló el cuerpo destrozado y torturado de José Alberola Navarro, el padre de Octavio, un respetado profesor de literatura de setenta y dos años, atado, amordazado y

ahorcado en su domicilio de la ciudad de México. No fue un crimen corriente. Llevaba la marca de un escuadrón de la muerte, un ritual similar a los de la Brigada Blanca, el escuadrón «paralelo» de la policía mexicana o quizá del Grupo Paladín de Otto Skorzeny, los asesinos «probablemente inexistentes» preferidos por la BPS.

La fecha del asesinato, 1 de mayo, era significativa. El anciano José Alberola no era una amenaza para Franco ni para el Estado mexicano, así que lo más probable es que se tratase de un intento de la BPS o sus esbirros para determinar el paradero del joven Alberola en Europa.

Alberola fue uno de los fundadores de la FIJL en México. Su primer encontronazo con la autoridades tuvo lugar en 1946, con diecisiete años, cuando fue detenido bajo la acusación de propaganda ilegal y retenido en una de las famosas cárceles secretas mexicanas. Fue liberado un mes después por orden del presidente mexicano Miguel Alemán.

Estudió ingeniería en la ciudad de México y escribió su tesis para el Congreso Científico mexicano en 1949. La Universidad Autónoma Nacional de México la publicó dos años después bajo el título «Determinismo y libertad» en las Memorias del Primer Congreso Científico Mexicano. Salieron dos ediciones. Más tarde se pasó al periodismo, lo que le permitió viajar por Europa a finales de los cincuenta, antes de pasar a la clandestinidad en 1962.

Sacrificaron al padre para castigar al hijo. Los vecinos y el portero de la finca vieron a cuatro jóvenes saliendo del piso del profesor el día del asesinato, pero nunca fueron identificados.

XVI. LA GALERÍA DE LOS POLÍTICOS

La sexta era una galería pequeña localizada al extremo de la cárcel. Sólo tenía dos plantas y estaba situada justo encima de los calabozos, las celdas de castigo, junto a las que estaban asimismo las celdas de los condenados a muerte. Era un ala «preventiva» y por ella pasaban todos los presos políticos de España para ser juzgados, ya por el TOP, ya por el Juzgado Especial Nacional de Actividades Extremistas de la calle del Reloj.

En circunstancias normales la sexta podía albergar ciento veinte presos, cuatro por celda, pero en épocas más tranquilas los políticos ocupaban normalmente sólo las celdas de la planta baja; las dos plantas superiores se utilizaban para acomodar a delincuentes juveniles «en peligro» por la compañía e influencia de algunos acosadores, tramposos y depredadores del reformatorio.

Siempre había un funcionario de guardia en el despachito junto al portón, pero rara vez le veíamos y no interfería demasiado en el día a día de la galería. Su trabajo consistía en abrir y cerrar los portones, contar y recomptar a los presos y recoger las solicitudes para el alcaide. La marcha diaria de la galería la administraban los presos de forma comunal, o mejor, bipolar: miembros del Partido Comunista y no-miembros. Los del PCE no tenían nada que ver con nosotros y se mantenían estrictamente aparte.

Edo, Cañete, Herrera, Piney y los demás políticos, con excepción de los del PCE, me esperaban en el portón para darme la bienvenida. Cuando llegué con mi ropa de cama y mis trastos, entonaron los himnos anarquistas Hijos del Pueblo y A las barricadas. Edo me abrazó y me acompañó a la celda, mi nuevo hogar. Era extraño, pero ahora tenía que acostumbrarme a compartir mi espacio con alguien más.

Entre los años 1964 y 1966 hubo cambios perceptibles de fuerzas en el entramado de organizaciones antifranquistas. Desde el final de los

movimientos armados en el norte de España, el Partido Comunista logró contener su pérdida de militancia y consolidó su control sobre el movimiento obrero gracias a la exitosa táctica de crear un frente popular. La manifestación principal de este hecho fue la fundación en Madrid, el 2 de septiembre de 1964, de Comisiones Obreras.

La sexta galería albergaba cuando entré en ella a unos ciento veinte presos, la mayoría de ellos del PCE, de su sindicato o huelguistas. Era como si todo el PCE estuviera en la cárcel. La mayor parte de sus militantes de base eran mineros de Asturias, Levante, Valencia y Zaragoza; había también unos cuantos profesores y cuadros medios, así como entre quince y veinte integrantes del Comité Central.

La palmaria falta de democracia del PCE y su estructura jerárquica y elitista realmente me chocaron. Eran arrogantes, exclusivos y no reconocían la existencia de los presos que no eran miembros de su organización. Su lenguaje estaba hecho de consignas, y su jerga proporcionaba respuestas prefabricadas para casi todo. Sólo oían lo que querían oír. Sus aparatchiks, los cuadros, eran hombres distantes, despiadados, dogmáticos, que se habían desprovisto de todo, incluso de cualquier humanidad que pudieran tener, en favor de la «idea».

Los líderes del partido no perdían el tiempo a la hora de imponer un régimen estricto a los demás. Los militantes de base necesitaban permiso expreso antes de hablar a cualquier otro preso que no fuera del PCE: éramos embaucadores y nuestros hechizos retóricos podían destruir sus ilusiones y embragar la pureza de su dialéctica exquisita. Por tanto, las relaciones entre los miembros del PCE y los demás presos eran tarea exclusiva de dos o tres comisarios especialmente designados, que se reunían por la noche, después de cenar, para informar de los hechos del día y de sus actividades. Tenía todos los rasgos del confesionario católico. Los anarquistas, los otros marxistas, los socialistas o los separatistas vascos no recibían el trato de «camarada» ni el apelativo familiar «tú». Éramos «ustedes» y se referían a nosotros con términos como «señoritos» y «pequeños burgueses». Era una reminiscencia del propio Marx desheredando a su hijo ilegítimo y desaprobando el rechazo de Engels al matrimonio. Como escribió Albert Camus, «puede que Marx haya sido un

profeta revolucionario, pero también un burgués». Para los «peceros», cualquier forma de debate o broma con nosotros (anarquistas, vascos, maoístas o felipes) era suficiente para que sus compañeros de partido les hicieran, como poco, el vacío.

Yo ahora no tenía trabajo y mis movimientos se limitaban estrictamente a la sexta. Los presos políticos no trabajaban en los talleres, probablemente por miedo a que politizasen a otros reclusos. Me había desvinculado de mis viejas relaciones, estaba en un mundo de celdas, comedores y patio más reducido, pero seguía habiendo maneras de recibir y enviar cartas a través de cabos, ordenanzas e incluso funcionarios simpatizantes.

La vida diaria era muy diferente de la que llevaba en la quinta. Nos levantábamos sobre las nueve y desayunábamos café con tostadas o bollería del economato. Todos hacíamos turnos para cocinar y limpiar nuestras zonas. Los no comunistas teníamos nuestras propias cocina y despensa, distintas de la cocina y despensa exclusivas de los comunistas.

Cañete compartía celda con Herrera y era un madrugador inveterado. Solía levantarse a las siete para llevarnos a Edo y a mí el café o el té, si yo acababa de recibir algún paquete. A las diez daba clases de inglés a quien le interesara, un grupo de en torno a doce reclusos normalmente, ninguno de ellos pecero. En privado, los militantes de base y uno o dos de los cuadros se disculparon por no poder aprovechar la oportunidad, pero el Comité Central les había dicho que iba a haber conflictos con los anarquistas.

Los líderes del partido tampoco dejaban a sus miembros confraternizar con los jóvenes que ocupaban los pisos de arriba, ni siquiera para darles el pan que les sobraba y que con frecuencia nos pedían. Encerrados la mayor parte del día, solían comer su ración de pan a la hora de habérsela entregado.

Después de las clases salíamos al patio para jugar a la pelota, al fútbol, al ping-pong, o simplemente a relajarnos, charlar y tomar el sol.

El almuerzo se servía sobre la una y media, después de las visitas y de la entrega de los paquetes de comida. Consistía normalmente en una sopa en la que flotaba (o se hundía) la cena de ese mismo día, enriquecida con un cubito

de caldo o con curry en polvo. Este último aderezo nos lo proporcionaba la cónsul británica, una maravillosa heroína llamada Mildred Forrester, una mujer encantadora, entusiasta y concienzuda.

Miss Forrester parecía salida de las páginas de Agatha Christie o de Saki. Siempre llegaba con fruta, cigarrillos Capstan, cubitos de caldo y latas de curry en polvo que me enviaba el embajador de la India. El encantador Sedgwick-Gell, el cónsul anterior, había sido trasladado a Nicaragua. No era un hombre partidista. Su preocupación por mí era real y me sorprendió su falta de hipocresía y cinismo. Se le vio realmente inquieto cuando se confirmó mi condena a veinte años. Pensé que iba a estallar en lágrimas y tuve que tranquilizarle diciendo que todo saldría bien al final. Me apenó que se marchara.

La sopa iba seguida del segundo plato que hubiera entonces en la despensa, siempre con vino. Si no teníamos provisiones propias, nos arreglábamos con lo que hubiera en la cárcel. Después de la siesta, sobre las cuatro, nos sentábamos en el comedor a hacer vida social, beber café y mantener seminarios improvisados sobre historia, economía y literatura.

La vida era relativamente plácida, pero sólo porque sacábamos el máximo partido a nuestras posibilidades, no porque el régimen nos tratase bien: al final del día nos encerraban detrás de puertas de acero sin pomo interior y de ventanas con barrotes, lejos de la familia y los amigos y sin control de nuestro propio destino.

La libertad cultural e intelectual de que gozábamos en prisión era mucho mayor que la de los españoles de afuera, al menos en público. Para mí, el espíritu esencial de los sesenta se destilaba aquí. Conversábamos, discutíamos ideas y acontecimientos políticos o los últimos rumores del día, debatiendo durante horas, excitados y entusiasmados por el ambiente de ideas y opiniones estimulantes. Luego venía el paseo vespertino y de nuevo de vuelta a la galería para la cena, después de la cual jugábamos al ajedrez, a las damas o a representar con mímica una figura histórica o literaria que los demás tenían que adivinar.

Una de mis representaciones casi origina un motín. Yo retrataba a Karl Marx como un estudioso egoísta y barbudo que vivía en el pasado y sentía debilidad por clavar cuchillos en la espalda. Edo lo adivinó. Cuando yo lo confirmé, el aire se podía cortar y vender en lonchas, sobre todo entre los maoístas y los presos de Comisiones.

Sólo los anarquistas y los etarras vieron lo gracioso y lo exacto de mi mímica. Por suerte, el carismático Luis Andrés Edo, a quien todos respetaban o temían, se las arregló para rebajar la tensión. Después de mucho discutir, llegamos al acuerdo de evitar en el futuro retratos tan conflictivos o provocativos.

Tras el cierre de puertas, Edo y yo jugábamos a las damas, hablábamos, leíamos o discutíamos sobre posibles planes de evasión e ideas para el futuro. Traté de enseñarle inglés, pero resultó imposible: o él no tenía particular interés o yo era un profesor incompetente. Probablemente las dos cosas. Él pasaba mucho tiempo escribiendo artículos y cartas, llenando hojas y hojas de fino y barato papel higiénico en letra minúscula que hacíamos llegar a Rosa, su compañera en París.

Su escritura codificada resultaba muy compleja para mí. Yo prefería la tinta invisible. Edo descubrió que el papel de la cantina reaccionaba de un modo peculiar cuando se empapaba en agua. Escrito con un punzón de madera y secado después, la escritura desaparecía. Lo único que había que hacer era escribir una carta normal por arriba, cuidando de no tapar el mensaje subyacente. Cuando el receptor mojaba la carta y la ponía sobre una superficie oscura y blanda, la escritura reaparecía, clara y legible.

Edo me contó también su extraordinaria vida. Nacido en Caspe (Zaragoza), trabajó en Renfe desde los trece años y se afilió a la CNT a los dieciséis. Sus primeras actividades radicales incluyeron el atraco a trenes de víveres y el reparto del botín entre hambrientas familias obreras. Dejó la Renfe a los veinte años y entró en una fábrica de termómetros médicos. Su trabajo incluía la succión de mercurio para las pipetas. Tragó tanto mercurio haciéndolo que su salud se resintió. En diciembre de 1947, tras tres meses de servicio militar, desertó y huyó a Francia. Allí se involucró en la federación parisina de la FIJL y regresó a España clandestinamente en varias ocasiones. Lograron detenerle en

agosto de 1952 por desertor. Fue liberado y se reincorporó a filas en octubre de 1953, pero pronto volvió a desertar. Detenido otra vez, pasó seis meses en las celdas de castigo militares. Tras ser puesto en libertad, desertó de nuevo y huyó a Francia, donde se convirtió en un célebre activista de la FIJL, la CNT y, desde 1961, la FAI.

En París trabajó unos años en el Alhambra, el teatro de Maurice Chevalier, como ayudante del famoso escenógrafo rondeño Rafael Aguilera. Lo que poca gente sabía era que Aguilera (héroe de la Guerra Civil española y de la Resistencia que estuvo preso en un campo de concentración nazi cerca de Bremen) era también responsable de un importante depósito de armas de la CNT y la FIJL. Uno de sus escondites era el taller del Alhambra. Cuando no había trabajo en el teatro, Edo y Lucio Urtubia, otro anarquista, amigo y protegido de Quico Sabaté y especialista en falsificar documentos, ayudaban a Aguilera a engrasar las armas, manteniéndolas en buenas condiciones por si hacían falta. En una ocasión, cuando Lucio limpiaba concienzudamente una vieja pistola Mauser, se le escurrió de las manos accidentalmente y casi le vuela los sesos a Edo.

Discutíamos sobre las posibles vías de tuga de la sexta galería. Finalmente dimos con lo que parecía la mejor opción. En la planta baja que daba al patio, detrás de las escaleras, habíamos descubierto la entrada a una alcantarilla que conducía a un pequeño desagüe subterráneo. Justo bajo la tapa de la alcantarilla se podían ver barrotes, por lo que era posible que hubiera otros barrotes más alejados, que llegaran hasta los muros que circundaban la galería.

Edo pidió a alguien del exterior que investigase la entrada de la alcantarilla para ver si se podía huir a través de ella. Una fuga en masa de los presos políticos de la prisión central de Madrid habría sido un golpe brutal para el régimen.

La fuga tendría lugar antes del juicio de los «cinco de Madrid», en junio de 1967, y se organizó totalmente desde el exterior. Habría sido imposible trabajar los barrotes desde el interior, con guardias y presos subiendo y bajando las escaleras constantemente.

Un grupo de acción debía entrar en la cárcel de noche, desde la alcantarilla, reducir al funcionario de guardia, abrir nuestras celdas y llevamos de vuelta al túnel. Nos esperaría una furgoneta al otro extremo para sacamos de allí antes de que la fuga se descubriese. Si había suerte, esto no ocurriría hasta la mañana siguiente. Ése era el plan, pero los hados intervinieron, como siempre que se hacen planes, y hubo que abortar la fuga.

Poco antes de esto, el 25 y el 27 de abril de 1967, el Grupo Primero de Mayo llevó a cabo dos minisecuestros: el de la secretaria personal del embajador español en Londres y el de su agregado legal. Se les dieron cartas tras su liberación para entregar al ministro de Exteriores español, Fernando María Castiella, exigiendo que el grupo de Edo fuera juzgado por un tribunal civil y no militar.

Poco después me trasladé con Herrera. El pique incessante que mantenía con Cañete estaba causando serios problemas a todos. Los dos andaban siempre a la greña. A Herrera le gustaba levantarse tarde, pero Cañete madrugaba y empezaba a armar bulla, lavando platos, moviendo sillas y mesas y haciendo todo tipo de midos que molestaban a su compañero de celda, que intentaba dormir.

De haber seguido la situación de la alondra contra el búho, habría terminado fácilmente en violencia física y en una merma de moral del grupo. Justo lo que necesitaban antes de ir a juicio.

Yo no habría podido compartir celda con Cañete, me habría vuelto loco. Edo le conocía mejor, así que intercambiamos parejas después de que el encargado, un simpatizante de ETA llamado José María Rodríguez Manzano, diera el visto bueno.

Cañete me caía bien, pero podía ser áspero e irritante, y sus bromas eran más crueles que divertidas. Su idea de la diversión consistía en traerme una taza de té a la cama con dos cucharadas de sal en lugar de azúcar. Estuve a punto de vomitar. Edo, que compartía su sentido del humor, sufrió un ataque de risa, como el propio Cañete, que se carcajeaba de mis contorsiones y escupitajos. Fingí ver el lado cómico, pero en vez de volver a la cama dije que prepararía

otro desayuno. Cañete, suspicaz como era, pensó que me guardaba algo en la manga y me siguió a la cocina.

Tenía razón, se me había ocurrido algo. Le expliqué que íbamos a gastarle una broma a Edo. Preparé una taza de cacao en la que disolví seis tabletas de laxante de la farmacia, además de una píldora de permanganato potásico. Cañete salió riendo entre dientes.

Mientras se calentaba la leche, volví a la celda y cuchicheé a Edo que se la iba a devolver a Cañete. Saqué un cigarrillo de un paquete de Celtas, extraje con cuidado la mitad del tabaco, lo llené de cabezas de cerilla, lo volví a meter en el paquete y fui a buscar el cacao. Edo trataba de contener la risa cuando entró Cañete y se sentó al borde de su cama. Los dos sonreían pensando en la broma que se iban a gastar mutuamente.

Cuando Edo se llevó a los labios el brebaje saturado de laxante, yo ofrecí de inmediato a Cañete el cigarrillo explosivo que asomaba del paquete. Tenía la guardia baja y los ojos fijos como un halcón en la presunta víctima, temiendo perderse un instante del mal trago de Edo. Cogió el cigarrillo, se lo puso en los labios sin una sospecha y yo se lo encendí amablemente. Ambos se vigilaban de cerca, esperando el momento de la verdad. Hybris y Némesis juntas en el mismo sitio y al mismo tiempo.

Cañete tenía la manía de elevar el pitillo afectadamente y con una floritura antes de dar una calada. Explotó en cuanto llegó a su boca. Pegó un salto de un metro y se cayó de la cama.

Edo, entre tanto, había terminado su cacao y lloraba de risa cuando los laxantes hicieron efecto y tuvo que correr al excusado, donde pasó casi todo el resto del día. Que su orina se volviese azul por el permanganato potásico hizo de aquél un día memorable para él y Cañete.

Un preso de ETA apareció en el momento en que explotó el cigarrillo y, cómo no, rompió a reír al verlo. A Cañete no le gustaba ser la víctima de bromas ajenas. Pensó que el vasco tenía algo que ver, así que decidió devolvérsela.

La venganza de Cañete fue sencilla y rápida. A la mañana siguiente temprano se levantó, llenó un barreño con agua helada, fue a la celda del vasco justo

después del primer recuento y lo vació encima de él, que aún dormía. ¡Cañete no olvidaba nunca!

Su tenacidad y su incapacidad de perdonar quedan ilustradas por un incidente que me contó Edo. Durante un campamento de verano en el sur de Francia, Cañete y Salvador Gurucharri mantenían un pique constante a causa de las sucesivas bromas que se gastaban uno a otro. Salva realizaba proezas como cortarle las cuerdas de la tienda o pegarle los zapatos al suelo con cola. Salva conocía la memoria elefantina de Cañete y no pasaba la noche en su propia tienda. Esperaba hasta que todo el mundo durmiera y se escurría al bosque para dormir debajo de un árbol.

Cañete, viejo zorro, vigilaba y esperaba la primera oportunidad para su venganza. Siguió a Salva hasta su escondite y esperó a que se durmiera. Cuando se puso a roncar con la boca abierta, Cañete enrolló una hoja de periódico, metió un extremo en la boca de Salva y le prendió fuego. Salva se despertó escupiendo y ahogándose por el humo inhalado. Nunca volvió a gastar una broma a Cañete.

Tras un par de meses en la sexta, me encontraba en medio de mi clase de inglés cuando me convocaron al despacho del guardián de la galería para decirme que empaquetara mis pertenencias y me despidiera. Me iban

a transferir esa misma tarde a la prisión de máxima seguridad de Alcalá de Henares. No me dijeron las razones de aquella decisión, pero la orden procedía directamente de la Dirección General de Prisiones.

Edo creía que podía deberse a que la BPS sabía algo del intento de fuga que habíamos planeado. Convocamos una reunión en la galería para discutir el traslado y si debía negarme a él. Decidiera lo que decidiera, los demás me apoyarían. Hablé con el alcaide sobre el tema, pero me dijo que yo no podía hacer nada. La orden llegaba «de lo más alto». Me prometió, no obstante, informar al consulado.

Mis visitantes de la embajada británica llevaban tiempo hablándome de que se estaban produciendo negociaciones de alto nivel para asegurar mi liberación. El resultado, decían, «se conocía casi de antemano». El vicecónsul Harding me

dijo que pidiera a mi madre que escribiera una carta personal al general Franco solicitando clemencia. Sin embargo, no debía decirle nada sobre el benéfico efecto que, según la embajada, la carta podía tener. Parecía que dicha petición podía estar relacionada con el traslado, así que decidí viajar a Alcalá sin hacer más ruido.

Me dio pena dejar Carabanchel. Había hecho muchos amigos y aprendido mucho allí; conservaba un montón de buenos recuerdos, incluido mi primer afeitado. En conjunto, aquel lugar me proporcionó numerosos conocimientos útiles y experiencias altamente educativas, estimulantes y, a su manera tan particular, felices.

ALCALÁ DE HENARES

Alcalá es una ciudad universitaria situada a treinta kilómetros al noroeste de Madrid. Como Colchester (Essex), era un complejo policial, militar y penitenciario, además de la guarnición principal de la capital. Era también la patria chica de Miguel de Cervantes y sede de varios establecimientos penales civiles, militares y eclesiásticos para mujeres, hombres, sacerdotes y monjas.

Fue en aquella prisión donde el servicio secreto soviético, la OGPU, y sus colegas del Servicio de Inteligencia Militar, la policía secreta del Partido Comunista de España, secuestraron a Andreu Nin, el antiestalinista líder del POUM. Los secuestradores le asesinaron y nunca fueron identificados, al igual que nunca apareció el cadáver de Nin.

El viaje desde Carabanchel hasta Alcalá, a través del uniforme campo castellano, fue caluroso, sofocante e incómodo. Era a principios de junio y nos metieron a seis en una pequeña furgoneta Seat de la Guardia Civil equipada con mínimas celdas individuales con sólo una rejilla de ventilación, la cual funcionaba como un horno de aire: removiendo el calor en lugar de hacer circular el frescor. Mirando a través de la rejilla vi un paisaje rocoso, sin árboles, con algún que otro pueblo y algún que otro mulero de rostro curtido, trotando lentamente a lomos de una muía o un asno, con las piernas casi arrastrando por el suelo.

Mi destino eran los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares. La cárcel había sido en su origen un convento, en cuyo entorno se habían ido construyendo cuarteles de paracaidistas y guardias civiles. La principal prisión de mujeres de España, en la que estaba presa Alicia Mur, no andaba lejos. La ciudad disponía de una cárcel eclesiástica especial para sacerdotes y monjas desobedientes.

Nos descargaron a la entrada de la cárcel, situada en una vieja plaza arbolada, y nos sometieron otra vez a las tediosas formalidades de ingreso: rellenar formularios, tomarnos huellas dactilares y de la palma de la mano... Me dijeron que me habían destinado al taller de imprenta.

Alcalá era, supuestamente, un establecimiento de máxima seguridad, pero por lo que podía ver de los presos que me rodeaban, todos vestidos de paisano, parecía un lugar más bien relajado.

Desde el centro de ingreso me acompañaron a mi nueva morada. Me satisfizo bastante verla: una celda monacal situada en el corazón de la cárcel, en un pintoresco claustro con columnas de piedra de cálido color miel.

Doce celdas monásticas amplias y ventiladas con altas puertas de madera arqueadas y grandes rejas daban a un patio sereno y soleado. El escenario era un jardín morisco, flanqueado de arcadas sostenidas por finas columnas. El patio recibía la sombra de ocho palmeras que crecían en pequeños cuadrados de hierba. Era como el patio de Machuca de la Alhambra. Sólo le faltaban acequias, un estanque y una fuente.

Pasé los diez días de periodo de rigor en régimen de aislamiento. Fue una buena oportunidad para recuperar mis lecturas.

Mi vecino de al lado en el patio era un beat estadounidense llamado James B. Wagner. No había guardianes en el patio, así que pudimos hablar abiertamente por la noche y me informó de cómo funcionaba Alcalá. También se ocupó de que los cabos me pasaran libros y tabaco durante el periodo.

Entre sus libros estaba *The City of Dreadful Night*, de James Thompson, un escocés Victoriano particularmente hosco que me era del todo desconocido. El libro presentaba una visión poética e incansablemente depresiva de la inhumanidad urbana. También me pasó el recientemente publicado Ultima salida para Brooklyn, que era un poco más moderno, pero tan crudo y sórdido como el libro de Thompson. Exactamente lo que necesitaba para un encierro solitario.

Había uno, sin embargo, que era especialmente poderoso y absorbente, pero al encontrarme aislado tampoco contribuyó a apaciguar mi mente. Se trataba de Alguien voló sobre el nido del cuco, de Ken Kesey, una novela sarcástica sobre las relaciones entre pacientes y enfermeras en una institución psiquiátrica de Portland (Oregon). Era asimismo, seguramente, uno de los

principales libros de transición entre la vieja generación beat y la emergente contracultura estadounidense, los hippies.

La Guerra de Vietnam y el reclutamiento habían hecho que buena parte de las jóvenes generaciones estadounidenses cuestionaran a los que ostentaban el poder. También daban impulso a un movimiento de protesta cada vez más radical. Los jóvenes estadounidenses, como los jóvenes europeos de entonces, habían empezado a desafiar al conformismo y al estado de guerra para idealizar el amor y la belleza de la vida.

La historia trata de la lucha del libertario Randall Patrick McMurphy, que consigue escapar a los trabajos forzados fingiendo estar loco, de la apatía de los demás internos y de la autocrática e insensible enfermera Ratched, símbolo de la burocracia y la autoridad, la antítesis del protagonista. El sacrificio de McMurphy, su redención y el fin del poder de la enfermera Ratched conformaban también una alegoría de la sociedad moderna. Aquellos libros, en particular el último, fueron una lectura espantosa para alguien recién llegado a una nueva cárcel. Me empecé a preguntar si James trataba de decirme algo.

Mi primer visitante oficial fue el jefe de servicio. Había pasado la tarde dormitando en mi cama y me despertó el sonido de la puerta al desatrancarse y abrirse. Enmarcada en el dintel, apareció la silueta de una figura alta y delgada contra el sol cegador de la tarde. Al principio no podía percibir sus rasgos, pero cuando mis ojos se acostumbraron a la luz mi primera impresión fue la de un oficial de las SS. Pensé para mí que tal vez aquel lugar no iba a suponer el retiro monástico que aparentaba. Don Pablo era el nombre de mi visitante y estaba allí para impresionar e intimidar.

Era un compendio de retención anal. Su rostro zorruno bien rasurado y sus maneras rígidas lo proclamaban.

Sus zapatos brillaban como un espejo y vestía un inmaculado uniforme verde, con la raya del pantalón afilada como una navaja. Una chaqueta con cinturón de hebilla dorada denotaba su rango y sus manos delicadas se enfundaban en guantes blancos. Mantenía bien apretado bajo el brazo un elegante bastón. Su cabeza estaba coronada por una alta gorra de plato con la negra visera

encajada sobre su frente. Bajo la gorra lucía unas impenetrables gafas de sol de espejo. Era la viva imagen del jefe Godfrey, «el hombre sin ojos» de la película La leyenda del indomable.

Don Pablo me miró en silencio unos instantes, golpeando intimidante el bastón contra su pierna, y dijo que quería ver con sus propios ojos al hijo de puta inglés que pretendía eliminar al Caudillo de España, para hacerme saber que me iba a vigilar de cerca. Por suerte, le trasladaron al poco de salir yo del periodo, así que nunca supe lo que me tenía reservado.

No me llevó mucho acostumbrarme a mi nuevo entorno. Una vez que has estado en una cárcel, has estado en todas. Tampoco me costó identificar y cultivar los contactos que hacen cómoda la vida en prisión. Allí no había presos políticos, pero sí veteranos que habían sido miembros de la CNT y seguían considerándose anarquistas.

Tras mis diez días de aislamiento, me llevaron al despacho del jefe de servicio para explicarme mi rutina diaria. Los presos de máxima seguridad como yo desayunábamos en la celda tras el recuento de la mañana y después hacíamos una tanda de barridos y fregados en los pasillos de la cárcel. Luego íbamos a trabajar a nuestros respectivos talleres.

En Alcalá, como en Carabanchel, la industria principal era la imprenta. Redención, el semanario nacional para presos, se imprimía allí. Escrito y dirigido en Alcalá por falangistas y reaccionarios clericales varios, la revista se distribuía en todas las cárceles de España. Los reclusos que pagaban la suscripción trimestral de siete pesetas tenían «derecho» especial a catorce cartas o visitas extra cada tres meses. A los no suscriptores sólo se les permitía una carta y una visita de diez minutos a la semana.

Encima de la imprenta se encontraba el taller de encuadernación, donde trabajaba mi vecino y ahora amigo James B. Wagner. Como era un beat o un dadaísta, a diferencia de un protohippy, su filosofía, si se puede llamar así, era casi stirneriana: «Lo que crees te hace prisionero».

James se trasladó a España en los primeros años sesenta para huir del acoso diario que sufrían los beats por parte de los policías irlandeses y de los pérvidos

ataques de la Organización de la Juventud Católica (CYO) de Nueva York. También tenían problemas con los turistas cada vez más numerosos que comenzaron a invadir los ambientes del Greenwich Village a finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

James y sus amigos fundaron una comuna «apolítica», o más bien «antipolítica», en Formentera. James discutió con un prestamista de Barcelona y éste resultó muerto. Fue detenido y acusado de asesinato, mientras otros miembros de la comuna eran detenidos como cómplices, entre ellos una joven escocesa de Hamilton, cerca de Blantyre. James fue condenado a muerte, pero la sentencia se conmutó por una de treinta años debido a las presiones de su embajada.

La primera mañana después del periodo me ordenaron presentarme al cabo de limpieza, que resultó ser un veterano de la CNT, Joaquín Pueyo Moreno, uno de los muchos republicanos españoles que combatió luego con «La Nueve», la compañía n.º 9 de la II División Armada del general Leclercq.

Joaquín me convocó a su despacho, me dijo que era un camarada y que yo estaba exento de labores de limpieza, pues tenía personal suficiente para hacer el trabajo. Así que en vez de limpiar, visitaba su despacho cada mañana para charlar y tomar café con bollos. Me sentí muy contento de entrar tan rápido en el ajo y pillarle el punto al sistema. Casi todas las mañanas desayunábamos en su cubil privado, dándole a la lengua sobre sus experiencias en la guerra, cuando yo tendría que haber estado dándole al estropajo.

La imprenta de Alcalá era dickensiana en comparación con la de Carabanchel, con enormes máquinas adquiridas a finales del siglo XIX. Me destinaron a una de las antigüallas más grandes y viejas. Parecía más la enseña de la Armada del duque de Medina-Sidonia que una rotativa. Para mi alarma, el funcionario a cargo del taller era no sólo un falangista irreductible, sino también un xenófobo paranoico, visiblemente resentido por el aparente trato de favor que yo recibía de sus superiores y de los administradores.

Una vez que le pillé el tranquillo a la vida en Alcalá, me escapaba día sí y día también al taller de encuadernación de arriba, para hablar con James y verle

trabajar. Me fascinaba la encuadernación de lujo: cómo se reunían, plegaban, pegaban y cosían las páginas; los forrados, guarniciones, encolados, encordonados, prensados y jaspeados. Lo más interesante era el «soplado» de etéreos panes de oro para ribetear los libros más caros.

El carcelero xenófobo estaba siempre detrás de nosotros, tratando de evitar mis escaqueos, así como las visitas que James me hacía. Sin embargo, James tenía mucho predicamento tanto con el alcaide como con los jefes de servicio debido a sus habilidades encuadernadoras, así que terminamos ignorando al guardián y aumentando su rencor.

Conseguir cartas, periódicos, libros y alcohol en Alcalá resultaba tan fácil como en Carabanchel. Se suponía que mis libros los censuraban tanto el maestro y el cura como la Dirección General de Prisiones en Madrid. No obstante, pocos o ninguno de mis libros pasaron por las manos de aquella gente. Les habría dado un infarto si llegan a conocer los títulos de los libros prohibidos que tenía en los estantes de mi celda. Era una extensa biblioteca anarquista clandestina en pleno corazón de la bestia franquista.

James encuadernó todos mis libros anarquistas en cuero rojo y negro, jaspeando los bordes del papel y labrando sus títulos. La posesión de aquellos textos habría sido motivo suficiente para ser detenido.

Después de trabajar por la tarde, me sentaba con mis nuevos amigos españoles —muchos de ellos vascos—, estadounidenses, canadienses y franceses bajo los altos muros para hablar o meditar, o paseaba arriba y abajo del amplio patio, intercambiando pensamientos sobre ideas, arte, gente, música, libros, historias personales y el tema que dominaba todas nuestras conversaciones: lo que haríamos cuando saliéramos de allí.

En verano, por la luz, aquellos paseos podían durar hasta las diez de la noche. Dos o tres noches por semana nos permitían ver la televisión una hora más o menos.

El almuerzo y la cena se servían en una sala grande y ruidosa. La comida era prácticamente la misma de Carabanchel: garbanzos, patatas y sardinas condimentados con curry y especias enviados por el consulado británico y mi

madre. Ahora recibía paquetes de comida de simpatizantes del Reino Unido, Francia, Alemania, Bélgica y los Países Bajos, así que eran pocos los días en que dependíamos exclusivamente del menú del penal.

Durante aquel cálido verano de 1967 enviamos muchas veces al recadero de la cárcel a por barras de helado. El economato vendía cervezas y coca-colas y había también un puesto en el que comprar café y pastas.

Teníamos nuestro propio cine-club, que alquilaba películas en Alcalá. Teníamos tres películas los sábados, otras tantas en fiestas y dos los domingos. A veces veíamos hasta seis o siete películas a la semana, y no eran las fascistas y cléricales de serie Z a las que nos sometían en Carabanchel: películas religiosas, documentales de viajes y viejos noticiarios. La mayoría de las que proyectábamos en Alcalá eran estrenos y películas clásicas; algunas se estrenaban en Madrid la misma semana, y a veces las veíamos meses antes que en otras capitales europeas. Las más populares eran las de Jean-Paul Belmondo, todo un hombre y un bandido para los presos. Sus películas de acción (como *El hombre de Río*) eran muy apreciadas por sus ingeniosos robos y estafas, que los reclusos se aprestaban a adaptar, al igual que emulaban sus gestos y maneras.

Cuando el tiempo era demasiado bueno para quedarse dentro, salíamos al patio de merendola. Estas fiestas improvisadas terminaban a menudo con todos borrachos. La mayoría de los guardianes no se oponía, siempre y cuando no armáramos jaleo. Nada que ver con nuestras queridas prisiones británicas.

Alcalá albergaba un buen número de entusiastas e irreprimibles gitanos andaluces. Pasaban los fines de semana y las tardes reunidos entre ellos en el extremo más alejado del patio. Eran teatrales, ruidosos y burbujeantes. Podía ser una escena a las puertas de la tabacalera de Sevilla: se pavoneaban, gesticulaban y se gritaban unos a otros en caló, el lenguaje gitano. Sólo se callaban cuando uno de ellos se arrancaba con un ronco, desamparado e interminable cante jondo, acompañado de cortas florituras y ásperas y metálicas bulerías cuando el guitarrista se lanzaba a un clímax frenético. Seguían unos roncos rasgueos flamencos puntuados de olés e incomprensibles

interjecciones andaluzas, con mucha posturita, taconeo, chasquidos de dedos y castañuelas y piruetas de macho, todo ello acompañado de palmas.

Me hice amigo de un par de gitanos que insistieron en enseñarme, a mí, el guiri gachó, a chanelar caló, pero me resultaba tan interesante como el sánscrito, del que dicen deriva. Cuando no robaban o vendían jumentos, sacaban dinero de decir la *bají*, la buena ventura. Era gente alegre y bien dispuesta siempre y cuando no se ofendiera su delicado sentido del honor, pero ruidosos e irritantes en todo cuanto hacían.

Una vez, haciendo cola James y yo ante el tenderete que vendía café, los gitanos no paraban de cantar, tocar y bailar. El jefe de servicio les gritó que se callasen, lo que hicieron por unos instantes, pero volvieron al cante jondo en cuanto aquél desapareció. El jefe se rebotó y pidió al cabo de limpieza que tomase los nombres de todos los que estábamos allí. Fue injusto: yo no sabía cantar en inglés, y mucho menos en caló. James y yo fuimos a ver al jefe de servicio para protestar por el castigo. Se disculpó pero fue inflexible: nos encargó limpiar la prisión a la mañana siguiente.

Tal vez el calor del verano nos puso susceptibles, pero la arbitaria decisión del jefe nos irritó. Lo que empezó como un incidente sin importancia se convirtió para nosotros en cuestión de honor. Optamos por una estrategia propia del soldado Schweik: quería que limpiásemos la cárcel y nos lo tomamos al pie de la letra: necesitábamos todo el día para hacer un trabajo tan concienzudo.

A la mañana siguiente, James y yo nos ocultamos en el despacho del cabo de limpieza, bebiendo café, hasta que todos los pasillos, la cocina, el comedor y las oficinas administrativas estuvieron limpias y brillantes y los reclusos se dirigieron a sus talleres. Cogimos unas escobas y unas fregonas y fuimos al patio, donde nos dedicamos a hacer pequeñas montañas de polvo aquí y allá, echando algún cigarrillo que otro hasta que abriera la cantina, a las nueve y media. Compramos pan, mantequilla, tomates, mejillones, queso manchego, jamón serrano y unas cervezas y nos sentamos a la sombra para un desayuno bucólico. Las escobas y fregonas junto a nosotros indicaban que estábamos en misión oficial. El desayuno duró un par de horas. Los presos que pasaban por allí entendieron de qué iba la jugada y les parecía estupenda.

El funcionario xenófobo de la imprenta se asomaba con frecuencia al patio a ver qué hacíamos. Se iba poniendo cada vez más furioso. Le explicamos, muy serios, que estábamos castigados a labores de limpieza por el jefe de servicio. Para empeorar las cosas, lo hicimos sin ponernos de pie, bien cómodos, y echando algún que otro trago de cerveza. Fuera de sí por nuestra insolencia, comenzó a gritar que volviéramos al trabajo, pero nosotros, insensibles como la piedra en la que nos sentábamos, solicitamos hablar con un superior.

A las once y media decidimos que era hora de barrer un poco más, antes de que llegase la ración de vino de mediodía y la cantina abriera, para llenar de vino una garrafa de plástico que llevábamos también con nosotros.

Durante el almuerzo se nos unieron dos canadienses, Randy y Pete, con sus respectivas raciones de vino, y después Gerlac, un francés, también con su ración. Para cuando debíamos volver a los talleres, después de la siesta, nos caímos de borrachos. Nuestros invitados decidieron quedarse con nosotros.

A James se le ocurrió que había que regar las paredes de la cárcel. Cuando se aburrió de ello, decidió regarme a mí, para ver si me quitaba la curda. En ese momento yo estaba tendido en medio del patio, semiinconsciente. Cuando me quise dar cuenta estaba empapado.

El guardián de la imprenta llegó en ese momento y volvió a gritarnos. James le dijo que se fuera a la mierda, que así hacía algo útil. Se marchó hecho un basilisco a buscar a un superior. Irrumpió en el despacho del jefe de servicio, casi llorando, despotricando de los extranjeros, rojos y asesinos que estaban de juerga en el patio, metiéndose con él, con su mujer y con el Generalísimo.

Yo, entre tanto, conseguí levantarme y me dirigí a lo que se llamaba eufemísticamente «el water», un agujero asqueroso en el suelo con dos apoyos de porcelana para los pies, un lugar lleno de moscardones azules en el que de vez en cuando se aventuraban las ratas. Allí fue donde me desmayé.

Lo siguiente que recuerdo es a Randy gritando mi nombre. Traté de levantarme, pero las piernas no me sostenían. Randy abrió la puerta y vi que no andaba mucho mejor que yo. Habían estado nadando en el lavadero, donde les sorprendió de nuevo el guardián de la imprenta. Pete llegó hasta mí

también y entre él y Randy lograron ponerme otra vez de pie. Pete me dijo que el jefe de servicio quería vernos a mí y a James.

Conseguimos llegar a su despacho, balanceándonos delante de él, el jefe, el mismo que nos había castigado el día anterior. Gimió al ver nuestro estado. Pertenecía a una nueva camada de funcionarios, era un tipo joven, liberal. Debió de pensar que si ocurría algo que me implicara, su carrera futura podía verse afectada.

Jim, con buen criterio, permaneció en silencio cuando el jefe nos preguntó las razones de nuestra conducta desplorable. Yo, con muchos aspavientos, me quejé indignado de lo injustísimo de nuestro castigo. Parece que llegué a farfullar algo antes de volverme a desmayar. James y el jefe me pusieron en pie. Ansioso por librarse de nosotros, el jefe nos dijo que ya habíamos protestado bastante y era hora de volver al trabajo. No quería saber nada de nosotros lo que quedaba de día.

James y Randy me ayudaron a llegar a la imprenta. El guardián que nos había insultado todo el día nos esperaba a la puerta y traté de lanzarle la mirada más guarra que pude. Los colegas me echaron sobre un lecho de trapos de limpieza, y me dormí enseguida. Una media hora después, el director del taller pasó por allí camino a su despacho y vio con el rabillo del ojo mi cuerpo postrado en el suelo. A pocos centímetros de mi cabeza, un enorme volante y una cinta continua daban vueltas a enorme velocidad. Si me hubiera incorporado de repente, me habrían cortado la cabeza. El director se volvió loco y pidió al funcionario que me llevara ante el jefe de servicio.

Y allí volví, esta vez transportado de brazos y piernas y sin capacidad para intercambiar palabra con él o con cualquier otro. Me miró desesperado y dijo a mis portadores que me devolvieran a la celda hasta que estuviera sobrio. Recuerdo haber pensado que eso implicaría unos tres meses de aislamiento, pero en ese momento me importaba un comino. Lo único que quería era refugiarme en el sueño.

Desperté a la mañana siguiente con la misma ropa y la peor de las resacas. Me pregunté qué iría a pasar. Antes de que tuviera tiempo para pensar en mi destino, la puerta se desatrancó como de costumbre para el desayuno. Me

aventuré a salir, temblando y esperando que alguien se me echase encima, pero nadie nos dijo nada, ni a James ni a mí, así que fuimos a duchamos, a tomar un café y a trabajar. Al pasar por su despacho, el jefe me hizo entrar. Estaba de lo más amistoso; lo único que dijo es que, dada mi condición de preso político y de «extranjero culto», debía ser un buen ejemplo para el resto de los reclusos. Cuando me iba, me dijo con reprobación que no volviera a pasar. Es lo último que oí de un incidente que para cualquier otro habría supuesto al menos un mes en los calabozos.

EL CAMINO DE LA LIBERTAD

La campaña para mi liberación iba incrementándose. La embajada británica en Madrid reenviaba cada mes a Alcalá dos o tres sacas de cartas y paquetes de amigos y simpatizantes de todo el mundo.

Mi apelación se estaba tramitando y los visitantes de la embajada me aseguraban que esta vez funcionaría. Cuando la cónsul británica, Miss Forrester, vino a verme, tuvimos que hablar en el despacho del alcaide, que nos dejó a solas y sin vigilancia. Me visitó dos veces, acompañada de un marqués español que mediaba con las autoridades franquistas.

Miss Forrester me dijo que todo estaba listo para la apelación. Tuve que escribir a mamá y decirle que había llegado el momento para otra carta suya a Franco. Le había escrito tantas veces que empezaba a pensar que había algo entre ellos. ¡Qué ironía: Franco como padrastro!

A principios de agosto de 1967, mi amigo Ross Flett me escribió en secreto informándome de las últimas gestiones para sacarme de la cárcel. Ross se reunió regularmente con mi abogado en Londres, Benedict Bimberg, y parecía muy bien informado. Aparecían cada vez más artículos sobre mí en los periódicos serios presionando al gobierno británico para que apoyase mi liberación. El primero lo firmó George Gardner, del Sunday Times, y sus artículos, que se iniciaron durante el verano, arrastraron a otros columnistas y diputados que instaban al Foreign Office a echar el resto con una petición oficial de clemencia.

Ricky Cook, un amigo de la Federación Anarquista de Glasgow, logró visitarme en Alcalá de Henares. Me asombró tener una visita que no fuera de la familia, era algo de lo más inusual. Me reuní con él, también esta vez, en el despacho del alcaide, donde vi a Ricky hablando con dos jefes de servicio superiores. Con él estaba un funcionario de la DGR

Tras las presentaciones de rigor, me dejaron a solas con Ricky quince minutos. A él le había asombrado la calurosa recepción de la DGP cuando pidió permiso para visitarme. La respuesta fue casi entusiasta y el mismo funcionario con

quién habló insistió en llevarle hasta Alcalá: era una oportunidad para salir de la oficina y conocerme, le dijo. Hasta le dio tabaco para mí.

Los efectos de la renacida campaña de prensa británica fueron inmediatos. Un recluso que oyó una conversación telefónica entre el alcaide y alguien de la DGP me dijo que me iban a dar tratamiento de VIP y que iba a llegar una delegación de Madrid a inspeccionar las condiciones de mi internamiento. Esa misma tarde, el alcaide me preguntó de qué color quería que pintasen mi celda. Sorprendido, me decidí por el blanco, y de paso sugerí que incorporasen una mesa, una silla cómoda, unas estanterías y una lamparita de noche. El alcaide tomó nota y me despidió. Al regresar a la celda aquella noche, se había transformado en un bonito apartamento de soltero.

Los artículos del Times continuaban, así como las visitas de personal del ministerio, y empecé a sentirme como un animal raro en un proyecto de protección zoológica.

Se acercaba mi vigésimo primer cumpleaños, el 10 de julio, y sugerí en broma al jefe de servicio que sería buena idea organizar una fiesta en condiciones para invitar a mis amigos. Se lo consultó al alcaide y me adjudicaron al efecto el comedor de la enfermería.

Un amigo español que trabajaba en la cocina organizó el menú. Preparó cabrito cocido en vino con patatas asadas, ensalada, café y helado. Había cerveza, vino y brandy. El espectáculo lo pusieron un famoso cantante de rock filipino encarcelado por asesinar a su agente, gitanos cantando y bailando flamenco y el cocinero, que interpretó baladas españolas acompañándose a la guitarra. La fiesta duró desde las dos de la tarde hasta las once de la noche. Fue bulliciosa, divertida y todo el mundo acabó hecho polvo.

El indulto personal del general Franco llegó a mediados de agosto. Llevaba el sello de su Consejo de Ministros del viernes 18 de agosto de 1967, pero no se hizo oficial hasta su publicación en el Boletín General del Estado el martes 21 de septiembre. Fue el mismo día en que el almirante Carrero Blanco fue nombrado vicepresidente. El embajador español en Londres, el marqués de Santa Cruz, escribió una carta a mamá fechada el 16 de septiembre

informándole de que estaría libre en cuestión de días. El embajador continuaba:

Estoy seguro de que esta decisión se debe en gran medida a la dignidad y la preocupación maternal mostrada en su carta y también, si me permite decirlo, al comedimiento y la propiedad con la que usted ha manejado este desgraciado incidente desde el principio. Debo insistir en que el mérito de la liberación de Stuart debe concederse a su madre, que ha sido su mejor defensora. Reciba mis mejores deseos para su felicidad futura y la de su hijo.

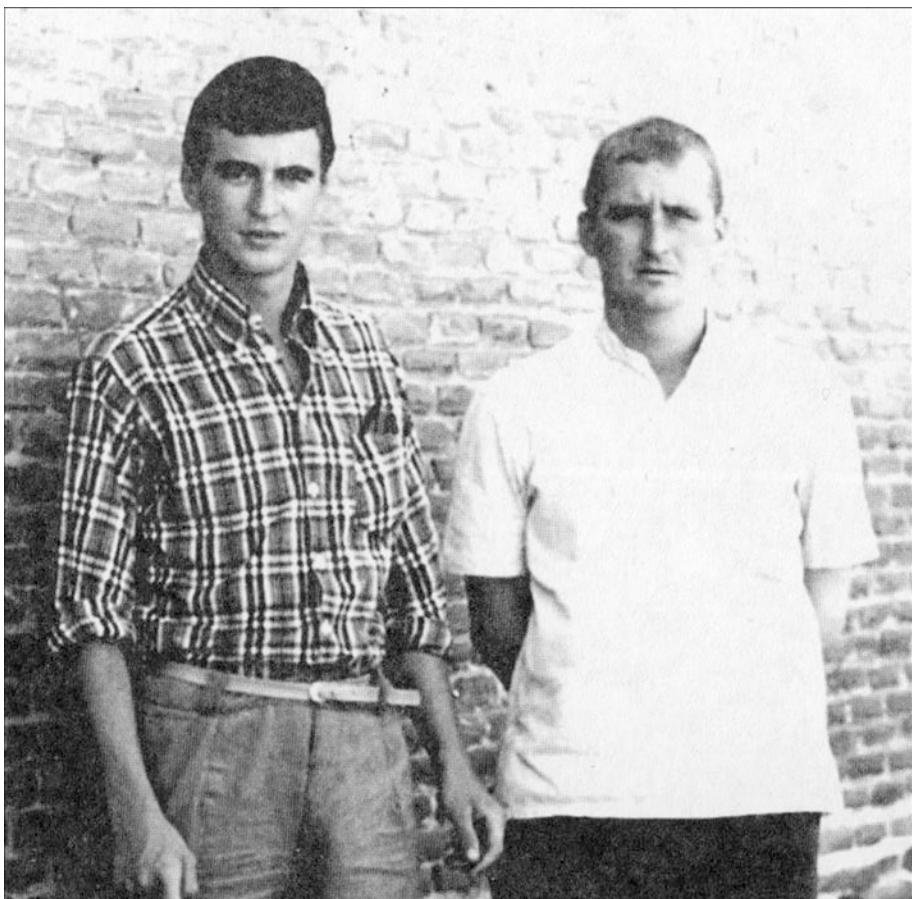
Un elemento importante en la gestación de mi indulto fue la actividad diplomática internacional sobre el futuro de Gibraltar. Desde la aprobación de una nueva constitución (coincidiendo con mi consejo de guerra) que garantizaba a la colonia el autogobierno y la autonomía, Franco había ido imponiendo cada vez más restricciones al tráfico de vehículos y al libre movimiento de trabajadores entre España y el Peñón. La situación se deterioró en 1965 cuando el gobierno gibraltareño reclamó la libre asociación al Reino Unido. En 1966, las negociaciones anglo-españolas se rompieron y el gobierno franquista clausuró la aduana de La Línea de la Concepción, amenazando con llevar el tema al Tribunal de La Haya.

Entre el anuncio de un referéndum sobre el futuro de la colonia, el 4 de julio de 1967, y la celebración del mismo, el 10 de septiembre (12.138 votos a favor de seguir siendo británicos, 44 a favor de la unión a España), la tensión creció hasta el punto de hablarse de guerra. La guarnición gibraltareña fue reforzada con vistas a una posible invasión por mar, un ataque con tanques y un bloqueo marítimo. Se había puesto cerco a Gibraltar. La descolonización era uno de los temas principales a mediados de los sesenta y, pese a su naturaleza fascista, el Estado español contaba con el apoyo no sólo de la Asamblea General de las Naciones Unidas, sino de los gobiernos de la Commonwealth allí representados y de los Estados Unidos, especialmente interesados en tener a España de su parte. El momento de mi liberación fue un alarde de relaciones públicas del gobierno español, destinado a apaciguar a la opinión pública sobre la naturaleza del régimen y el tema de los presos políticos, así como un gesto

de buena voluntad para asegurar la continuación de las negociaciones hispano-británicas.

Me ocurrió algo extraño poco después de llegar a Alcalá aquel verano. Algo que me sigue intrigando.

Gomo muchos beats, Wagner estaba muy interesado en todo tipo de arcanos esotéricos, como el budismo zen y el *I Ching*, e insistía en hacerme la carta astral. Lo hizo consultando una vieja edición de *El Tarot de los bohemios* de Papus, que había comprado a un chamarilero barcelonés antes de su detención. Recuerdo que me pregunté si era el mismo tipo a quien había matado.



Christie y Wagner, verano de 1967

Yo no sabía nada del libro, y al hojear sus —a mi entender— pesados esquemas, planos astrológicos y jeroglíficos egipcios, no me importó no volver

a saber nada de él. A Jim, sin embargo, le entusiasmaba y no estaba dispuesto a aceptar una negativa.

Según la lectura que hizo Jim de mi carta astral, el punto de inflexión era el 22 de septiembre de 1967, que iba a ser el día más feliz de mi vida. Salí de la cárcel el martes 21 y regresé a casa al día siguiente. ¿No da un poco de miedo?

La noticia de mi indulto fue para mí uno de los secretos mejor guardados en Alcalá. Todos parecían saberlo y, por lo visto, las calles se llenaron durante tres días de periodistas españoles y británicos y de equipos de televisión, pero nadie me dijo nada.

El régimen sacó todo el partido posible. Lo primero que supe me lo dijo Miss Forrester: me soltarían al día siguiente. Me abrumó el sentimiento de alivio y no pude decir nada, pero me puse a dar botes. Corré a contárselo a los amigos, pero ya lo sabían y se alegraron por mí.

Lo celebramos con unos tragos, pero se tiñeron de tristeza por mi partida inmediata. Habíamos llegado a una bifurcación en el camino y a los amigos que dejaba atrás les quedaban quién sabe cuántos años entre rejas. Lo sentía en especial por James, por cuyo caso no había ningún interés internacional y no parecía que se pudiera hacer mucho por él en el futuro. Salvo que tuvieran mucha suerte, quienes veían conmutada su pena de muerte debían cumplir sus veinte años de condena, el tiempo máximo que se cumple de seguido, teóricamente, en una cárcel española.

Siguiendo la vieja tradición de la cárcel, repartí mis pertenencias entre mis amigos. De alguna manera aquello me ayudó a apaciguar el sentimiento de culpa de volver al mundo exterior dejándoles a ellos allí. A quien más tiempo le quedaba, a mi mejor amigo James, le dejé mis libros y otros detritus acumulados en los pasados tres años.

Al llegar el momento, nos estrechamos las manos, nos abrazamos emocionados y nos dijimos adiós. Volví a mi celda, inquieto por el futuro, para que me encerraran y contaran por última vez.

Antes del desayuno, a la mañana siguiente, 21 de septiembre, empaqué unos pocos libros que quería conservar y me acompañaron a la recepción. Una vez

rellenos todos los formularios, me entregaron a la vigilancia de dos hombres de la BPS que me esperaban para llevarme hasta la embajada británica en Madrid.

Al dirigimos al coche, me fijé en que la calle estaba vacía. Vi que la Guardia Civil había instalado barreras a ambos extremos. Detrás de ellas había montones de cámaras, periodistas y fotógrafos. Al arrancar el coche, otro vehículo atravesó una barrera y aceleró para llegar hasta nosotros. El conductor de la BPS frenó de golpe y le obligó a detenerse junto a un muro. Resultó ser un fotógrafo. Los tipos de la BPS saltaron del coche, sacaron al fotógrafo del suyo, le quitaron la película y aplastaron la cámara contra el suelo. Además anotaron su matrícula y le dijeron que le quitarían la licencia al día siguiente.

Una fila de coches de prensa nos siguió hasta Madrid. Los de la BPS anotaron las matrículas de los que nos adelantaron para hacer fotos. Mis vigilantes me dijeron que todos ellos iban a recibir una visita al día siguiente, a más tardar. Perdimos a la mayoría entre el tráfico madrileño. Nuestro coche puso en marcha la sirena y atravesó todos los semáforos en rojo. Para mí era una extraña experiencia, tras haber pasado casi tres años en la ciudad sin conocer prácticamente nada de ella. Mis vigilantes me hicieron saber que eran los mismos que habían acompañado a Alain Pécunia al aeropuerto en 1965. Fueron ellos quienes me contaron el accidente que había sufrido Alain, que ahora estaba parapléjico. Me dejaron estupefacto y me pregunté si habrían sido ellos mismos los responsables del accidente o al menos sabían más de lo que decían, pero no dejaron traslucir ninguna satisfacción. Pécunia me dijo más tarde que no recordaba nada de los momentos anteriores y posteriores al suceso: fue el funcionario local de los Renseignements Généraux a cargo de la investigación quien sospechó que podía no haber sido un accidente, sino un intento deliberado de intimidarle, herirle o matarle.

Los policías secretos estaban sentados a mis flancos, con sus manos sobre mi mochila. En la parte de arriba de ésta se apilaban mis libros empaquetados a toda prisa y, al tomar una curva muy cerrada, el libro más alto se cayó. Uno de los secretas lo cogió y lo miró. Era la edición de Penguin de *Ayuda mutua*, de

Piotr Kropotkin. Lo volvió a meter en mi mochila, con la cara baja, sin una palabra.

Me asusté al verlo. Me vi, como en un relámpago, conducido de nuevo a la Dirección General de Seguridad en vez de a la embajada británica, acusado de posesión de propaganda ilegal. *Ayuda mutua*, un clásico que documentaba y celebraba el cooperativismo en la naturaleza y la sociedad en plena apoteosis de los pesimistas dogmas de Darwin, seguía estando prohibido en España. ¡Tenerlo podría haberme costado otros seis años de cárcel!

Al llegar a la embajada, me arrastraron escaleras arriba hasta el despacho de Miss Forrester, donde fui entregado a las autoridades británicas. Mis vigilantes de la BPS extendieron el recibo por la entrega correcta de un escocés. Me llevaron a ver a Mr. Harding, el vicecónsul, que estaba sentado entre mamá y Benedict Bimberg. El *Scottish Daily Express* había invitado a mi madre a volar a Madrid el día anterior. Verla allí, en carne y hueso, sin barreras de cristal entre nosotros, fue una experiencia maravillosa. Mamá estaba fuera de sí de alegría, como yo. ¿Qué podía decir? Me había quedado sin palabras. Estaba libre y rodeado de anglohablantes por primera vez en casi tres años y medio. Me sentía aturdido. Alguien me hizo una pregunta en inglés y me encontré respondiéndole en *espanglisch*, con palabras inglesas y gramática española.

Mamá me dijo que el *Scottish Daily Express* esperaba ver correspondidos sus gastos en este y otros viajes previos. Quería la exclusiva de la historia. Dos reporteros del periódico, Wilson Russell y James Hastie, la habían acompañado desde Glasgow, alojándola en uno de los mejores hoteles de Madrid. Su estrategia consistía en manipular la confianza de mamá, haciéndola psicológicamente dependiente; a cambio, yo agradecería su apoyo moral y financiero y les cedería la exclusiva.

Sin embargo, me asombró y enfureció aquel chantaje moral. Ellos sólo buscaban el escándalo. Russell, según descubrí más tarde, había hecho proposiciones regularmente a mamá durante sus viajes, llamando a la puerta de su habitación a altas horas de la noche y convirtiéndose en un incordio.

Quizá era Ben Bimberg el menos satisfecho con mi puesta en libertad. Hizo la maleta pensando que el proceso tardaría al menos una semana en

formalizarse y esperaba pasar un par de días libres en Madrid. Por desgracia para él, me liberaron la misma mañana en que él llegó, con sólo veinticuatro horas para abandonar el país. Mi pasaporte había expirado, pero la embajada me había preparado un documento que me permitía salir de inmediato.

Tras pasar un ratito con mamá y Ben, Miss Forrester me preguntó si quería hablar con Nicholas Henderson, entonces encargado de negocios, para informarle brevemente del clima político en las cárceles españolas. Le expliqué cuánto sabía de la reciente estrategia de dispersión de los presos políticos por las nuevas prisiones centrales de Palencia, Jaén, Soria y Burgos, y que la más notoria de las cárceles políticas, la de Soria, se estaba derrumbando, aunque aún quedaban unos cuantos presos políticos allí. Tras este encuentro, Miss Forrester me sugirió dar una rueda de prensa en la biblioteca de la embajada.

Los periodistas allí reunidos habían oído el rumor de que había vendido mi historia al *Daily Express*. Su creencia se reforzó por mis escuetas respuestas, «sin comentarios», a las preguntas más directas y hostiles. Empezaron a pensar que estaban perdiendo el tiempo y que me guardaba lo más interesante para el Express. Exasperados, me preguntaron directamente si había vendido la exclusiva y por eso me negaba a contestar a las preguntas más específicas. Respondí enérgicamente que no era el caso. Sin embargo, las sonrisas satisfechas de Russell y Hastie parecían desmentir mi declaración. El hecho de que ellos dos no me hicieran ni una sola pregunta en toda la rueda de prensa avivó las sospechas de los demás periodistas.

No hubo sorpresas. Yo no era tan estúpido ni tan valiente como para decir algo remotamente polémico mientras siguiera en suelo español. Al final de la rueda de prensa, una periodista me pidió que describiese mis sentimientos al estar libre de nuevo. Lo pensé un momento y las palabras que me vinieron de inmediato a la cabeza provenían de uno de mis poemas favoritos de Sigfried Sassoon, publicado en una antología de la I Guerra Mundial, *An Anthology of Armageddon*. Respondí sencillamente que «me sentía “como si todo el mundo se pusiera a cantar de pronto”».

Cuando salí de la biblioteca, los dos periodistas del Express se acercaron a mí un tanto amenazantes, lo cual afirmó mi determinación de no contarles nada

de la historia, sin importar lo que fueran a pagar por ella. Cuando por fin asumieron que era así, cambiaron de táctica y aumentaron la presión sobre mamá.



Christie con su madre, camino del aeropuerto

Los métodos groseros y la falta de ética de los periodistas del *Scottish Daily Express* eran legendarios, y supuse que volverían a la carga cuando llegásemos a Londres. Así que localicé allí a John Rety desde el Hotel Palacio de Madrid para explicarle lo que pensaba. John me dijo que se juntaría con Mark Hendy, Lynn Hutt y otros miembros del Comité de Defensa Christie-Carballo para recibimos en el aeropuerto de Heathrow. Más tranquilo gracias a este plan preventivo, aproveché mi primera tarde de libertad en Madrid para relajarme y bañarme en un auténtico cuarto de baño, solo, sin tener que marchar en fila de a uno hacia una ducha gris de cemento que parecía diseñada por el fontanero de Auschwitz.

Liberado del último sudor y los últimos olores de la cárcel por la fragancia única del jabón Maja, bajé a celebrarlo cenando con Ben, mamá, Miss Forrester y algunos más de la embajada. Nuestra fiesta estaba vigilada por cuatro funcionarios de la BPS de aire aburrido, sentados a una mesa en el

extremo opuesto de un restaurante casi desierto. Su informe, probablemente, indicaría que no me había ocurrido nada ni había hecho nada perturbador en mis últimas horas en suelo español.

Dormí aquella noche como un tronco. Era la primera vez en tres años que dormía en un colchón blando, sin una sola chinche que me chupara la sangre. Sin embargo, nada fue mejor que el sentimiento exultante de la mañana siguiente, al despertar y encontrarme en una habitación bien amueblada, con un pomo en el interior de la puerta y sin recuento. Estaba libre de verdad. No había sido un sueño: estaba fuera de la cárcel y el sueño eran ahora los tres años anteriores, como ese episodio que resucitó a Bobby Ewing en el culebrón estadounidense Dallas.

Mamá, Ben y yo volvimos a la embajada tras el desayuno para recoger mis documentos de viaje. Miss Forrester nos llevó hasta el aeropuerto, seguidos de cerca por un coche de la BPS. Facturamos el equipaje y nos dirigimos al bar, donde reconocí a varios periodistas y fotógrafos de la rueda de prensa del día anterior, incluidos los dos del *Scottish Daily Express*, merodeando como hienas en torno a una charca.

Quedaba tiempo para el embarque, así que fui a comprar periódicos ingleses. Ben fue a buscar recuerdos que llevar a casa, dejando sola a mamá. En cuanto vio que estaba sola, Russell se acercó y le dijo, con malevolencia y en tono amenazante, que si no obtenía la exclusiva iba a ser peor para ella. Mamá me lo contó cuando regresé. Estaba claramente alarmada. Mi impulso inicial fue dirigirme a la mesa de Russell y enfrentarme a él, pero me lo pensé a tiempo: habría sido un incidente internacional y estaba todavía en España. Tampoco habría sido justo para con Miss Forrester emprenderla a puñetazos mientras estaba a su cargo. Me acabé de decidir: el *Scottish Daily Express* no obtendría nada de mí. El día anterior me dijeron que habían preparado mi vuelta a casa y reservado un billete de primera para mí en el vuelo a Londres; mamá tendría que ir en segunda. Les respondí que me repatriaba la embajada británica y que ya tenía mi billete de segunda para ir con mamá y Ben.

Embarcamos y a eso del mediodía del 22 de septiembre de 1967, mamá, Ben, yo y una buena representación de la prensa británica nos encontrábamos a

diez mil metros sobre el suelo, a bordo de un reactor de la British Airways, fuera del espacio aéreo español, a salvo. Los dos periodistas del *Express* estaban en sus asientos de primera, quejándose, mosqueados y conspirando. Ahora ya sabían que la exclusiva no sería suya y que si querían guerra tendrían que tratar con Ben, como el resto de la prensa.

Mamá, Ben y yo celebramos mi vuelo a la libertad con champán. Brindamos por la liberación y por el futuro, fuese el que fuese.

Notas

1. «Rama especial» de Scotland Yard que se ocupa del terrorismo y el extremismo político (N. T.)
2. Organisation de l'Armée Secrète, grupo ultraderechista francés surgido durante la guerra de Argelia.
3. Cita del poema de W. B. Yeats *The second coming* (N. T.)
4. Presbiterianos escoceses de comienzos del siglo XVII que se opusieron con éxito al intento del anglicanismo en Escocia por parte de Carlos I.
5. Paráfrasis del Adiós a McPherson de Robert Burns y del título de la biografía del anarquista de Glasgow Guy Adred.
6. En el original, «Jings, Crivvens and Help Ma Boab», expresiones habituales de un personaje infantil de un tebeo muy popular en Escocia, Oor Wullie.
7. Malvados robots de la longeva serie de televisión *Dr. Who*.
8. Clásico de los pulp magazines aparecido en los años veinte.
9. Respectivamente, el himno tradicional del laborismo británico y la más conocida de las canciones orangistas irlandesas (protestante, claro), de la que hay una versión nacionalista escocesa (N. T.)
10. Carta del inquisidor Cerezuela publicada en Lima en 1570. (N. T.)
11. Queen's Counsel, título otorgado a abogados prestigiosos. (N. T.)
12. Referencia a la serie televisiva de ciencia-ficción *Star Trek*.
13. Acrónimo en inglés de «blanco, anglosajón y protestante».
14. Recogido por Walter Scott en *The Heart of Mid-Lothian*.
15. Christie escribe «guiri polla», sin duda creyendo que el epíteto solo se aplica a extranjeros. (N. T.)
16. Especie de misioneros del LSD, tal como cuenta Tom Wolfe en *Gaseosa de ácido eléctrico*.

17. Literalmente «Los gemelos resentidos». Juego de palabras con *Twin Peaks* de David Lynch.

18. Referencia a un poema de Anna Rosetti.

19. El más antiguo hospital psiquiátrico de Inglaterra, fundado por Enrique VIII.

20. Humberto delgado (1906-1965) fue candidato a las elecciones presidenciales portuguesas de 1958 defendiendo el retorno de las libertades públicas.

21. AEB, uno de los principales servicios interuniversitarios británicos.

22. *Octopus* en inglés es pulpo.

23. Servicio de Información francés (N. T.)